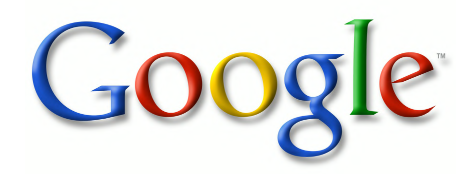
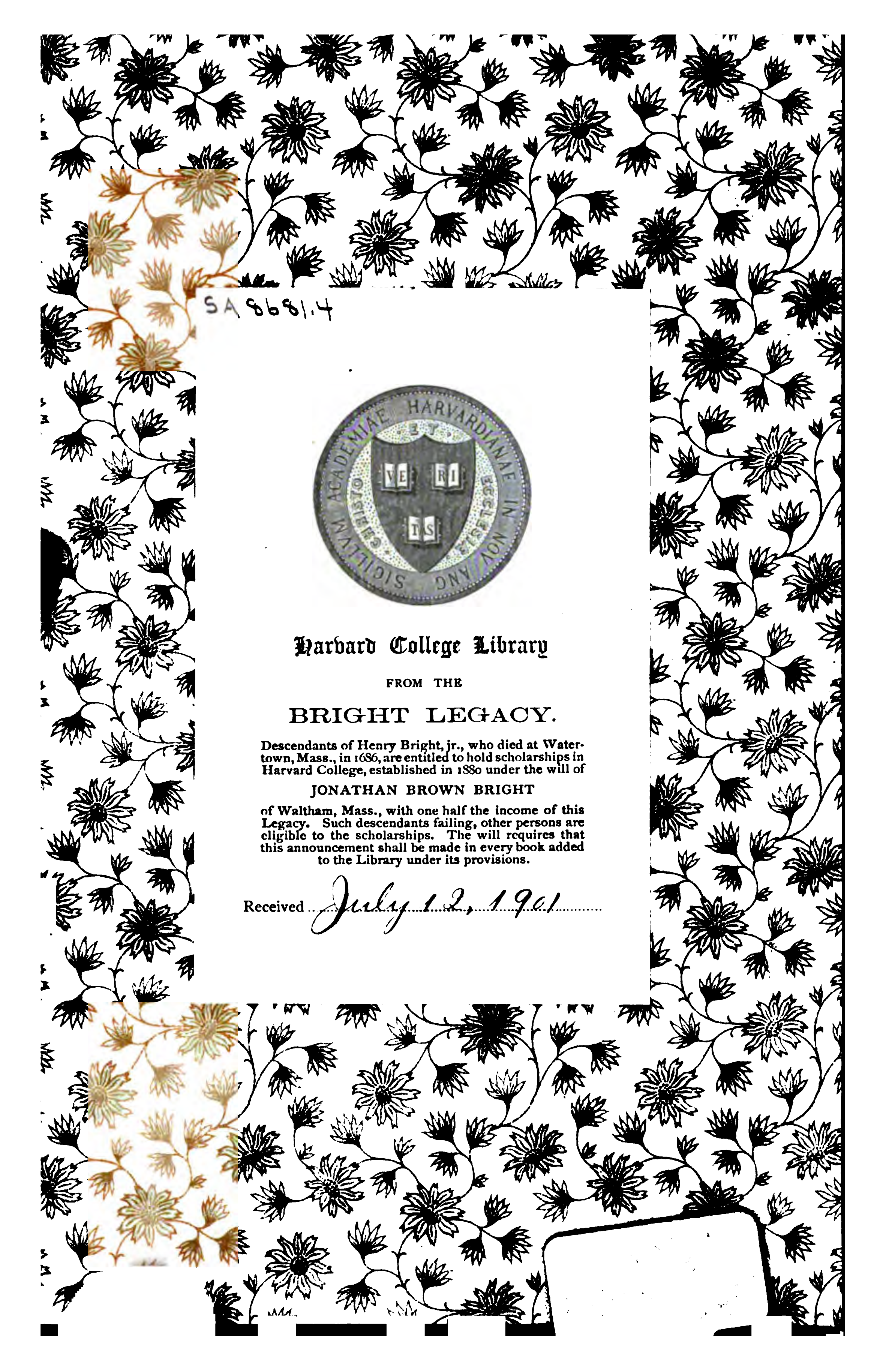



SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
ET
VE RI TAS
CHRISTO ECCLESIAE



HISTORIA

DE LA

GUERRA DEL PACIFICO

(1879—1880)

HISTORIA

DE LA

GUERRA DEL PACIFICO

(1879-1880)

POR

DIEGO BARROS ARANA

Ilustrada con mapas i planos

SANTIAGO
LIBRERIA CENTRAL DE SERVAT I C.ª
ESQUINA DE HUÉRFANOS I AHUMADA
1880

Imprenta Gutenberg.—Calle de Jofré 42.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Este libro fué escrito para ser publicado en frances; i en efecto, en estos momentos se imprime en Paris.

Su autor se propuso hacer una narracion compendiosa pero completa de los antecedentes i desarrollo de la guerra que sostiene Chile contra las repúblicas aliadas del Perú i de Bolivia, narracion destinada especialmente para los estranjeros que deseen conocer estos sucesos sin necesidad de recurrir al inmenso dédalo de documentos que es difícil procurarse i mas difícil aun consultar.

Se sabe que en el estranjero, i principalmente en Europa, se han hecho en los diarios i revistas muchas publicaciones concernientes a esta guerra, i que por falta de conocimiento de los hechos i de la jeografía unas veces, i otras por las exajeraciones i falsas noticias que han dado a luz los ajentes de las repúblicas aliadas, esas publicaciones contienen errores de toda naturaleza i las

mas equivocadas apreciaciones. Solo una que otra vez se han publicado algunas pájinas regularmente exactas, escritas con conocimiento de causa, i en vista de correspondencias i documentos que reflejan la verdad. Aun esas pájinas son únicamente fragmentos desligados e inconexos, de tal suerte que el lector estranjero no puede formarse una idea aproximativa siquiera del encadenamiento de los hechos. En jeneral, esas publicaciones, sobre todo las que se han dado a luz en Europa i en los Estados Unidos, son casi siempre favorables a Chile; i han contribuido a formar la opinion de las naciones mas cultas sobre la presente guerra. Pero convenia presentar a los lectores imparciales un cuadro comprensivo de la guerra i de sus oríjenes.

El autor de este libro se propuso llenar esta necesidad. Sabiendo perfectamente que el recargo de pormenores i de incidentes, que la abundancia de nombres propios, i que la descripcion prolija de los combates, harian mas o ménos embarazosa su lectura para los estranjeros, se propuso solo narrar la historia de la guerra desde sus mas remotos preliminares, presentándola en un cuadro de cortas dimensiones, pero que contuviese todos los hechos medianamente importantes, espuestos con órden i claridad, i escritos con escrupulosa exactitud. Un libro de esta clase, sin fatigar la atencion de los lectores que no tienen interes inmediato en la lucha, servirá grandemente para restablecer la verdad i para

evitar la repeticion de los errores que dejamos recordados.

Pero, aunque este libro no haya sido espresamente escrito para los lectores chilenos, tiene para nosotros una verdadera importancia. En un volúmen relativamente corto, se hallará una historia completa aunque concisa de la guerra, de sus causas i de su desenvolvimiento, escrita sin aparato i sin pretensiones literarias, pero con estudio cabal de los hechos i de los documentos. Aun para los que han seguido con el mas vivo interes la marcha de los sucesos, leyendo cada dia los boletines de noticias, es agradable i útil la lectura de un libro en que todos esos sucesos están contados con órden i con método.

Por esto mismo no hemos vacilado en solicitar del autor el permiso de hacer una edicion castellana, i en ejecutarla con todo el esmero posible, acompañándola de mapas i de planos cuidadosamente dibujados a la vista de los mejores documentos.

La relacion que hoi publicamos termina con la gloriosa toma de Arica por el ejército chileno en junio de 1880. Mas tarde trataremos de completar esta obra con otro volúmen en que estén contados los hechos posteriores de la guerra.

Santiago, diciembre de 1880.

El Editor.

PRELIMINAR.

Al separarse de la España para constituirse en estados independientes, las repúblicas americanas adoptaron como principio jeneral para la demarcacion de sus límites territoriales una regla que, a lo ménos en apariencia, estaba destinada a hacer desaparecer todas las dificultades. Los límites de los nuevos estados, se dijo, serán los mismos que tenian bajo el réjimen español los virreinatos, capitanías jenerales o provincias que ahora forman las repúblicas independientes. Este principio del derecho público americano es denominado *el uti possidetis de* 1810, por haber sido éste el último año en que la España ejerció sin trabas ni discusion su soberanía sobre estos vastos territorios.

En teoría, nada habia, pues, mas fácil que reglar todas las cuestiones de límites en estos paises. Cada estado reconocia por demarcacion de su territorio la que el soberano español habia dado a la provincia que habia pasado a formar la nueva república. En la práctica, ese principio debia ofrecer, i ha ofrecido en efecto, las mas sérias dificultades.

Desde luego, la América española, poca poblada ahora, lo era mucho ménos bajo el réjimen colonial. Entre una provincia i otra habia a veces grandes porciones de territorio mal esploradas todavía, con frecuencia abandonadas a los salvajes, o despoblados, estériles o no, pero de los cuales el estado rudimentario de la industria colonial hacia creer que no habia provecho alguno que sacar. Esas porciones territoriales podian ser reclamadas con títulos mas o ménos razonables, por las dos provincias colindantes.

El rei de España, por otra parte, no habia establecido siempre límites precisos a las diversas provincias de su imperio colonial. Las disposiciones que dictó a este respecto, eran por lo jeneral sumamente latas, a veces vagas, sobre todo cuando se referian a rejiones cuyo estudio jeográfico era incompleto. Mas aun, siendo soberano de todos estos dilatados paises, el rei encomendaba indiferentemente a éste o a aquel funcionario ciertos actos de jurisdiccion sobre un territorio que podia mui bien no estarle sometido; i esa comision creaba un título aparente de dominio que mas tarde ha podido ser invocado en las discusiones de límites de los nuevos estados.

Ha resultado de aquí que apesar de lo absoluto i definitivo que parece el principio del *uti possidetis de* 1810, cada una de las repúblicas hispano-americanas ha tenido tantas cuestiones de límites como son los estados que tocan sus fronteras. La mayor parte de esas cuestiones no han hallado todavía solucion; pero hai algunas que han producido sérias complicaciones i han preparado verdaderos conflictos.

La cuestion que en Europa se ha denominado «la guerra del Pacífico», tiene su primer oríjen en estas dificultades. Al pretender darla a conocer en sus causas i en su desarrollo, queremos comenzar por esponer ciertos antecedentes que, segun creemos, servirán para su mejor i mas fácil comprension.

PRIMERA PARTE.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA.

CAPITULO I.

La república de Chile.—Pobreza i atraso de este pais bajo el réjimen colonial.—Se adelanta a todos los otros estados hispano-americanos en el afianzamiento de la tranquilidad interior i de su organizacion administrativa.—Esplicacion que han dado de este hecho algunos publicistas europeos.—Progresos alcanzados por esta república.

Aunque nacidos de un oríjen comun, conquistados por una misma raza, hablando el mismo idioma, practicando una relijion igual, sometidos a una lejislacion uniforme, educados en los mismos sentimientos i en las mismas ideas, los pueblos hispano-americanos no han seguido el mismo camino al constituirse en repúblicas independientes. Su desarrollo no ha sido igual, i sus progresos han sido mui diferentes. Al paso que algunos han visto incrementarse en pocos años su poblacion, su riqueza i su cultura, otros han adelantado tan lentamente que ha podido discutirse si han ganado o si han perdido con su independencia.

A este respecto, la república de Chile ofrece un ejemplo que ha llamado con justicia la atencion de algunos escritores del antiguo mundo. El historiador aleman

Gervinus, despues de referir con grande acopio de hechos i con una rara sagacidad el nacimiento de estos nuevos estados, no vacila en colocar a Chile en el rango de modelo de una república templada. «Vióse establecerse allí, agrega, una tranquilidad i un órden mas grande que en los otros estados, sin que el pais haya tenido que sufrir el despotismo o una dinastía. El réjimen del órden ha estado ademas favorecido por la feliz influencia de una constitucion moderada. Pues bien, este único ejemplo ha bastado para que aun los republicanos hispano-americanos mas desalentados despues de tantos desengaños, no hayan perdido toda esperanza de ver aparecer un dia un mejor porvenir en aquellos vastos territorios» (1).

A primera vista parecia que ninguna de las antiguas colonias de España era ménos apta para llevar a cabo estos progresos, i para realizar los destinos de república independiente. Si tal vez no era la mas pequeña de las provincias que formaban el estenso imperio colonial de los españoles, era sin duda alguna la mas pobre, i al mismo tiempo la mas atrasada. Su poblacion no pasaba de 500,000 habitantes. Su comercio con las otras colonias se reducia a unos dos millones de pesos por año, i las rentas públicas apénas alcanzaban a medio millon. Un célebre jeógrafo español, particularmente conocedor de la América, decia a principio de este siglo: «Esta posesion (Chile) ha sido la ménos útil a la metrópoli, la mas costosa i la mas disputada» (2).

(1) G. G. Gervinus, *Histoire du XIX Siècle* (trad. Minssen), tomo X, p. 336.
(2) Torrente, *Jeografía Universal*, tomo II, p. 380

Ahora, bajo el punto de vista de los intereses morales, el atraso de Chile durante el réjimen colonial, era mucho mayor todavía. Siendo la mas apartada i la mas pobre de las posesiones españolas del nuevo mundo, fué tambien la mas descuidada en el fomento de la instruccion. Chile tuvo mui pocas escuelas, un modesto seminario, un colejio conventual i desde mediados del siglo último una universidad, modelada bajo el sistema de las de España, pero en pequeñas proporciones, i mucho mas atrasada. Al terminarse la dominacion española no habia en todo el pais diez hombres que hubieran podido comprender otro latin que el de los comentadores de las leyes de Castilla o de los tratados de teolojía i de derecho canónico, ni que pudieran leer una pájina en frances o en cualquier otro idioma moderno. Baste decir que miéntras Méjico i el Perú tuvieron imprenta desde el siglo XVI, i las otras colonias desde el siglo XVIII, Chile estuvo privado de este elemento de propagacion de las luces hasta 1812, dos años despues de habér iniciado la revolucion de su independencia.

Sin embargo, Chile venció estas dificultades al parecer insuperables, i estableció un gobierno regular i ordenado ántes que ninguna de sus hermanas. Su independencia se consumó despues de una lucha tenaz i encarnizada, pero con ménos conmociones i trastornos interiores que en los otros pueblos del mismo oríjen. Apénas libre de los enemigos esteriores, en 1820, organizó una escuadra i un ejército que fué a llevar la libertad al Perú. Desde entónces contrajo todo su empeño a la organizacion interior del pais, al arreglo de su hacienda pública, al pago puntual de todas sus obligaciones, al fo-

mento i desarrollo de la instrucccion pública, a la apertura de caminos, a la reforma de su lejislacion, en una palabra, a todo lo que constituye la grandeza i la prosperidad de los pueblos.

Estos afanes han sido coronados por un éxito que puede llamarse feliz. Desde 1830, Chile ofrece el ejemplo único en la América española, i poco comun en el resto del mundo, de la sucesion legal i ordenada de todos sus gobiernos. Desde 1830, todos los gobernantes se han sucedido en virtud de la lei, sin que ninguno de ellos haya sido impuesto por una revolucion (1).

En este período de cincuenta años, solo ha habido dos conmociones que han alterado la paz pública en algunas provincias durante tres o cuatro meses, pero que no han interrumpido el órden legal del pais. Durante los últimos veinte años, sobre todo, despues de la última de esas conmociones, no se ha suspendido por un solo dia, en parte alguna del territorio, el réjimen de garantías i de libertad que asegura la constitucion. En Chile han pasado para siempre los estados de sitio, las disoluciones de congresos, la clausura de imprentas, los procesos políticos, los golpes de autoridad.

Hé ahí, se dirá, un ejemplo bien raro en la América española, i aun en muchos otros paises. El hecho en

(1) El período presidencial dura cinco años, i la renovacion del presidente se hace el 18 de setiembre. Hasta 1871, la constitucion permitia la reeleccion; i los cuatro primeros presidentes fueron reelejidos. Así, pues, Chile ha tenido desde esa época los mandatarios siguientes: Jeneral don Joaquin Prieto (1831-1841), jeneral don Manuel Búlnes (1841-1851), don Manuel Montt (1851-1861), don José Joaquin Perez (1861-1871), don Federico Errázuriz (1871-1876) i don Aníbal Pinto, actual presidente, que comenzó a gobernar el 18 de setiembre de 1876. Solo los dos primeros eran militares.

efecto es poco comun, i por esto mismo ha llamado la atencion de muchos observadores que han tratado de esplicárselo. Un ministro diplomático de la Gran Bretaña, que ha habitado este pais durante algunos años, que lo ha estudiado seriamente, i que lo ha dado a conocer a su gobierno en un estenso informe oficial, M. Horacio Rumbold, despues de esponer metódica i ordenadamente este estado de cosas, pasa a esplicarse sus causas en los términos siguientes: «Las pájinas que preceden, dice M. Rumbold, habrian sido escritas inútilmente si no diesen al lector la idea de una nacion sóbria, práctica, laboriosa, bien ordenada, gobernada prudentemente i formando un gran contraste con los otros estados del mismo oríjen i de instituciones semejantes que se estienden en el continente americano. Chile debe los beneficios de que goza a las tradiciones implantadas en su administracion por los fundadores de la República; a la parte preponderante que la clase educada i acomodada ha tomado en la direccion de los negocios públicos; a la feliz estincion del militarismo; al cultivo esmerado de los instintos conservadores innatos en él, a la ausencia casi completa de esas fuentes accidentales de riqueza que la Providencia ha prodigado tan abundantemente en algunas de las naciones vecinas; a la necesidad, por consiguiente, de recurrir a un gran trabajo, rápidamente recompensado por un suelo jeneroso; a la constancia paciente i a la aptitud para el trabajo de su poblacion; i sobre todo esto, quizá, a la neglijencia de sus antiguos señores, que la obligó, cuando hubo sacudido el yugo, a crearlo todo por si misma, apelando a los esfuerzos escepcionales de la nacion.

«Todo esto puede resumirse en dos palabras, trabajo i cordura.

«Conviene tambien no olvidar que Chile debe mucho a un clima tan perfecto como es difícil encontrarlo en cualquier otro punto del globo; a un cielo puro bajo el cual todo prospera; a las montañas grandiosas que no solo han contribuido a su riqueza por una provision abundante de los metales mas comunes, pero los mas útiles al hombre, sino que lo han protejido i aislado en el período crítico de su infancia, de un contacto mui inmediato con las naciones turbulentas que lo rodean.

«En realidad, su destino, semejante en algunos puntos al de nuestro pais (la Inglaterra), ha sido materialmente influenciado por condiciones de clima i de posicion jeográfica. En fin, no debe poco, i Chile no debe olvidarlo, a la enerjía i a la ayuda de los estranjeros, principalmente de los ingleses; a las jentes de otros paises que han combatido por él, instruido a sus hijos, construido sus ferrocarriles i llevado el comercio a sus puertos i la mezcla bastante considerable de sangre estranjera que corre en las venas de su poblacion» (1).

Un publicista frances, M. A. Rabutaux, que ha estudiado la situacion de Chile en un buen artículo del *Dictionnaire général de politique* de M. Maurice Block, se

(1) El informe de M. Rumbold, presentado al gobierno de S. M. B. en diciembre de 1875, ha sido traducido al frances i publicado con este título: «Le Chili, Rapport de M. Horace Rumbold, Ministre de la Grand Bretagne a Santiago, sur le progrès et la condition générale de la République, traduit du livre bleu présenté aux deux chambres par ordre de S. M.» Paris, 1877 en 8.º Este libro es bajo todos aspectos uno de los mejores que se puedan consultar para conocer la situacion política, financiera e industrial de Chile. Véanse las p. p. 44 i siguientes de donde copiamos el fragmento reproducido arriba.

esplica en los términos siguientes las causas de su prosperidad actual. "Bajo la firme administracion del jeneral Prieto i de Portáles (su ministro), la paz se consolidó, los hábitos de órden i de prudencia política se establecieron en el pais; i Chile entró en una era de progreso, cuya marcha, desde entónces, no ha tenido que sufrir mas que raras i cortas interrupciones. Se ha preguntado de donde ha venido a la república de Chile este feliz privilejio, i qué favorables circunstancias le han valido un destino tan diferente del de las otras democracias del sur. Se han indicado muchas causas... la pureza de la sangre criolla, que se ha mezclado poco con los indios, i por este medio ha conservado su vigor i su superioridad moral—el carácter distintivo de esta raza activa i séria, que desea igualarse a los ingleses, i que un viajero compara con la familia holandesa,—el profundo sentimiento nacional de que está dotada, su gusto por los negocios i por el comercio—el aislamiento del pais que lo ha protejido contra la ambicion de sus vecinos—en fin, la disposicion territorial de este mismo pais que no puede prestarse a largas guerras civiles i donde toda querella debe decidirse pronto" (1).

Podriamos señalar otras causas de esta situacion escepcional de Chile; pero ello nos llevaria un poco léjos. Para nuestro objeto nos basta dejar constancia de que esta pequeña república, merced al órden que allí existe

(1) M. Maurice Block, *Dictionnaire général de politique*, tom. I. p. 331. Conceptos semejantes a éstos se hallan en casi todos los libros de historia contemporánea, i en los mejores tratados o diccionarios de jeografía. Véanse sobre todo la *Encyclopedia Británica*, el *Grand Dictionnaire* de Larrouse i el *Dict. de géographie* de M. Vivien de Saint-Martin.

i al espíritu trabajador i emprendedor de sus hijos, ha sabido levantarse de la situacion lastimosa de la última i mas pobre colonia de la España a un estado de prosperidad i de riqueza a que no han podido llegar algunas de sus hermanas que fueron mas favorecidas por la naturaleza i por la proteccion de sus antiguos soberanos. Chile, en efecto, no solo se adelantó a las otras en la constitucion de un gobierno regular i en el establecimiento de la tranquilidad interior, sino que acometió ántes que ninguna otra las obras que representan el progreso de un pueblo. Fué la primera que abolió la esclavitud, la primera que organizó en vasta escala la instruccion pública, i que sancionó la mas ámplia libertad comercial, como fué la primera que tuvo ferrocarriles i telégrafos en toda la América del sur. Tales son los beneficios de la paz.

A la sombra de la paz, igualmente, Chile ha realizado otro órden de progresos. Sus puertos, sus ciudades i sus campos han estado abiertos a los estranjeros de todos los paises, i particularmente a los europeos, a los alemanes que han poblado las colonias del sur de Chile, a los ingleses que han hecho el comercio en grande, a los franceses que negocian con los artículos de lujo i de elegancia o que ejercen diferentes profesiones e industrias. Para nadie han sido obstáculo sus creencias, porque la lei chilena ha amparado no solo el ejercicio de todos los cultos cristianos sino tambien la facultad de tener escuelas i colejios donde se dé la enseñanza que prefiera cada secta. Un antiguo diplomático decia hace pocos años que Chile era la nacion en que la diplomacia tenia ménos que ocuparse en jestionar en defensa de sus

nacionales, porque en este pais eran desconocidos los atropellos de que los estranjeros son con frecuencia víctima en otros pueblos hispano-americanos, i porque en Chile el gobierno arreglaba rápida i amistosamente cualquiera dificultad que se suscitara.

CAPITULO II.

Progresos industriales de Chile.—Los mineros e industriales de Chile comienzan a poblar el desierto de Atacama.—El gobierno de Bolivia reclama como suyo ese territorio.—Discusiones diplomáticas i amenazas de guerra en 1863.—Tratado en 1866.—Bolivia no cumple este tratado.—Rápido desarrollo de la industria chilena en el desierto.—La revolucion ocurrida en Bolivia en 1871 produce nuevos embarazos para el cumplimiento del tratado.—Se firma en la Paz el pacto complementario de 1872.—Nuevas concesiones que por él hacia Chile a Bolivia.

Alejados de la via de las revoluciones por la accion de la lei i por la templada firmeza de los gobernantes, los chilenos contrajeron toda su actividad al desarrollo de la industria. Al mismo tiempo que el gobierno hacia esplorar todo el territorio, estudiar minuciosamente la fauna, la flora i la mineralojía del pais, i levantar en grande escala la carta jeodésica i jeolójica de su suelo (1), la poblacion esplotaba el comercio i la agricultura en las provincias centrales, las minas de carbon de piedra en las provincias del sur, i las de plata i cobre en

(1) Para conseguir este resultado, el gobierno habia llamado a Chile una verdadera colonia de sabios europeos que han prestado los servicios mas importantes. Nos limitaremos a recordar los nombres de Cl Gay, mas tarde miembro de la academia de ciencias de Paris, del jeólogo i mineralojista Domeyko, del naturalista Philippi, del astrónomo Moesta, i del jeógrafo Pissis, que ha levantado despues de 24

las del norte. Como consecuencia de esta iniciativa, la poblacion se ha quintuplicado, alcanzando en nuestros dias a cerca de dos millones i medio; las rentas públicas que en 1810 alcanzaban apénas a medio millon de pesos, hoi pasan de 16 millones; i el comercio esterior que en esa época era de dos millones, hoi alcanza a la cifra considerable de sesenta millones. El puerto de Valparaiso, el cuarto o quinto del Pacífico por su importancia comercial en aquella época, i que solo tenia una poblacion de tres mil habitantes, es hoi el primero de la América española en estos mares, i encierra cien mil almas.

La esplotacion de las minas en la rejion del norte tomó, sobre todo, un gran desarrollo. Sin hablar aquí de la plata, conviene decir que en 1870 Chile producia mas de la mitad del cobre que utilizaba la industria del mundo entero. Esa esplotacion llevó a los chilenos a internarse poco a poco en el desierto de Atacama que durante siglos enteros se habia creido inútil para toda industria, tierra maldita, de clima insoportable, privada de agua i de vejetacion por donde el hombre no podia viajar sino a condicion de llevar consigo el agua i los alimentos para sí i para sus animales. La actividad de los chilenos halló allí, sin embargo, minas de cobre, depósitos de guano i de salitre o nitrato de soda, de que la industria podia sacar gran provecho. El gobierno de Chile hizo reconocer científicamente aquella rejion por

años de trabajo, la carta del territorio. No tenemos para que hablar aquí de los profesores contratados en Francia i en Alemania para enseñar la química, la medicina, la mecánica, la economía política, las humanidades, las lenguas clásicas, etc, etc. Conviene, sin embargo, agregar que Chile ha llamado igualmente a su servicio a algunos de los hombres mas distinguidos de la América española.

tierra i por mar, para favorecer el incansable espíritu de empresa de sus nacionales. De este modo, las caletas i otros puntos del árido desierto, situados al sur del paralelo 23 de latitud, comenzaron a poblarse de industriales i de trabajadores chilenos.

El gobierno de Bolivia, aun en medio de las constantes revoluciones en que ha vivido envuelto, no habia mirado con indiferencia los progresos industriales de sus laboriosos vecinos. En breve tiempo inició las reclamaciones diplomáticas, moderadas a veces, amenazadoras i belicosas en otras ocasiones. Parece que esta cuestion servia a los interses de sus partidos interiores como un medio de tranquilizar la opinion con el anuncio o el temor de complicaciones esteriores. Bolivia pretendia que el territorio que comenzaban a poblar los chilenos estaba comprendido dentro de sus límites segun el principio del *uti possidetis de* 1810.

Chile contestó a estas reclamaciones con templada firmeza, desentendiéndose prudentemente de las provocaciones belicosas. Ambas partes exhibieron sus documentos históricos, i ambas manifestaban la mas absoluta confianza en la bondad de sus títulos. Hubo un momento en que esta discusion estuvo a punto de dejenerar en un rompimiento armado. El 5 de junio de 1863, la asamblea lejislativa de Bolivia dictó una lei concebida en estos términos: «Se autoriza al poder ejecutivo para declarar la guerra al gobierno de la república de Chile, siempre que agotados los medios conciliatorios de la diplomacia, no obtuviere la revindicacion del territorio usurpado o una solucion pacífica, compatible con la dignidad nacional.» El gobierno de Chile oyó con calma i

casi con indiferencia esta provocacion tan estemporánea i tan irregular. Apesar de las exijencias de una parte de la prensa i de algunos diputados que querian que se suspendiese toda negociacion con Bolivia miéntras no retirase aquella declaracion, el gobierno chileno continuó tratando i aun recibió en Santiago a un nuevo ministro plenipotenciario de ese pais.

Por el momento, estas negociaciones no condujeron a ningun resultado práctico; pero al fin, el 10 de agosto de 1866 se firmó un tratado que parecia destinado a poner término a todas esas cuestiones. En obsequio de la paz i de la buena armonía entre dos estados vecinos, Chile limitaba su soberanía efectiva hasta el grado 24 de latitud sur; pero en cambio se convenia que los productos de los depósitos i el de los derechos de aduana que hubieran de percibirse por la esportacion de los minerales que pudieran estraerse del territorio comprendido entre los paralelos 23 i 25, serian repartidos por mitad entre los dos gobiernos. Se estipuló ademas que ambos gobiernos pagarian igualmente por mitad una indemnizacion de 80,000 pesos debida a diversos particulares. Para que se comprenda mejor el espíritu de esta estipulacion, debe decirse que todas las industrias establecidas en el territorio comprendido entre los grados 23 i 25 eran esplotadas por ciudadanos i por capitales chilenos.

¿Fué éste un error del gobierno de Chile? El tiempo vino a demostrar mui pronto que se habia equivocado confiando en que un pacto de esta naturaleza podia afianzar la paz entre ambos estados. Para que un tratado semejante produjera los resultados que se buscaban,

era necesario que los estados contratantes, contando con gobiernos sérios i estables, estuviesen animados de un mismo respeto por las estípulaciones hechas, i del propósito firme de cumplir lealmente los compromisos financieros contraidos. Bajo todos estos aspectos, Chile estaba perdido por el pacto de 1866!

En efecto, comenzó por pagar los 40,000 pesos que le correspondia por las estipulaciones del tratado. Bolivia no volvió a acordarse de ese compromiso. Chile estaba espresamente autorizado para nombrar interventores en las aduanas del territorio comprendido entre los paralelos 23 i 24, en virtud del artículo 3 del tratado que dice lo que sigue: «El gobierno de Chile podrá nombrar uno o mas empleados fiscales que, investidos de un perfecto derecho de vijilancia, intervengan en las cuentas de las entradas de la referida aduana de Mejillones i perciban de la misma oficina, directamente i por trimestre, o de la manera que se estipulare por ámbos estados la parte de beneficios correspondientes a Chile. La misma facultad tendrá el gobierno de Bolivia, siempre que el de Chile, para la recaudacion i percepcion de los productos de que habla el artículo anterior, estableciere alguna oficina fiscal en el territorio comprendido entre los grados 24 i 25.» Apesar de una prescripcion tan terminante, Bolivia no solo no pagó jamas a Chile un solo centavo por la parte que le correspondia en los derechos de aduana percibidos, sino que espresando que el derecho de intervencion por parte de Chile, lastimaba su soberanía nacional, embarazó i resistió la injerencia de los empleados de este pais en la inspeccion de las cuentas. La esplicacion de esta conducta, que importaba la violacion flagrante de un

pacto solemne, se halla en el hecho siguiente consignado en los documentos oficiales de Bolivia. Hasta principio de 1873 no se habia llevado libro alguno de contabilidad en las aduanas de Antofagasta i de Mejillones, las únicas que existian en todo el territorio entre los paralelos 23 i 24. Esas aduanas habian percibido injentes sumas de dinero como derechos fiscales que correspondian por mitad a Chile i a Bolivia; pero no habia un solo libro, un solo papel por el cual constase a cuanto montaban esas sumas, ni mucho ménos el destino que se les habia dado. Solo habia dos hechos reales e incuestionables: las arcas estaban vacías; a Chile no se le habia pagado un centavo. ¿Qué burla mas cruel se podia hacer de sus derechos?

Esta situacion irregular vino a hacerse mas insostenible todavía cuando las industrias chilenas planteadas en aquel territorio tomaron un gran incremento. De 1866 a 1868 dos ciudadanos chilenos descubrieron en aquellos lugares vastos depósitos de nitrato de soda i de bórax. Queriendo esplotarlos, obtuvieron del gobierno boliviano diversas concesiones de terrenos salitreros bajo las condiciones siguientes: Los concesionarios debian pagar al estado una patente de 10,000 pesos. Debian construir a su costa un muelle en el puerto de Antofagasta. Estaban obligados a abrir hácia el interior un camino carretero de veinte i cinco leguas de largo, i ademas a establecer, tambien a su costa, depósitos de agua i abrigo para los viajeros. Estas condiciones fueron cumplidas con exceso por los concesionarios. Se organizó en Chile para la esplotacion de las salitreras una sociedad anónima; i los capitales chilenos afluyeron a aquellos lugares.

La compañía pagó puntualmente la patente de 10,000 pesos, construyó el muelle en Antofagasta, estableció los depósitos de agua i las posadas en los lugares indicados; i por último, en lugar del camino carretero que estaba obligada a abrir, construyó un ferrocarril. La compañía gastó en estas obras i en los trabajos necesarios para la esplotacion, la suma de seis millones de pesos fuertes.

En aquella misma época, en 1870, otro industrial chileno no ménos emprendedor, penetró en el desierto de Atacama, i despues de trabajos i fatigas sin cuento, descubrió un poco al sur del grado 23, en unos cerros áridos e inhospitalarios que quizá no habia pisado nunca la planta del hombre, las ricas minas de plata de Caracoles, a cuya esplotacion acudieron bien pronto los capitales chilenos. Sin arredrarse por las dificultades de tamaña empresa, llevando el agua, los víveres i los forrajes para los hombres i para los animales, cargando las maderas para construir sus habitaciones, soportando con igual coraje el sol abrasador de los trópicos durante el dia, i el frio intenso de las noches de los desiertos, los infatigables industriales de Chile levantaron allí un pueblo que adquirió en breve cierta importancia. El comercio se desarrolló rápidamente en aquellos lugares; i Caracoles, como el puerto de Antofagasta, pasaron a ser el centro de grandes especulaciones mercantiles e industriales. Los derechos percibidos desde entónces por las aduanas establecidas en el territorio comprendido entre los paralelos 23 i 25 fueron mucho mas considerables, i por tanto mas flagrante la violacion del tratado de 1866, violacion que

privaba a Chile de la mitad de las rentas que le correspondian.

Ocurrió entónces una nueva revolucion en Bolivia. El gobierno que firmó aquel pacto, fué derrocado en 1871. La nueva administracion, como todas las que nacen de un movimiento revolucionario, declaró que el gobierno caido habia dejado funestos recuerdos en el pais, i por esta razon se preparaba a anular todos sus actos, aun los que provenian de un pacto internacional, o de un contrato que constituia una propiedad adquirida a título oneroso. Dos injenieros, nombrados, uno por Chile, i otro por Bolivia habian demarcado la línea divisoria, en cumplimiento del tratado de 1866, i aquello era un hecho sancionado i consumado: se dijo en Bolivia que esa demarcacion estaba mal hecha i que era menester practicarla de nuevo. El gobierno de Chile, sinembargo, no perdió su calma en medio de estas dificultades, i de este desconocimiento de sus derechos; i en vez de asumir una actitud resuelta i belicosa, prefirió entablar nuevas negociaciones. La compañía de Antofagasta, por su parte, se sometió a hacer aprobar otra vez su contrato por el nuevo gobierno de Bolivia.

Las negociaciones diplomáticas no marchaban, sin embargo, con la rapidez que Chile queria imprimirles. Otras i otras revoluciones ocurridas en Bolivia venian a entorpecer a cada paso los trabajos pacíficos de la diplomacia. Un dia el presidente disolvia a mano armada la asamblea lejislativa de Bolivia: tres dias despues, ese mismo presidente, al salir de un festin en que habia injuriado a algunos jefes militares, cayó muerto con el cuerpo traspasado por siete balazos. Apesar de estos entorpeci-

mientos, el ajente de Chile continuó negociando con una perseverancia digna de mejor resultado; i al fin, el 6 de diciembre de 1872, firmó en La Paz, capital de Bolivia, un tratado de nueve artículos destinados a resolver, de acuerdo con el pacto de 1866, las «cuestiones pasajeras» que habian podido nacer.

Este convenio era una nueva concesion de Chile en favor de la paz. Por el artículo 6 se estipulaba que ántes de pagar la mitad que le correspondia por su parte en los derechos de esportacion de los minerales esplotados en el territorio comprendido entre los paralelos 23 i 25, Bolivia apartase las sumas que creyese necesarias para pagar los empleados que tuviera en esa rejion. Esta república podia, pues, asignar los sueldos i gratificaciones que quisiese, i a cuantos funcionarios se le ocurriera, en la confianza de que Chile debia pagar la mitad de esas sumas, i no mas que la mitad, suponiendo que se procediese con una lealtad que los antecedentes de este negocio no daban lugar a esperar.

En Chile, la prensa i las cámaras conocieron los inconvenientes de este arreglo que obligaba a la república a pagar empleados en cuyo nombramiento no tenia participacion alguna. Sin embargo, deseando evitar toda causa de conflicto, el congreso aprobó este convenio complementario en 8 de enero de 1873.

CAPITULO III.

El Perú estimula las intransijencias de Bolivia.—Deplorable situacion financiera del Perú en 1872.—Para salir de esa situacion, el gobierno pretende apoderarse de un modo u otro de las salitreras de Tarapacá.—Para impedir la intervencion de Chile en favor de sus nacionales, el Perú trata de suscitar complicaciones esteriores a esta república.—El Perú i Bolivia celebran un tratado secreto de alianza en febrero de 1873.—Esfuerzos de ambos estados para ocultar este pacto a Chile.—El gobierno del Perú estanca la esportacion del salitre.—Limita en seguida la produccion de salitre.—Convencido del mal éxito de estas medidas, resuelve comprar los establecimientos salitreros.—Los compra, pero no los paga.—Perjuicios que estas medidas causan a los capitalistas chilenos.

La moderacion de Chile en la jestion de estos arreglos, era mirada por sus turbulentos i belicosos vecinos del Pacífico como una prueba de su debilidad. «No se puede negar, se decia en Bolivia i en el Perú, que Chile ha hecho grandes progresos en el afianzamiento de la paz interior, en la consolidacion de sus instituciones, en los trabajos materiales; pero estos mismos progresos han enervado su espíritu militar. Un pais que como Chile, se agregaba, gasta mas en el ministerio de instruccion pública que en el ministerio de la guerra, será todo lo que se quiera, pero no es un pueblo que pueda hacerse respetar por el estranjero.» Ante naciones que miden la prosperidad de un pais por el número de sus soldados i

4

de sus jenerales, Chile no podia contar con un gran prestijio.

Hasta entónces, sin embargo, el Perú no habia tomado parte alguna ostensible en aquella cuestion. Hai motivos para creer que privadamente estimulaba desde esa época las intransijencias de Bolivia; pero en las apariencias se presentaba como el amigo sincero de Chile, i cuidaba de cultivar las mejores relaciones posibles. Pero, la marcha de aquellas negociaciones, la templanza con que Chile buscaba un arreglo pacífico, aun sacrificando los derechos que creia mas lejítimos, estimularon al gobierno del Perú a salir de aquella situacion en provecho de sus intereses.

Se sabe que el Perú, por las inmensas riquezas naturales de su suelo, ha estado en posesion de recursos que, manejados con intelijencia, con órden i con probidad, habrian hecho de ese pais el mas próspero de la América meridional. Los depósitos de guano, esplotados por el estado, le produjeron rentas verdaderamente enormes; pero esas riquezas se gastaban con la misma rapidez con que se producian, á causa del derroche de los dineros del estado, de las negociaciones fraudulentas, i del sosten de una clase numerosa de funcionarios pródigamente gratificados. «Este pais, dice un distinguido diplomático belga, en posesion de productos naturales que encontraban una salida fácil i lucrativa, se ha adormecido largo tiempo en el olvido completo del porvenir. Cada nuevo gobierno lleva tras de sí una muchedumbre de favoritos al poder. Estos, convertidos en funcionarios, son retirados con buena renta por el resto de sus dias: sus viudas i sus hijos continúan gozando de pensiones

ordinariamente mui subidas. Resulta de aquí que cada ciudadano crée que el estado está obligado a darle una renta, i la hacienda pública, minada por este lado, empeñada por aquí i por allá en especulaciones aventuradas, quedó bien pronto agotada.

«El Perú, lanzado bajo la presidencia del coronel Balta en una série de empresas aventuradas, ha visto construir ferrocarriles, establecer diques, levantar monumentos públicos que son pesadas cargas del tesoro mas bien que fuentes de entradas. Despues de algunas sangrientas jornadas, don Manuel Pardo, bajo pretesto de reformas necesarias, ha contribuido a arruinar, no solamente el tesoro, sino tambien el crédito público. La mejor prueba de ello es que la renta peruana, cotizada en Lóndres, hace cuatro años al 74, ha bajado en 1876 al 12! El papel moneda, único valor en circulacion, pierde de dia en dia: yo he visto caer el «sol» a 25 peniques, cuando a la par estaria al 48. El comercio sufre naturalmente con este estado de cosas; la importacion disminuye, i parece imposible que en poco tiempo mas, el Perú, falto de recursos i de espedientes, no esperimente una de esas crísis terribles de que un pais se levanta con dificultad.

«No se crea, sin embargo, que Lima está en la postracion: la situacion parece solo orijinal; i cada cual, despertándose economista, desarrolla en los diarios un nuevo sistema para salvar la patria. Por lo que toca a la revolucion, ella está a la órden del dia; i el primer pretendiente que aparezca, sea reaccionario o radical, se crée con derecho, si la ocasion se presenta, de llevarlo

todo a sangre i fuego para el mayor bien de sus conciudadanos (1).»

Esta situacion financiera del Perú fué evidente desde 1872, cuando don Manuel Pardo tomó las riendas del gobierno. A los cincuenta dias de haber asumido el mando de la república, el nuevo presidente se presentó en persona al congreso nacional para demostrarle que el Perú estaba próximo a una bancarrota, i que no podia cumplir las obligaciones contraidas, ni atender a los injentes gastos de la administracion. Acordóse entónces que todos los administradores del tesoro público bajo el gobierno anterior, fuesen sometidos a juicio como derrochadores de la fortuna del estado (2). Este procedimiento, que no condujo a otro resultado práctico que a la preconizacion de los escándalos cometidos por todos los gobiernos, no mejoraba en nada una situacion que cada dia se hacia mas angustiada.

La riqueza pasada habia sido el estímulo para la contratacion de injentes empréstitos que gastados imprudentemente, o invertidos en trabajos improductivos, pusieron al estado en el caso de suspender el servicio de su deuda. Cuando las entradas obtenidas por el guano comenzaban a desaparecer, el gobierno del Perú trató de reemplazar los recursos que se le escapaban,

(1) Le comte Charles d' Ursel, *Sud-Amérique*, *Séjours et voyages*, Paris, 1879, p. 291.

(2) El acta de acusacion, presentada el 13 de agosto de 1872 por siete señores diputados, comprendia a los siguientes ex-ministros del gobierno anterior, don Manuel Santa María, doctor don Nicolas de Piérola (despues jefe supremo del Perú), don Manuel Angulo, don Camilo Carrillo, don Felipe Masías, doctor don Jorje Loayza, doctor don José Aranibar, doctor don Melchor García, don Juan Francisco Balta i don José Allende.

apoderándose bajo cualquier pretesto de los depósitos de nitrato de soda que abundan en el sur de su territorio.

Pero aquí se suscitaba una nueva dificultad. Esos depósitos de salitre eran esplotados en su mayor parte por brazos i por capitales chilenos. Diversas compañías organizadas en Santiago i en Valparaiso i habilitadas por bancos de esas dos plazas comerciales, habian establecido grandes elaboraciones de nitrato en la provincia peruana de Tarapacá, i pagaban al erario considerables derechos de aduana, que no satisfacian sin embargo la escasez i la sed de nuevas entradas por que necesariamente pasaba entónces el Perú. El gobierno peruano debió preguntarse en esos momentos: ¿consentirá Chile en que sus ciudadanos sean despojados de sus propiedades? ¿aceptará tranquilamente que la lei peruana venga a privarlos del producto de su industria i de sus capitales? ¿aceptará Chile que la plaza comercial de Valparaiso, que ha sido el centro de donde han salido los capitales i el movimiento industrial de Tarapacá, se vea de repente privada de los recursos que le suministra la provision de los establecimientos que ha fundado, el fletamento de sus buques, la venta del salitre?

Para resolver esta situacion embarazosa, el gobierno del Perú recurrió entónces al espediente de fomentar las dificultades internacionales de Chile, a estimular las resistencias de los estados que consideraba sus adversarios, i a crearle una situacion ante la cual no debia quedarle otro arbitrio que resignarse a sufrir en silencio todos los ultrajes que quisieran inferirle.

No le fué difícil hacer entrar a Bolivia en este plan.

A principios de 1873 se hallaba en Lima, en tránsito de Europa, don Adolfo Ballivian que volvia a América para tomar el mando de la república boliviana. La prensa peruana, acojiéndolo con grandes aplausos, armó en esos momentos una estrepitosa gritería contra Chile i contra las pretensiones invasoras que se le atribuian. Por mas que entónces Chile no aspirase a otra cosa que a que se cumpliese el tratado de 1866, i a que se aprobase el pacto complementario de diciembre de 1872, que como hemos visto, era una nueva concesion hecha a Bolivia, los escritores i los estadistas del Perú, estaban empeñados en presentarlo como un usurpador atrevido i desvergonzado. Solo el Perú, se decia, puede poner a raya la ambicion de una república que no tiene mas armas que su arrogancia, pues no cuenta con soldados ni con cañones. El Perú es bastante poderoso para esta obra, i es bastante jeneroso para acudir con sus recursos, con sus ejércitos i con sus escuadras, en apoyo de una hermana querida, cuya autonomía, por otra parte, conviene mantener en nombre del equilibrio americano. No es difícil imajinarse la manera como los gobernantes del Perú esplicaron el estado de los negocios entre Chile i Bolivia a aquel huésped que no podia traer de Europa una idea cabal de lo que estaba ocurriendo en su pais. Ballivian, hombre de vistas poco sagaces, se dejó enredar en aquella intriga, i dió su aceptacion a la alianza que se le ofrecia. Parece que el gabinete de la Paz no tuvo el menor conocimiento de aquella negociacion, i que el dia ménos pensado se encontró con que su ajente diplomático en Lima, por encargo de un mandatario que ni siquiera habia entrado en sus funciones, acababa de celebrar

un tratado que amarraba a la república a una alianza que al fin habia de ser funesta a las dos partes que la estipularon. A los que conocen la manera irregular con que se dirijen los negocios públicos en los pueblos que como Bolivia i el Perú, han vivido envueltos en el desórden i las revoluciones, no debe sorprenderles esta conducta.

Sea de ello lo que se quiera, el hecho es que el 6 de febrero de 1873 se firmaba en Lima un tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva, por el cual ambas partes contratantes se comprometian a marchar unidas contra cualquier enemigo esterior que amenazase su independencia, su soberanía, o su integridad territorial. En esos momentos, ni Bolivia, ni el Perú estaban en vísperas de una guerra esterior; i aunque en aquel pacto no se nombraba para nada a Chile, a nadie se le podia ocurrir que él fuese arreglado contra cualquiera otro estado. Pero otro hecho, secreto entónces, i hoi conocido, viene a demostrar mas claramente los propósitos que se tenian en vista.

Chile sostiene desde años atras una larga i complicada cuestion de límites con la República Arjentina. En 1873 las negociaciones diplomáticas habian tomado cierta vivacidad que no habian tenido ántes. El gobierno del Perú concibió la esperanza de hacer entrar a aquella república en sus planes; i al efecto envió a Buenos Aires un ministro diplomático encargado de negociar la adhesion arjentina al pacto de alianza contra Chile. El gobierno arjentino oyó esas proposiciones; i sin darles su aprobacion, las sometió en consulta a las cámaras lejislativas. El congreso trató este asunto en sesiones secretas; i por el momento no se supo nada de lo que allí pasó. Despues se ha sabido que el congreso arjentino, reconociendo

que el estado de la cuestion diplomática no justificaba en manera alguna la celebracion de una alianza, i que mui al contrario ella podia producir las mas sérias complicaciones, acordó aplazar no solo la aprobacion sino hasta la discusion de las bases de aquel pacto. El Perú no logró, pues, hacer entrar a la República Arjentina en sus planes secretos contra Chile.

Casi es innecesario repetir que las dos partes interesadas en aquel convenio guardaron respecto de Chile la mas estudiada reserva. Mas aun, las relaciones entre esta república i el Perú continuaron tan amistosas como ántes; i si algun rumor de esa alianza llegó hasta Chile, el Perú supo desvanecerlo observando en sus relaciones diplomáticas la mas delicada i amistosa cortesía.

Miéntras tanto, el gobierno peruano, creyó que, aun sin contar con la cooperacion de la República Arjentina, la sola alianza con Bolivia le bastaba para poner en obra sus planes financieros. Comenzó entónces a ejecutar las reformas que iban a herir de muerte a los industriales i a los capitales chilenos que estaban haciendo de la provincia peruana de Tarapacá un emporio de riqueza i una fuente de recursos para el tesoro del Perú, de que habria sabido aprovecharse otro gobierno mas previsor.

El 18 de enero de 1873, en los momentos en que terminaba la formacion del tratado de alianza con Bolivia, el gobierno del Perú promulgó la lei por la cual se declaraba estancado el salitre en toda la república. Como único negociante en todo el pais para el comercio esterior, el estado se comprometia a pagar a los productores de salitre dos pesos cuarenta centavos por quintal puesto en el sitio del embarque, reservándose como be-

neficio fiscal el mayor valor que obtuviera en la venta. La esportacion de salitre por cualquiera otra persona seria castigada con la pena de confiscacion del artículo. Esta lei, decia un artículo transitorio, comenzará a rejir dos meses despues de su promulgacion.

Fácilmente se comprenderá el disgusto que esperimentarón todos los productores de salitre de la provincia de Tarapacá cuando se vieron despojados así del derecho de negociar libremente sus productos i sujetos a venderlos forzosamente a un gobierno cuya moralidad i cuyos recursos no inspiraban mucha confianza. Aprovechando con una actividad asombrosa los dos meses que se les daban de plazo para la ejecucion de la lei, aceleraron la esportacion al esterior; los depósitos de este artículo se llenaron en Europa; i como primer resultado de esta imprudente perturbacion, el precio del salitre bajó considerablemente. El gobierno peruano divisó las consecuencias de su error; pero en vez de adòptar el único remedio salvador, que era la proclamacion de la libertad comercial, agravó el mal con medidas contrarias a todos los principios económicos, i mas contrarias aun al réjimen liberal, sin el cual no puede progresar ninguna industria. Por otra lei de 23 de abril i por los decretos reglamentarios, el gobierno peruano limitó la produccion de salitre, buscando con esta medida absurda que no bajase el precio del artículo. Durante el año que trascurra desde el 1.° de setiembre de 1873 hasta el 31 de agosto de 1874, el estado, dijo la lei, comprará solo 4.500,000 quintales de salitre; i una comision compuesta de cinco productores nombrados por el prefecto de Tarapacá, fijará la proporcion en que debe ha-

cerse esta compra, o mas claro cuanto deba comprarse a cada productor. No se necesita de mucha penetracion para conocer el error de esta medida, ni el campo que ella abria al favoritismo i a las especulaciones fraudulentas. ¿Quiénes serian los favorecidos en aquellas compras? En el Perú, i mediante el réjimen de corruptela que desgraciadamente ha subsistido durante tantos años, la contestacion a esta pregunta no podia ser mas que ésta: Venderán la mayor cantidad de salitre los que por un medio o por otro sepan congraciarse con la autoridad que nombra la comision i que preside a la venta.

Las consecuencias de estos desaciertos no tardaron en dejarse sentir. El viajero belga, que hemos citado mas atras, visitó el Perú bajo el réjimen de aquellos errores económicos; i ha comparado esa situacion con la historia de la gallina que ponia huevos de oro. El salitre esplotado por el principio de la libertad, daba al tesoro del Perú un huevo de oro cada dia; pero el gobierno quizo una buena mañana apoderarse de todos los huevos de oro que quedaban, i estancó el salitre, es decir mató la gallina. En efecto, aquel sistema financiero podia ser mui útil a algunos traficantes que esplotaban al estado; pero la situacion del tesoro público marchaba de mal en peor. Las trabas puestas a la libre produccion del salitre en la provincia peruana de Tarapacá, i que arruinaban a su comercio, habian dado nueva vida a las salitreras que los chilenos esplotaban en Antofagasta. En Chile mismo, en el territorio que nadie se habia atrevido a disputarle, es decir al sur del grado 24, comenzaba a prepararse la produccion del salitre, creando así una nueva fuente de riqueza pública.

El triste resultado de aquel sistema debió hacer meditar al gobierno del Perú, pero no bastó para curarlo de su error. Así, pues, en vez de acudir al remedio salvador de declarar la libertad de la industria del salitre, persistió en la idea del estanco, modificando solo su forma.

El 28 de mayo de 1875 dictó una lei por la cual derogaba las dos de 1873 que establecieron el estanco del salitre. Por el art. 3 de esta lei «se autoriza al poder ejecutivo para adquirir los terrenos i establecimientos salitrales de la provincia de Tarapacá, adoptando con este objeto las medidas legales necesarias. Se le autoriza igualmente para celebrar los contratos convenientes para la elaboracion i venta del salitre.» Los productores de salitre que no quisieran vender sus establecimientos al gobierno, podrian seguir esplotándolos por su propia cuenta, pero debian pagar al estado un derecho de esportacion; i como el gobierno era dueño de fijar la cuota de este impuesto, es claro que el dia que quisiese podria obligarlos indirectamente a renunciar a sus propiedades. El gobierno pretendia ser el único productor de salitre para venderlo sin competencia.

Pero ¿cómo pagaria el gobierno las salitreras i las fábricas que comprase? El tesoro del Perú estaba exhausto: no solo se habian paralizado las obras públicas, sino que el gobierno, con gran sorpresa i con gran disgusto de sus numerosísimos acreedores en Europa, habia suspendido el pago de la deuda esterior. La lei de mayo de 1875 habia previsto esta dificultad. Por su artículo 4.° autorizaba al gobierno para contratar un empréstito de siete millones de libras esterlinas. Cuatro millones de-

bian invertirse en la compra de las salitreras, fábricas, máquinas, etc, i los otros tres para concluir los trabajos de los ferrocarriles contratados por el gobierno, i atender a las necesidades jenerales del estado. Pero ¿podia hallar quien prestase siete millones de libras esterlinas a un gobierno que desde dos años atras habia suspendido el pago de su deuda? ¿Habria álguien que prestase millones al Perú para concluir los ferrocarriles comenzados, cuando las declaraciones oficiales del presidente de la república i del congreso nacional en 1872 habian revelado que esos trabajos fueron el pretesto de un espantoso derroche, hasta el punto de mandar someter a juicio a todos los funcionarios que intervinieron en esos negocios? Casi es innecesario decir que el Perú no encontró en esos momentos quien le hiciese préstamo alguno.

Miéntras tanto, los industriales productores de salitre, exasperados por aquella lejislacion que ponia sus fortunas a merced o al capricho de un gobierno que parecia no comprender sus propios intereses, arruinados muchos de ellos, no querian otra cosa que desembarazarse de sus propiedades. Al fin, muchos se vieron en la necesidad de vender al gobierno del Perú el fruto de su industria i de su trabajo, bajo las peores condiciones del mundo. Entregaron sus establecimientos, sus fábricas i sus depósitos en cambio de un papel por el que el estado se comprometia a pagarles su valor en tal plazo. El plazo fijado llegó hace tiempo a su término, i los infelices vendedores no han podido entrar en posesion de los capitales que se les deben.

Esta serie de desaciertos i de violencias hirió princi-

palmente a los capitalistas chilenos que habian llevado su fortuna i su trabajo a la provincia peruana de Tarapacá. Ellos fueron la primera causa de la crísis comercial porque tuvo que pasar Chile en los años subsiguientes. El gobierno de esta república, sin embargo, no salió un instante de la mas fria moderacion. Reconociendo en la soberanía del Perú el derecho de arreglar como mejor quisiese sus cuestiones financieras, no entabló ningun reclamo por los enormes perjuicios que esas leyes inferian a sus nacionales.

En Chile se ha dicho en la prensa i quizá hasta en algun documento oficial, que aquellas leyes estaban calculadas para arruinar los intereses chilenos comprometidos en esas negociaciones. Nosotros no participamos completamente de esta opinion. Es verdad que la conducta observada por el Perú en este negocio autoriza a creer que su gobierno piensa que los estranjeros que llevan a un pais su trabajo i sus capitales para buscar la fortuna por medio de una industria honrada, enriqueciendo al mismo tiempo al pueblo que los hospeda, son malhechores a los cuales es permitido despojar por la astucia o por la violencia. Pero, nosotros creemos que en toda la conducta del gobierno del Perú en las cuestiones del salitre, tiene tanta parte el odio a los chilenos como el desconocimiento de sus propios intereses.

CAPITULO IV.

Cambio producido en la actitud de Bolivia respecto de Chile despues de estipulado el tratado secreto.—El congreso boliviano aplaza la discusion del tratado celebrado con Chile en 1872.—El gobierno de Chile entabla nuevas negociaciones i celebra el tratado definitivo de 1874.—Concesiones que Chile hacia por este pacto.

El tratado secreto de alianza celebrado en Lima contra Chile el 6 de febrero de 1873 comenzó a producir en breve sus efectos en Bolivia. Se creyó allí que esa alianza ponia a la república chilena al borde de un abismo, ante el cual no le quedaba mas salida posible que desistir de sus pretensiones sino queria precipitarse a su ruina.

En Bolivia se tomaba a lo sério el poder naval i militar del Perú, se creia que las pretensiones de esta república al rango de la primera potencia del Pacífico eran perfectamente fundadas, i que no tenia mas que alzar un poco la voz para que Chile, sin ejército i sin escuadra, doblase la cabeza i aceptase las condiciones que se quisiera imponerle. La legacion peruana en Bolivia fomentaba artificiosamente esta confianza i parecia estimular abiertamente la intransijencia de sus secretos aliados. A fines de 1872, i segun lo espuso, por encargo espreso

de su gobierno, esa legacion dió un banquete en la ciudad de la Paz, al representante de Chile i a los gobernantes de Bolivia para celebrar el desenlace pacífico de todas cuestiones pendientes, por medio del pacto complementario de 6 de diciembre. Pocos meses mas tarde, esa misma legacion se espresaba aun en documentos públicos, en términos tan inconvenientes contra Chile, que el gobierno peruano, que tenia el mas vivo interes en mantener secreta la alianza contratada, llegó a reconvenir a su ajente por el exceso de celo con que podia comprometer el resultado de toda aquella intriga.

Los gobernantes de Bolivia, por su parte, pasaron tambien por iguales alternativas en su opinion respecto de Chile. Antes de celebrarse la alianza perú-boliviana, o mas propiamente ántes que la noticia de su celebracion llegase a la Paz, la cancillería de este pais se manifestaba altamente satisfecha de haber hallado una solucion amistosa a todas las dificultades. Contestando la nota en que el gobierno de Chile le comunicaba la aprobacion definitiva del pacto de diciembre, el ministro de relaciones esteriores de Bolivia, doctor don Melchor Terrazas, decia lo que sigue: «De verdadera complacencia es para Bolivia que el excelentísimo gobierno de Chile, inspirándose de la elevada mira de consolidar la paz, la buena intelijencia i fraternal union que felizmente liga a esa República con su vecina i amiga, la nacion boliviana, ántes que tener en cuenta transitorios intereses, haya prestado su plena aceptacion a las estipulaciones consignadas en el referido protocolo. No podia esperarse ménos de la altura de ideas i sentimientos que distinguen al ilustrado gobierno de Chile... Por lo demas, es mui sa-

tisfactorio que el Exmo. gobierno de Chile conceptúe el convenio consignado en el indicado protocolo, como obligacion perfecta i se apresure a ejecutarlo; encontrándose en la misma favorable disposicion el de Bolivia, para darle cumplido efecto por su parte.»

Estas amistosas protestas fueron escritas el 6 de febrero de 1873. El ministro que las firmaba no debia tener la menor noticia de que ese mismo dia i quizá a la misma hora, un funcionario boliviano de su dependencia, el representante de Bolivia en el Perú, estaba firmando en Lima un tratado de alianza ofensiva i defensiva contra Chile. Cuando este tratado fué conocido por los gobernantes de la Paz, cuando creyeron que Chile se iba a ver en la necesidad de seguir adelante en la via de las concesiones, el tono del gabinete boliviano cambia completamente. Con fecha 27 de marzo de 1873, poco mas de mes i medio despues de aquella comunicacion, el mismo doctor don Melchor Terrazas decia al gobierno de Chile en términos secos i perentorios, no que Bolivia estaba dispuesta a dar cumplimiento desde luego al protocolo de diciembre, sino que iba a someterlo a la aprobacion de los representantes de la nacion «conforme a los principios del sistema representativo que rije en Bolivia» (1). El ministro añadia que la representacion nacional estaba

(1) Cuando leemos en la nota del ministro Terrazas este estemporáneo respeto por el sistema representativo que rije en Bolivia, involuntariamente se nos vienen a la memoria las palabras de un sábio mui distinguido, M. Charles Wiener, que ha recorrido palmo a palmo esa república i la del Perú en desempeño de una mision científica que le confió el gobierno frances. «En Bolivia, dice Mr. Ch. Wiener, el parlamento no existe, por decirlo así, mas que como parágrafo olvidado en la constitucion. Doscientos pretorianos, conocidos bajo el nombre de «el primer batallon», hacen i deshacen los presidentes de

convocada para el mes siguiente; i que a ella le tocaba resolver este asunto. De su nota se desprendia claramente que el protocolo en cuestion no seria aprobado.

Esto fué lo que sucedió, en efecto. El congreso boliviano acordó aplazar el conocimiento de este asunto hasta el año de 1874. Miéntras tanto, el 2 de julio de 1873 aprobaba en sesiones secretas el tratado de alianza celebrado con el Perú. Seguro ya de su poder, sancionaba despues otras leyes para gravar con nuevos impuestos las industrias chilenas establecidas en el territorio de esplotacion comun, acto que no podia ejecutar sin el conocimiento i la aprobacion de Chile.

El gobierno chileno no sabia cómo esplicarse este cambio en la actitud de Bolivia. Atribuíalo a las alternativas consiguientes a las jestiones i ajitaciones de los partidos políticos de ese pais que ha vivido siempre en la revuelta. Ni por un instante pasó por su mente la idea de que el Perú, que cada dia se mostraba mas cortes i amistoso en sus comunicaciones con Chile, fuese el verdadero i único autor de aquellas dificultades, preparadas tan artificiosamente desde Lima por medio del tratado secreto. Seguramente el rompimiento que ha estallado en 1879, habria sobrevenido entónces, si Chile

la República, de los cuales trece sobre catorce, desde la fundacion de la República, han muerto o desterrados o asesinados». Copio estas palabras, abreviándolas lijeramente, de una série de importantes artículos que sobre la guerra del Pacífico publicó M. Wiener en *Le XIX Siècle*, diario de Paris, del 2 al 19 de junio de 1879. Recientemente, en 1880, acaba de publicar el mismo autor el resultado de sus esploraciones en una obra monumental sobre esos paises, con el título de *Pérou et Bolivie. Récit de voyage, suivi d'études archéologiques et ethnographiques et de notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes, ouvrage contenant plus de* 1100 *gravures*, 27 *cartes et* 18 *plans*, Paris, Hachette, 1880. Grand in 8.° de 796 pages.

hubiera conocido en esa época la trama urdida contra él; pero ignorante de todo eso, creyó vencer las veleidades de Bolivia, que atribuia simplemente a inesperiencia de algunos hombres públicos, i a mediados de 1873 hizo partir para la Paz una nueva legacion.

Esta vez, el gobierno de Chile estaba dispuesto a hacer nuevas concesiones para asegurar de una manera definitiva la situacion de las industrias chilenas establecidas en el desierto de Atacama. No buscaba en estas negociaciones ni mayor ensanche de su territorio, ni tampoco aumento de sus entradas fiscales por medio de la imposicion i la reparticion de los impuestos que debian pagar aquellas industrias. Queria solo que el réjimen de violencia i de instabilidad que con demasiada frecuencia habia imperado en Bolivia, no se hiciese sentir en aquella rejion por medio de exacciones i de impuestos exorbitantes contra las personas i los bienes de los chilenos establecidos allí.

Estos fueron los principios que sirvieron de fundamento al tratado celebrado el 6 de agosto de 1874. Chile renunciaba en favor de Bolivia a toda la parte que le correspondia por los impuestos percibidos en aquellos lugares desde 1866. Iba mas léjos todavía: renunciaba para siempre a todos los derechos que en adelante se cobrasen allí, i de cuya mitad era dueño en virtud de los tratados anteriores. En compensacion de estas concesiones, solo exijió una garantía que fué establecida en el artículo 4.° del tratado en la forma siguiente: «Los derechos de esportacion que se impongan sobre los minerales esplotados entre los paralelos 23 i 25 no excederán la cuota que actualmente se cobra, i las personas, industrias i capita-

les chilenos no quedarán sujetos a mas contribucion, de cualquiera clase que sea, que las que al presente existen. La estipulacion contenida en este artículo durará por el término de 25 años.» El gobierno contaba con que al cabo de estos veinticinco años, el desarrollo de la industria, la marcha progresiva del movimiento comercial, i una mayor civilizacion, en fin, harian comprender a Bolivia que los intereses del estado son los mismos que los de los particulares, i que las medidas vejatorias, los impuestos excesivos i arbitrarios, léjos de ser una fuente de entradas para el erario, paralizan i aniquilan la industria, como en esos mismos momentos lo estaba esperimentando el Perú con el estanco del salitre. Para libertarse de nuevas complicaciones diplomáticas con motivo de la interpretacion i de la aplicacion de este tratado, Chile exijió i obtuvo en garantía el siguiente principio: «Todas las cuestiones a que diere lugar la intelijencia i ejecucion del tratado, deberán someterse al arbitraje.»

La república de Bolivia no podia aspirar a bases mas favorables que las que le acordaba Chile renunciando condicionalmente a todos sus derechos sobre aquellos territorios. La diplomacia boliviana debia este triunfo a la disposicion en que se hallaba Chile de hacer las mas jenerosas concesiones para dar bases sólidas al establecimiento de las industrias de sus nacionales. Debíalo igualmente al carácter recto i a la elevacion de miras del majistrado que entónces gobernaba en Bolivia. Por muerte del presidente Ballivian, habia tomado el mando supremo de la república, el señor don Tomas Frias, el hombre público mas caracterizado de ese pais, por su

intelijencia i por su probidad. En posesion de un tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva contra Chile, oyendo las sujestiones que contra esta república hacia el Perú, el gobierno del señor Frias debió desconfiar de la sinceridad de este aliado, que habia sido el enemigo tradicional de Bolivia, i prefirió hacer una paz sólida i durable ántes de entrar en la carrera de aventuras i complicaciones cuyo desenlace no podia ser otro que el triunfo material i moral de Chile. El señor Frias trató porque queria evitar a Bolivia los males que han sobrevenido sobre ella cuando estuvo gobernada por manos mucho ménos puras i mucho ménos intelijentes; i al tratar, supo conseguir de Chile las condiciones mas favorables a que podia esperar.

CAPITULO V.

Revolucion ocurrida en Bolivia en 1876.—Elevacion del jeneral Daza a la presidencia de la república.—Condicion de los trabajadores chilenos en el desierto de Atacama.—Violencias de que eran víctimas de parte de las autoridades.—La administracion de justicia boliviana.—Creacion de nuevos impuestos en violacion de los tratados existentes.

El tratado de 1874 entre Chile i Bolivia no dejaba por resolver ninguna dificultad. Sin embargo, para que su cumplimiento no suscitase nuevas complicaciones, se necesitaba que las dos partes contratantes estuviesen animadas del mismo espíritu leal i justiciero. Bajo este aspecto, Chile no tenia nada que temer de la administracion honrada de don Tomas Frias, sino los avances imprudentes de algun empleado subalterno, que indudablemente seria reprimido por la accion del gobierno jeneral.

Por desgracia para la prosperidad interior de Bolivia i para la paz esterior de estas repúblicas, la administracion del señor Frias no fué de larga duracion. En marzo de 1876 se apoderaba del gobierno el jeneral don Hilarion Daza, despues de una revolucion de cuartel con las tropas cuyo mando le habia confiado el gobierno. A la administracion honorable e ilustrada del señor

Frias habia sucedido una dictadura violenta, atrabiliaria, vergonzosa para Bolivia i compromitente para la paz esterior. Se ha dicho alguna vez que esa revolucion fué fomentada por el gobierno del Perú, a quien ha gustado siempre ausiliar los movimientos revolucionarios i subversivos en los estados vecinos. Sea de ello lo que se quiera, la verdad es que sobraron en Bolivia jentes que levantaron arcos triunfales en todas las ciudades para recibir al jeneral Daza en medio de los mas estruendosos aplausos con que se le aclamaba «salvador de la patria» (1).

La numerosa colonia de laboriosos chilenos que habia llevado al desierto de Atacama su industria i sus capitales, comenzó a sufrir desde aquel dia las consecuencias del réjimen de violencias establecido por la nueva administracion. Sobre semejante estado de cosas, conviene oir el juicio de testigos desapasionados i desinteresados. Un célebre sábio frances, M. Charles Wiener, que en este tiempo recorrió esos lugares en desempeño de una mision científica de su gobierno, nos ha dado el cuadro compendioso pero animado de aquel estado de cosas.

«La esplotacion de estos depósitos de guano i de nitrato de soda, dice, es de una estremada dificultad, porque la costa que termina la rejion del desierto, i que tiene su misma configuracion, carece absolutamente de agua. Los chilenos, mejor colocados que los bolivianos

(1) Dos viajeros distinguidos, el conde d'Ursel, diplomático i escritor belga, i M. Ch. Wiener, sábio frances, fueron testigos de las fiestas i ovaciones grotescas de que fué objeto el jeneral Daza en esas circunstancias, i las han descrito con el mismo buen humor. Véanse los capítulos XIII i XIV del libro titulado *Sud Amérique* (Paris, 1879) por el conde d'Ursel.

para sacar partido de este territorio, puesto que su pais es la continuacion natural de ese litoral, han empleado mucha enerjía i mucha actividad en estos lugares, han comprometido capitales considerables; i las ciudades mineras que allí existen, los inmensos aparatos que destilan el agua del mar para alimentar a los habitantes, son obra suya.

«De cada veinte habitantes, se pueden contar diez i siete chilenos, un peruano, un europeo i un coronel boliviano. El coronel boliviano es la autoridad.

«Los chilenos trabajan, los europeos trafican, i él (el coronel boliviano) manda. El aislamiento de la rejion que administra, lo convierte en una especie de dictador; i por lo tanto un réjimen de capricho i de mala voluntad, esencialmente vejatorio, hace tan desagradable como difícil la posicion de los chilenos» (1).

En efecto, cada correo que llegaba del norte, llevaba a Santiago i a Valparaiso la noticia de alguna violencia, de algun despojo, cuando no de algun asesinato perpetrado o amparado por la policía boliviana en la persona de algun trabajador chileno. Aquellos crímenes repetidos i dejados impunes por la autoridad, hacian hervir la sangre de todas las personas honradas por la indignacion que producian. Chile, es verdad, tenia cónsules en aquellos parajes; i esos cónsules tomaron resueltamente mas de una vez la defensa de sus nacionales; pero solo obtuvieron respuestas evasivas o esplicaciones que eran

(1) Copiamos estas palabras de una serie de importantes artículos que acerca de estos paises publicó el sabio viajero en *Le XIX Siècle* de Paris del 2 al 19 de junio de 1879. Mas tarde, M. Wiener ha reunido sus observaciones en la obra monumental que hemos citado en una nota anterior.

una burla de toda justicia i de toda consideracion. Una sociedad de socorros mútuos fundada por los chilenos i por otros estranjeros, fué particularmente el objeto de estas violencias, i fué el oríjen de una declaracion que revela el caso que se hacia de las jestiones consulares.

En nota de 11 de diciembre de 1876, el prefecto de Antofagasta se desembarazaba de todas las quejas elevadas por el consulado de Chile, declarando que los cónsules «no tenian derecho para apoyar las reclamaciones de sus conciudadanos contra los actos de la autoridad del pais en que residen». El prefecto de Antofagasta queria que esas reclamaciones se entablasen por la legacion de Chile, en la ciudad de la Paz, a dieziocho dias de viaje del teatro de los sucesos, a fin de que la dificultad de aducir pruebas, la necesidad de pedir informes, i el trascurso del tiempo, sirviesen para hacer una burla cruel de esas jestiones. Pero lo que hai de mas singular es que un mes ántes de la declaracion del prefecto de Antofagasta en que negaba a los cónsules el derecho de reclamar por los atropellos que sufrian sus nacionales, el gobierno de la Paz habia publicado una circular, con fecha de 16 de noviembre, a todos los cónsules de Bolivia recomendándoles que prestasen «la mas decidida proteccion a los ciudadanos bolivianos que residan bajo su jurisdiccion, haciendo en su favor, ante el gobierno cerca del cual está acreditado el cónsul, todas las reclamaciones que se juzguen necesarias en este caso». El prefecto de Antofagasta, sin inquietarse por los vejámenes que sufrian allí los chilenos, ponia, pues, en práctica principios diametralmente opuestos a los que proclama-

ba su gobierno, queriendo libertarse así de toda reclamacion.

Aquellos actos de arbitrariedad habrian sido en cierto modo soportables si los chilenos que daban industria i vida a las poblaciones del desierto hubiesen hallado siquiera respeto por sus propiedades de parte de los tribunales bolivianos. Pero, la justicia pasó a ser en aquella rejion la mas amarga burla de todo lo que es derecho i honradez. Nos bastará recordar que un juez de Caracoles, mui considerado por las autoridades de Bolivia, era un reo salido de la cárcel pública, donde habia sido procesado en 1874 por un intento de asesinato consumado con heridas graves, i en 1875 por un robo de dinero i de otras especies (1). En 1876, bajo la administracion del jeneral Daza, ese mismo hombre era convertido en juez, i administraba justicia ¡i qué justicia! a los laboriosos industriales chilenos, algunos de los cuales fueron privados de una parte de sus bienes de la manera mas inícua.

(1) Este juez se llamaba don Bartolomé Rebollo. Como comprobante del hecho, publicamos en seguida un certificado espedido en 1876 por las mismas autoridades bolivianas, por la secretaría del juzgado del crímen de Cobija. Hélo aquí:

«El secretario que suscribe, certifica que a f. 24 i a f. 30 del libro de tomas de razon en lo criminal se rejistran dos decretos de acusacion, espedidos por la sala del crímen de este tribunal superior contra don Bartolomé Rebollo; el primero por tentativa de asesinato i consiguiente herida inferida en la persona de Sebastian López, su fecha 17 de diciembre de 1874; i el segundo por robo de dinero i especies de la propiedad del doctor Manuel María Berasain, en 20 de mayo de 1875; resultando de ambos haberse librado los respectivos mandamientos de prision contra el reo i ordenádose la inscripcion de su nombre en el rejistro de la cárcel pública. Es cuanto puedo certificar en cumplimiento del anterior decreto i en obsequio de la verdad i justicia.—(Firmado)—*C. Suarez.*—Lamar (Cobija), noviembre 6 de 1876.»

Como Chile toleraba estas vejaciones, o se limitaba a reclamar de ellas por la via diplomática, i con la mas esmerada moderacion, el gobierno boliviano se creyó autorizado para pasar adelante. Creó en las poblaciones del litoral diversos impuestos nuevos, bajo el nombre de derecho adicional, de carguío, i de alumbrado, impuestos todos que recaian casi esclusivamente sobre los chilenos.

Para cohonestar esta violacion del tratado de 1874, el gobierno boliviano alegó las necesidades del servicio local; i el gobierno de Chile toleró los nuevos impuestos en el carácter de contribuciones municipales. Pero, el primer paso de Bolivia estaba dado. La complacencia de Chile habia alentado la arrogancia de sus vecinos. Tras de aquellos impuestos habian de venir otros, i luego la guerra si el gobierno chileno no consentia en tolerar indefinidamente la violacion de todos los pactos.

CAPITULO VI.

Juzgando a Chile envuelto en las mas serias complicaciones, el congreso de Bolivia grava con otros impuestos las industrias chilenas del litoral.—El gobierno boliviano suspende los efectos de esta lei.—Poco mas tarde la manda poner en vigor.—Reclamaciones diplomáticas de parte de Chile.—Propone a Bolivia someter la cuestion a arbitraje.—El gobierno boliviano responde a estas proposiciones decretando el despojo de la compañía de salitres de Antofagasta.—Decreta la venta en remate público de los bienes de esta compañía.—El desembarco de 500 soldados chilenos impide la ejecucion del remate.

A poco de celebrado el tratado de 1874, el gobierno del Perú habia insinuado a los de Chile i Bolivia la conveniencia de uniformar el réjimen tributario sobre los salitres en los tres paises. Parece que en esos momentos el Perú desconfiaba de la eficacia del tratado secreto de alianza con Bolivia, i pretendia ejecutar sus planes financieros por otros caminos. Chile, sin embargo, se negó a ligarse con compromisos internacionales que de un modo u otro pudieran llevarlo a un réjimen contrario a la mas amplia libertad comercial, que ha sido siempre el punto de partida de su sistema económico. Bolivia, por su parte, no pudo aceptar estas proposiciones porque estaba sujeta al cumplimiento del tratado en virtud del cual Chile habia renunciado condicionalmente a su so-

beranía sobre la rejion salitrera. Las cosas quedaron así hasta que creyendo que Chile estaba comprometido en las mas serias complicaciones, juzgaron sus adversarios que era llegado el momento de proceder sin consideracion alguna.

En los últimos meses de 1877 se anunció en esos paises que Chile estaba próximo a un rompimiento con la República Arjentina por causa de la cuestion de límites que sostiene desde muchos años atras. El deseo de los gobiernos del Perú i de Bolivia de que aquellos rumores se realizaran, les hizo sin duda dar crédito a cuanto se decia. Hasta ahora faltan las noticias para conocer qué relaciones mediaron en esos momentos entre los gabinetes de Lima i de la Paz. Lo cierto es que el 14 de febrero de 1878, la asamblea nacional de Bolivia aprobaba una lei concebida en estos términos: «Se aprueba la transaccion celebrada por el ejecutivo en 27 de noviembre de 1873 con el apoderado de la compañía de salitres i ferrocarril de Antofagasta a condicion de hacer efectivo como *mínimum* un impuesto de diez centavos por el quintal de salitre esportado.» El poder ejecutivo sancionó esta lei nueve dias despues.

El congreso boliviano, revisando i modificando por su sola voluntad un contrato bilateral celebrado seis años ántes entre el gobierno de la república i una compañía industrial, cometia al mismo tiempo la mas flagrante violacion del tratado de 1874, por el cual se habia comprometido a no imponer dentro del término de veinticinco años, ningun nuevo derecho a las industrias planteadas por los chilenos en el desierto de Atacama. Es verdad que la contribucion establecida por las cámaras bolivia-

nas no era exhorbitante; pero la lei tuvo cuidado de decir que ese derecho seria el mínimum, lo que equivalia a declarar que mas tarde podia ser elevado.

El representante de Chile en la Paz reclamó del gobierno boliviano, en nombre del tratado de 1874, por aquella violacion de un compromiso solemnemente contraido. Ese gobierno, persuadido al parecer de la justicia de la reclamacion de Chile, suspendió la ejecucion de la lei, cuidando sin embargo de no resolver definitivamente la cuestion que habia dado oríjen a la reclamacion.

Lo que habia producido este cambio en la política agresiva de Bolivia, no era en realidad el respeto por un solemne tratado internacional. Los gobiernos de las condiciones de la dictadura militar que entónces ultrajaba a ese pais, miran con el mismo desprecio los compromisos internacionales que las leyes que rijen la administracion interior. Pero los rumores de rompimiento entre Chile i la República Arjentina se habian desvanecido, i el primero de estos estados parecia libre de complicaciones esteriores. En una situacion semejante no convenia, a juicio de los gobernantes de Bolivia, provocar a Chile. La prudencia les aconsejaba esperar un momento mas propicio.

En efecto, a fines de 1878 se repitió con mayor insistencia todavía i con mayores visos de verdad el anuncio del rompimiento inevitable entre Chile i la República Arjentina. Decíase que ambos estados ponian en movimiento sus escuadras, i que de un momento a otro debia hacerse la declaracion de guerra. El gobierno de Bolivia no quiso perder una oportunidad que creia la mas

favorable para violar impunemente el compromiso que lo ligaba a Chile. Inútiles fueron los esfuerzos i las representaciones de la legacion chilena para evitar aquel acto de violencia. El gobierno boliviano estaba resuelto a atropellarlo todo: desatiende las observaciones que se le hacen en nombre del tratado, i haciendo alarde del mas inútil rigor, manda que la compañía chilena de Antofagasta pague 90,000 pesos como importe de los derechos que habria debido pagar despues de la promulgacion de la lei, cuyos efectos habian sido suspendidos. Parecia que no habia nada que esperar despues de esta última violencia.

El gobierno de Chile i su representante no desesperaron sin embargo. Entre esta república i la de Bolivia existia el compromiso formal de someter a arbitraje cualquiera dificultad a que diere lugar la intelijencia i la aplicacion del tratado de 1874. Con el deseo de evitar un conflicto, Chile propuso con grande insistencia que aquella cuestion se sometiese a un tribunal arbitral. En consecuencia, reclamó que se suspendiesen los procedimientos ejecutivos decretados contra la compañía de salitres i del ferrocarril de Antofagasta hasta la resolucion del árbitro. Pero esta proposicion fué el motivo de una nueva burla, i de un atentado mucho mayor aun de parte de Bolivia. En vez de aceptar con franqueza i sinceridad el arbitraje que se le proponia, o de pronunciarse abiertamente contra él, el gobierno boliviano prefirió mantener al representante de Chile en la espectativa miéntras él se preparaba para ejecutar sin resistencia sus planes de despojo, i espedia con este objeto sus instrucciones secretas a las autoridades de Antofagasta.

Por fin, el 1.° de febrero de 1879 el gobierno boliviano resolvia perentoriamente la cuestion por un decreto definitivo, cuya parte dispositiva dice testualmente como sigue: «Queda rescindida i sin efecto la convencion de 27 de noviembre de 1872, acordada entre el gobierno i la compañía de salitres de Antofagasta; en su mérito suspéndense los efectos de la lei de 14 de febrero de 1878. El ministro del ramo dictará las órdenes convenientes para la reivindicacion de las salitreras detentadas por la compañía.»

A primera vista no se comprende fácilmente todo el alcance de este decreto atentatorio que iba a producir el rompimiento definitivo. En él, el gobierno de Bolivia se desentendia por completo del tratado que lo ligaba a Chile. Suspendia, sin embargo, i aun podria decirse por via de burla, la contribucion que habia impuesto a la compañía chilena de salitres i del ferrocarril de Antofagasta; pero al mismo tiempo anulaba los títulos de propiedad de esa compañía, decretando la confiscacion de sus bienes. Se comprenderá mejor la importancia de este despojo, recordando que el capital de esa sociedad importaba seis millones de pesos, representados en edificios, en máquinas, en la via férrea, en muelles, en los almacenes de depósito, en animales i en todos los enseres necesarios para una vastísima esplotacion. La compañía chilena veia, pues, que por un simple decreto se le arrebataban todos sus bienes, el fruto de injentes capitales i de diez años de sacrificios i de trabajo. El gobierno de Chile, por su parte, veia que Bolivia, al paso que decretaba la abrogacion del im-

puesto, contestaba a sus reclamaciones confiscando las propiedades de los chilenos.

I aquel decreto no era una vana amenaza. El prefecto de Antofagasta, en cumplimiento de las órdenes que recibia de La Paz, trabó embargo sobre los bienes de la Compañía, i mandó suspender las faenas de esplotacion, dejando en un solo dia privados de trabajo a mas de dos mil obreros chilenos que estaban al servicio de la compañía. Decretó al mismo tiempo la prision del jerente de la compañía, el cual se vió obligado a buscar un asilo en un buque chileno que habia en el puerto. Como si esto no bastara para desvanecer toda esperanza de arreglo, el gobierno de Bolivia decretó que el 14 de febrero se vendiesen en pública subasta i al mejor postor todas las propiedades i enseres de la compañía chilena.

El gobierno de Chile tuvo noticia en un solo dia (11 de febrero de 1879) de todas estas violencias i de todos estos atropellos. En el acto comprendió que la diplomacia no tenia ya nada que hacer en esta cuestion. Todos los medios pacíficos estaban agotados ante la intemperancia de Bolivia i ante el hecho consumado de la ruptura de un pacto solemne i de la violenta confiscacion de las propiedades chilenas. El mismo dia 11 de febrero dió órden a su representante en Bolivia de dejar este pais. Habia llegado el momento doloroso para un pueblo pacífico i trabajador, de hacerse justicia por sí mismo con las armas en la mano.

Puesto que Bolivia rompia el pacto mediante el cual Chile habia cedido una parte del territorio poblado i trabajado por sus hijos, puesto que violaba las condiciones mediante las cuales se le habia hecho aquella ce-

sion, el papel de esta república no podia ser otro que retrotraer las cosas al estado que tenian ántes de los tratados por los cuales habia renunciado a una parte de su soberanía en cambio de condiciones que no se queria cumplir. Habia pasado el tiempo de las negociaciones, e iba a comenzar la era de la lucha armada.

Chile habia esperado hasta la última hora para tomar esta resolucion suprema; pero cuando el despojo de sus nacionales estaba para consumarse, el mismo dia en que las propiedades de la compañía de salitres i del ferrocarril debian venderse en remate público, el 14 de febrero de 1879, un cuerpo de quinientos soldados chilenos desembarcaba en Antofagasta e impedia la ejecucion de aquel injustificable atentado.

SEGUNDA PARTE.

LAS OPERACIONES MILITARES.

CAPITULO I.

Antofagasta i Calama, febrero i marzo de 1879.

Desembarca en Antofagasta una columna de 500 chilenos.—Las poblaciones vecinas se pronuncian por la causa de Chile i espulsan a las autoridades bolivianas.—Todas ellas piden su incorporacion a la república de Chile.—El presidente de Bolivia recibe la noticia del desembarco de los chilenos, i la oculta para no turbar las fiestas del carnaval.—Se decretan la espulsion de los chilenos de Bolivia i la confiscacion de sus bienes.—El ejército boliviano se dispone a salir a campaña.—Los chilenos se apoderan de Calama despues de un combate.—La escuadra chilena ocupa todo el litoral hasta la frontera del Perú.

Desde que el empleo de las armas fué una necesidad inevitable, el gobierno de Chile desplegó una grande actividad. El dia siguiente de aquel en que supo la confiscacion de las propiedades chilenas por mandato del gobierno de Bolivia i por órden del prefecto de Antofagasta (el 12 de febrero), hizo salir de Caldera dos buques de guerra con quinientos hombres de desembarco, bajo el mando del coronel don Emilio Sotomayor. Se queria que esas fuerzas llegasen a Antofagasta ántes que se efectuase el remate de las propiedades confiscadas, para evitar así las complicaciones que podian resultar de

la venta simulada a algun estranjero que hiciera intervenir en favor de aquella negociacion las reclamaciones de su gobierno.

El coronel Sotomayor desembarcó en Antofagasta en la mañana del 14 de febrero sin hallar la menor resistencia. La poblacion de aquella ciudad, compuesta casi esclusivamente de chilenos, recibió a sus compatriotas con los brazos abiertos, i en medio de los mayores trasportes de alegría. Para aquellos laboriosos trabajadores, víctimas como hemos dicho de los peores tratamientos de parte de las autoridades bolivianas, el desembarco de sus compatriotas, importaba la suspension, cuando no la cesacion definitiva de sus sufrimientos. El prefecto del lugar, i los demas ajentes del gobierno boliviano, fueron depuestos de sus funciones i dejados en completa libertad para retirarse a donde quisiesen. Todos ellos se embarcaron para los puertos del norte.

La noticia de este suceso llegó rápidamente a los pueblos vecinos de Caracoles i de Mejillones i a los establecimientos industriales de ese territorio. En todos esos lugares, los chilenos formaban a lo ménos el ochenta por ciento de la poblacion; i ellos así como los pocos europeos que allí residian en calidad de comerciantes i de empleados de los industriales chilenos, estaban hastiados de los atropellos i violencias de la dominacion boliviana. La accion de las tropas chilenas que llegaron rápidamente a esos puntos, se limitó a protejer a las antiguas autoridades de la saña del pueblo, que sin ese freno habria querido talvez vengarse de las crueldades i despojos de que habia sido víctima. En todas partes se dejó a las autoridades i a las guarniciones bolivianas en

libertad, i se les permitió replegarse al pequeño pueblo de Calama, situado a unas diez i seis leguas al norte del paralelo 23, i por tanto fuera del territorio que habia formado parte de Chile ántes de la cesion hecha a Bolivia por los tratados que esta república habia roto. En algunos lugares, como en Caracoles, los comerciantes chilenos hicieron una suscripcion para comprar zapatos a los soldados bolivianos, a fin de que pudieran hacer la travesía del desierto. ¡A tanta miseria los tenia reducidos el abandono i la incuria de su gobierno!

Miéntras tanto, las fuerzas chilenas se aumentaban considerablemente en Antofagasta i en otros puntos inmediatos. Ademas de los pequeños refuerzos que habian llegado de Valparaiso, para hacer frente a cualquier evento, los trabajadores chilenos acudieron a organizarse en batallones de guardia nacional regularmente disciplinados i vestidos, i prontos a acudir a cualquiera parte. A mediados de marzo, esas fuerzas ascendian ya a cerca de cuatro mil soldados, todos resueltos i ardorosos. En todas aquellas poblaciones, los vecinos mas influyentes i acaudalados, habian espontáneamente estendido actas en que espresaban sus deseos i su propósito de reincorporarse a la república de Chile, bajo cuyas leyes habian poblado el desierto, i bajo cuyo amparo querian vivir, para respeto de sus propiedades i de sus personas. Esas actas, llenas de firmas de chilenos i de la mayor parte de los europeos establecidos allí, eran elevadas al presidente de Chile, cuya autoridad querian todos reconocer. La anexion de ese territorio a la república chilena, de que habia estado temporalmente segregado, era, pues, un hecho inevitable, resultado de la monstruosa admi-

nistracion boliviana, i a que no habria podido resistir el mismo gobierno de Chile.

El telégrafo comunicó inmediatamente a Tacna (en el Perú), la noticia del desembarco de los chilenos en Antofagasta, i de allí partió un emisario para trasmitirla al gobierno de Bolivia. Las comunicaciones iban dirijidas al presidente Daza, porque bajo el réjimen administrativo que éste habia planteado, era él i no los ministros, quien recibia los mas importantes despachos oficiales. El presidente recibió esa comunicacion el 20 de febrero, pero no dió conocimiento a nadie de tan graves ocurrencias.

En efecto, el jeneral Daza estaba ocupado en esos momentos por otros negocios que llamaban mas su atencion. Desde muchos dias atras, i apesar de que una hambre espantosa diezmaba la poblacion de algunas provincias del interior, a consecuencia de una pésima cosecha, el gobierno de Bolivia vivia en medio de fiestas en que, de grado o por fuerza, tenian que tomar parte todas las autoridades i todos los habitantes. Festejóse primero durante algunos dias el aniversario del natalicio del jefe supremo de la nacion, «el natalicio del gobierno,» decian algunos documentos oficiales; i luego el arribo de un nuevo ministro plenipotenciario del Perú, que habia llegado a la ciudad de la Paz a fortificar al gobierno boliviano en la actitud que desde fines del año anterior habia asumido contra Chile. El 20 de febrero, cuando Daza recibió las comunicaciones que le anunciaban la ocupacion de Antofagasta, estaba preparándose para celebrar el carnaval. Los periódicos decian que el jefe supremo acababa de recibir de Europa unos lujosos vesti-

dos para aquella fiesta. En consecuencia, el carnaval de 1879 fué mas festejado que el de cualquier otro año; i el presidente de Bolivia pasó distraido de todos los cuidados de la administracion hasta el 26 de febrero, miércoles de ceniza i término de las orjías del carnaval.

Este dia convocó a sus ministros para darles conocimiento de la ocupacion del litoral por las fuerzas chilenas. Para recuperar el tiempo perdido, el presidente i sus ministros se pusieron al trabajo con toda actividad. Sus primeros actos, sin embargo, no debian ser mui eficaces para el objeto que se buscaba. El jeneral Daza publicó dos proclamas, una al pueblo i otra al ejército, en que les anunciaba la guerra a Chile, declarando que los hijos de este pais eran jentes depravadas por la miseria i el vicio, bandidos cobardes, asesinos de puñal, ladrones que se habian enriquecido con los tesoros robados a Bolivia. «El ejército boliviano, agregaba mas adelante, hará conocer al mundo que la honra de Bolivia i la integridad de su territorio están bajo la salvaguardia de sus bayonetas, i que en esta ocasion, como en otras, sabrá castigar a sus cobardes agresores. Camaradas! añadia dirijiéndose a sus soldados. Todo lo espero de vuestro patriotismo, de vuestra serenidad i disciplina. Si el gobierno que ha creido humillarnos ocupando nuestras desiertas playas, no retracta honorablemente sus actos vandálicos, quedará inaugurada para nosotros una gloriosa epopeya, porque todos cumpliremos a competencia el santo deber de combatir sin tregua ni desaliento a los enemigos de la autonomía nacional, a los usurpadores de nuestro territorio.» En seguida decretó la espulsion de todos los chilenos del territorio de la república,

i el embargo, i en caso necesario, la confiscacion de sus propiedades. En virtud de estas disposiciones consignadas en el decreto de declaracion de guerra de 1.° de marzo, se trabó el embargo de las propiedades chilenas, en el rico mineral de plata de Huanchaca i en las minas de cobre de Corocoro, causando a sus propietarios i a los trabajadores daños de la mayor consideracion.

El llamamiento a las armas fué, a lo ménos en apariencias, sumamente fácil. Dieziseis jenerales, cerca de cien coroneles, i como setecientos oficiales inferiores que se hallaban en la Paz, firmaron una acta por la cual se ofrecian a sellar con su sangre el castigo de los desleales i bárbaros chilenos. «Los jefes i oficiales del ejército permanente, decia ese documento, comprendemos toda la magnitud de los deberes que esta situacion nos impone. Antes de sellar con sangre el juramento prestado a nuestras banderas, ántes de cubrir con inscripciones i laureles estas sagradas insignias, protestamos contra el incalificable acto de deslealtad i de barbarie ejecutado por el gobierno chileno en Antofagasta, Mejillones i Caracoles. Poseidos de noble orgullo, los que tenemos al cinto una espada, que la patria nos ha confiado para defenderla i conservar incólume su honra, juramos mil veces mas que no envainaremos estas espadas ántes de vengar el ultraje que Chile ha inferido a Bolivia. Que la posteridad nos juzgue! ¡Viva Bolivia! ¡Abajo el salvaje gobierno de Chile!» (1)

(1) Un escritor que se firma «El conde de Valras», i que es un oficial frances, el conde de Lort-Serignan, ha publicado en la *Revue de France* unos artículos sobre la guerra del Pacífico, que, sea dicho de paso, contienen muchos errores históricos, jeográficos i de toda especie. Allí ha traducido esta curiosa acta de los jefes del ejército boliviano

Tan seguros estaban esos jefes i oficiales de las victorias que iban a alcanzar en esta guerra, que ellos i el presidente Daza anunciaban por todas partes que en el plazo de sesenta dias habrian espulsado de su territorio a los invasores. Inmediatamente se dieron las órdenes para reunir el ejército efectivo i para movilizar la guardia nacional. De los cuadros publicados con este motivo, se supo entónces que Bolivia contaba con un ejército permanente de 2,232 soldados, mandados por poco mas de mil oficiales, esto es un oficial aproximativamente para cada dos soldados. De esos oficiales, 22 eran jenerales, 135 coroneles i solo 72 subtenientes. Uno de esos batallones que llevaba el nombre del jefe supremo del estado, i que por lo mismo era el cuerpo de prefencia, era compuesto de 540 hombres, de los cuales solo 173 eran soldados. El séquito del presidente era compuesto de 20 edecanes, todos coroneles o jenerales. Esta organizacion militar era el fruto necesario de las constantes guerras civiles que han destrozado a Bolivia.

La movilizacion de este ejército ofreció desde luego las mas serias dificultades por dos causas diferentes, la escasez de recursos del erario público, i los obstáculos del terreno que era preciso atravesar para llegar a los lugares que ocupaban los chilenos, obstáculos perfecta-

como muestra de «las costumbres militares de este pais», i para que se vea que «la raza de los matamoros» no está estinguida. Pudo haber agregado que esa pieza, así como las enfáticas proclamas de Daza, i los otros escritos que en esos dias circularon en la Paz llamando a los chilenos «salvajes araucanos, miserables piratas del Pacífico, cobardes asesinos, etc., etc» no eran mas que el preludio de la guerra de insultos ridículos e impotentes que los documentos públicos de Bolivia i del Perú habian de dirijir a Chile.

mente invencibles por las grandes distancias i por las asperezas de las montañas i de los despoblados. Mucho mas fácil habria sido al presidente Daza el despachar a uno de sus ministros a Lima a reclamar del gobierno peruano el cumplimiento de su palabra empeñada en el tratado secreto de alianza contra Chile.

Miéntras tanto, los soldados bolivianos que ántes guarnecian las poblaciones del litoral, permanecian reconcentrados en el pueblo de Calama; i aunque no recibian los refuerzos que esperaban del interior, eran bastante numerosos para intentar una sorpresa sobre cualquiera de los puntos que ocupaban los chilenos, i particularmente sobre el mineral de Caracoles que era el mas inmediato. Un abogado boliviano, el doctor don Ladislao Cabrera, hombre de empresa i de resolucion, era el inspirador de aquella resistencia. En el principio, el gobierno de Chile no habia pensado en pisar una pulgada de terreno mas allá del paralelo 23, que era lo que reclamaba como suyo desde que Bolivia rompia el pacto por el cual se le habia hecho la cesion condicional de ese territorio. Pero desde que el jeneral Daza habia declarado la guerra a Chile, i anunciaba que iba a mover sus ejércitos, fué necesario proceder mas resueltamente.

A la cabeza de unos quinientos hombres de las tres armas salió de Caracoles el coronel Sotomayor con rumbo hácia el norte. Esa pequeña columna pudo apreciar en esa ocasion la dificultad de las operaciones militares en aquella porcion del desierto, donde la industria no habia fundado aun ningun establecimiento. Las tropas no hallaban abrigo contra el ardor de un sol abrasador durante el dia, ni contra el frio intenso de las no-

ches en aquellos áridos arenales en que el termómetro recorre una escala de 25 i 30 grados centígrados en el espacio de las veinticuatro horas. Era preciso llevar los víveres, el agua i los forrajes para los hombres i los animales, i abrirse paso por las ásperas serranías que interrumpen por intervalos la monotonía del desierto. Por fin, al amanecer del 23 de marzo, el coronel Sotomayor estuvo enfrente de Calama.

Es ésta una pequeña poblacion situada en un oásis del desierto, a orillas del rio Loa, i como descanso i reparo de los viajeros i de las recuas de mulas que trafican entre Potosí i la costa. El doctor Cabrera, que de antemano se habia negado a entrar en capitulaciones, habia colocado sus tropas entre las barrancas del rio, i detrás de tapias i de espesos matorrales que hacian invisibles sus soldados. El combate se empeñó en esas condiciones; i apesar de la superioridad de sus fuerzas i de sus armas, los chilenos habrian podido sufrir un descalabro sin su inquebrantable resolucion de ocupar el pueblo. El paso del rio presentó serias dificultades que al fin fueron vencidas. Despues de haber perdido en una emboscada doce hombres entre muertos i heridos, prendieron fuego a los montones de pasto seco i a los matorrales que ocultaban al enemigo, cargaron sobre él con un ímpetu irresistible, le mataron veinte hombres, le tomaron treinta prisioneros, i entre ellos un coronel i dos oficiales, i lo pusieron en completa fuga (1). El

(1) En dos partes de esta jornada que dió a su gobierno el doctor Cabrera, uno en Canchas Blancas, el 27 de marzo, i otro en Potosí el 13 de abril, decia que los chilenos, que lo atacaron en «interminables columnas» perdieron 128 hombres, de ellos 118 muertos i 10 heridos, siendo que en realidad la columna chilena no tuvo mas que

doctor Cabrera se retiró con sus dispersos hasta Potosí.

En esos mismos dias, cuatro buques de la escuadra chilena, con alguna tropa de desembarco, ocupaban sin resistencia de ningun jénero los puertos bolivianos de Cobija i Tocopilla. Los chilenos quedaron así dueños de todo el desierto de Atacama hasta la frontera del Perú.

La guerra con Bolivia estaba terminada de hecho. Chile no pretendia espedicionar en el interior de ese pais por el placer de hacer una campaña dificultosísima i sin resultado alguno práctico. Bolivia, por su parte, i a causa de la configuracion singular de su territorio, de las dificultades invencibles que le oponian las montañas i los desiertos, no podia llevar sus tropas hasta el litoral. Esta situacion habria durado quién sabe cuánto tiempo sin la accion del Perú que vino e intervenir poniéndose de parte de uno de los belijerantes.

---

siete muertos i cinco heridos. En esos mismos partes, da tales proporciones al pequeño combate en que habia sido derrotado, que dice de él que «no tiene igual en la historia moderna».

El doctor Cabrera tenia gusto por este jénero de pomposas alusiones históricas al hablar de las modestísimas operaciones militares que le tocó dirijir. En una comunicacion a uno de los ministros del presidente Daza, datada desde Calama con fecha de 22 de febrero de 1879, le decia que este pueblo, como centro de resistencia, «era superior al cuadrilátero del Austria.»

Las exajeraciones de los partes bolivianos referentes a este combate se apreciarán mejor por este otro hecho. La division chilena tenia en Calama dos cañones de campaña que solo dispararon algunos tiros. El coronel don Severino Zapata, el último prefecto boliviano de Antofagasta, el mismo que habia ejecutado el embargo de las propiedades de la compañía salitrera, se halló en ese combate como segundo jefe del doctor Cabrera. En el parte que dió de la jornada, dice que los chilenos tenian once cañones i dos ametralladoras.

CAPITULO II.

Declaracion de guerra al Perú, marzo i abril de 1879.

Actitud de la prensa i del gobierno del Perú al saber la ocupacion de Antofagasta por los chilenos.—El presidente Prado.—Envío a Chile de una legacion encargada de ofrecer la mediacion del Perú. —Doblez de esta política.—El plenipotenciario peruano niega la existencia del tratado secreto de alianza entre el Perú i Bolivia.—Se descubre la existencia de ese tratado.—Declaracion de guerra entre el Perú i Chile.—El gobierno del Perú espulsa a los chilenos de su territorio.

El Perú atravesaba en esos momentos por una situacion poco favorable para embarcarse en aventuras de esa clase. Aparte de las dificultades financieras, cada dia mas apremiantes, la paz interior, amenazada poco ántes por el asesinato del ex-presidente Pardo en las puertas del senado, era tan poco sólida que el gobierno creia no poder vivir sino bajo el réjimen de las facultades estraordinarias i de la suspension de la constitucion. Sin embargo, desde que se vieron las dificultades que ponia Bolivia al cumplimiento del tratado con Chile, i la proximidad de un rompimiento entre los dos paises, una parte de la prensa peruana, la mas adicta al gobierno, asumió un tono belicoso i provocador. El Perú, se decia, no puede ser indiferente ante este conflicto;

i sin tomar para nada en cuenta las causas que lo producian, se agregaba que era llegado el momento de poner a raya la infundada arrogancia de Chile. Los diarios que aconsejaron la neutralidad como lo que mas importaba al Perú, fueron ahogados, por decirlo así, por la destemplada gritería de los que pedian otra actitud.

Esta exitacion fué mas violenta todavía cuando llegó a Lima la noticia de la ocupacion de Antofagasta por los chilenos. Ese suceso produjo mas impresion en el seno del gobierno del Perú que la que habia causado en los gobernantes de Bolivia. Los politiqueros de Lima se ajitaron como si se tratase de una cosa propia. En los portales, en los cafées, en todas partes se hablaba de la necesidad de imponer a Chile, i en todas partes se repetia que para conseguir este resultado, el Perú no tenia mas que levantar la voz, hacer un despliegue de su gran poder naval i militar, e imponer las condiciones que quisiera. Chile debia anonadarse al saber que el Perú estaba resuelto a ponerse de parte de Bolivia. «Si Chile hubiera sabido, decia arrogantemente la prensa de Lima, que el Perú no toleraria que quede impune el ultraje inferido a Bolivia, Chile no se habria lanzado a una espedicion en que podia atraerse la enemistad del Perú.»

Esta era tambien la conciencia del gobierno del Perú. Pero queriendo ganar tiempo para hacer sus aprestos, disimuló sus sentimientos; i ántes de pronunciarse abiertamente, quiso emplear otros medios. Gobernaba entónces el Perú el jeneral don Mariano Ignacio Prado que pasaba en esa república por afecto a Chile, a causa de haber vivido en este pais durante ocho años, desde 1867, en que una revolucion militar lo habia derrocado del

gobierno del Perú, hasta 1875, en que volvió a ser elejido presidente. Prado, en efecto, no era precisamente hostil a Chile; pero no estaba dotado de la entereza de carácter necesaria para evitar la complicacion a que atolondradamente lo precipitaban sus consejeros. Agréguese a esto que su falta de penetracion, su indolencia i su falta de estudios de cualquiera clase, no le habian permitido conocer i apreciar la situacion de Chile, a tal punto que sobre los recursos, el poder i los hombres de esta república, las opiniones del presidente Prado eran las mismas de los mas petulantes de sus compatriotas. Como éstos, pensaba que Chile no podia hacer otra cosa que doblegarse prontamente a cualquiera exijencia del Perú. En aquellos dias de efervescencia, creyó desarmar la tempestad dirijiéndose a algunas personas que juzgaba influyentes en Chile para manifestarles su deseo de evitar un rompimiento. «Si Chile desocupa a Antofagasta, decia, yo aseguro que no habrá guerra.» Tanto equivalia decir que si Chile aceptaba en silencio el ultraje que le habia inferido Bolivia, i la confiscacion de las propiedades de sus nacionales, la guerra no tendria lugar.

Este mismo era el pensamiento de su gobierno. El 22 de febrero zarpó del Callao don José Antonio Lavalle con el carácter de ministro plenipotenciario del Perú cerca del gobierno de Chile. Traia en su cartera el tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva que desde 1873 ligaba al Perú con Bolivia; pero no debia hacer uso de esta arma sino en el último momento, como una amenaza decisiva en caso que no pudiera conseguir por otros medios el resultado que se buscaba. En su carácter público, el plenipotenciario del Perú debia presentarse, no

como parte interesada, i mucho ménos como aliado secreto de Bolivia, sino como mediador amistoso que venia a ofrecer sus buenos oficios a los belijerantes. No es necesario comentar esta conducta que en todo pais civilizado no puede dejar de ser considerada una perfidia; pero en el Perú, pais desmoralizado por las revoluciones i por todos los males que ellas traen consigo, fué calificada de habilidad. Meses mas tarde la prensa del Perú tejia una corona en honor de los que inventaron este arbitrio. «Si la mision tenia buen éxito, decia un diario de Lima, se habia evitado la guerra; i si la mision no era aceptada, se habia ganado un tiempo precioso para la defensa.»

Las negociaciones entre el diplomático peruano i el gobierno de Chile se entablaron, pues, sin que a éste se le diese conocimiento del tratado secreto. El representante del Perú ofrecia la mediacion de su gobierno, que Chile no tuvo ocasion de rechazar; pero aquél exijia como primer paso que esta república retirase sus tropas de Antofagasta para apaciguar así a Bolivia a fin de que aceptase gustosa los buenos oficios del mediador. Chile debia en consecuencia, deshacer lo hecho, retirar sus declaraciones, dejar subsistentes los actos depredatorios de Bolivia, ántes de saber siquiera bajo qué bases aceptaria esta república la mediacion.

No era nada esto; miéntras el plenipotenciario Lavalle iniciaba sus negociaciones en Chile, el gobierno del Perú daba aliento a la animosidad que desplegaba la prensa de su pais, reconcentraba su ejército, mandaba crear nuevos cuerpos de tropas, reparaba sus naves, hacia partir para el sur del Perú algunas divisiones bien amuni-

cionadas a fin de que se acercasen al territorio que debia ser teatro de la guerra, i por último alentaba con promesas de toda especie la actitud del gobierno de Bolivia. En Lima i en otros pueblos del Perú se hacian manifestaciones belicosas contra Chile, paseando unidos los estandartes de las dos repúblicas secretamente aliadas. En diversas partes, i sobre todo en Bolivia, se hablaba ya con cierta franqueza del tratado secreto contra Chile; i la prensa chilena acojió esos rumores señalando el peligro de la situacion.

El gobierno de Chile no salió, sin embargo, un solo instante de la mas perfecta moderacion, ni comprometió en nada su carácter tradicional de gobierno serio que sabe lo que quiere i a donde va. El presidente de la república, don Aníbal Pinto, hombre ilustrado i circunspecto, el único de los supremos mandatarios de las tres repúblicas que iban a entrar en lucha que no fuese militar, imprimió a la accion de su gobierno, el sello de templada firmeza que convenia asumir en aquella solemne situacion. Encargó al ministro de Chile en Lima que exijiese del gobierno del Perú «que definiese su actitud, pues no era compatible la mision de mediador que representaba en Santiago con la precipitacion que ponia en el alistamiento de su escuadra, aumento de su ejército, movimiento de las tropas hácia el sur, encargos de buques, armamentos i pertrechos de guerra.» I en seguida, abordando de frente al plenipotenciario del Perú en Santiago, le hizo pedir que contestase categóricamente si existia o no un tratado secreto de alianza entre esa república i Bolivia. Se queria salir resueltamente de aquella situacion ambigua.

El gobierno de Chile, sin embargo, se engañaba cuando creia que el Perú asumiria desde luego la actitud que correspondia a la seriedad de un gobierno formal. En Lima se contestó evasivamente al representante de Chile, sin espresar por entónces una declaracion cualquiera. El ministro del Perú en Santiago fué mas léjos todavía; i a la pregunta terminante que se le hacia, respondió «que no tenia conocimiento del tratado secreto, que creia que no existia, pero que como en Chile habia oido hablar de este pacto, habia pedido informes a su gobierno».

Pero ya no era posible mantener por mas tiempo aquel engaño. Apremiado sin descanso por el representante de Chile, el gobierno de Lima confesó que no podia hacer la declaracion de neutralidad que se le reclamaba, porque estando ligado a Bolivia por un tratado de alianza, no le era posible tomar una determinacion sobre este punto sin consultar préviamente al congreso peruano que con este objeto debia reunirse a fines de abril. El mismo representante del Perú en Santiago, que habia negado la existencia de este pacto, recibió la órden de ponerlo personalmente en conocimiento del gobierno de Chile.

Los gobernantes del Perú querian, sin embargo, aplazar toda solucion definitiva por un mes mas, para que el congreso, decian, decidiese si era llegado el caso de hacer efectiva la alianza. Pretendian así ganar tiempo para completar sus armamentos. Chile, por su parte, no se dejó enredar en esta red, declaró rotas las negociaciones, i el 5 de abril hizo, de acuerdo con las cámaras nacionales, la solemne declaracion de guerra. El dia anterior, el gobierno del Perú, impuesto por el telégrafo

de la actitud de Chile, habia declarado en campaña el ejército i la escuadra «por cuanto el Perú, decia el decreto, se halla en estado de guerra con la república de Chile.» Dos dias despues, el 6 de abril, el mismo gobierno hacia en Lima la publicacion solemne del tratado secreto, demostrando con el hecho que no necesitaba de la reunion del congreso para hacer efectiva la alianza i para declarar la guerra.

Esta declaracion fué acompañada de actos i de amenazas que el éxito de la campaña no ha permitido ejecutar. En esos dias el pueblo de Lima se reunia en meetings bulliciosos en que se hablaba de Chile con el mas soberano desprecio, se agolpaba a las puertas del palacio i pedia que el presidente de la república hiciese oir su voz. «Chile quiere la guerra, decia el presidente en una reunion popular que se efectuó en la estacion de un ferrocarril; pues bien! la tendrá tremenda, terrible.»

Apesar de estas enfáticas amenazas, el populacho de Lima persistia en dudar de que el presidente Prado estuviera dispuesto a hacer a Chile una guerra enérjica i eficaz. Así, pues, cuando pocos dias mas tarde llegó a Lima la noticia de las primeras hostilidades ejecutadas por la escuadra chilena, de que hablaremos mas adelante, la ajitacion popular tomó en Lima un carácter alarmante. El presidente volvió a dirijirse al pueblo por otra proclama en que repetia sus amenazas con mayor ardor. «Confiad, compatriotas, decia el 8 de abril, en que la hora de las represalias por nuestra parte, i de la espiacion de los chilenos, no se hará esperar mucho tiempo, i que me vereis siempre en el puesto de mayor peligro.»

El populacho no estaba dispuesto a tranquilizarse con

estas promesas. En las tumultuosas asonadas que tenian lugar cada noche en las puertas mismas del palacio, pedian con gritos amenazadores la espulsion de todos los chilenos del territorio peruano. El gobierno no pudo resistir por largo tiempo a esta exijencia; i por decretos de 15 i 17 de abril decretó esa espulsion que debia llevarse a efecto en el perentorio término de ocho dias (1).

(1) Seria menester llenar muchas pájinas para referir todas las peripecias consiguientes a la espulsion de los chilenos del Perú en abril de 1879.

Por decreto del 15 de abril, el gobierno peruano sancionó la espulsion de todos los chilenos en el término de ocho dias. Solo eran esceptuados los que de antemano tuviesen carta de ciudadanía peruana, i los que habiendo residido mas de diez años en ese pais, fueren casados con peruana i propietarios de bienes raices. Por otro decreto de 17 de abril, la espulsion se hizo estensiva en todos los chilenos sin escepcion alguna. En cumplimiento de la parte penal de esos decretos, en Lima i el Callao fueron reducidos a prision los chilenos que por falta de recursos o por enfermedad, no pudieron embarcarse; pero se respetó el plazo acordado para salir del territorio.

Pero, en los departamentos del sur del Perú, i especialmente en las poblaciones del litoral, donde se estaba reuniendo el ejército peruano, las autoridades locales acortaron a su antojo este plazo. Así, el prefecto de Arequipa, que resolvió por sí solo la espulsion de los chilenos dos dias ántes del primer decreto del gobierno supremo, les concedió solo 48 horas para salir al estranjero. En la provincia de Tarapacá se les concedieron dos o tres horas. En Iquique no habrian podido embarcarse sin la proteccion de los marinos ingleses i norte-americanos; i en Huanillos tuvieron que emprender su viaje a pié, por los arenales del desierto, hasta llegar a las orillas del Loa, donde fueron socorridos por las tropas chilenas que ocupaban estos lugares.

Como los diarios del Perú decian en esos dias que los chilenos espulsados del territorio eran bandidos, asesinos, manchados con todos los crímenes imajinables, conviene oir sobre este punto el juicio de los neutrales. El capitan Robinson, comandante de la fragata *Turquoise* de S. M. B., que se hallaba entónces en Iquique, daba cuenta de estos sucesos al almirantazgo ingles en los términos siguientes: «Nos hemos ocupado aquí en embarcar a los refujiados chilenos. Son jentes de la mejor condicion, que han ocupado posiciones de confianza al lado de muchos estranjeros. Sus patrones sienten mucho su partida, i pagan su pasaje a bordo de los vapores de la compañía de navegacion del Pacífico."

Aun este plazo fué reducido a solo dos dias en algunos puntos i en diversos lugares del litoral a solo dos o tres horas, con la particularidad de que no habiendo en algunos de ellos buques en que embarcarse, esos infelices tuvieron que emprender el viaje a pié por los estériles i abrasadores arenales de la costa. Se comprenderá mejor la dureza de estas medidas cuando se sepa que los chilenos que esplotaban alguna industria o trabajaban como obreros en el Perú, formaban una poblacion de cerca de cuarenta mil almas, comprendidos los ancianos, los niños i las mujeres.

En la forzada emigracion que los chilenos tuvieron que emprender, habrian sucumbido muchos, o no habrian podido continuar la marcha, sin el oportuno ausilio de los oficiales de la marina real de la Gran Bretaña i de un buque de guerra norte-americano que favorecieron su embarque. El gobierno de Chile, que veia en la guerra algo mucho mas serio que estas insensatas hostilidades, no pensó nunca en espatriar a los peruanos i bolivianos que habitaban su territorio, i utilizó, por otra parte, la imprudencia cometida por el gobierno del Perú. Los trabajadores chilenos establecidos en la provincia peruana de Tarapacá, i en todo el sur de esta república, eran en su mayor parte trabajadores de una constitucion de fierro i que conocian palmo a palmo ese territorio. Llegados a Antofagasta, se enrolaron en el ejército chileno que allí se organizaba, i fueron los mejores i mas útiles soldados de las campañas subsiguientes.

CAPITULO III.

Los ejércitos de los belijerantes ántes de la guerra.

Situacion militar del Perú ántes de la guerra.—El ejército i la marina de Chile.—Inferioridad numérica de las fuerzas de este pais.—En qué consistia su verdadera superioridad.

Antes de entrar a referir la historia de las operaciones militares, debemos consignar algunas notas sobre las fuerzas de los dos estados, el Perú i Chile, en el momento de la declaracion de guerra, como ya lo hicimos respecto de Bolivia. Trataremos de presentar estas noticias con toda brevedad.

A principios de 1879 el ejército del Perú se componia de ocho mil hombres, esto es, de 4,200 soldados mandados por 3,870 oficiales de todas categorías, de los cuales 26 eran jenerales (1). Esta curiosa organizacion militar costaba al erario cerca de cuatro millones de pesos por año, a causa de los fuertes sueldos que era preciso pagar a un número tan crecido de oficiales. Despues de los triun-

(1) En algunas reseñas estadísticas publicadas en Europa, se hace subir a 13,200 el personal del ejército permanente del Perú poco ántes de la guerra, pero en esta suma se incluian 5,400 jendarmes o policiales armados.

fos de los alemanes en la guerra de 1870–1871, el gobierno peruano habia adoptado para sus tropas el traje prusiano en lugar del frances que ántes usaban, lo que habia ocasionado gastos considerables; pero cuidó tan poco su verdadera organizacion que casi cada cuerpo tenia armas de diverso sistema.

La marina de guerra del Perú era relativamente formidable, i segun los documentos oficiales de ese gobierno, se creia ademas «la mejor organizada i la mejor disciplinada de las de todos los estados del Pacífico» (1). Constaba ésta de cuatro buques acorazados, la fragata *Independencia* de 18 cañones, i los monitores *Huáscar*, *Atahualpa* i *Manco Capac*, de dos grandes cañones cada uno), las corbetas de madera *Union* i *Pilcomayo* de 13 cañones la primera i de 6 la segunda, i doce buques menores, uno de los cuales era tambien encorazado. El sostenimiento de esta escuadra costaba al Perú cerca de cinco millones de pesos por año, es decir, casi tres veces mas de lo que gastaba Chile en la suya.

Tanto en el ejército como en la marina del Perú dominaba el sentimiento de su inmensa superioridad de instruccion sobre las fuerzas militares de sus vecinos, i en especial sobre las de Chile. Las constantes revoluciones del Perú habian militarizado de tal manera a este pais que habria sido difícil hallar un jefe del ejército o de la escuadra que no hubiese capitaneado o secundado un pronunciamiento revolucionario, con la particularidad de que los jenerales que en una revolucion figuraban como amigos i aliados, aparecian peleando uno o

(1) *Le Perou en 1878. Notice historique et statistique.* (Publicacion oficial hecha con motivo de la esposicion universal de Paris), p. 38.

dos años despues en filas opuestas, o vice versa. Allí, como en Bolivia, se repetian estas palabras: «Nuestras revoluciones nos han hecho mucho mas militares que los chilenos que han vivido siempre en paz.» La realidad era mui diferente, sin embargo, porque las revoluciones que habian creado tantos jenerales i coroneles, no habian hecho mas que desmoralizarlo todo.

Las fuerzas de Chile al comenzar la guerra eran mui inferiores. El ejército de tierra constaba de 2,440 hombres, de los cuales 410 eran artilleros, 530 jinetes, i el resto infantes divididos en cinco pequeños batallones de 300 plazas cada uno. La marina chilena constaba de dos fragatas encorazadas (el *Blanco Encalada* i el *Almirante Cochrane* de 12 cañones cada una) de dos corbetas de madera (la *O'Higgins* i la *Chacabuco*) de una cañonera de madera (la *Magallanes*) i de cuatro buques menores o poco aptos para la guerra por su vejez.

En los años anteriores, el ejército permanente de Chile, sin ser verdaderamente considerable, era mas numeroso, puesto que se elevaba a 3,500 hombres. El congreso habia tomado a empeño el disminuir gradualmente esa fuerza al discutir cada año los presupuestos de gastos jenerales de la administracion, hasta dejarla reducida al número estrictamente indispensable para el servicio de guarnicion. Tan distante estaba Chile de pensar en la proximidad de una guerra, tan léjos se hallaba de preparar un conflicto internacional, como han pretendido hacerlo creer sus enemigos, que en diciembre de 1878, cuando la discusion diplomática de las cuestiones con Bolivia tomaba un carácter alarmante, las cámaras lejislativas al discutir el presupuesto para el

año siguiente, querian reducir mas aun el número de las tropas; i en efecto hicieron supresiones importantes en el ministerio de guerra i marina. No es de estrañarse, pues, que el dia en que la guerra vino, Chile se hallase con un ejército insignificante i con un armamento insuficiente para la campaña a que era provocado contra los deseos i las tendencias del pais.

Esas tropas tenian, como es fácil suponerlo, mucho ménos presuncion que sus orgullosos enemigos. En Chile, donde las revoluciones solo son conocidas por los lejanos recuerdos de la historia, el ejército no prestaba otro servicio que el de guarnicion; i la escuadra solo se ocupaba en los penosos i pacíficos trabajos de reconocimientos jeográficos en la costa, i en particular en los intrincados archipiélagos del sur. Ni el ejército ni la escuadra habian tenido pronunciamientos que apoyar o que combatir; pero en cambio habian tenido paz i tranquilidad para disciplinarse i para instruirse en las escuelas que estaba obligado a mantener cada batallon i cada buque. La moralidad, la disciplina i la mayor instruccion de los jefes i de los soldados, compensaban la inferioridad de su número respecto de los ejércitos contra los cuales iban a combatir.

Se hace mas evidente la inferioridad numérica de las fuerzas de Chile, recordando que el Perú estaba aliado a Bolivia, i que esta república, aunque desprovista de marina, podia poner sobre las armas un cuerpo respetable de tropas, i pasarlo sin graves inconvenientes, como lo hizo en efecto, a las provincias peruanas de Tacna i de Tarapacá, que iban a ser el teatro de la guerra. Agréguese a esto que la poblacion de las dos repúblicas alia-

das (Bolivia cerca de dos millones i el Perú cerca de tres millones i medio) es superior en mas del doble a la de Chile, i se comprenderá que ademas de que aquellas estaban mas habituadas al ejercicio de las armas por las constantes revoluciones, podian poner en pié de guerra un ejército mucho mas fuerte que el de su enemigo. Así, cuando al iniciarse la guerra los diarios de América i Europa publicaban los cuadros estadísticos de las fuerzas de mar i tierra de los estados belijerantes, i la suma de sus poblaciones respectivas, las previsiones jenerales fueron las mismas que las que se hicieron en el Perú i en Bolivia, esto es que ántes de dos meses Chile derrotado i arruinado, tendria que aceptar la paz que se le impusiera. En Lima i en la Paz se hablaba de la guerra como de una campaña de aparato, i se pronosticaba no solo la anonadacion segura de su arrogante i débil adversario, sino la reparticion de una parte de su territorio.

Sin embargo, Chile llevaba a sus dos enemigos una gran ventaja. Tenia administracion sólida i seria. La corrupcion, enjendrada por las revoluciones i por el derroche de los caudales del estado, no habia llegado hasta él. La organizacion política i social no estaba agangrenada por esas dolencias que enervan el patriotismo verdadero, o que lo hacen consistir en la gritería de la plaza pública. El triunfo podia ser tardío, porque Chile no estaba preparado para la empresa a que se le provocaba; pero no podia dejar de ser suyo.

CAPITULO IV.

Iquique, mayo de 1879.

La escuadra chilena establece el bloqueo de Iquique.—Sale al mar la primera division de la escuadra peruana.—Es rechazada por la cañonera chilena *Magallanes*.—Hostilidades ejercidas en la costa del Perú por las naves chilenas.—El almirante de Chile se dirije al Callao a provocar a combate a la escuadra del Perú.—El mismo dia ésta habia salido para los puertos del sur conduciendo al presidente de la república.—Memorable combate de Iquique el 21 de mayo.—Pérdida de la fragata encorazada *Independencia* de los peruanos.—Aplausos que arrancó la conducta de los chilenos.—El monitor peruano *Huáscar* trata en vano de bombardear a Antofagasta, i se vuelve al Callao evitando el combate con una fragata chilena.

Chile comenzó la guerra estableciendo el bloqueo de Iquique, puerto principal de la provincia peruana de Tarapacá, i plaza comercial importante por la esportacion del nitrato de soda. Esa plaza tenia una guarnicion de mas de 3,000 soldados peruanos trasportados allí ántes de la declaracion de guerra, i engrosados con continjentes que llegaban de Lima i de todo el norte del Perú i que desembarcaban en los puertos vecinos.

Habria podido Chile sin duda ejecutar entónces operaciones mas atrevidas con plena confianza en el éxito. Desembarcando resueltamente su ejército en ese

lugar, i enviando su escuadra a destruir la del Perú, que estaba concluyendo sus reparaciones en el Callao, habria conseguido en el primer mes los resultados que alcanzó mas tarde con injentes sacrificios. Parece que este fué el primer plan del gobierno chileno; pero se dió crédito a las bravatas del Perú, se pensó que el decantado poder de esta república era realmente formidable, i no se quiso aventurar un ataque peligroso, prefiriendo marchar con prudencia para llegar a un resultado plenamente seguro.

Durante el primer mes de la guerra las operaciones militares fueron de mui escasa importancia. El Perú continuaba empeñosamente los trabajos que habia iniciado desde principios de año. El 7 de abril, apénas rotas las hostilidades, hizo salir del Callao una division naval compuesta de las corbetas *Union* i *Pilcomayo* que a mas de estar artilladas la primera por 13 cañones i la segunda por 6, tenian en la rapidez de sus movimientos las condiciones necesarias para una sorpresa. Esta division salió bajo las órdenes del comandante don Aurelio García i García que gozaba de la reputacion de primer marino del Perú. Debia operar entre la escuadra chilena que bloqueaba a Iquique i el puerto de Antofagasta que servia de cuartel jeneral al ejército de esta república. Segun sus instrucciones, esa division no debia empeñar combate con los encorazados chilenos, mucho mas poderosos que sus naves, pero sí atacar los trasportes o buques menores que viajaban entre Iquique i Antofagasta.

El 12 de abril la division peruana avistó un poco al norte de la embocadura del rio Loa, a la cañonera chile-

na *Magallanes*, mandada por el capitan don Juan José Latorre. Despues de diversos movimientos i evoluciones, i de un cañoneo a la distancia de cerca de dos horas en que el buque chileno no sufrió daño alguno, las corbetas peruanas se retiraban al Callao, dejando el paso libre a su adversario. El éxito de este primer combate, denominado de Chipana por haberse empeñado enfrente de una punta de este nombre, solo ha podido ser esplicado por el hecho de haber sufrido una seria avería la máquina de una de las naves peruanas.

El jefe de la escuadra chilena, el almirante Williams Rebolledo, permanecia, entre tanto, enfrente de Iquique a la cabeza de los buques de guerra i de algunos trasportes recien adquiridos por el gobierno i armados del mejor modo posible. Algunas naves salieron de allí a recorrer la costa vecina, destruyendo los muelles i aparatos de embarque que el gobierno del Perú tenia en esos lugares para el carguío del guano. En algunos puntos, como en Pisagua i Mollendo, las lanchas chilenas fueron recibidas a balazos por las guarniciones de la costa, i los buques tuvieron entónces que romper el fuego sobre esas tropas i los parapetos i edificios, tras los cuales se defendian (1).

(1) La prensa peruana al dar cuenta de estos hechos se empeñó en exajerar los estragos causados por los chilenos, acusando a éstos de inhumanidad por haber hecho fuego sobre poblaciones pacíficas e indefensas. El hecho ocurrió de una manera diversa: los chilenos se limitaron a destruir las obras de embarque de propiedad del gobierno i solo hicieron fuego donde las tropas de tierra los provocaron a combate. Un periódico frances, el *Journal du Commerce maritime et des Colonies*, en su número de 15 de junio de 1879, refirió estos hechos con bastante exactitud agregando que desde tierra se hizo fuego sobre los botes ocupados por parlamentarios. «La conducta del almirante Rebolledo, dice ese periódico, ha sido, pues, la que habria observado en su

Despues de estas primeras operaciones, el 16 de mayo, el almirante chileno reunió su escuadra i marchó al Callao a provocar a combate a las naves peruanas. El bloqueo de Iquique quedó a cargo de dos buques chilenos que por su poco andar i por el mal estado de sus cascos i de sus máquinas, se consideraban incapaces de entrar en combate. Eran éstas la corbeta *Esmeralda*, barco que tenia veinte i cinco años de servicio i que, por el trascurso del tiempo i por haber sufrido graves averías, estaba casi fuera de servicio; i la pequeña goleta *Covadonga*, quitada a los españoles en 1865. Al alejarse de Iquique, el almirante Williams Rebolledo estaba persuadido de que esos buques no tendrian otra cosa que hacer que conservar el bloqueo, impidiendo la entrada del puerto de Iquique a los buques mercantes.

Cabalmente, en la noche del mismo 16 de mayo salia

lugar cualquier otro oficial, i aun deberia agradecérsele el haber perdonado a Mollendo, que habria podido destruir completamente.» El capitan Robinson, comandante de la *Turquoise*, de S. M. B., fondeada entónces en Iquique, informaba de estos sucesos al almirantazgo ingles con fecha 6 de mayo en los términos siguientes: «Estamos aquí desde hace un mes. Soi de opinion que durante este tiempo el almirante de Chile ha dado pruebas de tolerancia i de buena voluntad, a tal punto que los neutrales que habitan Iquique, deben estarle reconocidos. Durante este tiempo, la ciudad ha estado llena de soldados, de suerte que no le han faltado razones para tomar medidas enérjicas. Ni siquiera ha hecho requisiciones; i ha acordado toda especie de facilidades a los neutrales, a las mujeres i a los niños peruanos para salir de la ciudad.»

Sin embargo, las exajeraciones de la prensa peruana, i las falsas noticias propagadas para acusar a los chilenos, produjeron en Lima asonadas populares que alarmaron seriamente a la poblacion. El presidente tuvo la debilidad de ceder ante esas asonadas; i firmó los decretos de espulsion de todos los chilenos establecidos en el Perú, de que hemos hablado anteriormente, medida imprudente que proporcionó mas de seis mil soldados al ejército que se organizaba en Antofagasta.

del Callao la segunda division de la escuadra peruana convoyando al presidente Prado, que marchaba a los puertos del sur con una fuerte columna de tropas. Esa division era compuesta de los encorazados *Huáscar* e *Independencia*, bajo las órdenes de los comandantes don Miguel Grau i don Juan Guillermo Moore. Tres buques menores, o simples trasportes, completaban esta division.

Las dos escuadras debieron encontrarse en su camino; i en el caso de un combate todas las ventajas habrian estado a favor de los chilenos, que ademas de sus dos fragatas encorazadas, llevaban tres buenos buques de madera. Pero éstos navegaban léjos de tierra para ocultar sus movimientos, miéntras los peruanos viajaban apegados a la costa, de tal suerte que se cruzaron en su marcha sin que ni los unos ni los otros tuviesen noticia de la proximidad del enemigo.

La fortuna parecia, pues, favorecer al Perú, presentándole la ocasion de dar un golpe fácil i seguro. El capitan de un paquete ingles, encontró al convoi peruano i le comunicó que la escuadra chilena habia pasado para el norte, que el bloqueo de Iquique quedaba confiado a dos débiles embarcaciones, i que toda la costa de Chile estaba desguarnecida de naves de guerra. El 20 de mayo, al desembarcar en Arica con los refuerzos de hombres i de armas que llevaba para su ejército, tuvo el presidente del Perú la confirmacion de esta noticia.

En el mismo dia se concertó un golpe de mano contra los chilenos. El monitor *Huáscar* i la fragata encorazada *Independencia*, aprovechándose del desamparo en que el enemigo habia dejado esa costa, debian apode-

rarse de los dos buquecillos que bloqueaban a Iquique (1), destrozar despues el campamento de Antofagasta i los trasportes chilenos que se hallasen en este puerto, i en seguida recorrer las costas de Chile haciendo daños análogos o superiores a los que acababa de sufrir el litoral del sur del Perú. Todo hacia creer que aquel plan seria ejecutado con completa felicidad, sin hallar resistencia seria en ninguna parte.

Desde cuatro dias atras, el bloqueo de Iquique estaba a cargo de dos jóvenes oficiales de la marina de Chile, el capitan de fragata don Arturo Prat, comandante de la *Esmeralda*, i el capitan de corbeta don Cárlos Condell, comandante de la *Covadonga*. La mision de estos oficiales estaba reducida a cerrar la entrada del puerto. Nada les hacia esperar un ataque del enemigo, cuando en la mañana del 21 de mayo divisaron a lo léjos dos embarcaciones que se dirijian hácia ellos. Eran los dos buques mas poderosos de la marina del Perú que venian seguros de hacer en ese dia una fácil presa.

En efecto, toda lucha parecia imposible; i lo habria sido en realidad, para corazones ménos animosos que los que allí defendian la causa de Chile.

(1) Se comprenderá el poder relativo de las naves que van a entrar en combate por las cifras siguientes:

Fragata encorazada *Independencia*, de 2,004 toneladas. Fuerza de 550 caballos. Tenia 22 cañones: de ellos dos de 150; 12 de 70; 4 de 9 riflados, todos del sistema Armstrong. Los cuatro restantes de 32.

Monitor *Huáscar*, de 1,130 toneladas. Fuerza de 300 caballos. Tenia 4 cañones Armstrong, 2 de 300 en una torre jiratoria, i 2 de 40 en cubierta.

La fuerza i el poder de los buques Chilenos eran los que siguen:

Corbeta de madera *Esmeralda*, lanzada al mar en 1854, de 850 toneladas, fuerza de 200 caballos, i con 8 cañones de 40.

Goleta de madera *Covadonga*, tomada a los españoles en 1865, de 412 toneladas, fuerza de 140 caballos, i con 2 cañones de 70.

Sin vacilar un instante, los dos jefes chilenos convocaron a consejo a sus oficiales, i allí resolvieron todos pelear hasta morir. «La bandera chilena no se rinde jamas,» fué la voz de órden impartida a las tripulaciones.

El combate se empeñó luego. El *Huáscar* se dirije sobre la *Esmeralda* que por el estado de su máquina apénas podia moverse; i la *Independencia* se lanza sobre la *Covadonga* que se retiraba hácia el sur manteniendo un certero fuego de artillería. El pueblo de Iquique i el ejército peruano que lo guarnecia, presenciaban desde la playa este desigual combate. La artillería de tierra rompió sus fuegos sobre la *Esmeralda*; i Prat con una serenidad imperturbable, mandó contestarlos tambien con sus cañones i con sus rifles. La lucha se continuó así por mas de dos horas. El monitor peruano parecia invulnerable a los fuegos de la *Esmeralda*. Su comandante esperaba que los chilenos, convencidos de la esterilidad de su sacrificio, arriasen al fin la bandera tricolor que habian enarbolado en el tope de su nave.

Pero Prat no pensaba en eso. El fuego persistente de sus cañones reveló al enemigo que los chilenos no se rendian. El jefe peruano dirije entónces su proa de acero sobre el viejo casco de la *Esmeralda* para partirla con su espolon. El comandante Prat aprovecha ese momento para saltar sobre la cubierta del monitor enemígo dando a los suyos la voz de «¡al abordaje!» Pero las naves se separan de nuevo. Solo ha podido seguirlo un sarjento apellidado Aldea; i ambos sucumben como héroes, bajo el fuego de rifle que el enemigo invisible les dirije desde las escotillas del monitor.

La muerte heróica del comandante Prat exalta el ar-

dor de sus subalternos. La *Esmeralda* está sembrada de cadáveres despedazados: su máquina, invadida por las aguas, no funciona ya; pero nadie piensa sino en pelear. El teniente don Luis Uribe toma el mando del buque al grito de «¡los chilenos no se rinden!»

Miéntras tanto, el *Huáscar* se precipita otra vez sobre la corbeta chilena para acabar de destrozarla. El teniente 2.° don Ignacio Serrano reune un puñado de marinos, doce o catorce, i se lanza con ellos sobre la cubierta del monitor, resueltos a vencer o a vender caras sus vidas. Este empuje, sin embargo, no podia conducirlos mas que al sacrificio; i en efecto, todos ellos sucumben heróicamente bajo una lluvia de fuego de rifle dirijido desde la torre i los parapetos.

Pero la *Esmeralda* resiste todavía. I cuando el tercer golpe del ariete enemigo la ha destrozado, i cuando se sumerje en el mar, los artilleros mandados por el guardia-marina don Ernesto Riquelme, hacen su última descarga a la voz de «¡viva Chile!» La bandera chilena fué lo último que desapareció bajo las aguas despues de cerca de cuatro horas de la mas sublime resistencia.

El *Huáscar*, acribillado de balazos de cañon i de rifle, habia sufrido pequeñas averías, i la pérdida de un oficial; pero su espeso blindaje estaba intacto. Por todo trofeo del combate, solo pudo recojer unos 60 marinos chilenos que flotaban todavía sobre las aguas. Pocas horas ántes, la tripulacion de la *Esmeralda* constaba de 180 hombres.

Este combate no era mas que la mitad del drama de ese dia. Mas al sur, la fragata *Independencia* perseguia a la *Covadonga*, i sus cañones habian agujereado en

varias partes a este débil barquichuelo. El comandante chileno, sin embargo, estaba animado del mismo espíritu que sus heroicos compañeros que acababan de sucumbir con la *Esmeralda*, i sostenia el combate con igual resolucion. El fuego de sus dos únicos cañones, dirijidos con una maestría admirable, barria a cada paso la cubierta de la *Independencia*, ya que no podia romper su formidable coraza de fierro. Evolucionando con pleno conocimiento de la costa, i del poco calado de su buque, el comandante Condell pasa audazmente sobre las rocas submarinas, i atrae hácia ellas a la fragata peruana que va a encallarse en esos escollos. Apesar de que su buque hace agua por todas partes, vuelve entónces sobre la *Independencia*, i no se retira del sitio del combate, sino cuando ve que la poderosa nave peruana está completamente perdida, i que el *Huáscar*, despues de destrozar a la *Esmeralda*, se dirije a toda máquina a prestar un ausilio tardío a su compañera. La *Covadonga*, haciendo agua por todos lados, llegó felizmente a Antofagasta a dar noticias de las peripecias de aquel combate mas digno de la epopeya que de la historia (1). Allí remedió de cualquier modo sus averías mediante algunos dias de trabajo, i luego siguió viaje a Valparaiso para repararse seriamente.

(1) El combate de Iquique produjo una profunda impresion en todo el mundo. La prensa de Europa i de América no hallaba palabras bastante ardientes para pintar el heroismo de los chilenos; pero fueron los testigos de la lucha, los mismos peruanos que la presenciaban desde el puerto, i los marinos neutrales que entónces recorrian esas aguas, los que han tributado mayores aplausos a los marinos de la *Esmeralda* i de la *Covadonga*. «El Comercio», diario peruano de Iquique, decia que «el enemigo habia desplegado un heroismo espartano en este combate que no reconoce ejemplo en la historia del mundo.» Mr. Jewell, vice cónsul ingles en Iquique, en una carta de familia

El combate de Iquique tuvo para los chilenos una grande influencia en la suerte de la campaña. Pocos dias despues, el 1.° de junio de 1879, el presidente de la república, don Aníbal Pinto, abria el congreso de Chile i le anunciaba la victoria de sus marinos con esa elocuencia sóbria que caracteriza a los documentos oficiales de un gobierno serio. «Allí hemos visto, decia, a los que montaban los mas débiles buques de nuestra escuadra, sostener con gloria el honor de nuestras armas contra los buques mas poderosos de la armada enemiga. Un pueblo que cuenta con hijos como los que han sabido morir gloriosamente en la *Esmeralda*, o como los que con tanta entereza i arrojo han combatido en la *Covadonga*, tie-

que ha visto la luz pública, decia con fecha 23 de mayo, lo que sigue: «La *Esmeralda* se fué a pique despues de uno de los combates mas audaces i mas heróicos (sin esperanza alguna de salvacion) que recuerdan los anales de las guerras marítimas... Todo el mundo, peruanos i estranjeros, elojian con los mas elevados términos la manera como lucharon los buques chilenos; i aunque éstos han perdido la *Esmeralda*, eso no es nada en comparacion de la pérdida de la *Independencia* para los peruanos». Los marinos ingleses de la *Turquoise* ocuparon sus buzos en recojer en la bahía de Iquique, algunos restos de la *Esmeralda*, para guardarlos como recuerdo de tan memorable combate. I por último, un oficial superior de la marina norte americana, escribia desde las costas del Perú la siguiente carta al cónsul de los Estados Unidos en Valparaiso.

«Al presente, estamos llenos de admiracion. No pensamos mas que en la *Esmeralda* i la *Covadonga*. No se conoce combate naval que pueda compararse al que han sostenido esas dos naves. La nacion que cuenta entre sus hijos semejantes marinos, debe obtener necesariamente un triunfo completo.

«Si Ud. tiene ocasion de conversar con los oficiales chilenos de esos buques, sírvase decirles que sus hermanos, los oficiales de la marina del mundo entero, aprecian su brillante conducta, que servirá de estímulo i de mui digno ejemplo a los siglos futuros; aunque dudo que vuelvan a repetirse tales hechos.

«Nuestras opiniones estan basadas únicamente sobre los informes de los comandantes peruanos Grau i Moore; i espero que Ud. tenga la bondad de enviarnos los partes oficiales de Chile tan pronto como se publiquen».

ne sobrados motivos para confiar en que los reveses de la guerra no quebrantarán su valor, i que aun la superioridad del enemigo no le arrebatará el triunfo.»

Las palabras del presidente de la república eran la espresion de la verdad. Despues del combate de Iquique los soldados i los marinos de Chile adquirieron mayor confianza en la victoria, convencidos de que la fortuna debe ayudar al valor que no toma en cuenta la superioridad numérica de los enemigos.

Aquella heroica i al parecer desesperada resistencia, habia convertido en victoria una derrota que parecia inevitable. Los peruanos no solo perdieron su mejor nave de guerra, sino que vieron malograrse el plan de operaciones con que habian pensado dar un rudo golpe al poder de Chile, arrebatándole dos de sus buques, destruyendo el campamento de Antofagasta i sembrando el terror en la costa de Chile que en ese momento no tenia un solo barquichuelo para su defensa.

El monitor *Huáscar*, cuyo activo comandante se sentia con ánimo para ejecutar por sí solo este plan de campaña, perdió un tiempo precioso en socorrer a los náufragos de la fragata *Independencia* i en dejarlos en tierra; i cuando siguió en persecucion de la *Covadonga*, esta goleta, apesar de sus averías, le habia ganado la delantera i se habia sustraido a su persecucion. Solo cuatro dias despues de aquel memorable combate, el 25 de mayo, se presentó el *Huáscar* en el indefenso puerto de Mejillones, i allí destruyó algunas lanchas. Pasó en seguida a Antofagasta, donde estaba instalado el campamento chileno que se queria bombardear; pero el *Huáscar* solo, era incapaz de semejante empresa. Rom-

pió, sin embargo, el fuego sobre el puerto el 26 de mayo; pero los cañones que los chilenos tenian en la costa i los de la *Covadonga* que ocupaba el fondo de la bahía, lo obligaron a alejarse al dia siguiente con lijeras averías en su casco.

El monitor peruano tenia que evitar un peligro mucho mayor todavía, i era el encuentro con la escuadra chilena que en esos momentos volvia al sur. Al saber en el Callao que las naves peruanas se habian dirijido a Arica, el almirante Williams Rebolledo ordenó inmediatamente la vuelta para presentarle combate. En su marcha tuvo noticia del suceso de Iquique, i marchó con su escuadra a restablecer el bloqueo de este puerto; i él con la fragata *Blanco Encalada* i la cañonera *Magallanes*, se dispuso a dar caza al *Huáscar* en toda la estension de la costa.

En esta operacion, la fortuna vino a ponerse de parte de los peruanos. El comandante Grau estaba profundamente convencido de que con su monitor no podia aceptar un combate franco contra los encorazados de los chilenos. En consecuencia, queria limitar toda su accion a una guerra de sorpresas sobre los buques menores, i a evitar a todo trance un encuentro con alguna de las fragatas enemigas, para lo cual debia servirle maravillosamente la mayor ajilidad i el mejor andar del *Huáscar*. En esta primera retirada, el comandante Grau desplegó toda la intelijente actividad de su espíritu. Dos veces estuvo esa nave a la vista de los chilenos: una vez se cambiaron algunos cañonazos a gran distancia (3 de junio); pero desde que la *Blanco* quiso acercarse, el comandante Grau forzó de nuevo su máquina,

arrojó al mar los objetos que podian embarazar su marcha, i sin detenerse siquiera algunos minutos para recojer a un tripulante que cayó al agua i que al fin pereció ahogado (1), se alejó a toda prisa para evitar el combate, i el 7 de junio llegó sin contratiempo al Callao.

Esta feliz retirada, mas que el combate de Iquique, en que la gloria no habia estado de parte del *Huáscar*, estableció la reputacion militar del comandante Grau. Las poblaciones del Callao i de Lima, que deploraban la valiosa pérdida de la fragata *Independencia*, recibieron al dilijente marino con los honores de vencedor. La prensa lo saludó llamándolo el primero i mas ilustre de los defensores del Perú. Estos ardorosos aplausos, al paso que servian para distraer al pueblo peruano del dolor que produjo en todo el pais el desastre de Iquique, estimularon al comandante Grau i a sus subalternos a ejecutar otras espediciones que tendremos que referir mas adelante.

---

(1) Era éste un apreciable caballero de Lima llamado don Antonio Cucalon, que se habia embarcado en el *Huáscar* por curiosidad o por patriotismo, para asistir a las operaciones navales. Despues de esta desgracia que le costó la vida, el nombre de *Cucalon* ha sido dado en estos paises a los individuos que sin ser militares, acompañan a los ejércitos para presenciar las batallas; a los corresponsales de los diarios, etc., etc.

CAPITULO V.

Trabajos de reorganizacion militar de las tres repúblicas belijerantes, de mayo a julio de 1879.

Aprestos militares del gobierno de Bolivia.—Espide patentes de corso sin ningun resultado.—Imposicion de empréstitos forzosos i confiscacion de las propiedades de los chilenos.—Desgobierno con que se manejan estos fondos.—Reunion del ejército boliviano en la Paz.—Su marcha a la provincia peruana de Tacna.—El ejército peruano de Tarapacá.—El presidente Prado se prepara para salir a campaña.—Trabajos del congreso peruano.—El gobierno del Perú recibe los primeros refuerzos de armamento mediante la complicidad del gobierno neutral de Panamá.—El presidente Prado llega a Arica con un convoi considerable, i recorre toda la provincia de Tarapacá lanzando las mas ardorosas proclamas contra Chile.—Enerjía tranquila con que el gobierno chileno emprendió la creacion i la organizacion de su ejército.—Cuidado con que atiende todos los ramos del servicio militar.—Medidas financieras que le han permitido hacer frente a todas sus obligaciones i a los gastos de la guerra.

Miéntras tanto, las operaciones de los ejércitos de tierra de los tres pueblos belijerantes se limitaban solo a los trabajos de organizacion militar. Bolivia, el Perú i Chile remontaban sus tropas, creaban nuevos batallones i se disponian para abrir la campaña.

La república de Bolivia, así como el Perú, se hallaba bajo el réjimen de la lei marcial. El jeneral Daza gobernaba ese pais con la suma del poder público i bajo

un sistema de cuya violencia no se puede formar una idea aproximativa el lector estranjero. Nacido de una revolucion de cuartel, como casi todos los gobiernos que ha tenido Bolivia, el del jeneral Daza se habia entronizado en el poder persiguiendo i desterrando a sus adversarios, i dando rienda suelta a las pasiones de sus pretorianos. Al declarar la guerra a Chile, i al llamar a las armas a todos los bolivianos, tuvo el buen sentido de proclamar una amnistía jeneral; i merced a ella acudieron a servir bajo sus banderas muchos hombres que le habian sido desafectos.

Las otras medidas del gobierno boliviano fueron mucho ménos prácticas. Uno de los ministros de Daza inició un proyecto de alianza con la República Arjentina, a la cual se le habria pagado su cooperacion en la guerra, con la cesion de sesenta leguas de costa sobre el Pacífico, que se arrancarian del territorio de Chile al fin de la campaña, esto es, desde el paralelo 24 hasta el 27. Casi es inútil decir que la República Arjentina ni siquiera oyó estas proposiciones, que ademas estaban sujetas a otras condiciones favorables solo para Bolivia.

Por decreto de 26 de marzo, el presidente Daza mandó dar patentes de corso a todos los armadores, de cualquiera nacionalidad que fuesen, que quisieran hostilizar el comercio marítimo de Chile, concediendo los derechos de ciudadanos bolivianos a los estranjeros que se embarcasen en los corsarios. Este espediente, en que se esperaba hallar una rica fuente de recursos pecuniarios, no produjo ningun resultado. No se halló en ninguna parte del mundo un solo individuo que quisiese aceptar aquellas peligrosas patentes bolivianas,

porque esta nacion no tenia un solo buque para defender sus corsarios, i porque éstos no habian de tener puertos en que vender sus presas, sino eran los del Perú, que a causa del estado de guerra, podian ser hostilizados allí por la escuadra de Chile.

Con mayor eficacia, i con un resultado relativamente mejor, se impuso a un banco la obligacion de dar en préstamo 600,000 pesos; i se repartió en todos los pueblos de la república la imposicion de un empréstito tambien forzoso, por un millon de pesos que, sin embargo, no produjo sino poco mas de la mitad de esa suma, apesar de la dureza que se empleó para recaudarlo. En cambio, la confiscacion de los bienes de ciudadanos chilenos en los minerales de Corocoro i de Huanchaca llevaron al esquilmado tesoro de Bolivia una buena entrada. Sin embargo, aun en aquellos momentos de ardor patrio, en presencia de una guerra estranjera, aquellos caudales fueron administrados con el desgreño ordinario con que los coroneles i jenerales que han gobernado ese pais, han derrochado la fortuna pública. Los mismos documentos oficiales de Bolivia han revelado mas tarde que una parte de esos capitales fué sustraida por algunos de los amigos i socios del presidente Daza. Se cuenta que uno solo de éstos ganó en seis meses una fortuna de 200,000 pesos.

Cuando se tomaban esas medidas, iban llegando a la Paz los continjentes de tropas que el gobierno habia pedido a todas las provincias. Venian éstos calzados de ojotas (especie de sandalias de cuero), en su mayor parte vestidos de toscos capotes de bayeta, armados con armas de diversas clases, muchos con solo fusiles de

chispa, una porcion de la caballería montada en mulas; pero todos sumisos, pacientes para el trabajo i para la marcha, i sino ardorosos para el combate, resueltos a obedecer las órdenes de sus jefes. Seguíalos una turba de mujeres, las *rabonas* de los ejércitos del Perú i de Bolivia, i de niños de todas edades, que querian compartir las penalidades de la campaña con sus hijos, con sus padres, con sus maridos o con sus compañeros.

Ese primer ejército boliviano llegó a contar 4,500 hombres reunidos con grande afan en todas las provincias de la república. El 17 de abril rompió la marcha por los senderos de la montaña. El jeneral Daza, que dejaba organizado en la capital un gobierno provisorio que rijiese los destinos de la república durante su ausencia, iba a la cabeza de sus tropas. Un séquito considerable de jenerales, coroneles i edecanes formaba su estado mayor. Sus secretarios preparaban periódicamente las mas pomposas proclamas a los soldados para recordales que luego debian encontrar a los enemigos de su patria, i que era menester que ese dia se mostrasen dignos nietos de tales o cuales héroes de Bolivia.

La marcha por las cordilleras no ofreció ningun inconveniente. Los soldados bolivianos, en su jeneralidad de pura raza indíjena, son excelentes andadores, infatigables para la marcha, sufridos para todos los padecimientos, sóbrios i obedientes. Sin conocer la causa por que iban a pelear, sin entusiasmo pero sin abatimiento, marchaban resignados al teatro de la guerra; i el 30 de abril, despues de un viaje de trece dias que habria rendido a hombres ménos pacientes que ellos, entraban silenciosos en la ciudad de Tacna, donde los esperaban sus

aliados los peruanos con mas curiosidad que satisfaccion.

El ejército del Perú se agrupaba tambien en esos momentos en aquellas provincias. A las tropas que el gobierno del jeneral Prado habia hecho llegar allí ántes de la declaracion de guerra, se habian agregado diversos destacamentos venidos de las provincias vecinas. Ademas de varios jefes militares, habia llegado al sur el jeneral don Juan Buendia que venia de Lima con el carácter de jeneral en jefe del ejército de Tarapacá. Esos oficiales superiores dirijian los trabajos de defensa de la costa, formaban los campamentos i atendian al servicio militar con mas precipitacion que eficacia. Faltaban armas i municiones, escaseaban los víveres; i, por todas partes, se hacia sentir el desgobierno precursor de una catástrofe. Cuando los chilenos se apoderaron de esas provincias, cayeron en sus manos los libros i los papeles del estado mayor de sus enemigos. Entónces se vió que si Chile hubiera ejecutado en esos momentos un resuelto desembarco en esos lugares, aun sin contar con otro ejército que el que tenia en esa época, habria obtenido fácilmente las mismas ventajas que alcanzó seis meses mas tarde.

En verdad, el ejército peruano aguardaba lleno de zozobras un desembarco de las tropas chilenas. Sus esperanzas estaban cifradas en los refuerzos i en los ausilios que pudieran llegarle de Lima, i particularmente en los que debia traerle el presidente Prado, cuya próxima partida de la capital estaba anunciada. En efecto, el gobierno aunque revestido de antemano de facultades estraordinarias, habia convocado al congreso peruano para arbitrar algunas medidas tendentes a la guerra, a fin

de repartir con él la responsabilidad de la situacion.

Habíase anunciado por todos los medios de publicidad oficial que tan luego como los cuerpos lejislativos sancionaran ciertas leyes que reclamaba el estado de guerra, el presidente de la república saldria a ponerse al frente del ejército. Desde el 8 de abril, el jeneral Prado habia comunicado a sus compatriotas en una proclama solemne que lo verian «siempre en el sitio de mayor peligro,» para llevar a cabo el castigo de Chile.

En realidad, el móvil que estimulaba al presidente del Perú, no era el de buscar el sitio de mayor peligro. Desde que se anunció como inevitable el rompimiento entre los dos paises, el populacho de Lima tomó una actitud poco tranquilizadora. En las altas horas de la noche, tocábanse las campanas de las iglesias, el pueblo se reunia en las calles i plazas, i en medio de gritos amenazadores se acusaba al gobierno de flojedad en la direccion de la guerra, i al presidente de la república de abrigar simpatías secretas por Chile, donde habia residido ocho años i donde habia dejado algunas propiedades. Las belicosas proclamas del jefe supremo del estado eran para el populacho de la capital i para el vulgo de los politiqueros, un simple espediente para engañar la opinion. El presidente Prado no tuvo valor para afrontar esta situacion que cada dia se hacia mas amenazadora, i esperó solo que el congreso tomase ciertas resoluciones para abandonar una ciudad donde no hallaba ya seguridad para su persona.

Las resoluciones del congreso no fueron, sin embargo, de grande alcance. Rechazáronse diversos proyectos de contribucion de guerra; i para satisfacer a los gastos

que ésta iba a ocasionar, se autorizó al gobierno para elevar hasta 25 millones de pesos la emision del papel moneda que habia comenzado a hacerse ese año. Esta medida, ademas de un fraude considerable a que dió lugar la emision, produjo el resultado inmediato de hacer bajar estraordinariamente la moneda de papel i de hacer subir en mayor proporcion aun la pérdida en el cambio sobre Europa. El congreso facultó ademas al poder ejecutivo para aumentar las fuerzas de mar i de tierra en cuanto lo creyese oportuno para las necesidades de la guerra; i por lei de 9 de mayo concedió al presidente de la república licencia para «mandar personalmente la fuerza armada i salir del territorio.» Sin duda la mente de los congresales del Perú, era facultar al jefe supremo para que efectuase la invasion a Chile de que se hablaba entónces en los diarios, en las reuniones populares i en los banquetes. Ya veremos mas adelante en qué forma i con qué objeto usó el presidente Prado de esta autorizacion ocho meses mas tarde.

En esos momentos, el gobierno del Perú comenzaba a recibir los primeros refuerzos de armas i municiones que, desde el mes de febrero, habia pedido a Europa i a los Estados Unidos. Recibia estos elementos por la via mas corta, por el istmo de Panamá, donde los ajentes consulares de Chile no pudieron conseguir que las autoridades de Colombia pusiesen atajo a un tráfico que importaba la mas escandalosa violacion de la neutralidad. La prensa de Bogotá, capital de la república colombiana, recordando poco mas tarde estos hechos, i tratando de esplicarlos, ha dicho que el gobernador del estado federal de Panamá habia sido comprado con una

gruesa cantidad de dinero por los ajentes del Perú. Estos refuerzos permitieron al jeneral Prado llevar al sur, junto con un buen continjente de tropas, un valioso cargamento de armas i de municiones de todas clases. El vice-presidente de la república, jeneral La Puerta, se hizo cargo del gobierno.

Hemos dicho ya que el convoi que acompañaba al presidente del Perú, llegó a Arica el 20 de mayo.

El jeneral Prado habria creido faltar a su deber de presidente del Perú si al partir de Lima no hubiera dirijido al pueblo una de esas fantásticas proclamas que parecen ser mui del gusto del pais. Despues de anunciar allí de nuevo que iba a castigar a los bárbaros i crueles chilenos, agregaba las palabras siguientes: «Si la mas decidida abnegacion, si la disposicion al esfuerzo de todo jénero, incluso el sacrificio de la persona, pueden servir de augurio del triunfo, yo os ofrezco que nada escusaré en servicio de nuestra patria tan sin razon ultrajada.» Cuatro dias despues, el 20 de mayo, al desembarcar en Arica, el presidente lanzaba una nueva proclama para anunciar a sus soldados que ya ha «desnudado la espada» para castigar a los vándalos chilenos, «pueblo tránsfuga de la fraternidad americana» (1), i para prometerles «que en toda acasion, favorable o adversa, estará a su lado como amigo i hermano.»

En Arica, el presidente del Perú fué recibido por el jeneral Daza, jefe supremo de Bolivia. Fué aquel un dia

(1) Estos insultos prodigados cada dia al pueblo chileno no solo están consignados en las proclamas, sino en los decretos i en los documentos del carácter mas serio. El vice presidente La Puerta, en el discurso solemne de clausura del congreso peruano, dijo pocos dias despues que Chile era «la vergüenza de la América.»

de regocijo i de fiestas para peruanos i bolivianos que veian engrosado su ejército, i que esperaban con la mas absoluta confianza la captura de los dos buquecillos chilenos que bloqueaban el vecino puerto de Iquique. La fiesta, como se sabe, fué turbada el dia siguiente por la noticia de la pérdida irreparable de la fragata encorazada *Independencia*. En medio de la tristeza i de la perturbacion que produjo este suceso, se procedió activamente al desembarco de las tropas, de las armas i de las municiones, i se dió un nuevo impulso a los trabajos de fortificacion de Arica. En seguida, el presidente Prado se trasladó a Pisagua para inspeccionar por sí mismo al ejército peruano de Tarapacá, i para distribuirle los elementos militares que habia traido de Lima.

Diez dias duró esta escursion (25 de mayo a 3 de junio). El presidente del Perú, i director de la guerra, recorrió los campamentos, recibió las salutaciones i aplausos de sus tropas, repartió por todas partes nuevas i mas ardorosas proclamas, i se volvió a Arica, dejando a sus jenerales el cuidado de arreglar todos los detalles de la defensa. Las tropas peruanas i bolivianas establecidas en la provincia de Tarapacá, en número de ocho a nueve mil hombres, fueron distribuidas principalmente en los puertos de Iquique i de Pisagua, donde se construyeron fortificaciones respetables, artilladas por cañones de grueso calibre. La defensa de esa importante provincia ganó considerablemente con estos trabajos i con los refuerzos que acababa de recibir; pero ellos no la ponian a salvo de un golpe de audacia de los chilenos, que entónces mismo habrian podido ejecutar con el mas completo buen éxito.

Pero el gobierno de Chile, por su parte, procedia con una prudencia i una cautela que rayaba en la meticulosidad. Resuelto a no dejar nada a la fortuna, habia determinado no abrir la campaña sino en el momento en que se supiera que sus tropas estaban prontas, no para combatir sino para vencer. Contra la impaciencia del pais, que anhelaba una solucion inmediata confiado en el espíritu del ejército, el gobierno chileno habia comenzado los aprestos bélicos con la mas fria i tranquila resolucion de no precipitar los sucesos para no arriesgar nada, o para arriesgar lo ménos posible en la campaña a que habia sido arrastrado. Al reves de lo que en esos momentos sucedia en el Perú i en Bolivia, donde el gobierno estaba revestido de la suma del poder público, el presidente de Chile mantuvo intacto el réjimen constitucional, soportando sereno e impasible la responsabilidad de la situacion, las censuras de la prensa i las acusaciones de algunos miembros del congreso que pedian una accion mas rápida.

El puerto de Antofagasta, situado, como se sabe, en la costa del desierto de Atacama, habia sido convertido en campamento de las tropas chilenas. Allí fueron reuniéndose los diversos cuerpos que formaban el diminuto ejército permanente con que contaba el pais, i se organizaron ademas algunos cuerpos de milicias con los trabajadores de aquella rejion. El gobierno dispuso que los batallones que constaban de 300 plazas cada uno, fuesen elevados a rejimientos de 1,200 hombres, todo lo cual se consiguió sin dificultad, gracias a los imprudentes decretos del gobierno del Perú, que habia espulsado de este pais a todos los chilenos. Las víctimas de esta

persecucion, hombres fuertes i vigorosos, acostumbrados a los mas rudos trabajos, completaron en pocos dias el número de algunos de esos rejimientos; i todavía los que habian seguido su viaje hasta Valparaiso, formaron allí otro cuerpo.

Con la misma resolucion, organizáronse en todas las provincias cuerpos de guardia nacional movilizada; i se comenzó la instruccion de éstos bajo el réjimen de la mas severa disciplina, i con un tezon que revelaba la seriedad de propósitos de quien obedece a un plan fijo e inmutable. Los nuevos soldados fueron vestidos enteramente a la europea, como lo estaba de antemano el ejército permanente, i armados con las mejores armas; con rifles Comblain la infantería, con sables franceses i carabinas Winchester la caballería, i con cañones Krupp o ametralladoras del último sistema los cuerpos de artillería. Como Chile habia vivido desde largos años en paz interior i esterior, i como la guerra lo encontraba desprevenido, le faltaban armas, municiones, vestuarios, monturas i los demas elementos para equipar todo el ejército que queria formar. Con una actividad enérjica, el gobierno estableció maestranzas en Santiago i Valparaiso para la fabricacion de los artículos que podian hacerse en el pais (1), i por el telégrafo pidió a Europa las armas i los demas objetos que solo pueden cons-

(1) En la imposibilidad de dar a conocer con algunos detalles los inmensos trabajos de organizacion a que tuvo que hacer frente el gobierno de Chile, nos limitamos a recomendar la lectura de la Memoria pasada en 1880 al ministerio de la guerra i marina por la intendencia jeneral de ejército, i publicada en un opúsculo de 44 pájinas en 4.° Ese valioso documento da una idea de la actividad que fué necesario desplegar para proveer al ejército i a la marina de cuanto se necesitaba para la campaña.

truirse en talleres que no es posible improvisar. El gobierno no fijaba para estos encargos mas que una condicion, i ésta era que todo lo que se le enviase fuese de primera calidad, lo mejor que se fabricase en Francia, en Béljica, en Alemania i en Inglaterra. Todo debia pagarse al contado para que no hubiera el menor retardo, i para que el crédito de Chile no sufriese ningun desdoro.

Con el mismo empeño se organizaba el cuerpo sanitario del ejército, i se atendian las mil necesidades de la intendencia militar para la provision de las tropas. Organizóse igualmente el servicio de injenieros, agregando a los pocos que servian en el ejéroito permanente, algunos injenieros civiles. Para las necesidades del campamento i de la campaña subsiguiente, se reunieron tambien muchos carpinteros, herreros, mecánicos i todos los materiales necesarios para tender líneas telegráficas, iluminar el campo, montar i desmontar máquinas, i para atender inmediatamente a las mil exijencias del servicio. El gobierno queria aprovechar todos los inventos de la ciencia moderna que simplifican i facilitan las operaciones militares, la luz eléctrica, el telégrafo, el heliógrafo, etc., etc., i su empeño así como la actividad que desplegaron los jefes i subalternos encargados de estos servicios, fueron coronados del éxito mas feliz.

No fué esto todo. Desde años atras existe en Chile una oficina hidrográfica encargada de dirijir los reconocimientos jeográficos encomendados a la marina, i de reunir todas las cartas i todas las noticias concernientes a la jeografía. Los trabajos de esa oficina, justamente apreciados por el mundo sabio, fueron temporalmente

suspendidos, o mas propiamente contraidos esclusivamente al estudio del territorio que debia ser el teatro de la guerra. La oficina hidrográfica preparó así excelentes mapas de aquellos lugares, i tratados descriptivos de la mas perfecta claridad en que, a manera de los libros llamados «Guias del viajero», se agrupaban noticias acerca de los accidentes del terreno, de sus recursos, de las dificultades que habia que vencer i de los medios de subsanarlas. (1) Los autores de esos escritos reunieron con este objeto todos los datos seguros que hallaban en

(1) Por el interes que puedan tener nuestros lectores por conocer la jeografía del teatro de la guerra, damos a continuacion una rápida noticia de las publicaciones hechas por la Oficina Hidrográfica de Santiago.

1.° «Jeografía náutica de Bolivia,» Santiago, marzo de 1879. Opúsculo de 35 pájinas en 8.°, acompañado de una carta de la parte del desierto de Atacama comprendida entre los paralelos 22 i 25° 35'.

2.° «Noticia del desierto de Atacama i sus recursos.» opúsculo de 21 pájinas con una carta, Santiago, marzo de 1879.

3.° «Jeografía náutica i derrotero de las costas del Perú,» Santiago, abril de 1879. Un volúmen de 191 pájinas.

4.° «Noticias del departamento litoral de Tarapacá i sus recursos,» Santiago, abril de 1879. Opúsculo de 23 pájinas, con una carta jeográfica del territorio comprendido entre los paralelos 24 i 19° 30.' De este opúsculo se hizo en agosto del mismo año una segunda edicion mui mejorada i mucho mas completa; i la carta jeográfica recibió tambien mejoras de consideracion para servir al ejército de tierra.

5.° «Noticias de los departamentos de Tacna, Moquegua i Arequipa i algo sobre la hoya del lago Titicaca,» Santiago, marzo de 1879. Opúsculo de 44 pájinas, con una carta jeográfica del territorio comprendido entre los paralelos 19° 30' i 14° 30'.

6.° «Noticias sobre las provincias del litoral correspondientes al departamento de Lima i de la provincia constitucional del Callao, Santiago, 1879. Opúsculo de 75 pájinas, con un plano estratéjico del territorio comprendido entre los paralelos 11° 3' i 12° 22'.

7.° «Noticias sobre las provincias litorales correspondientes a los departamentos de Arequipa, Ica, Huancavélica i Lima» Santiago, 1880. Opúsculo de 40 pájinas, con una carta jeográfica del territorio comprendido entre los paralelos 17° i 13° 30'.

8.° «Datos sobre los recursos i las vias de comunicacion del litoral de las provincias de Chancai i de Lima,» Santiago, 1880, con una carta del territorio a que se refiere.

los libros i en los documentos, i los completaron con las noticias que podian suministrar los injenieros que habian recorrido ese territorio. Los escritos i los mapas salidos de la oficina hidrográfica, que son ahora lo mejor que existe sobre la jeografía de las costas del Perú, i de todo el territorio vecino al litoral, fueron impresos en un considerable número de ejemplares, i distribuidos en el ejército i la escuadra para que cada oficial, cada sarjento que tuviese que desempeñar alguna comision, conociera de antemano i con bastante exactitud las condiciones del terreno que tenia que recorrer. De aquí resultó mas adelante que el ejército chileno conocia el pais invadido mejor aun que los soldados que lo defendian.

El gobierno de Chile queria hacer una guerra intelijente, tal como la hacen las naciones mas civilizadas; i en efecto, como lo demostró el éxito, no se equivocaba en sus previsiones, porque así pudo vencer dificultades enormes i llevar a buen término i con rapidez las operaciones militares que parecian mas difíciles. Pero al mismo tiempo queria hacer la guerra culta. No le bastó para esto el declarar que se adheria a las resoluciones del congreso de Jinebra sobre hospitales de sangre, heridos i prisioneros, reglamentando conveniente i liberal-

9.° «Plano de Lima i sus alrededores.» Santiago, 1880.

Todos estos trabajos se recomiendan por el grande acopio de datos que contienen, i por su rigorosa exactitud.

Estando ocupada la escuadra en las operaciones de la guerra, la Oficina Hidrográfica no ha podido disponer que se hagan nuevos reconocimientos en todo el último año; i en este sentido decimos en el testo que ha suspendido sus otros trabajos. Pero, aun en medio de estas ocupaciones, ha continuado los estudios comenzados anteriormente, i ha hecho otras publicaciones jeográficas estrañas a las actuales necesidades militares.

mente este servicio, como ántes habia declarado que no emplearia los corsarios en la guerra (1), sino que hizo recopilar en un pequeño libro todas las disposiciones i declaraciones con que en los últimos veinticinco años se han querido limitar los horrores de la guerra. Ese libro fué igualmente distribuido a los oficiales del ejército i de la escuadra para que en todo caso reglasen su conducta a esas disposiciones (2). El gobierno chileno queria evitar todos los daños innecesarios, toda efusion de sangre inútil, i su perseverancia ha conseguido, como lo veremos mas adelante, realizar casi siempre estos nobles propósitos.

La guerra iba a crear a Chile una situacion embarazosa por el estado de sus finanzas. Si bien es cierto que la república no se hallaba en un estado de bancarrota como el que atravesaba el Perú desde 1872, si no sufria tampoco una penuria crónica como la que siempre se ha hecho sentir en Bolivia por causa de los trastornos i revoluciones, la situacion de la hacienda pública chilena distaba mucho de ser tan holgada como lo habia sido,

(1) Chile i el Perú habian aceptado en años atras las conclusiones del congreso de Paris de 1856; pero Bolivia no habia prestado su adhesion. Al principio de la presente guerra, el Perú sujirió a Bolivia la idea de dar patentes de corso contra el comercio chileno. Felizmente, como ya dijimos, no se halló quienes quisieran aceptarlas, i la causa de la civilizacion no ha tenido que sufrir por esta causa.

(2) El opúsculo a que nos referimos lleva este título: *El derecho de la guerra segun los últimos progresos de la civilizacion*, Santiago, 1879; i contiene 1.° Las declaraciones del congreso internacional de Bruselas de 1874; 2.° La declaracion de San Petersburgo de 1868; 3.° Las declaraciones de la convencion internacional de Jinebra de 1864, con los artículos adicionales de 1868; i 4.° Las instrucciones para los ejércitos de los Estados Unidos en campaña.—Los jefes i oficiales del ejército de Chile tuvieron encargo de respetar estas declaraciones como código de guerra.

merced al órden i a la economía de sus administradores, durante los últimos cuarenta años. La ejecucion de grandes trabajos públicos, tres años consecutivos de malas cosechas, la baja del cobre en los mercados europeos, la pérdida de inmensos capitales en las salitreras del Perú por causa de las leyes de despojo sancionadas por el gobierno de este pais, habian producido en Chile una fuerte crísis económica seguida de una alarmante disminucion en las rentas del estado. El crédito del pais se conservaba sin embargo intacto en los mercados europeos por el puntual cumplimiento de todas las obligaciones esteriores; pero apelar al arbitrio de los empréstitos estranjeros en vísperas de una guerra que, a juzgar por el número i por las amenazas del enemigo, debia ser ruinosa para Chile, era esponerse a tener que sufrir un rechazo o que aceptar condiciones mui onerosas.

Fué necesario recurrir a otros medios. Comenzóse por establecer la mas estricta economía en los gastos jenerales i ordinarios de la administracion, suprimiendo los servicios ménos necesarios, i reduciendo otros en proporcion de su importancia. Así, pues, el gobierno continuó pagando todos los sueldos de la administracion i los intereses de las deudas interior i esterior; pero suspendió o redujo la construccion de obras públicas, caminos i edificios, e introdujo muchas otras economías de detalle. El resultado de este plan fué que al cerrarse el año de 1879, los gastos jenerales i ordinarios de la administracion eran inferiores en 2.610,000 pesos a la suma total del presupuesto, es decir, 15.247,000 en lugar de 17.857,000.

Esta economía, así como el producto de una nueva

contribucion sobre las trasferencias de capitales en las transacciones bancarias i comerciales, no podian bastar para hacer frente a los gastos de la guerra. El gobierno fué autorizado para hacer emisiones de papel moneda de curso forzoso. Ejecutóse esta operacion gradualmente i segun las necesidades del erario, cuidando de no recargar el mercado de moneda de papel de un solo golpe, para mantener su valor en cuanto fuese posible. Ese papel, garantido por el estado, que se obliga a convertirlo mas tarde en moneda de plata o de oro, satisfizo las exijencias de la situacion, sin esperimentar una baja sensible en su precio. Hoi, cuando las emisiones sucesivas han alcanzado a la suma de diez i seis millones de pesos, las leyes económicas se han cumplido, pero en una escala relativamente reducida, de tal suerte, que su depreciacion no ha pasado de un veinte o un veinticinco por ciento.

Se debe en gran parte este resultado al órden i a la economía con que el gobierno de Chile ha hecho los gastos de la guerra. Las cuentas de la tesorería revelan, en efecto, que los gastos estraordinarios i fuera de presupuesto, incluyendo en ellos el valor de las armas adquiridas en Europa, así como el de los trasportes comprados o alquilados, i pagados todos al contado, ha subido solo en el año de 1879 a la suma de 10.288,000 pesos, suma relativamente corta si se toman en cuenta la importancia de los resultados alcanzados en ese año, i la magnitud de los aprestos militares.

El gobierno pudó contar tambien con los ausilios pecuniarios provenientes de las erogaciones particulares. Estos donativos, hechos en dinero i en especies, fueron

principalmente destinados a la alimentacion del ejército i de la escuadra o a la formacion de las ambulancias. Debe decirse tambien aquí en honor de este pais, que despues de los primeros combates, i cuando comenzaron a llegar a Chile los heridos, así amigos como enemigos, los mas ricos capitalistas de Santiago i de Valparaiso establecieron a su costa excelentes hospitales para descargar al estado del gasto que este servicio debia imponerle.

CAPITULO VI.

El Huáscar, de julio a octubre de 1879.

Escursion de la corbeta *Pilcomayo* hasta Tocopilla.—Nueva campaña del *Huáscar*.—Sorpresa nocturna en la bahía de Iquique.—Tercera campaña del *Huáscar*.—Daños causados en la costa setentrional de Chile.—Captura del trasporte chileno *Rimac*.—Infructuosa espedicion de la corbeta peruana *Union* hasta Magallanes —Suspéndese el bloqueo de Iquique.—Bombardeo ineficaz de Antofagasta.—Reorganizacion de la escuadra chilena.—Proyectado ataque de Arica.—Captura del *Huáscar*.—Importancia de este hecho.

Apesar de los grandes i activos aprestos militares de las tres repúblicas belijerantes, se pasaron seis meses sin combate alguno entre los ejércitos de tierra; i aun las operaciones marítimas fueron por mucho tiempo de escasa importancia. La escuadra chilena persistió en el bloqueo del puerto peruano de Iquique, miéntras su ejército se completaba i disciplinaba en Antofagasta. Los peruanos, por su parte, pasaron este tiempo fortificando los puertos de su costa, o preparando ataques rápidos e imprevistos para sorprender a los trasportes o a los buques menores de los enemigos.

El bloqueo de Iquique no producia mas que una ventaja, i era privar al Perú de las entradas que sin esto le

chispa, una porcion de la caballería montada en mulas; pero todos sumisos, pacientes para el trabajo i para la marcha, i sino ardorosos para el combate, resueltos a obedecer las órdenes de sus jefes. Seguíalos una turba de mujeres, las *rabonas* de los ejércitos del Perú i de Bolivia, i de niños de todas edades, que querian compartir las penalidades de la campaña con sus hijos, con sus padres, con sus maridos o con sus compañeros.

Ese primer ejército boliviano llegó a contar 4,500 hombres reunidos con grande afan en todas las provincias de la república. El 17 de abril rompió la marcha por los senderos de la montaña. El jeneral Daza, que dejaba organizado en la capital un gobierno provisorio que rijiese los destinos de la república durante su ausencia, iba a la cabeza de sus tropas. Un séquito considerable de jenerales, coroneles i edecanes formaba su estado mayor. Sus secretarios preparaban periódicamente las mas pomposas proclamas a los soldados para recordales que luego debian encontrar a los enemigos de su patria, i que era menester que ese dia se mostrasen dignos nietos de tales o cuales héroes de Bolivia.

La marcha por las cordilleras no ofreció ningun inconveniente. Los soldados bolivianos, en su jeneralidad de pura raza indíjena, son excelentes andadores, infatigables para la marcha, sufridos para todos los padecimientos, sóbrios i obedientes. Sin conocer la causa por que iban a pelear, sin entusiasmo pero sin abatimiento, marchaban resignados al teatro de la guerra; i el 30 de abril, despues de un viaje de trece dias que habria rendido a hombres ménos pacientes que ellos, entraban silenciosos en la ciudad de Tacna, donde los esperaban sus

aliados los peruanos con mas curiosidad que satisfaccion.

El ejército del Perú se agrupaba tambien en esos momentos en aquellas provincias. A las tropas que el gobierno del jeneral Prado habia hecho llegar allí ántes de la declaracion de guerra, se habian agregado diversos destacamentos venidos de las provincias vecinas. Ademas de varios jefes militares, habia llegado al sur el jeneral don Juan Buendia que venia de Lima con el carácter de jeneral en jefe del ejército de Tarapacá. Esos oficiales superiores dirijian los trabajos de defensa de la costa, formaban los campamentos i atendian al servicio militar con mas precipitacion que eficacia. Faltaban armas i municiones, escaseaban los víveres; i, por todas partes, se hacia sentir el desgobierno precursor de una catástrofe. Cuando los chilenos se apoderaron de esas provincias, cayeron en sus manos los libros i los papeles del estado mayor de sus enemigos. Entónces se vió que si Chile hubiera ejecutado en esos momentos un resuelto desembarco en esos lugares, aun sin contar con otro ejército que el que tenia en esa época, habria obtenido fácilmente las mismas ventajas que alcanzó seis meses mas tarde.

En verdad, el ejército peruano aguardaba lleno de zozobras un desembarco de las tropas chilenas. Sus esperanzas estaban cifradas en los refuerzos i en los ausilios que pudieran llegarle de Lima, i particularmente en los que debia traerle el presidente Prado, cuya próxima partida de la capital estaba anunciada. En efecto, el gobierno aunque revestido de antemano de facultades estraordinarias, habia convocado al congreso peruano para arbitrar algunas medidas tendentes a la guerra, a fin

chispa, una porcion de la caballería montada en mulas; pero todos sumisos, pacientes para el trabajo i para la marcha, i sino ardorosos para el combate, resueltos a obedecer las órdenes de sus jefes. Seguíalos una turba de mujeres, las *rabonas* de los ejércitos del Perú i de Bolivia, i de niños de todas edades, que querian compartir las penalidades de la campaña con sus hijos, con sus padres, con sus maridos o con sus compañeros.

Ese primer ejército boliviano llegó a contar 4,500 hombres reunidos con grande afan en todas las provincias de la república. El 17 de abril rompió la marcha por los senderos de la montaña. El jeneral Daza, que dejaba organizado en la capital un gobierno provisorio que rijiese los destinos de la república durante su ausencia, iba a la cabeza de sus tropas. Un séquito considerable de jenerales, coroneles i edecanes formaba su estado mayor. Sus secretarios preparaban periódicamente las mas pomposas proclamas a los soldados para recordales que luego debian encontrar a los enemigos de su patria, i que era menester que ese dia se mostrasen dignos nietos de tales o cuales héroes de Bolivia.

La marcha por las cordilleras no ofreció ningun inconveniente. Los soldados bolivianos, en su jeneralidad de pura raza indíjena, son excelentes andadores, infatigables para la marcha, sufridos para todos los padecimientos, sóbrios i obedientes. Sin conocer la causa por que iban a pelear, sin entusiasmo pero sin abatimiento, marchaban resignados al teatro de la guerra; i el 30 de abril, despues de un viaje de trece dias que habria rendido a hombres ménos pacientes que ellos, entraban silenciosos en la ciudad de Tacna, donde los esperaban sus

aliados los peruanos con mas curiosidad que satisfaccion.

El ejército del Perú se agrupaba tambien en esos momentos en aquellas provincias. A las tropas que el gobierno del jeneral Prado habia hecho llegar allí ántes de la declaracion de guerra, se habian agregado diversos destacamentos venidos de las provincias vecinas. Ademas de varios jefes militares, habia llegado al sur el jeneral don Juan Buendia que venia de Lima con el carácter de jeneral en jefe del ejército de Tarapacá. Esos oficiales superiores dirijian los trabajos de defensa de la costa, formaban los campamentos i atendian al servicio militar con mas precipitacion que eficacia. Faltaban armas i municiones, escaseaban los víveres; i, por todas partes, se hacia sentir el desgobierno precursor de una catástrofe. Cuando los chilenos se apoderaron de esas provincias, cayeron en sus manos los libros i los papeles del estado mayor de sus enemigos. Entónces se vió que si Chile hubiera ejecutado en esos momentos un resuelto desembarco en esos lugares, aun sin contar con otro ejército que el que tenia en esa época, habria obtenido fácilmente las mismas ventajas que alcanzó seis meses mas tarde.

En verdad, el ejército peruano aguardaba lleno de zozobras un desembarco de las tropas chilenas. Sus esperanzas estaban cifradas en los refuerzos i en los ausilios que pudieran llegarle de Lima, i particularmente en los que debia traerle el presidente Prado, cuya próxima partida de la capital estaba anunciada. En efecto, el gobierno aunque revestido de antemano de facultades estraordinarias, habia convocado al congreso peruano para arbitrar algunas medidas tendentes a la guerra, a fin

chispa, una porcion de la caballería montada en mulas; pero todos sumisos, pacientes para el trabajo i para la marcha, i sino ardorosos para el combate, resueltos a obedecer las órdenes de sus jefes. Seguíalos una turba de mujeres, las *rabonas* de los ejércitos del Perú i de Bolivia, i de niños de todas edades, que querian compartir las penalidades de la campaña con sus hijos, con sus padres, con sus maridos o con sus compañeros.

Ese primer ejército boliviano llegó a contar 4,500 hombres reunidos con grande afan en todas las provincias de la república. El 17 de abril rompió la marcha por los senderos de la montaña. El jeneral Daza, que dejaba organizado en la capital un gobierno provisorio que rijiese los destinos de la república durante su ausencia, iba a la cabeza de sus tropas. Un séquito considerable de jenerales, coroneles i edecanes formaba su estado mayor. Sus secretarios preparaban periódicamente las mas pomposas proclamas a los soldados para recordales que luego debian encontrar a los enemigos de su patria, i que era menester que ese dia se mostrasen dignos nietos de tales o cuales héroes de Bolivia.

La marcha por las cordilleras no ofreció ningun inconveniente. Los soldados bolivianos, en su jeneralidad de pura raza indíjena, son excelentes andadores, infatigables para la marcha, sufridos para todos los padecimientos, sóbrios i obedientes. Sin conocer la causa por que iban a pelear, sin entusiasmo pero sin abatimiento, marchaban resignados al teatro de la guerra; i el 30 de abril, despues de un viaje de trece dias que habria rendido a hombres ménos pacientes que ellos, entraban silenciosos en la ciudad de Tacna, donde los esperaban sus

aliados los peruanos con mas curiosidad que satisfaccion.

El ejército del Perú se agrupaba tambien en esos momentos en aquellas provincias. A las tropas que el gobierno del jeneral Prado habia hecho llegar allí ántes de la declaracion de guerra, se habian agregado diversos destacamentos venidos de las provincias vecinas. Ademas de varios jefes militares, habia llegado al sur el jeneral don Juan Buendia que venia de Lima con el carácter de jeneral en jefe del ejército de Tarapacá. Esos oficiales superiores dirijian los trabajos de defensa de la costa, formaban los campamentos i atendian al servicio militar con mas precipitacion que eficacia. Faltaban armas i municiones, escaseaban los víveres; i, por todas partes, se hacia sentir el desgobierno precursor de una catástrofe. Cuando los chilenos se apoderaron de esas provincias, cayeron en sus manos los libros i los papeles del estado mayor de sus enemigos. Entónces se vió que si Chile hubiera ejecutado en esos momentos un resuelto desembarco en esos lugares, aun sin contar con otro ejército que el que tenia en esa época, habria obtenido fácilmente las mismas ventajas que alcanzó seis meses mas tarde.

En verdad, el ejército peruano aguardaba lleno de zozobras un desembarco de las tropas chilenas. Sus esperanzas estaban cifradas en los refuerzos i en los ausilios que pudieran llegarle de Lima, i particularmente en los que debia traerle el presidente Prado, cuya próxima partida de la capital estaba anunciada. En efecto, el gobierno aunque revestido de antemano de facultades estraordinarias, habia convocado al congreso peruano para arbitrar algunas medidas tendentes a la guerra, a fin

con bandera francesa en la colonia de Punta Arenas que Chile mantiene en el estrecho (18 de agosto); i cuando vió que allí no habia cañones ni mas guarnicion que unos treinta o cuarenta fusileros, se apoderó del carbon que habia en un pequeño ponton, i exijió que se le vendieran algunos víveres. El gobernador de la colonia chilena, imposibilitado para oponer la menor resistencia, consiguió, sin embargo, burlar al enemigo, induciéndolo a alejarse de aquellos lugares. Permitió que se le vendieran víveres; pero le hizo entender que ya habian pasado los buques cargados con armas, uno de los cuales, sin embargo, entraba en ese momento por la boca oriental del estrecho. La *Union*, creyendo perdido su viaje, dió inmediatamente la vuelta al Pacífico; i lo hizo con tal rapidez, que dos buques despachados con toda actividad de Valparaiso para darle caza en aquellos lugares, llegaron allí cuando ya aquella nave los habia dejado para no volver mas. Los buques chilenos prestaron el buen servicio de convoyar hasta los puertos de Chile los dos cargamentos de armas.

Pero este resultado de las operaciones marítimas, las correrías que hacian impunemente las naves peruanas, la ineficacia de la accion de los buques chilenos, i sobre todo la pérdida del trasporte *Rimac*, habian producido en Chile cierto descontento, i una ajitacion de la opinion que en el Perú i en los pueblos vecinos se interpretaban como los síntomas precursores de un movimiento revolucionario. Al paso que los gobiernos del Perú i de Bolivia tenian en sus manos la suma del poder público mediante el ejercicio de las facultades estraordinarias, el de Chile no habia suspendido ni siquiera por una

hora, ninguna de las garantías constitucionales. La prensa continuaba gozando de la mas completa libertad, i el congreso funcionaba con la misma amplitud de atribuciones que en los dias de mas perfecta paz. En las cámaras i en la prensa se hicieron oir las quejas del patriotismo herido por aquellos accidentes, que sin importar una derrota para las armas chilenas, alentaban al enemigo dando cierto prestijio a su causa. Acusábase al gobierno de no dar a las operaciones de la guerra una direccion mas enérjica i mas activa, i a los jefes de la escuadra de poco vigor o de poca fortuna en la persecucion de las naves peruanas. Esta situacion de los espíritus, espresada con franqueza, dió lugar a que en el Perú se creyera i se repitiese en el estranjero, que la tranquilidad incontrastable i tradicional de Chile, iba a desaparecer bajo el peso de una tremenda conmocion.

En lugar de esa revolucion, solo sobrevino una modificacion parcial en el ministerio, i la designacion de uno de sus miembros, de don Rafael Sotomayor, como ministro de la guerra en campaña (20 de agosto). El bloqueo de Iquique suspendido desde dias atras, fué definitivamente levantado. Se mandó que las naves de la escuadra volviesen unas en pos de otras a Valparaiso a limpiar sus fondos i a hacer todas las reparaciones indispensables para una campaña mas eficaz. Sólo algunas de ellas debian quedar en los puertos del norte para defender el campamento de Antofagasta.

Miéntras tanto, el monitor *Huáscar*, alentado con el éxito de sus anteriores correrías, se presentaba de nuevo en las costas del norte de Chile. El 7 de agosto se hallaba en el desguarnecido puerto de Taltal, cuando se

dejó ver uno de los encorazados de Chile, la fragata *Blanco Encalada*. De nuevo tambien el contra-almirante Grau supo eludir el combate; i utilizando eficazmente la velocidad de su nave, se retiró al norte sin ser incomodado.

Pocos dias mas tarde, (22 de agosto), el jefe peruano salia otra vez de Arica con el monitor *Huáscar* i dos rápidos trasportes, i despues de destruir algunas lanchas en los puertos indefensos de la costa, se presentó en la mañana del 28 de agosto delante del puerto de Antofagasta, donde, segun sabia, no se hallaba ninguno de los encorazados de Chile. En el fondo de la bahía estaba la cañonera *Magallanes*, i otro pequeño buque de guerra, la *Abtao*, cuya máquina estaba desarmada i en reparacion. En tierra habia ademas algunos cañones prontos a romper el fuego.

Segun las instrucciones de su gobierno, el contra-almirante peruano debia evitar resueltamente todo combate de éxito dudoso. En consecuencia, se mantuvo a la distancia, i se limitó a responder el fuego de los dos buques chilenos sin querer acercarse mucho a ellos. En un momento en que entró un poco mas adentro en el puerto, dos de sus bombas ocasionaron algunas bajas i averías en la *Abtao*; pero tambien una bomba de a 300 disparada desde la playa, atravesó la chimenea del monitor peruano, i reventó sobre la cubierta haciendo grandes destrozos i causando la muerte de uno de sus mejores oficiales, el teniente don Cárlos de los Heros, cuya muerte fué mui sentida por el comandante Grau. En cambio, ni las baterías de tierra, ni la poblacion de Antofagasta habian sufrido el menor daño por este ine-

ficaz bombardeo. Visto este resultado i temiendo el arribo de alguno de los encorazados chilenos, el *Huáscar* abandonó la bahía i se marchó al norte. La fragata *Blanco Encalada* llegó a Antofagasta cuando el monitor peruano le llevaba cinco horas de delantera (1).

Estas dos últimas campañas del *Huáscar*, aunque, como se ha visto, no produjeron ningun daño al ejército o a los buques de Chile, i mui escaso a algunos comerciantes de los puertos del norte, vinieron a estimular la actividad que el gobierno ponia en reorganizar su escuadra. Las maestranzas establecidas en Valparaiso desplegaron un grande ardor para terminar estos trabajos. Limpiáronse perfectamente los fondos de los buques, repparáronse sus máquinas, dotando a algunas de ellas de nuevos i mejores calderos, completáronse su armamento i sus tripulaciones, i se introdujeron en todos los detalles de la organizacion naval las reformas que la esperiencia de seis meses de infructuosa campaña parecia aconsejar. El gobierno, ademas, acababa de comprar o de tomar en arriendo algunos vapores cómodos i espaciosos para hacerlos servir de trasportes; i todos ellos fueron armados de poderosa artillería, i dotados de jefes i tripulantes de guerra para que no se repitiese el

(1) Hemos puesto particular interes en referir detenidamente las campañas del monitor peruano, porque ellas dieron mucho que hablar a los diarios de América i de Europa, sin conocer, sin embargo, el encadenamiento i la importancia verdadera de los sucesos. Para hacer la reseña de esas campañas, hemos tenido a la vista los documentos chilenos; pero nos ha servido principalmente de guia el libro copiador de su correspondencia que llevaba el comandante Grau, i el cual ha sido publicado íntegramente en Chile en 1880. Es una especie de diario completo de sus operaciones i de sus trabajos, escrito con una digna seriedad, i sin las exajeraciones tan frecuentes en los partes oficiales de los jefes peruanos.

accidente del *Rimac*, esto es, para que en el caso de un encuentro, no estuvieran los trasportes obligados a entregarse sin resistencia.

En esa misma época, el almirante Williams Rebolledo, cuya salud estaba debilitada i cuyo espíritu se sentia fatigado por el ningun éxito de las operaciones navales, dejó el mando de la escuadra. Su puesto fué confiado al capitan de navío don Galvarino Riberos, marino antiguo que a causa de sus enfermedades estaba separado del servicio, i que ahora volvia a él lleno de enerjía i de resolucion. Riberos debia mandar en persona una de las fragatas encorazadas, la *Blanco Encalada*: la comandancia de la *Cochrane* fué dada al capitan don Juan José Latorre, oficial jóven, cuyo nombre habia adquirido una justa nombradía despues del heróico combate que habia sostenido contra el *Huáscar* en la bahía de Iquique en la noche del 9 al 10 de julio.

En los momentos en que se hacian estos aprestos, llegaron a Valparaiso los dos primeros cargamentos de armas comprados en Europa por los ajentes de Chile. Componíanlos un número considerable de rifles de los mejores sistemas, muchos cañones Krupp, un repuesto abundante de municiones, vestuarios para las tropas, en una palabra, todos los artículos que se necesitaban para completar el equipo del ejército. Mas de 3,000 hombres estaban listos en Chile para entrar en campaña, i solo esperaban este armamento para marchar al norte a reunirse con el ejército acampado en Antofagasta. El 20 de setiembre zarparon de Valparaiso en un convoi de doce buques entre naves de guerra i trasportes.

Pero ántes de abrir la campaña terrestre convenia

aniquilar el poder naval del Perú, o a lo ménos destruir el monitor *Huáscar* que le daba vida. En Santiago, en los consejos de gobierno, se habia resuelto esto mismo; i los marinos Riberos i Latorre, que habian tomado parte en estas deliberaciones, manifestaron su firme resolucion de no volver a Valparaiso sin haber realizado aquel importante propósito. Una vez en Antofagasta, prepararon las dos fragatas encorazadas, la corbeta *O'Higgins*, la goleta *Covadonga* i un trasporte; i el 1.° de octubre zarparon para Arica, donde, segun todos los informes, debian hallarse los buques peruanos.

Arica era entónces una plaza militar verdaderamente formidable. Ademas de las fortificaciones de tierra, unas a flor de agua i otras situadas sobre las alturas que rodean el puerto, i todas provistas de gruesa artillería servida por una abundante guarnicion, habia en el fondo de la bahía un monitor de poco andar, pero terrible como máquina de defensa. El *Manco Capac*, éste era su nombre, era una batería flotante poderosa por sus cañones de a 500, i casi inespugnable por su construccion, pues en los momentos de combate apénas sobresalia de la superficie de las aguas. Los marinos chilenos iban, sin embargo, resueltos a trabar el combate contra las naves peruanas dentro de aquel círculo de fuego. La suerte de las armas podia mui bien serles adversa.

Por fortuna suya, al presentarse en Arica en la madrugada del 4 de octubre, vieron que el *Huáscar* i la *Union* no se hallaban en el puerto. Por algunos pescadores cojidos en las inmediaciones, supieron que las dos naves peruanas habian salido en los dias anteriores para las costas de Chile, donde debian estar haciendo alguna

nueva correría. Los marinos dieron entónces la vuelta al sur. Al llegar al puerto de Mejillones el 7 de octubre se informaron por las comunicaciones telegráficas del gobierno de Santiago, de que los dos buques peruanos, despues de recorrer la costa hasta la latitud de 30 grados, destruyendo las lanchas que encontraban a su paso, volvian a su abrigadero de Arica. En el mismo momento, los comandantes Riberos i Latorre, poniéndose de acuerdo por el telégrafo con el ministro de la guerra, que se hallaba en Antofagasta, combinaron un hábil plan de operaciones para dar caza a las naves peruanas que durante cinco meses habian burlado con tanta ajilidad la persecucion de los buques chilenos.

El comandante Latorre, con la *Cochrane*, la *O'Higgins* i un trasporte se quedó toda la noche voltejeando a la altura de Mejillones. El comandante Riberos con la *Blanco* i la *Covadonga*, avanzó un poco mas al sur, i pasó la noche a la altura de Antofagasta. Las naves peruanas debian necesariamente encontrarse con una de esas dos divisiones, a ménos que contra su costumbre, se alejasen mucho de la costa. El lazo estaba bien tendido, i era difícil que el enemigo se librase de caer en él.

Antes del amanecer del 8 de octubre el oficial que hacia la guardia en la *Blanco*, alcanzó a divisar a la escasa luz de la luna en menguante los humos de dos vapores que parecian inspeccionar las caletas de la costa en busca de alguna fácil presa. Eran el *Huáscar* i la *Union*, que, gracias a la oscuridad de la primera mitad de la noche, habian pasado hácia el norte sin ser vistos por los que los esperaban a la altura de Antofagasta. El co-

mandante Riberos emprendió luego la caza de esas naves, que ya se hallaban a una distancia de cinco o seis millas.

El activo comandante Grau, tan hábil para evitar todo combate serio, pensó sustraerse ahora, como se habia sustraido tantas veces, a la persecucion de las naves chilenas; i forzando la máquina de sus buques, siguió avanzando rápidamente hácia el norte hasta casi perder de vista a la fragata chilena. Creíase libre de todo peligro, cuando divisa a lo léjos tres nuevos buques que parecen querer cerrarle el camino. Era la segunda division de la escuadra chilena, que a las órdenes del comandante Latorre venia a presentarle combate. Los marinos peruanos pensaron siempre que podrian evitar la lucha; i en efecto, la corbeta *Union*, mucho mas lijera que el monitor *Huáscar*, tomó la fuga dejando atras a su compañero. El comandante Latorre despachó en el acto en su persecucion a la corbeta *O'Higgins* i al trasporte que lo seguian, i quedó solo con el *Cochrane*. Fué inútil que el monitor peruano tratase de huir, ya por un lado, ya por otro: la fragata chilena, mucho mas rápida en sus movimientos despues de las últimas reparaciones, le cerraba el paso estrechando la distancia, i lo obligaba al fin a aceptar el combate.

Latorre i Grau se encontraban por segunda vez uno enfrente del otro. En las aguas de Iquique, en la noche del 9 al 10 de julio, el jóven comandante chileno, montando una simple cañonera de madera, habia sostenido un combate heróico con el poderoso monitor que mandaba el comandante Grau. Ahora las armas del primero eran mui diferentes. La lucha se iba a empeñar entre

dos naves revestidas por una espesa coraza de fierro.

El *Huáscar*, sin abandonar el propósito de huir hácia el norte, rompió sus fuegos en retirada a las nueve i cuarto de la mañana, i a una distancia de mas de tres quilómetros. El *Cochrane*, por su parte, siguió avanzando con una tranquilidad imperturbable; i solo cuando hubo acortado considerablemente la distancia, hizo sus primeros disparos sobre la nave enemiga. Jamas los fuegos de artillería fueron dirijidos con mas precision i con mas seguridad. Los primeros cañonazos del *Cochrane* fueron a destrozar la torre blindada del *Huáscar*, destrozando tambien al comandante Grau que desde adentro de ella dirijia la maniobra de su nave. Dos oficiales que fueron en seguida a tomar el mando, cayeron uno en pos de otro en el puesto de honor.

La derrota del monitor peruano parecia inevitable. Sin embargo, el combate se mantuvo con toda enerjía cerca de una hora mas, con un nutrido fuego de cañon i de las ametralladoras que el *Huáscar* tenia en sus cofas. Hubo un momento en que este buque arrió su bandera, i el combate pareció terminado. Los fuegos se suspendieron durante algunos minutos; pero el monitor volvió a izar el estandarte peruano i emprendió de nuevo su retirada. Inmediatamente, el comandante Latorre mandó continuar el fuego acortando mas aun la distancia, i la lucha se prosiguió con mayor empeño i con movimientos diversos de las dos naves como para destrozarse con el espolon.

Miéntras tanto, la fragata *Blanco*, forzando su máquina, se acercaba al sitio del combate, rompia sus fuegos sobre el monitor peruano i seguia avanzando co-

mo para espolonearlo. La lucha se estrechaba mas i mas, i la espesa humareda de los cañones, de las ametralladoras i de los rifles, ocultaba a cada instante la verdadera posicion de cada nave. El comandante Latorre, por medio de un movimiento bien ejecutado, coloca al fin al *Huáscar* entre dos fuegos, i lo obligó a rendirse cinco minutos ántes de las once de la mañana. El combate habia durado hora i media. Algunos de los tripulantes del monitor peruano, creyendo sin duda que las naves chilenas querian sepultarlo bajo las ondas, se precipitaban al agua en la mayor confusion.

Los marinos chilenos no pensaban en cometer tamaño error. El *Huáscar*, aunque estropeado i agujereado, era una presa mui valiosa para que no quisieran aprovecharla. El comandante Riberos despachó sus botes para recojer los náufragos i para tomar posesion de la nave enemiga. La cubierta estaba sembrada de cadáveres i de restos humanos, pero quedaban vivos 28 personas entre jefes i oficiales, i mas de cien individuos de todas nacionalidades de la tripulacion del monitor. Todos ellos fueron hechos prisioneros (1). Los peruanos habian abierto las válvulas del monitor para sumerjirlo, i el agua entraba en su casco en gran cantidad. Los asaltantes las cerraron prontamente i así lograron salvarlo.

En este rudo combate, la *Cochrane* habia recibido en

(1) Algunos diarios de Europa, inducidos en error por las noticias trasmitidas del Perú, anunciaron que despues de este combate, que segun estos informes, habia durado *siete horas*, solo sobrevivió un individuo de la tripulacion del *Huáscar*. Para desvanecer esta equivocacion, bastará decir que el monitor peruano tenia a su bordo el dia del combate, 205 hombres, i que el número total de prisioneros ascendió a 144, de manera que los muertos fueron solo 61. Todos

su casco cinco balas de cañon que causaron, sin embargo, pocas averías, i que hirieron a diez hombres, uno de los cuales murió algunas horas despues. La *Blanco* no habia sufrido el menor daño. Parece que lo que mas sirvió a los encorazados chilenos, aparte de los bien dirijidos fuegos de su artillería, fué su doble hélice, que les permitia jirar i evolucionar con mucha precision, evitando así los choques del monitor peruano que queria espolonearlos.

Aunque la corbeta peruana *Union* habia huido ántes de comenzar el combate, i aunque las dos naves chilenas que la persiguieron casi todo el dia no lograron alcanzarla, el poder naval del Perú quedaba virtualmente destruido despues de la pérdida de su poderoso i rápido monitor, i de la muerte del mas activo e intelijente de sus marinos. El combate de Angamos, nombre que se dió a esta jornada por la denominacion de una punta o cabo enfrente del cual tuvo lugar el encuentro, estableció, pues, de una manera definitiva la supremacía naval de Chile.

El *Huáscar*, reparado pocos dias despues de sus averías en Valparaiso, i considerablemente mejorado por algunas obras nuevas que en él se hicieron, pasó a ser uno de los mas poderosos buques de la escuadra chilena. Mas aun, el mismo dia del combate de Angamos,

éstos fueron respetuosamente sepultados el dia siguiente en Antofagasta, tributándoles el ejército chileno los honores militares.

Son altamente honrosas para los marinos chilenos las siguientes palabras del comandante Riberos en el parte oficial en que daba cuenta al gobierno de la captura del Huáscar. «La muerte del contra-almirante peruano don Miguel Grau, ha sido mui sentida en esta escuadra, cuyos jefes i oficiales hacian ámplia justicia al patriotismo i al valor de aquel notable marino.»

llegaba a Valparaiso un vapor del mas lijero andar, comprado en Europa por los ajentes de Chile; i despues de hacer en él las modificaciones aconsejadas por hábiles injenieros, se colocaba sobre su puente una pieza de la mas poderosa i formidable artillería que jamas se haya conocido. Esa nave recibió el nombre de *Angamos*, en recuerdo del dia en que habia llegado a las aguas chilenas. Desde ese momento, Chile estuvo listo para imprimir a las operaciones de la guerra una vigorosa actividad.

CAPITULO VII.

Pisagua, noviembre de 1879.

Estado de la opinion en Chile despues de la captura del *Huáscar*.—Actividad desplegada por el gobierno para preparar la marcha del ejército.—Embárcase éste en el puerto de Antofagasta.—Confianza de los aliados perú-bolivianos en el poder de sus fuerzas.—Ventajas de su situacion para quedar a la defensiva.—Plan de ataque a Pisagua.—Topografía de esta plaza.—Desembarco de las fuerzas chilenas en medio de un reñido combate.—Victoria completa de los chilenos.—Consecuencias inmediatas de este triunfo.—Esploracion al interior: combate de Jermania.—Colocacion dada al ejército chileno.—Operaciones de la escuadra.—Captura de la corbeta peruana *Pilcomayo*.

El triunfo de Angamos produjo en Chile el alboroso que debe suponerse. El telégrafo que los chilenos habian tendido sobre los arenales del desierto a principios de la guerra, comunicaba desde Mejillones a Santiago, a 200 leguas de distancia, e instante por instante, todas las peripecias del combate, que los boletines de los diarios daban a conocer a las poblaciones, ávidas por saber el desenlace. Cuando se anunció la captura del *Huáscar*, se dejó sentir por todas partes un eco de simpatía por el comandante Grau, cuyos méritos eran justamente apreciados; i cuando en la tarde, el telégrafo anunciaba la muerte del distinguido marino, comunicada

por las naves chilenas que a esas horas volvian del combate, hubo una espansion de dolor en medio de los trasportes de júbilo que producia la victoria. La prensa de ese dia ha dejado estampada con letras indelebles esta transicion de impresiones en los grandes centros de poblacion.

El pueblo aplaudia en este triunfo no solo la satisfaccion del orgullo nacional i el reconocimiento de la superioridad militar de Chile, sino el término de una era de alarmas para la industria, puesto que el comercio marítimo de la república se habia visto inquietado i perturbado por las correrías de las naves enemigas, i se temia que esas perturbaciones pudiesen ser mayores todavía. Así se comprenderá que despues de aquel combate todos los valores esperimentaran una rápida alza en unos pocos dias, i que el tipo del cambio sobre Europa pasara por una modificacion favorable a los intereses comerciales de Chile de mas de un veinticinco por ciento. Todo anunciaba que el pais volvia a entrar en la antigua era de prosperidad de que lo habian apartado un momento, primero la crísis económica cuyas causas hemos esplicado mas atras (en el final del capítulo V, páj. 116), i en seguida la guerra a que habia sido arrastrado.

Sin dejarse embriagar por el contento de aquellos dias, el gobierno chileno redobló su actividad para preparar la espedicion del ejército de tierra. Comenzó por enviar a Antofagasta nuevos cuerpos de tropas reunidos i disciplinados en diversas provincias, así como una gran cantidad de armas, municiones, víveres, forrajes para la caballería, i de todos los artículos que el ejercito pudiera necesitar en la campaña. Aumentó el servicio sani-

tario, engrosó el número de bestias de carga para facilitar las operaciones en el desierto, remitió lanchas para el desembarco, i puentes movibles para atracarlos a la playa i hacerlos servir como muelles. Junto con estos elementos, el ejército fué provisto de un nuevo repuesto de instrumentos de carpintería i de herrería, de alambre i de máquinas eléctricas para los telégrafos, de lámparas o linternas para alumbrar los campamentos durante la noche, i de luces de Bengala para las señales del ejército i de la escuadra.

El ejército de Antofagasta quedó compuesto de quince a diez i seis mil hombres de las tres armas. Desde meses atras se habia confiado su mando al jeneral don Erasmo Escala, con un estado mayor en que figuraban algunos injenieros distinguidos. El ministro de la guerra, don Rafael Sotomayor, hombre estraño al servicio militar, pero dotado de mucho sentido práctico i de una laboriosidad incansable, estaba a su lado para resolver cualquiera dificultad, i para dar impulso a las operaciones.

Las tropas, despues de ejercicios constantes durante varios meses, habian alcanzado al mas satisfactorio estado de disciplina. Perfectamente vestidas (1), ar-

(1) En algunos diarios estranjeros se ha dicho que los chilenos que entraron en esta campaña estaban mal vestidos, i aun poco ménos que desnudos. Nace ésto de un error de lenguaje que conviene esplicar. Desde un tiempo inmemorial, las clases acaudaladas daban en Chile a las jentes del pueblo el apodo de *rotos*. El pueblo, por su parte, se habituó de tal modo a este nombre, que la palabra *roto* dejó de ser ofensiva. La prensa del Perú, en el propósito de insultar a los chilenos, les prodigaba a todos, soldados, oficiales, diputados i gobernantes de Chile, este apodo con que creia insultarlos. Ciertos diarios estranjeros tradujeron esa palabra, i dijeron que los soldados chilenos eran descamisados.

madas de las mejores armas de precision, provistas de cuanto podian necesitar, estaban desde meses atras impacientes con la vida de cuartel, i ardiendo en deseos de romper cuanto ántes la marcha. Al fin, despues de revistar prolijamente el estado de los diversos cuerpos, de su instruccion i disciplina, se apartaron aquellos que no dejaban nada que desear en número de cerca de diez mil hombres de las tres armas, i el 26 de octubre se procedió a su embarque en la escuadra, que estaba lista en la bahía.

Componíase ésta de diez i nueve buques de guerra o trasportes mas o ménos bien armados, i provistos de carbon para una larga campaña. Los otros cuerpos, en número de cinco a seis mil hombres, quedaron en Antofagasta formando la reserva. Otros buques de la escuadra, la fragata encorazada *Blanco* i el monitor *Huáscar*, quedaban en Valparaiso reparándose o limpiando sus fondos para acudir al teatro de la guerra i trasportar la reserva tan luego como el telégrafo comunicase que ésta era necesaria. El 28 de octubre zarpó la escuadra del puerto de Antofagasta con el ejército de operaciones. El ministro de la guerra marchaba al lado del jeneral en jefe. Solo ellos i los jefes superiores sabian cuál era el sitio designado para el desembarco.

Mui léjos de eso, el ejército chileno está vestido con ropa de un confortable vecino al lujo. La mayor parte de su vestuario ha salido de las fábricas mas acreditadas de Europa, de la de Godillot, de Paris, principalmente, o ha sido trabajada en Chile sobre los mejores modelos europeos.

A este respecto, es curioso el dicho de un soldado chileno, que, viendo desfilar, despues de la batalla de Tacna, a una columna de cuatrocientos o quinientos prisioneros peruanos i bolivianos vestidos de balleta burda o de harapos de todos colores, no pudo ménos de esclamar: «¡I éstos son los que nos llaman rotos!»

En el Perú se esperaba esta invasion, pero se tenia la mas absoluta confianza en que seria fácilmente rechazada. La pérdida del *Huáscar*, que importaba para ese pais la destruccion de su poder naval, habia producido una profunda impresion, pero no habia debilitado su arrogancia, ni la seguridad que tenia en su poder.

Mui léjos de eso, la prensa de Lima proclamaba i repetia que el combate de Angamos habia sido un triunfo moral del Perú, puesto que él habia probado la superioridad del valor peruano sobre sus cobardes enemigos. Levantáronse suscriciones en todo el pais para comprar nuevos buques de guerra; i mecidos por estas ilusiones, se mostraban todos contentos con repartir i con leer un diluvio de ardorosas proclamas. «El Huáscar ha sucumbido llenando de gloria a su patria, decia el presidente Prado. La victoria en realidad es nuestra. Nosotros hemos ganado el honor i la gloria: nuestros enemigos han ganado un casco destruido.» El presidente Daza, por su parte, lanzó nuevas proclamas en que llamaba a Chile «nido de piratas cobardes, estigmatizados por la marca candente de la ignominia.» En Tacna se hacian circular escritos concebidos en estos términos: «Vosotras, todas las naciones del nuevo mundo; vosotros, todos los pueblos del antiguo continente! ¡descubrios! La pérdida del *Huáscar* es la pájina mas brillante de todas las guerras marítimas ¡Chilenos! ¡Raza de Cain! Cobardes! Infames! Nó! el crímen de leso-americanismo que habeis cometido no quedará impune: el mundo entero lo ha condenado ya. ¡Vamos! ¡Peruanos! al combate! El mundo nos contempla! Adelante!» I los peruanos i bolivianos quedaban mui satisfechos con esta inútil palabrería que con-

cluia siempre con un reto lanzado a los chilenos desafiándolos a que se atreviesen a desembarcar en el suelo glorioso del Perú. El gobierno i los gobernados creian firmemente que los chilenos que osasen pisar el suelo peruano, encontrarian su tumba en el sitio mismo de su desembarco.

Con el carácter de director de la guerra permanecia en Arica el presidente de la república. El jeneral Prado, participando por completo de esa misma confianza, pasaba la mayor parte de su tiempo, segun sus propios compatriotas, en una mesa de juego con los jenerales i coroneles que formaban su séquito. El presidente de Bolivia, el jeneral Daza, por su parte, permanecia en la ciudad de Tacna, lanzando a su vez repetidas proclamas contra Chile i los chilenos, a quienes llamaba ladrones i cobardes; i ocupaba tambien la mayor parte de su tiempo en fiestas i diversiones, algunas de las cuales tenian el carácter tempestuoso de verdaderas orjías.

Apesar de este desgreño en la direccion de la guerra, la situacion militar de las provincias meridionales del Perú era verdaderamente formidable. La alianza perú-boliviana tenia allí sobre las armas unos dieziseis o dieziocho mil hombres que con razon se juzgaban los mejores soldados de sus paises respectivos, como los numerosos jefes que los mandaban eran los mas acreditados i prestijiosos. Esas tropas, conocedoras del territorio i defendiendo su propio suelo, habrian podido, siendo mandados con mediano acierto, rechazar cualquiera invasion, i mucho mas una de solo diez mil hombres como la que preparaba Chile.

Pero a estas circunstancias hai que agregar otras que

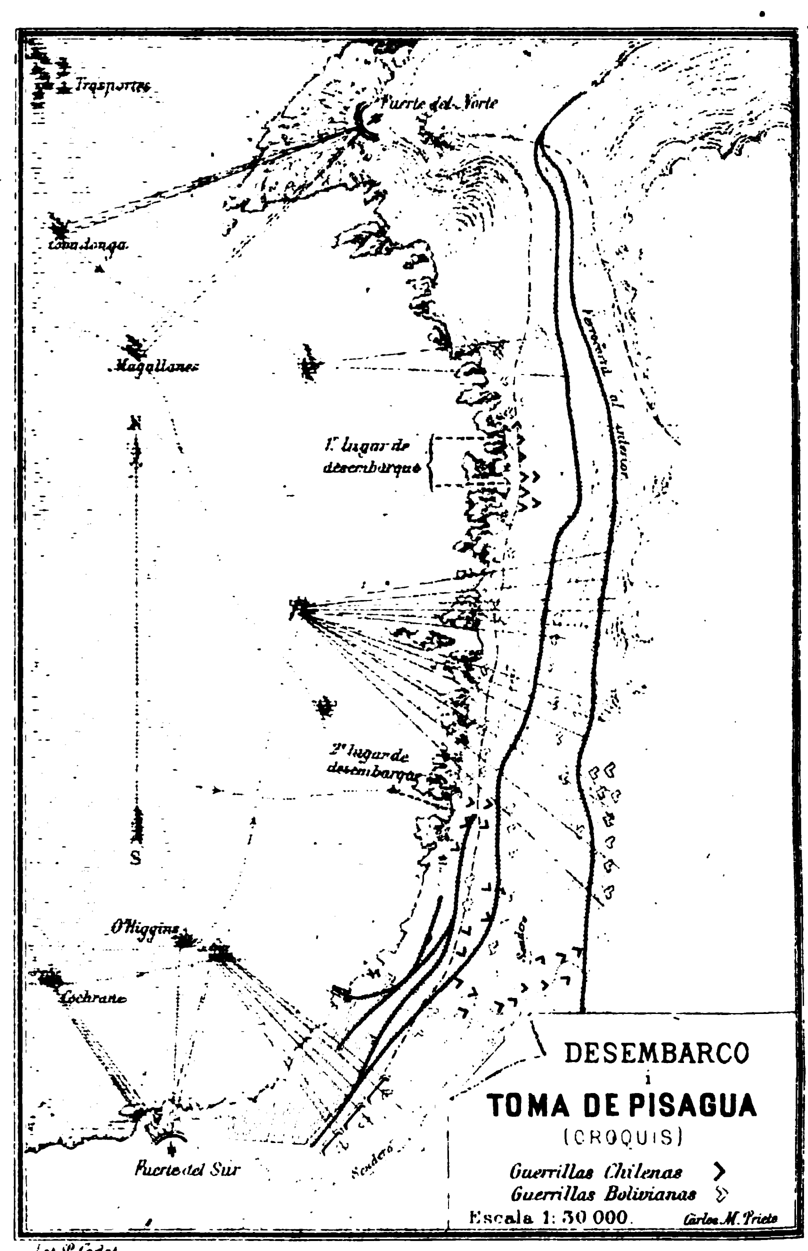
hacian mucho mas fácil la defensa de ese territorio. La costa que se estiende desde la embocadura del Loa hasta la bahía de Arica, batida por un mar de ordinario mui inclemente en la proximidad de la playa, ofrece pocos lugares de desembarco, i aun éstos tan poco aparentes para una operacion militar, que esas caletas en jeneral no tienen mas que un punto estrecho por donde pisar la tierra, de tal suerte que no es posible desembarcar muchos hombres a la vez. Agréguese a ésto que el ejército aliado ocupaba el litoral; i que los puertos mas abordables de éste, Iquique al sur, Pisagua al centro i Arica al norte, estaban defendidos por fortificaciones provistas de poderosa artillería, i guarnecidas por fuertes destacamentos de tropas.

El gobierno de Chile conocia perfectamente todas estas dificultades. Sus marinos i sus oficiales del ejército de tierra iban provistos de las mejores cartas hidrográficas i jeográficas que existen sobre esos lugares, i llevaban en la mano un tratado descriptivo de esa rejion, en que estaban prolijamente consignadas todas las noticias que podian interesarles. Pero se hallaban en la necesidad, no de buscar el desembarcadero mas cómodo, sino el mas estratéjico. Con este objeto se habia designado el puerto de Pisagua que, aunque de mui difícil acceso, iba a ofrecerles la inapreciable ventaja de cortar en dos partes a los ejércitos de la alianza establecidos en Iquique i en Arica. El plan era perfectamente estratéjico, pero su ejecucion exijia tropas excelentes i un espíritu resuelto a no retroceder ante ningun peligro.

El 1.° de noviembre, hallándose léjos de la costa para no ser percibidos de tierra, el jeneral chileno comu-

nicó a los buques de la escuadra i a los comandantes de las tropas, el plan minucioso i detallado con que debia efectuarse el desembarco. Las naves de guerra debian batir las fortificaciones de tierra, guarnecidas por una brigada de la artillería peruana, i en seguida marcharia a tierra un cuerpo de dos mil soldados de desembarco, que empeñaria el combate contra los 1,200 bolivianos que allí habia, resguardados, segun se sabia, por numerosos parapetos. Los cañones de los buques debian protejer esta operacion, que dirijiria en persona el coronel don Emilio Sotomayor, jefe de estado mayor. Miéntras tanto, el jeneral en jefe con los trasportes, iria a desembarcar en la vecina caleta de Junin para acudir a atacar por la espalda a los defensores de Pisagua. Se suponia, con razon, que la guarnicion de aquella caleta, sabiendo que el combate estaba empeñado en otra parte, dejaria mas o ménos libre el desembarcadero, en la confianza de que el combate no iba a empeñarse por aquel lado.

Como estaba ordenado, la escuadra chilena se presentó en la bahía de Pisagua al amanecer del 2 de noviembre. Dos fortificaciones a flor de agua i regularmente artilladas, defendian el puerto. A espaldas de ellas i del reducido caserío del pueblo, se alzaba una cadena de cerros escarpados, de una altura de 150 a 200 metros, del mas difícil acceso, i en ellos estaban construidas las trincheras, tras de las cuales se hallaban colocados los rifleros bolivianos. La via del ferrocarril que comunica a Pisagua con los distritos del interior, i que pasa por el costado de aquellos cerros formando zigzag, habia sido convertida en línea de defensa. Apesar de que los jefes chilenos tenian noticia cabal de todos


Trasportes
Fuerte del Norte
Covadonga
Magallanes
N
S
1r lugar de desembarque
2° lugar de desembarque
Ferrocarril al interior
O'Higgins
Cochrane
Fuerte del Sur
Sendero
DESEMBARCO
i
TOMA DE PISAGUA
(CROQUIS)
Guerrillas Chilenas
Guerrillas Bolivianas
Escala 1: 30 000
Carlos M. Prieto

Lit. P. Cadot

estos obstáculos, a la vista de ellos debieron parecerles imponentes; pero el paso estaba dado, i era menester emprender el ataque con toda resolucion.

Los cuatro buques de guerra que formaban la fuerza real de la escuadrilla chilena, rompieron el fuego sobre las baterías de tierra a las siete de la mañana; i lo hicieron con tal acierto, que ántes de una hora, los artilleros peruanos despues de perder algunos de sus jefes i oficiales, suspendian sus disparos i abandonaban sus cañones. En seguida, habiendo reconocido los estrechos sitios que ofrece el puerto para el desembarco, por ser ellos los únicos puntos en que la playa no está sembrada de rocas inabordables, se desprendieron de los trasportes diezisiete botes que llevaban al desembarcadero de mas al norte 450 hombres tomados de un batallon de zapadores i de un batallon denominado Atacama, compuesto de los vigorosos i ájiles mineros de Copiapó. Esta primera division iba bajo las órdenes del comandante don Ricardo Santa Cruz. Apesar del nutrido fuego de rifle que se les dirijia de todas las rocas vecinas, esos soldados pisaron tierra, plantaron en una pequeña altura el pabellon de Chile i emprendieron la persecucion de las guerrillas enemigas que estaban allí cerca.

En esos mismos momentos, otro destacamento chileno, mas numeroso aun, venciendo las grandes dificultades que les oponia la reventazon de las olas, trataba de desembarcar en otro pedazo de playa baja que está mas cerca de la poblacion. El enemigo, protejido por las enormes rocas de la costa, oculto detrás de las sinuosidades del terreno o de los parapetos construidos de antemano, resguardado en las casas de la ciudad, en la es-

tacion i en los carros del ferrocarril, en las zanjas que quedan a uno i otro lado de la línea, i detras de las grandes rumas de sacos de salitre i de las pilas de carbon, hacia sobre los botes de los asaltantes el mas vigoroso fuego de rifle, i les causaban numerosas bajas. Los artilleros peruanos de las baterías, repuestos de su terror, i al parecer seguros de rechazar el desembarco, volvieron a sus cañones i rompieron de nuevo el fuego. A esa hora, la derrota de los chilenos parecia inevitable, tanto mas cuanto que las municiones de la primera columna que desembarcó, se habian agotado i que su jente esperaba un refuerzo que tardaba en llegar.

Pero las cosas iban a cambiar de aspecto. Los cuatro buques de guerra rompieron de nuevo sus vigorosos fuegos sobre las baterías enemigas, sobre los edificios i parapetos tras de los cuales se ocultaban los bolivianos, i sobre los sacos de nitrato o los montones de carbon que le servian de trincheras; i sus certeras bombas hacian destrozos por todas partes o producian el incendio. Los aliados se vieron así obligados a abandonar su primera línea de fortificaciones i parapetos.

Esta operacion facilita el desembarco; pero todavía era menester desalojar al enemigo de las posiciones que ocupaba en las laderas i en las alturas, i donde se replegaban los fujitivos i dispersos de la ciudad. Este segundo ataque presentaba las mayores dificultades por lo escarpado del terreno i lo inseguro i movedizo de su suelo. Los soldados chilenos treparon, sin embargo, por aquellas escabrosas laderas, recibiendo el fuego que se les hacia de las alturas; pero cuando llegaron arriba, arrollaron toda resistencia, saltando sobre los pa-

rapetos, plantando en ellos el pabellon chileno para que la escuadra suspendiese sus fuegos, i poniendo al enemigo en la mas completa dispersion. El combate habia durado en tierra cerca de cinco horas. El jeneral Villamil, el coronel Granier, ambos bolivianos, jefes de la guarnicion de Pisagua, i el jeneral peruano Buendia, jeneral en jefe de todo el ejército aliado de Tarapacá, que se hallaba ese dia en esa plaza, huyeron al interior con los dispersos, dejando el campo sembrado de cadáveres, i en poder de los chilenos unos setenta prisioneros entre oficiales i soldados. De los 2,000 hombres que habian desembarcado, los vencedores habian tenido una pérdida de 350 soldados entre muertos i heridos.

El mismo dia, cuando el combate estaba empeñado, el jeneral en jefe del ejército chileno desembarcaba con sus tropas en la vecina caleta de Junin, casi sin encontrar mas dificultades que las que le oponia la braveza del mar. Las fuerzas que guarnecian este punto, huyeron sin combatir. Entónces las tropas chilenas avanzaron hácia Pisagua para tomar por la retaguardia a los defensores de esta plaza; pero cuando llegaron a las alturas que rodean el puerto, la victoria se habia pronunciado por los chilenos, i los aliados perú-bolivianos habian tomado la fuga.

Tan activo habia sido el ataque, que los aliados no tuvieron tiempo para destruir los elementos i recursos de que podia aprovecharse el vencedor. Se sabe que en casi toda la provincia de Tarapacá, como en el desierto de Atacama, son sumamente raras las aguadas, i que en las poblaciones de la costa casi no se bebe otra agua que la que se saca de la destilacion del agua del mar, para

lo cual hai grandes máquinas i aparatos, como hai grandes cubas que sirven para trasportar este artículo a algunos establecimientos del interior. Las tropas que abandonaban a Pisagua, dejaron intactas estas máquinas, que desde luego fueron de grande utilidad al ejército chileno. Las oficinas telegráficas, con todos sus aparatos i hasta con los libros copiadores de la correspondencia militar, aun la del mismo dia de la batalla; las estaciones del ferrocarril con las locomotoras i los carros, todo, todo estaba en pié. Solo faltaban los operarios para utilizar esos elementos; pero el ejército chileno tenia consigo maquinistas, fógoneros, telegrafistas; i desde ese mismo dia comenzaron éstos a prestar sus servicios.

Las tropas chilenas ocuparon el campamento del Hospicio que los aliados tenian en las alturas inmediatas. Las partidas de esploracion que recorrieron los campos vecinos, los hallaron desiertos, pero se sabia que cada establecimiento de elaboracion de salitre estaba o habia estado ocupado por cuerpos enemigos. El teniente coronel don José Francisco Vergara, secretario del jeneral en jefe salió el dia 5 del campamento del Hospicio con 175 cazadores a caballo, i avanzó hasta el término de la via férrea, a sesenta quilómetros, sin encontrar resistencia. Esa pequeña columna tomó posesion de diversos puntos donde los aliados habian estado acampados, i en ellos halló agua en abundancia, víveres i otros elementos que debia aprovechar el ejército chileno. Solo en los establecimientos mas lejanos, los fujitivos habian puesto fuego a sus almacenes, pero los cazadores

del comandante Vergara pudieron salvar del incendio una parte de las provisiones.

En uno de esos establecimientos, denominado Jermania, habia aun un fuerte destacamento peruano, que, viendo la inferioridad numérica de la columna chilena, resolvió atacarla (6 de noviembre). El comandante Vergara finjió replegarse para reorganizar sus fuerzas, i para sacar al enemigo al campo libre; i volviendo entónces los cazadores con un empuje irresistible, dieron al destacamento peruano una tremenda carga de sable que lo destruyó en poco rato. Los enemigos, espantados con el vigor de este ataque, impotentes para resistir al empuje de los fogosos caballos chilenos, ni al esforzado brazo de los robustos cazadores, abandonaron el campo en completa dispersion, dejando en él sesenta muertos, i entre ellos el jefe que los mandaba, i algunos oficiales i soldados prisioneros. La persecucion de los fujitivos se continuó por tres leguas mas. Esta jornada, aunque de cortas proporciones, dejó establecida la superioridad de la caballería chilena, que fué el terror de los aliados en toda la campaña subsiguiente.

La ocupacion de toda la via férrea era de la mayor importancia para los chilenos. Pero aquella via tenia una escasa dotacion de locomotoras i de carros; i la movilizacion de las tropas, la conduccion de los víveres i forrajes al través de un pais que solo produce salitre, i donde no hai una sola mata de pasto, no pudo hacerse con toda la rapidez que se queria. Sin embargo, ántes de muchos dias, una division de cerca de 6,000 hombres de las tres armas, bajo las órdenes del jefe de es-

tado mayor, coronel don Emilio Sotomayor, ocupó las importantes posiciones de Dolores. En los puntos intermedios entre ese lugar i Pisagua, quedaron escalonadas otras divisiones de ménos fuerzas, prontas a marchar a donde fuese necesario.

Miéntras tanto, los buques i trasportes de la escuadra no habian estado ociosos despues de la toma de Pisagua. Comenzaron por conducir a Valparaiso los heridos i prisioneros del combate, i por trasportar de Antofagasta nuevos cuerpos de tropas. De Valparaiso i de Coquimbo partieron tambien entónces otros batallones que fueron a guarnecer a Antofagasta para terminar allí su instruccion militar ántes de entrar en campaña. A mediados de octubre, el ejército chileno en campaña, incluyendo las fuerzas que guarnecian a Antofagasta, en número de unos cinco mil soldados, montaba a cerca de veinte mil hombres perfectamente armados i equipados.

A las ventajas alcanzadas en tierra por las tropas chilenas, vino a agregarse otra no ménos importante en aquellos mismos dias. La fragata encorazada *Blanco Encalada*, despues de limpiar sus fondos en Valparaiso i de pasar por diversas reparaciones en su máquina, volvió a salir a campaña, siempre bajo el mando de don Galvarino Riberos, elevado ahora al rango de contra-almirante. Segun sus instrucciones, debia este jefe recorrer la costa del Perú al norte de Arica, para dar caza a las naves enemigas que seguramente traficaban entre este puerto i el Callao. En la mañana del 18 de noviembre, hallándose un poco al norte de Mollendo, divisó, en efecto, tres buques que navegaban un poco mas atras, pe-

ro con su mismo rumbo. Eran las corbetas *Union* i *Pilcomayo*, acompañadas por un trasporte armado en guerra.

Apesar del mayor número de los enemigos, el almirante chileno se dirijió rápidamente sobre ellos. La *Union*, seguida del trasporte, hizo lo mismo que habia hecho el dia de la captura del *Huáscar*, es decir, huyó a toda prisa dejando sola a la *Pilcomayo* que no pudo sustraerse a la persecucion de la *Blanco*. Los marinos peruanos estaban convencidos de que toda lucha era imposible, pero en vez de imitar el ejemplo de los tripulantes de la *Esmeralda* cuando este buque fué atacado por el *Huáscar* en la bahía de Iquique, tomaron otra determinacion mucho mas cómoda i segura, pero en cambio mucho ménos honrosa. Dispararon algunos cañonazos por simple aparato: en seguida pusieron fuego a la popa del buque, léjos de la Santa Bárbara, para no esponerse a ningun peligro, i tomando entónces los botes, enarbolaron en ellos la bandera blanca declarándose rendidos. El almirante recojió humanamente al comandante de la *Pilcomayo* don Cárlos Ferreiros i a los 166 hombres, oficiales i marineros, que componian su tripulacion. En seguida tomó posesion del buque, haciendo enarbolar en él la bandera chilena.

Pero el incendio se habia pronunciado en esos momentos en la nave capturada, i tomaba proporciones alarmantes por la fuerza del viento sur que se hacia sentir. El contra-almirante Riberos desplegó entónces una grande actividad. Despreciando el peligro de una esplosion que parecia inminente, desde que el fuego podia llegar mui pronto hasta el almacen de las municiones,

atracó la *Pilcomayo* al costado de la *Blanco*; i usando de las poderosas bombas de este buque i haciendo cortar el fuego con el agua i con las hachas, consiguió estinguir el incendio. Todavía habia que vencer otro peligro no ménos serio. Antes de rendirse, los peruanos habian abierto las válvulas de su buque, i con uno de sus mismos cañones habian abierto desde a bordo, una via de agua en la línea de flotacion, para que la nave se sumerjiera si el incendio no alcanzaba a reducirla a cenizas. Los buzos de la fragata chilena cerraron esa abertura, i los marinos, despues de cerrar las válvulas, estrajeron el agua que inundaba el casco del buque apresado. Estos trabajos, ejecutados con gran prontitud, salvaron de su destruccion a la corbeta *Pilcomayo.* Convenientemente reparada poco despues en los diques de Valparaiso, i mejorado su armamento, ese buque pasó a formar parte de la escuadra chilena, incrementando así su poder naval.

Tales fueron los primeros resultados de la atrevida campaña que Chile acababa de abrir. Dos semanas de guerra enérjica, habian cimentado la confianza en el poder de sus armas, i lo habian puesto en camino de obtener en pocos dias otros triunfos mas importantes i decisivos.

CAPITULO VIII.

Batallas de Dolores i de Tarapacá, noviembre de 1879.

Confianza de los aliados en su próximo triunfo.—Plan de campaña adoptado contra los chilenos.—Ocupan éstos las cerranías de la Encañada.—Dificultades de esta situacion.—Batalla de Dolores.—Victoria de los chilenos: sus consecuencias inmediatas.—Los peruanos abandonan la ciudad de Iquique que ocupan los chilenos.—Los restos del ejército peruano se retiran a la ciudad de Tarapacá.—Marcha a atacarlos una corta division chilena.—Sangriento combate de Tarapacá.—Resultados inmediatos de este combate.—Las fuerzas peruanas emprenden la retirada.—Los chilenos ocupan a Tarapacá.—Penosa marcha de los peruanos para llegar a Arica.—Toda la provincia de Tarapacá queda sometida a las autoridades de la República de Chile.

Pareceria natural que el desembarco de las tropas chilenas hubiese producido una penosa impresion en el cuartel jeneral de los aliados. Pero, a juzgar por las declaraciones de su prensa i por las amenazas de sus proclamas, los peruanos i los bolivianos, en Iquique, en Tacna i en Arica, recibieron con viva satisfaccion la noticia del combate de Pisagua. Tanto los directores de la guerra como los soldados vivian mecidos por las mas lisonjeras ilusiones respecto de su poder militar, i continuaban mirando con el mas altanero desprecio al ejército de Chile.

Contribuyó poderosamente a formar esta opinion el parte oficial que el jeneral Buendia dió al presidente del Perú, para disculpar su derrota en aquel combate. Contaba allí que con solo 900 hombres habia defendido la plaza durante siete horas contra fuerzas cinco veces mayores, que habia rechazado dos ataques de éstas, i que al fin se habia retirado en órden, con entusiasmo i con bizarría. Ese combate, agregaba, habia infundido en el soldado de la alianza el deseo de medir nuevamente sus armas, porque conocedor ahora de su inmensa superioridad de valor i de disciplina sobre las tropas chilenas, estaba seguro de alcanzar la victoria. «Grande es sin duda, decia con este motivo, la diferencia del temple moral de nuestro ejército con el ejército chileno.... Es nuestra fuerza moral robustecida por la justicia de la causa que defiende la alianza; es el brio i la serenidad de nuestros soldados acreditados ya en numerosos combates, lo que hace indispensable nuestra victoria i seguro el triunfo que en el primer encuentro sabremos arrancar al enemigo.» El jeneral boliviano don Pedro Villamil, aunque ménos esplícito en sus amenazas, abrigaba la misma confianza i daba seguridades análogas sobre un próximo triunfo.

Se sabe que en esos momentos se hallaba en Arica el jeneral Prado, i que a su carácter de presidente del Perú, añadia el de director jeneral de la guerra. En Tacna estaba acampada una division de cerca de cuatro mil bolivianos bajo las órdenes del presidente de esta república, jeneral don Hilarion Daza. Ambos jenerales, a juzgar por sus repetidas proclamas, ardian desde tiempo atras en el mas vivo deseo de volar a la guerra, para to-

mar cerca del soldado el puesto de mayor peligro. Apesar de este bullicioso entusiasmo, tantas veces anunciado, los dos presidentes habian encontrado pasatiempos ménos peligrosos i ménos incómodos que los azares de los combates o que las penalidades de las marchas. Los mismos aliados han contado mas tarde, como dijimos en otra parte, que miéntras el jeneral Prado pasaba su tiempo en Arica en una mesa de juego, el presidente de Bolivia habia hallado en Tacna distracciones ménos inocentes aun, puesto que vivia en frecuentes i borrascosas bacanales. El desembarco de los chilenos en Pisagua vino a distraerlos de estas ocupaciones i a llamar su atencion hácia los negocios de la guerra.

El plan de defensa fué concertado con mucha rapidez. Despues de la derrota, quedaba en pié en Iquique i sus alrededores un ejército de cerca de catorce mil hombres entre peruanos i bolivianos. El jeneral Buendia, testigo del desastre de Pisagua, se habia retirado a aquellos lugares e iba a ponerse a la cabeza de esas tropas. Con ellas debia volver al norte a colocarse en el antiguo campamento que los peruanos habian ocupado en Dolores para esperar allí al ejército boliviano de Tacna, que a las órdenes del presidente Daza estaba encargado de avanzar hácia el sur a marchas forzadas. Las fuerzas chilenas desembarcadas en Pisagua iban, pues, a encontrarse entre dos ejércitos, i se creia que debian sucumbir sin remedio. El presidente del Perú, que contra sus promesas tantas veces repetidas, se quedaba en la plaza de Arica a pretesto de sus numerosas atenciones i de los quebrantos de su salud, se apresuró a comunicar a Lima la próxima e inevitable destruccion

del ejército chileno. Ni en el Perú ni en Bolivia se puso por un momento en duda el triunfo seguro i completo de los aliados.

Pero los jenerales peruanos i bolivianos no habian contado con la enerjía i con la rapidez de los movimientos de las tropas chilenas. Las primeras partidas de éstas que salieron de Pisagua para el interior, se apoderaron de los telégrafos del enemigo, i en las oficinas que ocuparon hallaron las copias de sus últimas comunicaciones. En los reconocimientos practicados en seguida, pudieron recojer mas datos i noticias sobre los planes de los aliados. Así, pues, aunque al principio habian creido que tendrian que espedicionar por tierra hasta Iquique, se vieron en el caso de aceptar una lucha que podia ser mas peligrosa, pero que en cambio los eximia de las fatigas de una marcha penosísima por los salitrales de Tarapacá. De este modo se esplica la actividad que empleó el estado mayor chileno para ocupar las posiciones de Dolores, que a mas de poseer una aguada abundante, tenian una grande importancia estratéjica. Allí se fueron reuniendo diversos cuerpos del ejército hasta formar, como dijimos en el capítulo anterior, una division de cerca de seis mil hombres, bajo el mando del coronel don Emilio Sotomayor. El resto del ejército chileno quedó escalonado en diversos puntos entre Dolores i Pisagua.

El campamento de Dolores, situado cerca de la estacion de este nombre, tiene a su espalda por el lado del sur, un pequeño cordon de cerros que forman en su estremidad mas inmediata, un morro de alguna elevacion, denominado de San Francisco. Mas adelante, esos cerros

se abajan un poco, i solo en la estremidad austral del cordon, se levanta otro morro conocido con el nombre de la Encañada. Esas alturas, desde donde se domina con la vista una grande estension, fué el terreno elejido por el coronel Sotomayor para dar colocacion a sus tropas. Al pié de ellas corre el ferrocarril que lo ponia en comunicacion con el cuartel jeneral; i segun todas las noticias i conjeturas, era allí tambien donde debian reunirse las tropas que el jeneral Buendia debia traer de Iquique i las que llegasen del norte con el presidente de Bolivia.

Los chilenos creian equivocadamente que serian éstas las que se presentarian primero al teatro de la guerra; i en efecto, desde los dias anteriores se habian dejado ver por el norte algunas partidas que se tomaron por avanzadas del ejército boliviano, i que fué necesario dispersar. El coronel Sotomayor tuvo que hacer avanzar por ese lado una columna de mas de dos mil hombres para detener en su marcha al presidente Daza, si en efecto trataba de acercarse a su campamento.

Pero, por las causas de que hablaremos mas adelante, el peligro no estaba por aquel lado. En efecto, luego se supo que por el sur avanzaba una division enemiga, que parecia ser la vanguardia del ejército del jeneral Buendia. Un cuerpo de mas de dos mil chilenos, bajo el mando del comandante don Domingo Amunátegui, tuvo que avanzar tres leguas adelante, hasta la estacion de Santa Catalina, para cerrar el paso a esa division. Se comprenderá así cuán azarosa debia ser la situacion del campamento chileno esperando el ataque, ora del norte, ora del sur.

La division enemiga que el comandante Amunátegui se proponia atajar en Santa Catalina, no habia llegado a ese lugar. En cambio, al anochecer del 18 de noviembre supo por sus esploradores que todo el grueso del ejército de Buendia venia forzando las marchas desde Iquique, que se habia engrosado con los cuerpos destacados en los establecimientos inmediatos a aquella ciudad hasta completar cerca de doce mil hombres, i que en esa misma noche debia llegar a Santa Catalina para seguir avanzando inmediatamente hasta Dolores. El jefe chileno corria el riesgo inminente de verse cortado por fuerzas seis veces superiores; pero supo vencer la dificultad de esta situacion. Despues de avisar al coronel Sotomayor la proximidad del enemigo, emprendió su retirada favorecido por la oscuridad de la noche, i ántes de amanecer llegaba al campamento de su division. Habia hecho una parte de su trayecto por un sendero paralelo al que llevaba el enemigo, a ménos de una legua de éste; i sin embargo, era tan poco el cuidado que en estas operaciones ponia el estado mayor peruano, que nadie en este ejército supo que con la misma direccion i a tan corta distancia, marchaba una columna enemiga que habria sido mui fácil cortar i rendir.

Al amanecer del siguiente dia, 19 de noviembre, toda la division chilena del coronel Sotomayor estaba reconcentrada en Dolores. A esa hora tomó este jefe las últimas disposiciones para distribuir convenientemente sus tropas a fin de estar en situacion de rechazar cualquier ataque del enemigo, i de dar tiempo a que llegase el jeneral en jefe del ejército chileno con los refuerzos necesarios. En efecto, esa misma mañana, ántes de ama-

necer, el jeneral Escala salia del campamento del Hospicio a la cabeza de una gruesa division. La escasez del material del ferrocarril de Pisagua hacia imposible que estas fuerzas llegasen a Dolores ántes de diez o doce horas. Miéntras tanto, la division estacionada en este lugar, se iba a hallar enfrente de un ejército con el cual tendria que pelear en razon de uno contra dos (de cinco a seis mil chilenos contra once a doce mil perú-bolivianos.)

El ejército de Buendia habia llegado ántes de amanecer enfrente del campamento chileno, i con la primera luz del dia comenzó a tomar sus posiciones, tendiendo su línea con todo órden i tranquilidad, al son de las músicas militares i en medio de un grande entusiasmo, que se dejaba sentir por las frecuentes aclamaciones de «¡Viva el Perú! ¡viva Bolivia! ¡viva la alianza! ¡mueran los chilenos cobardes i usurpadores!» A pesar de que los dos ejércitos estaban separados solo por una distancia de dos quilómetros, el jeneral peruano, de acuerdo con el consejo de los jefes superiores, acordó no dar la batalla hasta el dia siguiente, esperando, sin duda, que en la noche llegase el jeneral Daza con los cuerpos bolivianos que habian salido de Tacna. El estado mayor de la alianza no se imajinaba que en esa misma tarde o en la noche debian llegar refuerzos a la division chilena, i que el dia siguiente podia hallarse enfrente de un ejército de diez mil hombres en lugar de los cinco a seis mil que entónces tenia el coronel Sotomayor.

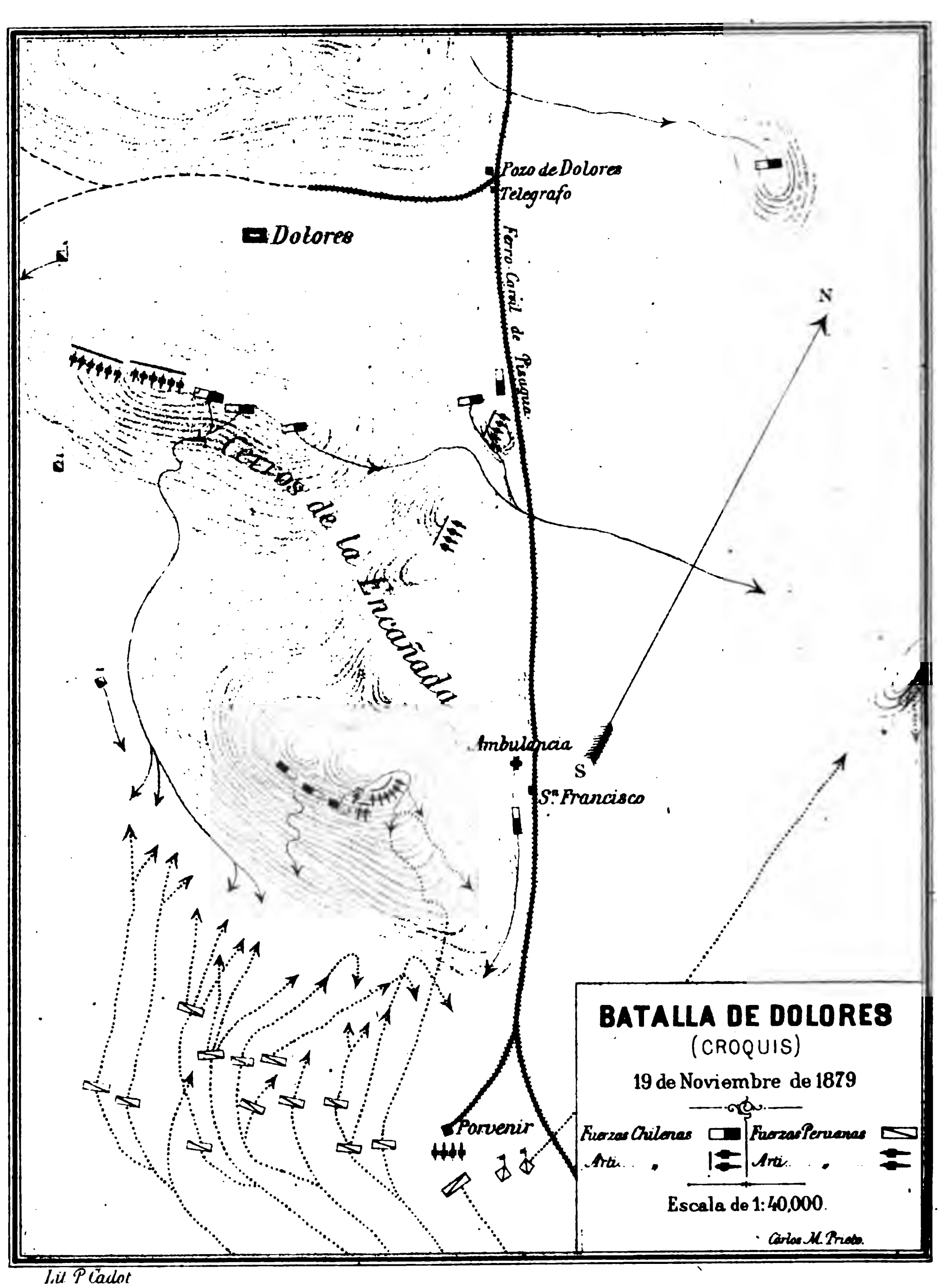
Pero este jefe ni siquiera quiso esperar estos refuerzos. Confiando en la buena calidad de sus tropas, i en las ventajas de las posiciones que habia elejido, se re-

solvió a empeñar el combate en la misma tarde, sin tomar en cuenta la inmensa superioridad numérica del enemigo.

A las tres de la tarde, una batería de cañones de montaña, colocada en el centro de la línea chilena, i confiada al mando del sarjento mayor don José de la C. Salvo, rompió el fuego sobre una columna enemiga que avanzaba para cambiar de posicion. Contra los propósitos del jeneral peruano, esa columna empeñó el combate contestando los primeros disparos de los chilenos con un nutridísimo fuego de rifle i de cañon.

No se necesitó de mas para que la pelea se hiciese bien pronto jeneral. Los fuegos de los aliados caian sobre toda la línea de los chilenos; pero la artillería de éstos, manejada con una maestría admirable, rechazaba sin cesar el ataque del enemigo. Un destacamento de diversos cuerpos peruanos, favorecido por las ondulaciones del terreno, consiguió, sin embargo, avanzar sobre las baterías del centro de los chilenos.

Los cañones de éstas, colocadas en la falda i en las alturas del cerro, no podian ya dirijir sus fuegos sobre las tropas que se hallaban al pié. Las fuerzas peruanas pudieron, pues, comenzar a subir el cerro sin mayor peligro; pero cuando ya se acercaban a las baterías, fueron recibidas por una carga vigorosa a la bayoneta que vino a cambiar la faz del combate. Algunas compañías de fusileros, sacadas de dos batallones formados por los esforzados mineros de Copiapó i de Coquimbo, acometieron a los asaltantes con furor irresistible, los arrollaron tres veces consecutivas i barrieron con ellos hasta la llanura. Parece que en esos momentos, los fuegos


Pozo de Dolores
Telegrafo
Dolores
Ferro Carril de Pisagua
N
Cerros de la Encañada
Ambulancia
S
Sn Francisco
Porvenir
BATALLA DE DOLORES
(CROQUIS)
19 de Noviembre de 1879
Fuerzas Chilenas
Fuerzas Peruanas
Arti.
Arti.
Escala de 1: 40,000.
Carlos M. Prieto.
Lit. P. Cadot

que los aliados dirijian sobre los chilenos para secundar el asalto, hicieron mayores destrozos en las fuerzas de los asaltantes, i contribuyeron poderosamente a aumentar la confusion i el desórden del ejército aliado.

Miéntras tanto, las baterías que guardaban los dos estremos de la division chilena, mantenian el fuego con todo vigor, introduciendo el desórden i el espanto en las filas enemigas. Fué inútil que el ala derecha del ejército aliado pretendiese avanzar por ese lado para cambiar la faz de la batalla: la batería chilena de cañones Krupp que habia enfrente, bajo el mando del sarjento mayor don Benjamin Montoya, apoyada por el fuego de algunas compañías de fusileros, hizo retroceder al enemigo i dispersó por completo su caballería. Producido ese desconcierto en este punto, introducida la confusion en el centro de su línea por la dispersion i la fuga de los destacamentos que habian pretendido subir al cerro, los aliados comenzaron a retroceder, i acabaron por abandonar el campo a las cinco de la tarde (1).

(1) Como se ve por esta rápida reseña, el triunfo de los chilenos en Dolores fué debido principalmente a la maestría de sus artilleros i al poder de sus cañones; si bien la valiente carga a la bayoneta de los batallones de Atacama i de Coquimbo rechazó un ataque que pudo haber cambiado la suerte del combate. Pero los jefes del ejército de la alianza han buscado muchas razones para escusar una derrota que no entraba en su prevision, la derrota de once a doce mil hombres por una division de solo cinco o seis mil. Segun unos, los culpables del desastre eran los cuerpos bolivianos que habian hecho fuego sobre los destacamentos peruanos que fueron rechazados por las bayonetas chilenas en la subida del cerro Segun otros, la responsabilidad de la derrota recaia sobre el jeneral Buendia i su estado mayor, por no haber empeñado la batalla por la mañana, como si la hora hubiera tenido alguna importancia para que los chilenos manejaran ménos bien sus cañones A juicio del estado mayor, la batalla se perdió no solo por causa de los bolivianos que introdujeron la confusion haciendo fuego sobre los peruanos, sino que por atolondramiento de

La retirada del ejército aliado se hizo al principio con cierto órden, apesar de los fuegos de cañon que continuaban haciéndoles los chilenos desde sus baterías, i de la persecucion de algunos cuerpos de infantería desplegados en guerrilla. Pero, cuando hubo llegado la noche, i sobre todo cuando una neblina espesa, frecuente en aquellos desiertos, donde se le conoce con el nombre de camanchaca, hubo cubierto la tierra, fué tal el desconcierto de los fujitivos, que nadie guardó formacion, ni oia, ni obedecia voz alguna de mando. Las tropas, que casi no habian dormido la noche anterior para llegar al teatro del combate ántes de amanecer, i que en todo ese dia solo habian comido por la mañana algunos bocados, estaban estenuadas de cansancio i de fatiga, desmoralizadas por la derrota, i temiendo a cada rato verse

algunos jefes, se empeñó el combate en la tarde, sin querer esperar el dia siguiente, como estaba pensado. Lo cierto es que los vencidos no han querido dar la única esplicacion verdadera de su derrota, esto es, la mejor calidad i organizacion del ejército chileno.

En enero de 1880, un diario de Nueva York, deseando darse cuenta del resultado de esta batalla, quiso aprovechar la residencia accidental del jeneral Prado, el ex-director de esta guerra, en aquella ciudad; i al efecto se recojieron de su boca las esplicaciones del caso, que el referido diario reveló a sus lectores en la forma siguiente: «Los jenerales aliados querian dar una batalla científica, segun los principios de la estratéjia, i que correspondiese a la cultura i civilizacion del Perú i a la instruccion militar del ejército de su mando. Con este objeto habian designado el dia siguiente para tomar todas las medidas del caso, a fin de dejar bien puesto el nombre del Perú en un combate que debia asombrar a la América. Pero los chilenos que son unos bárbaros ignorantes, incapaces de apreciar lo que vale la táctica militar, anticiparon la batalla, i atacaron i destrozaron al ejército peruano sin darle tiempo a acabar de combinar sus planes estratéjicos.» Dejando a un lado todo lo que hai de burla en esta esplicacion, queda sinembargo en ella un gran fondo de verdad.

Conviene advertir aquí que los peruanos i bolivianos llaman a esta batalla de San Francisco, por el nombre de uno de los cerros en que tuvo lugar.

acometidas por el enemigo. Si a esas horas hubiese caido sobre ellas un rejimiento de caballería, o si siquiera se hubiese hecho sentir el toque de carga, la dispersion de ese ejército habria sido completa i definitiva. Aun así, sin ser eficazmente perseguidos, los aliados abandonaron en la fuga sus heridos, tanto oficiales como soldados, toda su artillería, sus pertrechos, sus víveres, sus mulas de carga i un numeroso armamento.

En la tarde de ese dia, i cuando los aliados habian emprendido ya la retirada, llegó al campamento chileno el jeneral Escala; i tras de él algunos cuerpos del ejército chileno que no habiendo alcanzado a entrar en combate, habrian podido activar la persecucion. Pero el jeneral en jefe casi no acertaba a creer lo que veian sus ojos, i no podia comprender que un ejército de once a doce mil hombres hubiera sido puesto en fuga por una division que apénas contaba la mitad de ese número.

Por un exceso de prudencia, mui comprensible sinembargo, para quien conozca los antecedentes, i siendo entrada la noche, el jeneral en jefe suspendió la persecucion, i contrajo toda su vijilancia a impedir cualquiera sorpresa. Solo en la mañana siguiente, cuando salieron del campamento las primeras partidas a recojer noticias del enemigo, se supo por los dispersos i por los heridos que la derrota de éste habia sido completa. Esas partidas tomaron mas de cien prisioneros, i entre éstos un jeneral i un coronel, doce cañones abandonados por los fujitivos, i un número considerable de armas, de vestuario i de municiones. En cuatro leguas a la redonda no habia un solo enemigo en estado de oponer la menor resistencia. El campo estaba sembrado de

mas de quinientos cadáveres de peruanos i bolivianos. En cambio, el ejército chileno solo habia tenido 62 muertos i 187 heridos, entre oficiales i soldados.

El dia siguiente de la batalla de Dolores, esto es el 20 de noviembre, la desorganizacion del ejército aliado era completa. La caballería se habia dispersado de tal suerte que no se hallaba un solo soldado de esta arma. La artillería habia abandonado sus cañones. Los cuerpos bolivianos, aterrorizados con la suerte del combate, i víctimas de las acusaciones que les hacian los peruanos, no quisieron acompañar mas tiempo a éstos, i marcharon hácia la cordillera para internarse en Bolivia. Una parte de las mismas tropas peruanas, desobedeciendo a sus jefes, tomaron en dispersion los caminos del norte para llegar a Arica.

En medio de aquel desórden, sin embargo, el jeneral Buendia, o mas propiamente su jefe de estado mayor, el coronel don Belisario Suarez, consiguió reunir algunos cuerpos i marchar en cierto órden a la pequeña ciudad de Tarapacá, capital de la provincia del mismo nombre. El propósito de estos jefes era reorganizar allí sus fuerzas, i en seguida marchar ordenadamente a Arica. Antes de ponerse en camino, comunicaron a las autoridades de Iquique el desastre que acababan de sufrir, disponiendo que una division del ejército peruano que habia quedado en esta ciudad, avanzase a marchas forzadas a reunirse con ellos en Tarapacá.

Ya habia llegado a Iquique la noticia de la derrota de las armas aliadas; pero mui pocas personas querian darle crédito. Parecia imposible que el ejército que algunos dias ántes habia salido tan seguro de la victoria,

hubiese sido destrozado por los chilenos. Toda duda desapareció cuando poco mas tarde se recibió un mensaje del jeneral Buendia.

El 22 de noviembre se reunió un consejo a que asistieron los jefes militares i las autoridades de la ciudad. Allí se decidió abandonarla el mismo dia despues de inutilizar las armas que no pudieran llevarse. A las tres de la tarde, salieron los batallones que quedaban en la plaza en número de mas de 1,500 hombres, para marchar a reunirse en Tarapacá con el jeneral Buendia. El prefecto de la provincia, jeneral Lopez Lavalle, no se halló con ánimo para correr las aventuras de esa campaña, i buscó en la fragata de S. M. B. *Turquoise* un asilo que los marinos ingleses le concedieron cortesmente. La ciudad quedó guardada por las compañías de voluntarios bomberos, compuestas en su casi totalidad de estranjeros.

Iquique estaba bloqueado en ese momento por dos buques de la escuadra chilena. En la misma tarde, los cónsules de los Estados Unidos, Alemania, Inglaterra e Italia pasaron a bordo de la *Cochrane* a comunicar a su comandante que las autoridades civiles i militares de la ciudad la habian abandonado en manos del cuerpo consular estranjero, i que por tanto, el jefe chileno podia tomar las medidas que considerase oportunas. En consecuencia, el comandante Latorre impartió inmediatamente aviso a Pisagua, i en la mañana siguiente hizo desembarcar a uno de sus oficiales con 125 hombres que tomaron posesion tranquila de la ciudad. Cuarenta i siete marineros de la *Esmeralda*, salvados del naufrajio de este buque el 21 de mayo, i retenidos allí co-

mo prisioneros de guerra, fueron restituidos a la libertad.

Iquique quedó desde entónces en poder de los chilenos. El mismo dia 23 de noviembre llegaba de Pisagua el ministro de la guerra, trayendo por mar una guarnicion considerable, i restablecia la administracion pública bajo el amparo de la bandera victoriosa de Chile. Los nacionales no tuvieron nada que sufrir con este cambio de dominacion, porque se les dejaba la libertad de vivir en paz bajo las nuevas autoridades o de salir de la provincia a donde mejor quisiesen. Los estranjeros, por su parte, vieron en el nuevo órden de cosas la inauguracion de un réjimen de honradez i de justicia bien diferente al que constituia el fundamento de la administracion peruana.

Hasta ese momento, sin embargo, no se apreciaba debidamente en el campamento chileno la importancia de la victoria de Dolores; i lo que fué un verdadero error de parte del jeneral en jefe, no solo no se habia emprendido la persecucion formal i efectiva de los restos dispersos del ejército enemigo, sino que ni siquiera se habian hecho los reconocimientos convenientes acerca del rumbo que llevaban los fujitivos.

Este error, que solo puede esplicarse por un exceso de prudencia, por el temor de esponer a las divisiones chilenas al peligro de una sorpresa, permitió al jeneral peruano reorganizar alguna parte de sus fuerzas i llegar por fin al pueblo de Tarapacá en la mañana del 22 de noviembre. Las fatigas i sufrimientos de esa marcha de dos dias exceden a toda descripcion. El cansancio, el insomnio, el hambre, el calor, habian quebrantado de

tal suerte el ánimo del soldado, que sin la enerjía del coronel Suarez, jefe de estado mayor peruano, el aniquilamiento de esas tropas habria sido completo. En Tarapacá hallaron descanso i víveres, i allí debian esperar que se les reuniese la division que habia quedado en Iquique, para continuar en seguida la retirada al norte.

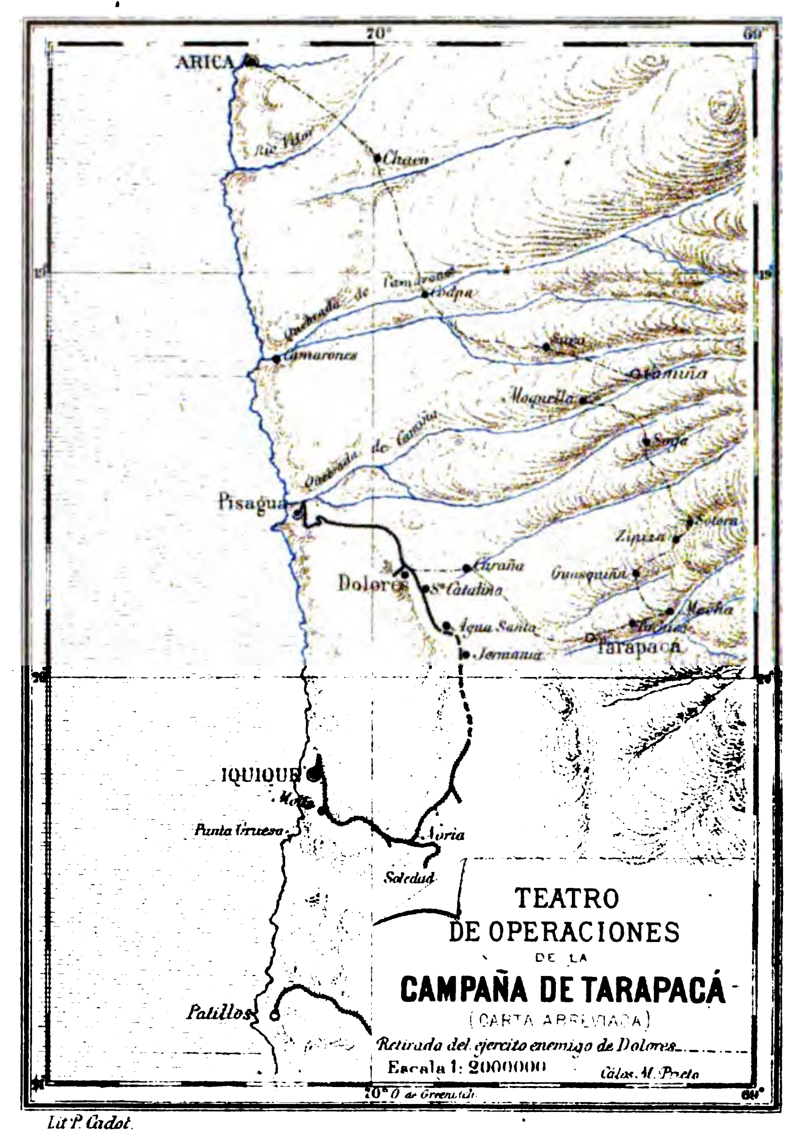
La primera fuerza que salió del campamento chileno, fué un cuerpo de 400 soldados de caballería bajo el mando del coronel Sotomayor. Su encargo no era perseguir a los fujitivos, sino marchar al sur a tomar posesion de todas las localidades que hai al norte i a las inmediaciones de Iquique. El coronel Sotomayor puso en el desempeño de esta comision toda la actividad i la enerjía que habia desplegado desde el principio de la campaña. Recorrió en cuatro dias toda aquella rejion, estableciendo en diversos puntos las autoridades chilenas, capturando las armas i municiones del enemigo, i persiguiendo las últimas partidas que allí quedaban del ejército peruano. A una de éstas quitó todo el archivo del estado mayor peruano que habia sido sacado de Iquique para trasladarlo a Tarapacá. Por los prisioneros tomados al enemigo en esta campaña, conoció el plan de retirada de los jefes peruanos, i el número de jente que reunian con este objeto. Inmediatamente dió el aviso de todo a las autoridades chilenas de Iquique i al campamento del jeneral en jefe; pero sus comunicaciones no pudieron llegar con oportunidad para disponer las operaciones subsiguientes de la guerra.

Miéntras tanto, el 24 de noviembre habia salido del campamento chileno de Dolores, bajo las órdenes del teniente coronel don José Francisco Vergara, un cuer-

po de unos 400 esploradores. Se habia adelantado hácia el pueblo de Tarapacá, i recojió de los dispersos la noticia de que los enemigos refujiados allí no pasaban de 1,500 a 2,000 hombres, i que éstos se hallaban mas o ménos desmoralizados. El comandante Vergara detuvo su marcha para comunicar esta noticia al campamento i para recibir refuerzos. El jeneral en jefe hizo salir el dia 25 un cuerpo de 1,800 hombres a las órdenes del coronel don Luis Arteaga, que debia ponerse a la cabeza de toda la division. Las fuerzas de ésta, formaron un total de 2,285 hombres de las tres armas con ocho piezas de artillería.

Pero el enemigo no se hallaba ya en situacion de ser sorprendido impunemente por una fuerza como la que marchaba a buscarlo. A las tropas que habian llegado allí en formacion junto con los jefes, se habia reunido mas de un millar de dispersos que iban a buscar un asilo contra el hambre i la sed de los áridos salitrales del desierto. Todos ellos preferian los riesgos de una retirada en masa a las fatigas i a la muerte por estenuacion en aquellas inhospitalarias soledades, e iban a agregarse a sus batallones, movidos por el instinto de la propia conservacion.

El dia 26 de noviembre se reunió tambien allí la otra division que venia intacta de Iquique, sin haberse batido una sola vez, i sin haber sufrido mas quebrantos que el cansancio de la marcha. El jeneral Buendia llegó a contar en Tarapacá mas de cinco mil hombres. En ese pueblo habian hallado agua en abundancia, una regular provision de víveres i el descanso necesario contra las fatigas de las jornadas anteriores. Los jefes peruanos sabian bien que con esas fuerzas no podian recomenzar


ARICA
Rio Vitor
Chaca
Quebrada de Camarones
Codpa
Camarones
Saya
Moquella
Quebrada de Camiña
Pisagua
Dolores
Sª Catalina
Agua Santa
Jermania
Tarapacá
IQUIQUE
Molle
Punta Gruesa
Soledad
Patillos
TEATRO
DE OPERACIONES
DE LA
CAMPAÑA DE TARAPACÁ
(CARTA ABREVIADA)
Retirada del ejercito enemigo de Dolores
Escala 1: 2000000
70° O de Greenwich
Lit P. Cadot.

la campaña contra el ejército chileno, i solo pensaban en continuar su retirada hácia el norte para reunirse con las tropas que quedaban en Tacna i Arica. Tan léjos estaban de pensar que serian perseguidos, que el mismo dia 26 mandó el jeneral Buendia que marchasen adelante dos destacamentos con unos 1,400 hombres, i él se quedó en Tarapacá con otros 3,600 que necesitaban todavía de una noche mas de descanso. Allí durmieron como en los dias de mas perfecta paz, sin siquiera colocar centinelas avanzadas en los alrededores, i sin sospechar que el enemigo se hallaba en las inmediaciones.

Tarapacá es un villorio de 1,200 almas, situado a orillas de un riachuelo que corre en el fondo de un estrecho valle que desciende de las serranías de la cordillera hácia las llanuras salitrosas del desierto. Ese valle, encerrado de uno i otro lado por dos cordones de cerros, mide solo un quilómetro de ancho, i forma una especie de oasis en el desierto, porque hai allí vejetacion i cultivo. Este era el teatro en que se iba a desenvolver uno de los mas sangrientos episodios de la guerra que contamos.

La division chilena, despues de caminar todo el dia por los ásperos salitrales del desierto, se reunió a la avanzada que mandaba el comandante Vergara a las once de la noche, i tres leguas ántes de llegar a Tarapacá. Allí se dió un corto descanso a los soldados, miéntras los jefes disponian el plan de ataque para sorprender al enemigo. Las tropas se dividirian en tres columnas de fuerzas diferentes, segun la importancia de las operaciones encomendadas a cada una de ellas. Así, miéntras la mas numerosa, bajo las órdenes del coman-

dante don Eleuterio Ramirez atacaria de frente por el fondo del valle, las otras dos ocuparian las alturas de los lados para encerrar al enemigo i obligarlo a rendirse o a dispersarse. Esas columnas debian ponerse en camino a las tres de la mañana, para romper sus fuegos a la primera luz del dia siguiente 27 de noviembre.

La primera columna de la division chilena, compuesta de solo 400 hombres, bajo las órdenes del comandante don Ricardo Santa Cruz, se estravió en su marcha por causa de la espesa neblina que se levanta cada noche en aquellos lugares. Llegó a los bordes de la barranca que cierra por el norte el valle de Tarapacá, no ántes de amanecer, como estaba previsto, sino a las ocho de la mañana. Llevaba la órden de cruzar el valle i de ganar en seguida las alturas que lo encierran por el lado del sur. Pero a esa hora, este movimiento ofrecia las mayores dificultades, porque el enemigo, aunque no esperaba el ataque, estaba en pié i habia de empeñar un combate cuyo éxito no debia ser dudoso, vista su inmensa superioridad numérica sobre esa pequeña columna. La prudencia aconsejaba no bajar a la quebrada; i en efecto, si cambiando de plan, hubiera esperado en la altura al resto de la division chilena, ésta, servida por sus cañones, habria podido desbaratar i dispersar desde allí las fuerzas peruanas que ocupaban el valle. Pero pudo mas el principio de obediencia militar, apoyado tambien por la confianza que daban al soldado sus triunfos anteriores; i la columna continuó su marcha por los estrechos senderos de la barranca.

En esos instantes, los cuerpos peruanos comian descuidados las provisiones que se acababan de distribuír-

seles para continuar la retirada. A la vista de los chilenos que comenzaban a asomar por las laderas del norte, los tambores tocaron jenerala i todo el mundo corrió a formarse en sus cuerpos respectivos. Bajo el impulso de los jefes i oficiales, los soldados se precipitaron a su vez a las alturas por diversos senderos, i en poco rato colocaron a la columna chilena en la situacion desventajosa en que ellos mismos se hallaban poco ántes. Esa columna, sin embargo, contestó los fuegos que por todas partes se le hacian, i aunque sufriendo grandes pérdidas, sostuvo cuanto pudo el combate, dando tiempo a que entrasen en él las otras dos columnas. Fué inútil que éstas tratasen de ejecutar el plan convenido. La batalla se habia empeñado en circunstancias en que era imposible llevarlo a cabo, i fué necesario aceptar la lucha en esas condiciones.

Imposible es describir en sus pormenores las peripecias de aquel rudísimo combate. Las relaciones de los actores solo consignan los rasgos principales, o dan detalles aislados que no bastan para encadenar todos los incidentes. Se peleaba en la altura i en el valle, i se peleaba con un encarnizamiento sin igual, cuerpo a cuerpo muchas veces, cambiando constantemente de frente, segun las necesidades de la defensa, i por destacamentos aislados.

En esos movimientos rápidos i repentinos, los chilenos se vieron forzados a abandonar algunos de sus cañones, que por lo demas no eran de ninguna utilidad en un combate empeñado en estas condiciones. Sus tropas, agobiadas por el cansancio i por el insomnio, devoradas por una sed rabiosa, parecian próximas a des-

fallecer ante el número doble de sus enemigos, i de enemigos repuestos de sus fatigas por uno o mas dias de descanso, i libres de los tormentos del hambre i de la sed. Pero el vigor físico i moral del soldado chileno, su orgullo de vencedor en los combates anteriores, i la obediencia a los jefes i oficiales, se sobrepusieron a todo. Esos hombres de fierro, avezados a los mas duros trabajos de la industria, hasta el dia que la patria reclamó el ausilio de sus brazos, resistian con un heroismo impetuoso que ni aun en un trance tan desfavorable desesperaba de alcanzar la victoria. Los chilenos, oficiales i soldados, cubrian el campo con sus cadáveres, pero vendian caras sus vidas, i a cada rato abrian con el rifle i con la bayoneta anchas brechas en las filas enemigas.

A la una del dia, cuando su situacion parecia mas desesperada, la suerte de la batalla vino a cambiarse en su favor. La division chilena tenia un cuerpo de caballería de 115 granaderos que por causa de las condiciones del terreno no habian podido entrar en combate en las laderas del valle. A esa hora habian bajado a la llanura; i a la voz del sarjento mayor don Jorje Wood, ayudante del jefe de la division, ese cuerpo de jinetes se formó en batalla, reuniendo a su lado a los soldados a quienes la confusion de la pelea habia separado de sus compañeros. La caballería iba a hacer un último esfuerzo; i en efecto, lanzada a galope sobre los pelotones enemigos, los acometió, sable en mano, con ese vigor irresistible que ha hecho famosos en la guerra a los caballos i a los jinetes chilenos. Aquella, mas que un combate, fué una carnicería espantosa. Recobrados con este apoyo, los infantes estrechan de nuevo sus filas, i cargan

otra vez con un enemigo que comenzaba a ceder. Poco mas de una hora de esta lucha bastó para que los peruanos principiaran a batirse en retirada, abandonando el campo a sus audaces vencedores. Los chilenos, aunque casi quintados en la refriega, i estenuados de fatiga, pudieron cantar victoria. En el momento se diseminaron por el valle para beber en las aguas del riachuelo, para recojer a los heridos, para tenderse a descansar a la sombra de los árboles o en las chozas i enramadas que habia en el campo vecino.

Ese habria sido el momento de disponer una prudente i segura retirada; i éste fué, segun parece, el pensamiento de los jefes. Pero la tropa no se sentia con fuerzas para contramarchar por los abrasadores salitrales del desierto, i no habria habido peligro que la decidiese a privarse de algunos momentos de descanso. Los caballos mismos necesitaban refrescarse; i fué necesario dejarlos beber en las aguas del rio. A las cuatro de la tarde, solo unos 400 hombres habian ganado la altura: el resto de la esquilmada division se hallaba todavía en el valle, diseminado i sin la idea del menor peligro. Solo algunos pelotones mantenian el fuego contra las partidas enemigas que habian tardado mas en retirarse.

A esa hora cabalmente llegaba a éstas un refuerzo poderoso. Los dos destacamentos peruanos que en número de 1,400 hombres habian emprendido el dia anterior su marcha hácia el norte, se hallaban en la mañana del dia de la batalla a dos o tres leguas de Tarapacá. Al saber la primera aparicion de los chilenos en las alturas que dominan aquel pueblo, el jeneral Buendia habia enviado la órden de hacer volver esas tropas; i ellas lle-

gaban a las cuatro de la tarde a renovar el combate contra los restos destrozados i estenuados de la division chilena, que despues de cinco horas de la mas dura pelea habian quedado dueños del campo.

La faz del combate iba a cambiar. La aparicion de estos auxiliares que venian de refresco, renovó el aliento de los dispersos peruanos; i ántes de mucho habian entrado en batalla cerca de cuatro mil hombres. Los chilenos que ocupaban el valle resistieron todavía al empuje de esas fuerzas. Apoderados de algunas casas i chozas, abrieron troneras en las paredes, i por ellas vomitaban verdaderas lluvias de fuego nutrido. Los enemigos no hallaban otro medio de vencer esa tenaz resistencia, que prender fuego a los techos de paja de esos edificios; i el incendio vino a hacer lo que no habian podido ejecutar los hombres. En otros puntos del valle, la lucha se sostenia cuerpo a cuerpo, uno contra tres, i solo los que podian abrirse camino llegaban replegándose a las alturas. En el encarnizamiento de la lucha, los peruanos no querian hacer prisioneros, que, por otra parte, los habrian embarazado en la marcha que proyectaban, i mataban sin piedad a todos los dispersos que veian a su paso i aun a los heridos que yacian tirados en el campo. Las crueldades de esa última hora son indescriptibles, i apénas salvaron de ellas unos pocos heridos que fueron dejados por muertos, i unos cincuenta prisioneros salvados por la humanidad de uno o dos jefes.

Las descargas de fusilería eran mas débiles a cada rato, i a las seis de la tarde se suspendió del todo el fuego. Los soldados peruanos, en número de cerca de 4,000 hombres no se atrevieron a moverse de su campamento,

miéntras los restos de la division chilena, es decir 1,400 hombres estenuados de hambre i de fatiga, se retiraban en órden, sin ser molestados, i llevándose algunos de de sus cañones i todos los prisioneros que habian quitado al enemigo.

¿De quién era la victoria en esta sangrienta jornada? Hé aquí una pregunta que es mui difícil contestar, porque las dos partes se han proclamado vencedores (1). Para resolver esta cuestion conviene examinar las pérdidas respectivas i las consecuencias finales del combate.

La division chilena habia entrado a la pelea con 2,285 hombres; i se retiraba dejando muertos en el campo tres jefes de batallon, el mas célebre de los cuales era el comandante don Eleuterio Ramirez, 18 oficiales i 525 soldados. Sus heridos eran 21 oficiales i 191 soldados. Dejaban tambien algunos de sus cañones i 56 prisioneros, de los cuales uno solo era oficial. En cambio, se retiraban llevando un número un poco inferior de prisioneros, i entre éstos ocho oficiales.

En los despachos oficiales del estado mayor peruano no se dice con fijeza el número de sus soldados que entraron en combate. En el cuadro de las pérdidas de esa jornada, el jeneral Buendia habla de 236 muertos, entre ellos 29 jefes i oficiales, i de 261 heridos, i cuenta como dispersos a los oficiales i soldados que cayeron prisio-

(1) El gobierno del Perú hizo anunciar en Europa i en los Estados Unidos que el combate de Tarapacá era una victoria espléndida i decisiva de sus armas, añadiendo que era la batalla mas estratéjica que se haya dado en la América del Sur. La sumaria relacion que dejamos hecha revelará cuánta exajeracion hai en estas apreciaciones i cuán léjos estuvo de haber una regular estratéjia en este combate.

neros en poder de los chilenos. Hai en todo esto la misma exajeracion que siempre se halla en los documentos peruanos; i no es difícil demostrar que en las listas de los heridos peruanos faltan algunos oficiales que al dia siguiente fueron recojidos por el ejército chileno. Se sabe sí de positivo que el ejército de Buendia que se batió en Tarapacá, incluyendo los cuerpos que en la tarde entraron de refresco, pasaba de cinco mil hombres, i que el dia siguiente el campo i sus alrededores estaban sembrados de mas de ochocientos peruanos muertos o heridos de tal gravedad que no habian podido seguir la retirada.

Pero si aquel combate fué una victoria para las armas peruanas, como lo dijeron sus documentos oficiales i su prensa, fué la victoria mas desastrosa i mas ineficaz que recuerden los fastos de la historia. Es verdad que los peruanos habian quedado dueños del campo, pero no solo no pudieron perseguir a los restos de la division chilena, sino que ni siquiera les fué posible conservar sus posiciones.

En efecto, a las once de esa misma noche, i tan pronto como la tropa hubo tomado algun descanso, el jeneral dictó las medidas del caso para emprender la retirada. No pudiendo llevarse los cañones que los chilenos habian abandonado, los ocultaron cuidadosamente debajo de tierra para que no volvieran a caer en manos de sus primeros dueños. Fueron tambien abandonados algunos cajones de municiones i de víveres que era difícil o penoso trasportar, así como una gran cantidad de armas de los soldados muertos en el combate. Nadie pensó en sepultar los cadáveres de los amigos i mucho

ménos de los enemigos, que estaban tirados en todo el valle i que embarazaban algunas de las calles del pueblo, o las casas i chozas de las inmediaciones (1). Pero lo que mejor esplica las circustancias bajo las cuales se emprendia esta retirada, fué el abandono de todos los heridos que no podian marchar por sí mismos i entre los cuales habia unos 16 oficiales i cerca de 200 soldados peruanos. Algunos de esos oficiales eran de un rango elevado (uno de ellos era el coronel don Miguel Rios, jefe de la division que habia llegado de Iquique el dia anterior), i gozaban de gran consideracion en el ejército. Este abandono era tanto mas cruel cuanto que nadie podia suponer cuánto tiempo pasaria ántes de que esos infelices fueran socorridos. En Tarapacá no quedaban ni médicos, ni botiquines, ni nada de lo que podian necesitar los pobres heridos que sus compatriotas abandonaban tan inhumanamente, por la necesidad urjentísima de retirarse de ese lugar i de evitar un nuevo combate.

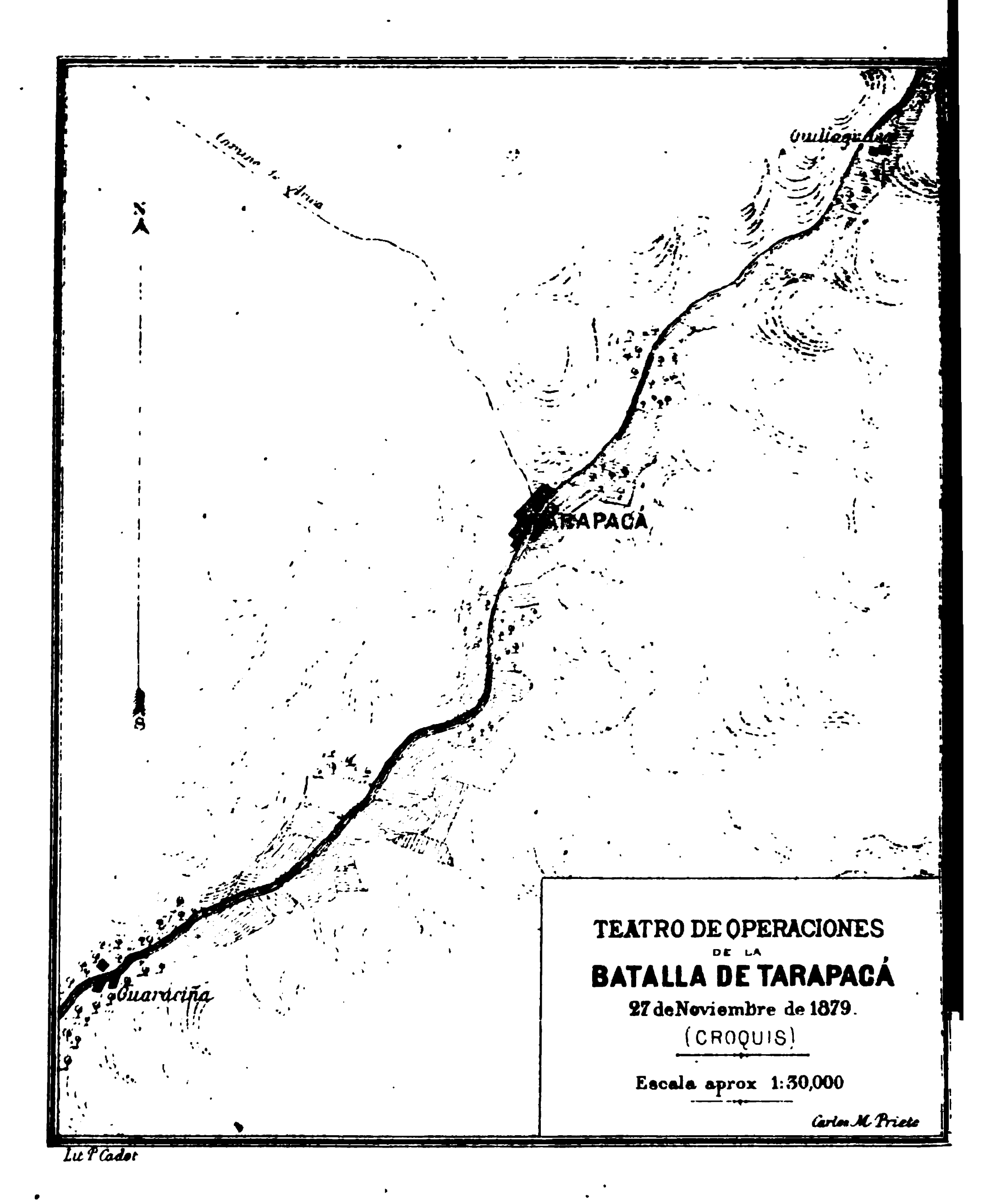
Preciso es advertir que esta estraordinaria actividad que los peruanos ponian en continuar su retirada era perfectamente justificada. En la tarde del mismo dia 27 de noviembre llegó al campamento chileno de Dolores un aviso remitido del campo de batalla. Decíase allí que la division del coronel Arteaga habia empeñado combate contra un ejército mas de dos veces superior. Por ausencia accidental del jeneral en jefe, mandaba allí

(1) Los oficiales peruanos buscaron con el mayor empeño en las mochilas de los soldados chilenos las cartas jeográficas que éstos llevaban para guiarse en sus marchas. Esas cartas les fueron de grande utilidad en la retirada que emprendieron.

el jeneral don Manuel Baquedano; i éste con una prontitud admirable, se ponia en marcha en la misma tarde a la cabeza de una division de mas de cinco mil infantes i de tres baterías de artillería. En el camino debian juntársele unos quinientos jinetes. Con esa division marcharon tambien algunos cirujanos i todo el material necesario para los hospitales. Se comprenderá fácilmente la suerte que habria cabido a los restos del ejército peruano si hubiesen quedado algunas horas mas en Tarapacá.

Pero el jeneral Baquedano no necesitó llegar a esa ciudad. En las altas horas de la noche supo lo que habia ocurrido en el combate, i sus esploradores le comunicaron en breve que el enemigo habia abandonado el campo de batalla, i que debia hallarse a muchas leguas de distancia, lo cual hacia imposible su persecucion por aquel lado. Limitóse, en consecuencia, a hacer avanzar algunas fuerzas hasta Tarapacá i a enviar dos cirujanos i todo el material de ambulancias para atender a los heridos.

Tarapacá ofrecia en esos momentos el cuadro de la desolacion mas espantosa. El pueblo se hallaba casi desierto porque sus habitantes lo habian abandonado el dia del combate. Los heridos estaban confundidos con los muertos, i algunos de ellos habian perdido tanta sangre que fué imposible salvarlos. Los cirujanos del ejército chileno hicieron todo lo que era humanamente posible para curar a los amigos i a los enemigos. La ambulancia hizo trasportar a aquellos heridos de ménos gravedad, i estableció en el mismo pueblo un hospital para curar a los que no era posible mover. Sin ese pronto auxilio, muchos de aquellos infelices habrian perecido en el ma-


N
S
RAPACÁ
Guarariña
TEATRO DE OPERACIONES
DE LA
BATALLA DE TARAPACÁ
27 de Noviembre de 1879.
(CROQUIS)
Escala aprox 1:30,000
Carlos M. Prieto
Lit. P. Cadot

yor desamparo. Así se salvaron las vidas de algunos oficiales que los chilenos habian creido muertos, cuando vieron que faltaban en las filas despues del combate.

Las tropas se ocuparon igualmente en sepultar los cadáveres que yacian tirados en el campo i en las calles del pueblo. Del mismo modo, se recojió un numeroso armamento, compuesto de mas de quinientos fusiles, algunas municiones i otros objetos abandonados por los dos combatientes. Por último, se descubrieron los lugares donde habian sido enterrados los cañones, i se colocaron sobre las cureñas que estaban tiradas en el campo.

La retirada de los restos del ejército peruano desde Tarapacá hasta Arica forma uno de los cuadros mas terribles i conmovedores de toda esta campaña. Los fujitivos seguian su marcha por las faldas de la cordillera para evitar todo encuentro con las tropas chilenas que eran dueñas de las llanuras, i tenian que andar sin descanso por laderas asperísimas, sin abrigo contra los rayos de un sol abrasador durante el dia, i de un frio intenso durante las noches. Allí no habia ni árboles ni verdura, ni mas camino que estrechas laderas, con frecuencia bordeadas por despeñaderos horribles. Era preciso andar jornadas enteras sin encontrar agua; i a veces cuando se hallaba, era de mala calidad. En el camino se hallaban algunos villorrios miserables, poblados en mejores dias por dos o mas centenares de habitantes, casi desiertos ahora, i ademas saqueados por los dispersos peruanos fujitivos de la batalla de Dolores, que pocos dias ántes habian pasado por allí llevándose los víveres i cuanto encontraban. Muchos soldados murieron de estenuacion i de sed: otros se suicidaron con sus propias

armas para evitarse una muerte mas cruel. La disciplina habria desaparecido completamente sin la enerjía desplegada por algunos de los jefes; i aun así el soldado que se apoderaba del caballo de un oficial, lo retenia para su uso, a ménos que el dueño lo defendiese con su revólver en la mano.

Se comprenderán mejor estas penalidades inauditas cuando se recuerde que la marcha duró veinte dias, i que sin embargo la distancia jeográfica que media entre Tarapacá i Arica, que era el término del viaje, no pasa de cuarenta leguas. Pero a los inconvenientes que oponian la aspereza i las dificultades del camino, el cansancio de la tropa, la carencia de bestias de carga, i el mal estado de las pocas con que contaban los fujitivos, hai que agregar otra no ménos grave. Los restos de la division peruana creian verse acometidos cada dia por las avanzadas chilenas, sobre todo desde que se apartaron de la falda de la montaña para dirijirse a Arica. Para evitar esos ataques, casi siempre imajinados por el miedo, era preciso retroceder, hacer un desvío i en definitiva, prolongar la marcha con todas sus angustias i sus sufrimientos. Si los pequeños destacamentos de caballería chilena que entónces estaban cerca de rio Camarones, hubieran conocido esa situacion, habrian pedido algun refuerzo a Pisagua i habrian dispersado casi sin combatir los últimos restos del ejército peruano de Tarapacá.

Aquella sangrienta jornada pone término a la primera campaña del ejército chileno en el territorio del Perú. Desde entónces, toda la importante provincia de este nombre quedó sometida al ejército de Chile, i bajo la

jurisdiccion de esta república. Un mes escaso de campaña activa habia bastado para conseguir este resultado. Los puertos fueron abiertos al comercio, i la industria, colocada bajo el amparo de una administracion mejor, comenzó a tomar un nuevo i mas vigoroso desenvolvimiento.

CAPITULO IX.

Caida de los presidentes del Perú i de Bolivia, diciembre de 1879.

El presidente del Perú cede al de Bolivia el mando del ejército aliado para que marche a atacar a los chilenos.—Sale a campaña el jeneral Daza.—Retirada de Camarones.—Al saber las victorias de los chilenos, el presidente Prado abandona a Arica i se marcha a Lima.—La escuadra chilena establece el bloqueo de Arica i recorre toda la costa del Perú —Descontento en Lima.—Don Nicolas de Piérola se niega a aceptar un ministerio.—Ajitacion política en Lima.—Fuga del presidente Prado.—Sus causas.—Revolucion en Lima i en el Callao.—Piérola asume la dictadura.—Trabajos del contra-almirante Montero en Arica.—Descontento de peruanos i bolivianos contra el jeneral Daza.—Propone éste un nuevo plan de campaña que le permitiria volver a Bolivia.—Deposicion de Daza por sus tropas i por el pueblo de la Paz.

La pérdida de la provincia de Tarapacá despues de la desastrosa campaña que acabamos de referir, fué causa de las mas graves perturbaciones en el Perú i en Bolivia. Esas perturbaciones produjeron cambios trascendentales en el gobierno de los dos paises, sin llevar en realidad a la lucha nuevos continjentes de poder para la resistencia.

Hemos contado que el mismo dia que el telégrafo comunicó a Arica el desembarco de los chilenos en Pisagua, los presidentes del Perú i de Bolivia se preocu-

paron del plan de campaña que convenia adoptar, i que este plan se redujo a atacar a los invasores por el norte i por el sur, para destruirlos con dos ejércitos que debian obrar en combinacion. Segun las estipulaciones que existian entre los dos gobiernos aliados, en caso de encontrarse en campaña los dos presidentes, el jeneral en jefe seria aquel en cuyo territorio se combatia. Así, pues, en esos momentos correspondia al jeneral Prado, presidente del Perú, el mando supremo de los ejércitos de la alianza. Pero, a la hora de salir a campaña, ese jeneral, que siempre habia anunciado en sus proclamas la firme resolucion de hallarse siempre al lado de sus soldados i en el puesto de mayor peligro, declinó este honor, manifestando que el estado de su salud i las graves ocupaciones que lo rodeaban, no le permitian dejar a Arica. El jeneral Daza, presidente de Bolivia, asumió entónces el cargo de jeneral en jefe de todo el ejército aliado.

Se sabe que las tropas peruanas i bolivianas que se hallaban en Iquique i sus inmediaciones subian a cerca de catorce mil hombres, i que ellas emprendieron resueltamente la campaña contra los chilenos. En el norte, es decir en Tacna i en Arica, los aliados tenian mucho ménos tropas. Ademas, el presidente Prado sosteniendo que necesitaba jente para defender a Arica de cualquier ataque por mar, dejó en esta plaza todas las fuerzas peruanas que formaban un efectivo de cerca de cuatro mil hombres. El jeneral Daza, por su parte, sacó de su campamento de Tacna todas las tropas bolivianas que estaban en situacion de emprender la marcha, i que montaban a poco mas de 2,500 hombres. En Arica

se les dió algun dinero, que no habia de servirles de nada en la travesía del despoblado, pero se les suministraron pocos víveres i pocos elementos de trasporte, que habrian sido necesarios para la campaña. Sin embargo, en la mañana del 11 de noviembre rompieron la marcha llenos de entusiasmo i de fé en el resultado de la guerra. Daza les habia prometido la victoria en cien proclamas en que los chilenos eran llamados miserables, ladrones i piratas cobardes.

La sed, el calor, la falta de medios de movilidad, hicieron su efecto en aquellas tropas, de suerte que el 16 de noviembre se hallaban solo un poco al sur del rio Camarones. El jeneral Daza, despues de consultar a sus consejeros mas íntimos, no queria pasar adelante. Tenia poca confianza en el resultado de la campaña que iba a mandar en jefe, i estaba persuadido de que un desastre cualquiera habia de ser funesto a su poder. Desde tiempo atras vivia preocupado por los temores de revueltas i de trastornos que amenazaban la estabilidad de su gobierno. Presumia que volviendo derrotado a Tacna, estallaria en Bolivia i quizá en su propio campamento, una revolucion que habia de costarle la pérdida de la presidencia de la república. Para él, entre la conservacion del mando supremo de su pais i la ruina de la alianza, no habia lugar a vacilacion; i por eso, mas que en la guerra que él mismo habia provocado, pensaba en mantenerse en el gobierno.

Durante la marcha, no habia cesado de telegrafiar al presidente del Perú para manifestarle las dificultades que encontraba en el camino, i la dificultad en que su division se hallaba para seguir avanzando. El presi-

el jeneral don Manuel Baquedano; i éste con una prontitud admirable, se ponia en marcha en la misma tarde a la cabeza de una division de mas de cinco mil infantes i de tres baterías de artillería. En el camino debian juntársele unos quinientos jinetes. Con esa division marcharon tambien algunos cirujanos i todo el material necesario para los hospitales. Se comprenderá fácilmente la suerte que habria cabido a los restos del ejército peruano si hubiesen quedado algunas horas mas en Tarapacá.

Pero el jeneral Baquedano no necesitó llegar a esa ciudad. En las altas horas de la noche supo lo que habia ocurrido en el combate, i sus esploradores le comunicaron en breve que el enemigo habia abandonado el campo de batalla, i que debia hallarse a muchas leguas de distancia, lo cual hacia imposible su persecucion por aquel lado. Limitóse, en consecuencia, a hacer avanzar algunas fuerzas hasta Tarapacá i a enviar dos cirujanos i todo el material de ambulancias para atender a los heridos.

Tarapacá ofrecia en esos momentos el cuadro de la desolacion mas espantosa. El pueblo se hallaba casi desierto porque sus habitantes lo habian abandonado el dia del combate. Los heridos estaban confundidos con los muertos, i algunos de ellos habian perdido tanta sangre que fué imposible salvarlos. Los cirujanos del ejército chileno hicieron todo lo que era humanamente posible para curar a los amigos i a los enemigos. La ambulancia hizo trasportar a aquellos heridos de ménos gravedad, i estableció en el mismo pueblo un hospital para curar a los que no era posible mover. Sin ese pronto auxilio, muchos de aquellos infelices habrian perecido en el ma-

el jeneral don Manuel Baquedano; i éste con una prontitud admirable, se ponia en marcha en la misma tarde a la cabeza de una division de mas de cinco mil infantes i de tres baterías de artillería. En el camino debian juntársele unos quinientos jinetes. Con esa division marcharon tambien algunos cirujanos i todo el material necesario para los hospitales. Se comprenderá fácilmente la suerte que habria cabido a los restos del ejército peruano si hubiesen quedado algunas horas mas en Tarapacá.

Pero el jeneral Baquedano no necesitó llegar a esa ciudad. En las altas horas de la noche supo lo que habia ocurrido en el combate, i sus esploradores le comunicaron en breve que el enemigo habia abandonado el campo de batalla, i que debia hallarse a muchas leguas de distancia, lo cual hacia imposible su persecucion por aquel lado. Limitóse, en consecuencia, a hacer avanzar algunas fuerzas hasta Tarapacá i a enviar dos cirujanos i todo el material de ambulancias para atender a los heridos.

Tarapacá ofrecia en esos momentos el cuadro de la desolacion mas espantosa. El pueblo se hallaba casi desierto porque sus habitantes lo habian abandonado el dia del combate. Los heridos estaban confundidos con los muertos, i algunos de ellos habian perdido tanta sangre que fué imposible salvarlos. Los cirujanos del ejército chileno hicieron todo lo que era humanamente posible para curar a los amigos i a los enemigos. La ambulancia hizo trasportar a aquellos heridos de ménos gravedad, i estableció en el mismo pueblo un hospital para curar a los que no era posible mover. Sin ese pronto auxilio, muchos de aquellos infelices habrian perecido en el ma-

el jeneral don Manuel Baquedano; i éste con una prontitud admirable, se ponia en marcha en la misma tarde a la cabeza de una division de mas de cinco mil infantes i de tres baterías de artillería. En el camino debian juntársele unos quinientos jinetes. Con esa division marcharon tambien algunos cirujanos i todo el material necesario para los hospitales. Se comprenderá fácilmente la suerte que habria cabido a los restos del ejército peruano si hubiesen quedado algunas horas mas en Tarapacá.

Pero el jeneral Baquedano no necesitó llegar a esa ciudad. En las altas horas de la noche supo lo que habia ocurrido en el combate, i sus esploradores le comunicaron en breve que el enemigo habia abandonado el campo de batalla, i que debia hallarse a muchas leguas de distancia, lo cual hacia imposible su persecucion por aquel lado. Limitóse, en consecuencia, a hacer avanzar algunas fuerzas hasta Tarapacá i a enviar dos cirujanos i todo el material de ambulancias para atender a los heridos.

Tarapacá ofrecia en esos momentos el cuadro de la desolacion mas espantosa. El pueblo se hallaba casi desierto porque sus habitantes lo habian abandonado el dia del combate. Los heridos estaban confundidos con los muertos, i algunos de ellos habian perdido tanta sangre que fué imposible salvarlos. Los cirujanos del ejército chileno hicieron todo lo que era humanamente posible para curar a los amigos i a los enemigos. La ambulancia hizo trasportar a aquellos heridos de ménos gravedad, i estableció en el mismo pueblo un hospital para curar a los que no era posible mover. Sin ese pronto auxilio, muchos de aquellos infelices habrian perecido en el ma-

necer a vuestro lado. Mui grandes i mui poderosos son con efecto los motivos que me inducen a tomar esta resolucion. Respetadla, que algun derecho tiene para exijirlo así el hombre que como yo sirve al pais con buena voluntad i completa abnegacion.

«Soldados: Si nuestras armas sufrieron parciales desastres en los primeros dias de noviembre, el 27 del mismo se cubrieron de gloria en la provincia de Tarapacá. Seguro estoi de que en cualquiera circunstancia imitareis el ejemplo de vuestros hermanos del sur.

«Peruanos: S. E. el primer vice-presidente de la república queda encargado del poder ejecutivo conforme a la lei. Os recomiendo presteis a sus actos toda vuestra cooperacion.

«Al despedirme os dejo la seguridad de que estaré oportunamente en medio de vosotros.

«Tened fé en vuestro conciudadano i amigo

Mariano Ignacio Prado.»

«Lima, diciembre 18 de 1879.»

Junto con esta proclama circulaba impreso el decreto siguiente:

«Mariano Ignacio Prado, presidente constitucional de la república.

«Por cuanto estoi autorizado para salir del pais, por la resolucion lejislativa de 9 de mayo de 1879, i asuntos mui importantes i urjentes demandan mi presencia en el estranjero, i es mi deber i mi deseo hacer cuanto pueda en favor del pais,

«Decreto:

«Artículo único. Encárguese de la presidencia de la república S. E. el vice-presidente, conforme a los artículos 90 i 93 de la constitucion.

«Imprímase, publíquese i circúlese para su debido cumplimiento.

«Dado en la casa del supremo gobierno, en Lima, a 18 de diciembre de 1879.—MARIANO IGNACIO PRADO.—*Manuel G. de la Cotera.—B. Elguera.—Adolfo Quiroga.—J. M. Quimper.*»

Esa proclama i ese decreto, leidos en todas partes con la mayor avidez, revelaban a las poblaciones de Lima i del Callao un acontecimiento de la mayor gravedad, la fuga del presidente de la república. En efecto, el jeneral Prado llegó al Callao cerca de las tres i media de la tarde, en compañía de dos de sus ministros i de algunos de sus amigos mas íntimos. Minutos despues tomaba una chalupa de la capitanía del puerto, i se dirijia a bordo de uno de los vapores de la compañía inglesa, del *Paita*, que en esa misma tarde seguia viaje para Panamá. Allí mismo se despidió de sus compañeros, asegurándoles que se dirijia a los Estados Unidos i a Europa a comprar buques i armas para volver en pocos meses a castigar a los cobardes chilenos. El *Paita* salió del Callao a las cuatro de la tarde; i solo una hora despues comenzó a divulgarse en el puerto la partida del presidente de la república.

Tan estraña determinacion del jefe supremo del estado, inspirada indudablemente por el deseo de sustraerse a la enorme responsabilidad que le imponia la situacion, habia sido tambien aconsejada por sus ministros,

que, como se ve por el decreto que hemos copiado mas arriba, estaban en el secreto de todo. Pero ¿qué podia inducir a los ministros del jeneral Prado a aconsejarle que se ausentase del Perú en momentos tan solemnes? Es fácil comprender que lo ménos en que se pensaba era en que el presidente fuese capaz de adquirir i de organizar una escuadra en el estranjero. Esa empresa habria exijido muchos recursos de dinero i grandes dotes de intelijencia i de actividad; i despues de la campaña de Tarapacá, a nadie se le podia ocurrir que Prado poseia esas cualidades.

Hai, pues, en este imprevisto desenlace de aquella situacion, algun misterio que la historia no puede descubrir por el momento, pero acerca del cual no tardarán, sin duda, en aparecer las mas curiosas revelaciones. Es posible que los ministros, conociendo la incapacidad del presidente para dirijir la guerra, quisieran alejarlo del Perú para organizar la defensa del pais con mayor enerjía; pero es mas posible que alguno de esos ministros, probablemente el jeneral don Manuel Gonzalez de la Cotera, hombre de espíritu inquieto i turbulento, que habia tomado parte en otras revoluciones, viera en aquel suceso la ocasion de apoderarse del mando supremo. Despues de haber alejado del gobierno al jeneral Prado, nada era mas fácil que hacer a un lado al jeneral La Puerta, anciano valetudinario que no inspiraba confianza a nadie.

Sea lo que se quiera. El presidente Prado, que veia destrozado su ejército en el sur, i que comprendia los peligros de la situacion interior, cuando con discursos i proclamas se le exijia que arrojase a los chilenos de Ta-

rapacá, tuvo razon para persuadirse de que estaba perdido. Pero no la tuvo para abandonar el pais de la manera que lo hizo. Se recordará que ocho meses ántes, en marzo de 1879, cuando en el Perú se hablaba con la mayor confianza de invadir a Chile i de obligarlo a firmar la paz en Santiago i bajo la presion de un ejército victorioso, el congreso peruano habia autorizado al jeneral Prado para tomar el mando en jefe de las tropas i para salir del territorio. Esa autorizacion era invocada ahora por el presidente del Perú para embarcarse secretamente, i para abandonar el gobierno i el pais en la situacion terrible a que por falta de intelijencia i de carácter habia dejado arrastrarlo, provocando una guerra que un verdadero hombre de estado habria sabido i habria podido evitar (1).

Tan luego como el pueblo de Lima tuvo noticia de la partida del presidente, se hizo sentir en la ciudad una confusion indescriptible. En la misma noche (18 de noviembre) el pueblo tocó a rebato las campanas de la Catedral, i las calles i plazas se llenaron de jentes de un aspecto amenazador. Por todas partes no se oian mas que gritos de furor i de indignacion. ¡Muera Prado! de-

(1) A pocas leguas del Callao, el *Paita* fué detenido i visitado por dos cruceros chilenos. El jeneral Prado, creyendo que se le queria sacar de a bordo, se hizo ocultar cuidadosamente, i el *Paita* siguió su viaje sin otra novedad. Se ha dicho, no sabemos con qué fundamento, que los marinos chilenos supieron que ese vapor trasportaba al presidente del Perú, i que se hicieron desentendidos calculando que su prision, sin producir ventaja alguna para Chile, daria a ese alto personaje una parte del prestijio que habia perdido con la fuga.

El jeneral Prado tocó en Guayaquil el 22 de diciembre, i desde allí dirijió a Lima una larga carta destinada a justificar su conducta, esplicando los móviles de su viaje i las razones que habia tenido para hacerlo clandestinamente. «Volveré pronto, decia allí, sea para sepultarme en el mar, sea para ofrecer al Perú una espléndida victoria.»

cian unos. ¡Mueran los chilenos que gobiernan al Perú! ¡Mueran los traidores! gritaban otros. Dos de los ministros de estado, seguidos de fuertes escoltas, recorrian las calles, e impidieron por el momento el estallido de una revolucion. La noche se pasó sin ningun suceso definitivo.

A la mañana siguiente, la ajitacion volvió a renacer. La prensa alzó la voz para condenar en los términos mas enérjicos la fuga del jeneral Prado. El vice-presidente de la república, jeneral La Puerta, agregaban los diarios, no está en situacion por su vejez i por sus enfermedades de asumir el gobierno supremo en estas circunstancias, i mucho ménos de mandar las tropas que deben operar contra Chile. En tal continjencia, el jeneral Daza, el presidente de Bolivia, debe ponerse a la cabeza de los ejércitos aliados; i el Perú no puede consentir en que sus batallones sean mandados por un Daza. Los ajitadores indicaban la necesidad de confiar el gobierno a un hombre de la mas probada enerjía, i comenzaron a señalar a Piérola como el salvador de la situacion. Sin embargo, el dia 19 de diciembre se pasó en tranquilidad. Solo en la noche volvió el pueblo a reu-

Esta carta fué publicada por toda la prensa del Perú, i en todas partes no despertó mas que arranques de indignacion, o las burlas mas sangrientas.

Cuando los diarios de Estados Unidos publicaron en enero de 1880, un telegrama que anunciaba la fuga del presidente Prado el 18 de diciembre, el encargado de negocios del Perú en Washington hizo desmentir la noticia, declarando que era una invencion de los ajentes de Chile. El encargado de negocios del Perú decia que él tenia comunicaciones de Lima del 20 de diciembre, i que este dia el presidente Prado estaba tranquilamente a la cabeza del gobierno de su pais. Se comprenderá fácilmente el descrédito en que despues de ésta i otras aseveraciones análogas, cayeron en el estranjero las declaraciones oficiales de los ajentes diplomáticos del Perú.

nirse en las calles i plazas de la ciudad, i fué necesario que de nuevo acudiese la tropa a dispersarlo.

Pero aquella situacion no podia durar mucho tiempo. El descontento del populacho iba en aumento; i la tropa comenzaba tambien a inquietarse. En la tarde del 21 de diciembre, uno de los batallones que guarnecian a Lima, se pronunció en abierta rebelion. El jeneral La Cotera, ministro de la guerra, se puso a la cabeza de los otros cuerpos, i apoyado por cuatro piezas de artillería, marchó a atacar en su cuartel al batallon sublevado. Hubo allí un combate encarnizado que duró cerca de dos horas sin resultado decisivo.

Miéntras tanto, la revolucion asomaba en otros barrios de la ciudad. El jeneral La Cotera se vió obligado a suspender el ataque del cuartel en que se defendian los rebeldes para ir a resguardar el palacio de gobierno que se decia amenazado. En efecto, otro batallon igualmente sublevado, se presentó en la plaza principal de la ciudad, capitaneado por su comandante Piérola. Él combate se renovó allí, i duró hasta despues de las diez de la noche, sin que el triunfo se declarase por ninguno de los dos contendientes. Diversos piquetes de tropa se habian agregado a los revolucionarios, desertando así de las filas del gobierno. El populacho estaba armado, i se pronunciaba abiertamente por la causa de la revolucion; pero las tropas resistian siempre, i disputaban el triunfo con bastante ardor. A esas horas, las calles i plazas de Lima estaban sembradas de mas de 300 muertos, entre ellos algunos jefes militares. Un número considerable de heridos era asistido en las casas i en las boticas de las calles vecinas. La parte acomodada de la poblacion

se hallaba sumida en la mayor consternacion en presencia de un combate cuyo término nadie podia prever.

El coronel Piérola, temiendo que la prolongacion del combate pudiera producir el desaliento de sus partidarios, cambió de plan. Reunió todos los cuerpos que lo acompañaban (que a esas horas ya eran cuatro), i las turbas armadas que los seguian, i se puso en marcha para el Callao, cuya guarnicion estaba preparada i convenida para apoyarlo. Las fuerzas del jeneral La Cotera no se atrevieron a perseguirlo. El caudillo revolucionario pudo así penetrar en esa ciudad al amanecer del dia 22, i tomar posesion de los cuarteles, i poco mas tarde de los fuertes, sin disparar un tiro. La revolucion quedaba triunfante en aquella importante plaza militar, miéntras el gobierno permanecia en Lima rodeado de una poblacion cuya mayoría le era hostil, i de un ejército que no le inspiraba mucha confianza.

El aspecto que presentaba la capital en esa mañana era el de un campamento. Las casas, los almacenes i las tiendas de la ciudad permanecian cerrados, i la mayor intranquilidad reinaba en todas partes. En las calles no se veian mas que destacamentos de tropas armadas como para un combate. El arzobispo i otros dos obispos que se hallaban en Lima, simpatizaban con la causa de Piérola, que siempre habia pertenecido al partido devoto; pero disimulando sus sentimientos, e invocando solo el interes de la patria i de la humanidad, proponian que la revolucion se terminase sin mas efusion de sangre, dejando el jeneral La Puerta el gobierno de la república en manos del caudillo revolucionario. Ménos exijentes que ellos fueron algunos vecinos respetables que se acer-

caron al palacio a pedir solo que se entablasen negociaciones con los jefes revolucionarios que mandaban en el Callao. El vice-presidente de la república, apesar de su avanzada edad, manifestó grande entereza. Se negó a entrar en ningun arreglo con los sublevados; i de acuerdo con sus secretarios, dispuso que el ministro de la guerra marchase a atacar el Callao a la cabeza de sus tropas.

El jeneral La Cotera parecia resuelto a ejecutar este acuerdo; i aun salió de la ciudad con algunas fuerzas de caballería. Pero sus tropas no estaban dispuestas a acompañarlo en esta empresa. El pueblo habia hecho fuego en la mañana contra un destacamento de soldados en uno de los barrios de la ciudad, i todo hacia creer que la situacion era insostenible, i que la poblacion se sublevaria de nuevo tan pronto como el gobierno sacase las tropas para atacar al Callao. Los jefes militares desconfiando hasta de sus soldados, i sin ánimos para seguir resistiendo a la conmocion popular, acordaron plegarse al fin a ella, i en consecuencia declararon al ministro de la guerra su firme resolucion de no prolongar mas tiempo la lucha. En vista de esta situacion, uno de los obispos logró reducir al vice-presidente La Puerta a dejar el mando. Antes de anochecer, la revolucion estaba terminada; i en la mañana siguiente (23 de diciembre) Piérola hacia su entrada solemne en la capital.

En el Perú se ha acostumbrado dar el título de jefe supremo del estado a los caudillos que despues de apoderarse del mando por una revolucion, invisten el carácter de dictadores. El coronel Piérola tomó ese título, i en consecuencia procedió a organizar su poder con toda actividad i con toda enerjía. Con el nombre de esta-

tuto provisorio, dictó el 27 de diciembre una constitucion de doce artículos que habrian podido refundirse en uno solo que dijese: «La suma del poder público reside en el jefe supremo del estado, quien queda investido de facultades omnímodas i absolutas» (1). Aunque el es-

(1) Como documento curioso e importante para la historia, insertamos aquí la constitucion decretada por el dictador. Héla aquí:

«Nicolas de Piérola, jefe supremo de la república,

«Por cuanto es mi ánimo conciliar los respetos debidos a la justicia natural i a la tradicion política de la república con la accion ámplia i espedita que demandan la rejeneracion de nuestras instituciones i el definitivo i glorioso triunfo de las armas nacionales,

«He venido en sancionar el siguiente estatuto provisorio:

«Art. 1.° La soberanía e independencia del Perú son el fundamento de su vida política i social.

«Art. 2.° La unidad de la familia peruana i la integridad del territorio, que histórica i jurídicamente le pertenecen, no pueden romperse, ni menguarse sin cometer un atentado de lesa patria.

«Art. 3.° No se altera el artículo 4.° de la antigua Constitucion relativo a la relijion del Estado.

«Art. 4.° El gobierno garantiza la instruccion primaria a todos los ciudadanos i fomenta la instruccion superior i facultativa.

«Art. 5.° Queda sancionada la independencia del poder judicial; pero el gobierno se reserva el derecho de velar eficazmente por la pronta i exacta administracion de justicia.

«Art. 6.° Los códigos civiles i penales quedan en todo su vigor i fuerza miéntras se vayan haciendo en ellos las reformas necesarias.

«Art. 7.° Quedan garantizados bajo la lealtad del gobierno: la seguridad personal, la libertad i la propiedad, el derecho al hónor, la igualdad ante la lei, la libertad de imprenta, quedando proscrito el anónimo, que se perseguirá como pasquin.

«Los delitos cometidos por medio de la imprenta no cambian su naturaleza. En su consecuencia, serán juzgados por los tribunales respectivos.

«La libertad de industria, en cuanto no sea dañosa de modo alguno.

«La libertad de asociacion.

«El derecho de pedir justicia o gracia individual o colectivamente; pero guardando las formas i por los conductos regulares.

«Art. 8.° La traicion a la patria, la cobardía e insubordinacion militares, la desercion en campaña, el peculado, la prevaricacion, el cohecho, la defraudacion de bienes públicos, el homicidio premeditado i alevoso, i el bandolerismo, cualquiera que sea la condicion del culpa-

tatuto provisorio creaba un consejo de estado, este cuerpo, ademas de ser compuesto de funcionarios nombrados por el jefe supremo, no tendrian mas que voto consultivo, de tal suerte que sus acuerdos carecian de fuerza legal sin el beneplácito del dictador. No ha sido la menor de las desgracias que han caido sobre el Perú en esta guerra, el ver constituido un poder de esta naturaleza.

ble, o el carácter que invista, serán, durante la presente guerra, juzgados militarmente, i penados con la pena capital.

«Los bienes de sociedades anónimas, de bancos industriales o mercantiles, serán considerados como bienes públicos para el juzgamiento i aplicacion de la pena.

«Art. 9.° Las virtudes cívicas i las acciones distinguidas i heróicas serán premiadas por la munificencia de la nacion, ejercitada por su jefe.

«Art. 10. Créase un consejo de estado compuesto del reverendísimo Metropolitano, del presidente actual del Congreso de juristas, del presidente de la suprema corte de justicia, del presidente del tribunal mayor de cuentas, del prior del consulado, del rector de la Universidad de Lima, i de seis consejeros mas, nombrados por el jefe supremo de la república, entre los cuales figurará un jeneral del ejército.

«Art. 11. A este consejo pedirá el gobierno su voto consultivo respecto de los asuntos que en su concepto lo requieran.

«Ejercerá igualmente las funciones de tribunal de apelaciones i última instancia en los asuntos contenciosos administrativos.

«Art. 12. Este estatuto rejirá miéntras se den las instituciones definitivas a la república.

«Dado en la casa de gobierno, en Lima, a 27 dias del mes de diciembre del año de 1879.—N. DE PIÉROLA.

«El secretario de Estado en el despacho de relaciones esteriores i i culto encargado accidentalmente del de gobierno i policía, *Pedro José Calderon*.

«El secretario de Estado en el despacho de justicia e instruccion, *Federico Pamoso*.

«El secretaario de Estado en el despacho de fomento, *Mariano Echegarai*.

«El secretario de Estado en el despacho de guerra, *Miguel Iglesias*.

«El secretaro de Estado en el despacho de marina, *Manuel Villar*.

«El secretario de Estado en el despacho de hacienda, *Manuel Barrinaga*.»

La dictadura comenzó por ejercer estas ámplias atribuciones con cierta moderacion. Fuera de una corta prision aplicada a todos los periodistas de Lima por no haber firmado sus escritos, i de haberlos obligado a suscribir una declaracion humillante, no hubo en los primeros dias mas que uno que otro acto de violencia. Piérola guardó al principio algunos miramientos a sus antiguos enemigos políticos; pero luego cayeron sobre muchos de ellos providencias ultrajantes i vejatorias. El ex-presidente Prado fué suprimido de la lista de los jenerales de la nacion, i privado de sus derechos de ciudadano. Para congraciarse con la plebe, que hacia la fuerza de su poder, el dictador agregó a su título de jefe supremo el de «Protector de la raza indíjena.»

La moderacion de los primeros dias de la dictadura habia tenido por causa un cálculo político. El ejército del sur estaba mandado por el contra-almirante Montero, espíritu inquieto i revolucionario, enemigo irreconciliable de Piérola, i el mas encarnizado de sus acusadores en el congreso de 1872. El dictador temia que Montero desconociese su autoridad, i que viniese a crearle una situacion embarazosa i quizá insostenible. Pero en vista del peligro comun, el jefe del ejército del sur depuso sus odios, i reconoció al nuevo gobierno. Desde ese momento, Piérola se creyó libre del peligro que lo amenazaba por ese lado.

Miéntras tanto, en Arica se continuaba la reorganizacion del ejército encargado de sostener la guerra contra los chilenos. El 17 de diciembre habian llegado allí los restos salvados de la desastrosa campaña de Tarapacá. Montero los esperaba afuera de la ciudad, i en el mismo

lugar comunicó a sus jefes, el jeneral Buendia i el coronel Suarez, que quedaban separados del mando i sometidos a juicio. Los dos jefes habrian querido entrar al pueblo a la cabeza de sus tropas, para ahorrarse, a lo ménos, la vergüenza de verse degradados delante de ellas. Montero no lo consintió, sin embargo, como si hubiera tenido placer en humillar a esos dos militares que acababan de ejecutar con buen éxito la penosísima retirada de Tarapacá, i a quienes al mismo tiempo se les proclamaba vencedores en el último combate de la campaña, que la prensa i el gobierno persistian en llamar una espléndida victoria de las armas del Perú.

El contra-almirante peruano inició inmediatamente, con un grande aparato de proclamas i de decretos, los trabajos necesarios para reorganizar su ejército i para concluir las fortificaciones de Arica. Pero, si la arrogancia natural de este jefe habia cedido en nombre de la patria hasta reconocer el gobierno de su antiguo enemigo Piérola, él no estaba dispuesto a quedar sometido bajo las órdenes del presidente de Bolivia, a quien, en virtud de las anteriores estipulaciones, correspondia el mando de todo el ejército miéntras no saliese a campaña el jefe supremo del Perú.

El jeneral Daza se hallaba entónces en Tacna, i habia llegado a ser un objeto de odio para peruanos i bolivianos. Acusábanlo los primeros de cobardía i de traicion, haciéndolo responsable de los desastres de la campaña de Tarapacá, por no haber acudido con sus tropas al teatro de la guerra. Los bolivianos, hastiados con el despotismo grosero de un soldado ignorante, que no veia en la guerra mas que un medio de conservarse en

el poder, cansados de oirse llamar cobardes i traidores por sus propios aliados, no se resignaban a tolerar por mas tiempo aquella situacion. Desde principios de diciembre no se hablaba en el campamento boliviano mas que de proyectos de revolucion; i cada correo que llegaba del interior, anunciaba tambien que el pueblo de Bolivia estaba resuelto a darse un nuevo mandatario.

Estos rumores mantenian intranquilo al presidente Daza. Para él, la guerra era cuestion secundaria. Su pensamiento fijo e invariable, era volver a Bolivia con una parte de sus tropas a castigar a sus adversarios i a consolidar su poder. «Ya veremos si se rien de mí cuando me vean llegar a la cabeza de mis mas fieles soldados. Ya veremos lo que valen las fortificaciones i las trincheras que hagan en la Paz contra los cañones Krupp con que ahora cuento. Solo deseo envolver a los periodistas que me insultan, en los mismos papeles que han escrito, para ponerlos de blanco a mis rifleros.» Tales eran las amenazas que a cada hora proferia delante de los hombres que él creia sus mas decididos partidarios.

Pero, para regresar a Bolivia, el presidente Daza tenia que inventar un pretesto que lo justificase ante sus aliados, los peruanos, i ante sus propios soldados. Discurrió entónces un plan de campaña, irrealizable a todas luces, i en que él mismo no podia tener la menor confianza, pero con el cual creyó engañar a los suyos i a sus aliados.

Consistia este proyecto en volver a Bolivia, para engrosar allí su ejército, i en repasar en seguida las cordilleras mucho mas al sur, para caer por la espalda sobre el ejército chileno que ocupaba tranquilamente to-

do el litoral, desde Antofagasta hasta el rio Camarones. Los jefes bolivianos oyeron con disgusto la esposicion de este plan de campaña; i conociendo perfectamente cuál era el verdadero propósito del presidente Daza, resolvieron deponerlo del mando para evitar a su patria la vergüenza de haber desertado de la alianza, i los nuevos dias de venganzas i de despotismo que se esperaban a Bolivia en el interior.

Sin embargo, la deposicion de Daza ofrecia las mas sérias dificultades. Los pueblos que no han tenido que sufrir el despotismo del caudillaje militar, comprenden difícilmente a esos hombres ignorantes i viciosos que sin mérito verdadero i hasta sin valor personal, tienen, sin embargo, la astucia necesaria para imponerse a los soldados, i captarse su voluntad, estimulando todos sus malos instintos.

Bajo este aspecto, el presidente Daza era el tipo perfecto del caudillo. Familiar con sus soldados, arrogante i altanero con los jefes i con sus ministros i consejeros, incapaz de concebir nada grande ni nada recto, i hasta desprovisto de valor, sabia, sin embargo, imponer a todos por su resolucion para tomar un partido o para impartir una órden, por su presencia arrogante i hasta por los bordados i plumeros de su traje. Sus soldados, o a lo ménos, algunos de sus batallones, lo amaban con delirio; i a pesar de las decepciones de la campaña, Daza mantenia su prestijio en una parte de su campamento. Los jefes militares sabian bien que el dia en que se tratase de su deposicion, habian de hallar una resistencia mas o ménos formidable.

Fué necesario obviar esta dificultad. El contra-almi-

rante Montero, interesado como el que mas en la deposicion de Daza, i por otra parte mui avezado en este jénero de empresas por una larga carrera de conspirador, facilitó el camino para llevarla a cabo. Llamó a Arica al presidente de Bolivia para discutir su plan de campaña; i éste, sin sospechar el lazo que se le tendia, se presentó allí en la mañana del 27 de diciembre.

Durante algunas horas el jefe peruano i el presidente de Bolivia discutieron cordialmente las futuras operaciones de la guerra. Daza espuso su proyecto para destruir al ejército chileno. Montero lo aprobó en todas sus partes, declarando que él mismo estaba pronto a secundarlo, atacando al enemigo por un lado, miéntras los bolivianos lo atacaban por el otro. Los dos jenerales se separaron a las cuatro de la tarde como los mejores amigos.

Daza se dirijió entónces a la estacion del ferrocarril. Habia ya tomado el tren en que debia volver a Tacna, cuando un oficial peruano le mostró un telegrama que en el acto lo obligó a bajar de su asiento, como herido por un rayo. Ese telegrama anunciaba que durante su ausencia, el ejército boliviano se habia sublevado bajo la voz de algunos de sus jefes, i que sin encontrar la menor resistencia, habia depuesto al presidente Daza i reconocido como jefe al coronel don Eleodoro Camacho (1).

(1) El mismo jeneral Daza ha consignado estos hechos en una nota que al dia siguiente dirijió al contra almirante Montero para pedirle que lo restableciese en el mando del ejército boliviano. El fragmento siguiente que copiamos de esa nota contiene la narracion completa de esta bien urdida i bien ejecutada intriga.

«Arica, diciembre 28 de 1879.—El presidente de Bolivia, capitan jeneral de sus ejércitos.—A su señoría el señor contra almirante don

En efecto, la revolucion se habia efectuado en el campamento boliviano. A la una i cuarto del mismo dia 27 de diciembre, dos batallones que estaban acantonados en la ciudad de Tacna, se pronunciaron en abierta rebelion; i luego llegaron otros cuerpos que estaban en los alrededores i que venian a segundar el movimiento, tomando las armas, i recorriendo las calles al son de músicas militares.

Lizardo Montero, jefe superior político i militar de los departamentos del sur.—Presente.—Señor: Invitado por el señor prefecto, doctor Zapata, para venir a este puerto a una conferencia privada con US. con el objeto de acordar operaciones militares precisas sobre el enemigo de la alianza, vine ayer en el tren ordinario de las nueve de la mañana.

«La conferencia se verificó entre los tres i en ella acordamos solemnemente que US. con el ejército peruano avanzaria sobre el enemigo, por la vía de Camarones, i que yo, como capitan jeneral del ejército boliviano, lo haria con dicho ejército por la vía de Calama, entrando de paso a Bolivia.

«I habiendo observado que US. necesitaba de la ratificacion del Excmo. jefe supremo de esta república, para que dicho acuerdo se llevase en el acto a cabo, US. aceptando mi observacion, envió ayer mismo un estraordinario a Lima, para recabar del gobierno esa ratificacion.

«En esta virtud, regresaba a Tacna a disponer la marcha; i estando ya embarcado en el tren, recibí un recado de US. i con sorpresa se me participó al propio tiempo, que en Tacna habia tenido lugar un motin de cuartel con el objeto de deponerme del mando de las fuerzas i poner en mi lugar al coronel Eleodoro Camacho.

«Semejante nueva no la creí por el momento, porque jamas he podido imajinarme siquiera que hubiesen tan perversos e infames bolivianos, para complacerse en arrojar lodo al rostro de la patria i tratasen de hundirla en semejante escándalo, por lo cual insistí en mi regreso que pudo impedirlo el ilustrado razonamiento del cumplido comandante Maclean.

«Hoi, informado ya minuciosamente del suceso del dia de ayer i de la situacion en la que se hallan, tanto el ejército boliviano como la poblacion de Tacna; i tambien en cumplimiento de mi deber, así como en resguardo de mis derechos en el carácter que invisto de *Representante constitucional* de la nacion aliada, participo a US. de todo para que se digne remediar los graves males que se precipitan vertijinosamente, i que al no conjurarlos a su nacimimiento, serán de consecuencias sensibles.»

Miéntras tanto, los vecinos de la ciudad pasaron por algunas horas de angustia. Se temia que dos batallones adictos a Daza ocurriesen a presentar batalla a los revolucionarios; i esperando un combate en las calles de Tacna, cada familia cerraba las puertas de su casa en medio de la mayor confusion i del mas alarmante desórden. Sin embargo, a las tres de la tarde, aquellos batallones, cuyas municiones habian sido tomadas por los revolucionarios, se creyeron imposibilitados para la resistencia, i acabaron por plegarse al movimiento; i saludaban al coronel Camacho como jefe del ejército boliviano.

La deposicion del jeneral Daza quedó efectuada desde ese instante, sin disparar un tiro. Era tal la irritacion de algunos de los oficiales contra el jefe supremo que los habia mandado durante la campaña, que sin vacilacion acordaron fusilarlo el mismo dia. Con este objeto, salió de Tacna un destacamento de unos cien hombres, i fué a colocarse a la vecina estacion del ferrocarril. El tren fué detenido allí: fué rejistrado todo él con la mas esquisita prolijidad, pero no se halló en quien ejecutar aquel acto de justicia revolucionaria. Daza habia quedado en Arica. El aviso que se le habia dado al partir, le salvó la vida.

Pero ese caudillo no podia resignarse a verse privado del mando supremo de Bolivia. A su juicio, el contraalmirante Montero a la cabeza del ejército peruano i en nombre de la alianza que ligaba a las dos repúblicas estaba obligado a reponerlo en el poder, dominando a mano armada la revolucion que acababa de derrocarlo. Sin sospechar la burla de que habia sido víctima, el je-

neral Daza se dirijió con esta pretension al jefe peruano.

«El motin escandaloso encabezado por el coronel Camacho i apoyado por unos cuantos jefes desleales, decia en su nota el jeneral Daza, ha sido solo una alevosa sorpresa al ejército i un engaño perverso para sepultar en la vergüenza la honra de la nacion que me ha confiado sus destinos. Todos los cuerpos de infantería se hallaban fuera de sus cuarteles en aseo, i por consiguiente sin un cartucho de municion para castigar el grito de rebelion que lanzaban aquéllos, a quienes ayer jeneroso, en lugar de castigar su cobardía e ineptitud, que han desprestijiado las armas bolivianas, les estreché la mano i los arranqué de la picota de la vergüenza pública, en la que se habian colocado. I por esto es, que actualmente los cuerpos de línea, sin tener cómo hacerse respetar, se hallan no acuartelados, sino custodiados por los que apoyan esa turba embriagada en su infamia i felonía, exasperando sí al soldado que con abnegado i verdadero patriotismo ha venido a defender la honra i autonomía de la nacion, i no a acechar ocasiones para desmoralizar i pervertir los sanos instintos del ejército, porque sus almas son tan mezquinas que no se sobreponen a ruines ambiciones.

«Así, pues, i conociendo que este estado en el que se halla el ejército, puede, no mui tarde, ocasionar un desborde que podria poner en serios conflictos a la poblacion de Tacna, es que deseo que US. con el tino i sagacidad que le caracterizan, restablezca el órden turbado, dejando que el ejército que clama por mi presencia, obre

con absoluta libertad e independencia i no sujestionado por los traidores a Bolivia.»

Las esperanzas del jeneral Daza se vieron mui pronto burladas. El contra-almirante peruano, guardando todas las fórmulas de la mas solemne seriedad, se negó en los términos siguientes a apoyar las pretensiones del presidente de Bolivia.

«El acontecimiento de que me informa oficialmente V. E., es de suyo tan grave i trascendental, que no es posible aventurar calificativo alguno sin que el supremo gobierno de Bolivia, a quien desde luego lo he participado por conducto del encargado de negocios del Perú, se sirva dar a esta jefatura superior las convenientes esplicaciones sobre un hecho, en el que afortunadamente para el buen nombre de V. E. queda por completo escluido de toda responsabilidad, por el acto mismo de haberle negado obediencia el ejército que se ha subordinado al coronel don Eleodoro Camacho.

«Miéntras tengo el honor, pues, de resolver con el gobierno de Bolivia i con V. E. en la parte que le concierne, la situacion escepcional en que han venido a colocarse los intereses de la alianza, he creido conveniente asegurar el órden de la localidad, disponiendo que el ejército boliviano salga a ocupar cantones; i una division del Perú se establezca miéntras tanto en la ciudad de Tacna.»

Todas estas espresiones de consideracion i de respeto, servian apénas para encubrir una terminante negativa. Daza no tenia, pues, nada que esperar de sus aliados (1).

(1) El corresponsal que tenia en Arica el diario de Lima titulado

En el primer momento de despecho, solicitó asilo en algunos de los buques de guerra neutrales que habia en el puerto. Los comandantes de esos buques se negaron a recibirlo. No queriendo permanecer mas largo tiempo en Arica, el 4 de enero de 1880, Daza emprendió a caballo su viaje por los caminos de la costa hasta Mollendo, i en este puerto tomó el ferrocarril que lo condujo a Arequipa. En esta ciudad lo esperaba una nueva decepcion: los pobladores lo recibieron con una indiferencia vecina del desprecio; i cuando él creia que su pasada grandeza le mereceria alguna consideracion, solo recibió los desdenes de los que lo acusaban, ora de cobarde, ora de traidor.

Parece que hasta entónces, Daza abrigaba alguna esperanza de verse repuesto en el gobierno de Bolivia. Creia que sus partidarios reaccionarian contra la revolucion operada por el ejército, i que lo llamarian para confiarle de nuevo el mando del estado. Por eso habia ido a establecerse a Arequipa, para tomar allí el ferrocarril que va hasta las orillas del lago Titicaca, i

El Comercio, en una estensa carta de 30 de diciembre, le dió noticia minuciosa de todos los hechos concernientes a la deposicion de Daza. Al referir las pretenciones de este jeneral para que las tropas peruanas lo repusieran en el mando del ejército boliviano, se espresa como sigue:

«El inocente jeneral Daza ha tenido el candor de dirijir una nota al contra-almirante Montero pidiendo apoyo i ayuda para que nosotros le salvemos de la estrepitosa caida, hecho que manifiesta que su cerebro no está en sus cabales, o que su astucia es mui atrevida.»

Este corresponsal, que se muestra ardiente partidario de Montero, i que se da por hombre de su confianza, parece estar al corriente de todos los detalles de la intriga que derribó del mando al presidente de Bolivia. Nosotros, sin embargo, no podemos entrar en muchos detalles, i nos limitamos a consignar los hechos que aparecen en los documentos mas serios i fidedignos.

volver a la Paz al primer llamamiento que se le hiciera.

Pero en lugar de ese llamamiento recibió solo la noticia de una revolucion ocurrida en la misma ciudad de la Paz el dia 28 de diciembre. El pueblo habia depuesto a Daza del gobierno de la república i del mando del ejército, i habia nombrado una junta de tres individuos para que desempeñase el mando provisorio. El acta de esta resolucion, cubierta por centenares de firmas, decia «que la ineptitud, cobardía i deslealtad del jeneral en jefe del ejército boliviano don Hilarion Daza i que el funesto sistema de desaciertos de su ominosa administracion, habian producido la ruina del pais en el interior, i la deshonra nacional en la guerra, por causa de su bastarda ambicion, trayendo al mismo tiempo como consecuencia la bancarota de la hacienda pública i la violacion de las garantías sociales» (1). Cuando Daza leyó

(1) No entra en el cuadro de este libro el referir ésta i otras revoluciones que se siguieron en Bolivia. Debemos sí decir que el hastío producido por la dictadura de Daza habia llegado a su colmo, i que la prensa, apesar del réjimen de terror que reinaba en todas partes, se habia atrevido a alzar la voz contra aquel estado de cosas. Se comprenderá el sistema de gobierno sostenido en Bolivia por los delegados del jeneral Daza, por el hecho siguiente. A principios de diciembre de 1879, cuando llegaban al interior los fujitivos de Pisagua i de Dolores contando los desastres espantosos que habia sufrido el ejército aliado, la prensa, bajo la censura gubernamental, publicaba cada dia despachos de Tacna que daban cuenta de las repetidas derrotas que habian sufrido los chilenos en cuatro o cinco batallas que ni siquiera habian tenido lugar.

Como muestra del desprestijio a que habia llegado el jeneral Daza en Bolivia, publicamos en seguida el acta de su deposicion por el pueblo de la Paz. Héla aquí:

«El pueblo de la Paz, reunido en comisio popular, considerando: 1.° Que la ineptitud, cobardía i deslealtad del jeneral en jefe del ejército boliviano, han llegado a afectar los vínculos de la alianza con la hermana la república del Perú; alianza que Bolivia está resuelta a sostener, sin omitir sacrificio alguno;

«2.° Que el funesto sistema de desaciertos de la ominosa adminis-

ese documento, se convenció de que estaba perdido para siempre en su pais. Entónces se trasladó a Mollendo, i tomó allí el vapor ingles para seguir su viaje a Europa por la via de Panamá. Los documentos públicos de Bolivia han demostrado mas tarde que durante toda la campaña habia estado sustrayendo fuertes sumas de dinero de la caja del ejército; i que por el intermedio de un comerciante estranjero, que habia sido su socio en muchos negocios con el estado, habia enviado a Inglaterra injentes capitales. Bolivia quedaba arruinada, pero Daza se iba rico a gozar de su fortuna en el estranjero.

Prado i Daza, el presidente del Perú i el presidente

tracion del jeneral Hilarion Daza ha conducido la ruina del pais en el interior, el descrédito en el esterior; a la deshonra nacional en la guerra que Bolivia sostiene con la república de Chile, habiendo burlado las nobles aspiraciones del pueblo boliviano, por la bastarda ambicion de su dominador, cuya política disolvente ha ocacionado la bancarota de la hacienda pública i la violacion de las garantías sociales;

«3.° Que el departamento de la Paz, consecuente al espíritu de fraternidad con los demas de la república, considera como primera necesidad la organizacion del poder público, para lo que desea i espera el concurso de todos los pueblos, cuya voluntad respeta, declara:

«1.° Que el pueblo de la Paz ratifica i sostiene la alianza perú-boliviana, para hacer la guerra a Chile; i protesta seguir la suerte comun hasta vencer o sucumbir en la actual lucha.

«2.° Que destituye al jeneral Hilarion Daza de la presidencia de la república i del mando del ejército boliviano i nombra jeneral en jefe de éste al jeneral Narciso Campero i ruega al señor contra-almirante jeneral Lizardo Montero se haga cargo del mando del ejército boliviano hasta que el jeneral Campero se constituya en el teatro de la guerra.

«3.° Que nombra una junta de gobierno compuesta de los señores coronel Uladislao Silva, doctor Rudecindo Carvajal i coronel Donato Vasquez, para que, poniéndose de acuerdo con los otros departamentos, convoque a la brevedad posible una convencion nacional, quedando privados del voto pasivo para la majistratura suprema los que hicieren la convocatoria. Miéntras tanto, la junta de gobierno atenderá a las urjentes necesidades de la guerra.

«La Paz, diciembre 28 de 1879.—(Siguen las firmas.)»

de Bolivia, los instrumentos, sino los verdaderos autores de la guerra del Pacífico, habian perdido el poder con el intervalo de unos cuantos dias. Ambos caian de la manera mas vergonzosa de que puede caer un jeneral i un mandatario. Despues de pasar seis meses consecutivos anunciando que ya «han desenvainado sus espadas, que van a buscar el puesto de mayor peligro, que están resueltos a sacrificarlo todo, la fortuna i la vida para castigar al enemigo,» huyen cobardemente el dia del combate, dejando trâs de sí el desprecio de sus conciudadanos.

Pero es menester decir una palabra de justicia. Si bien es cierto que ni Prado ni Daza estaban preparados para salir airosos en la situacion a que los arrastraron sus consejeros, si no poseian ni la intelijencia, ni el carácter que las circunstancias requerian de su parte, tambien es verdad que la mayor responsabilidad recae sobre sus paises respectivos, o mas propiamente, sobre los hombres que desde tiempo atras se habian apoderado de su direccion.

Son éstos últimos los que, descuidando los intereses serios del estado, sin querer comprender que la verdadera política no puede apartarse de la moral i de la probidad, fomentaban la corrupcion administrativa en el interior. Son ellos los que, parodiando a ciertos políticos europeos, sin poseer la intelijencia i la penetracion de éstos, creaban complicaciones esteriores i celebraban alianzas secretas sin medir las consecuencias de sus actos i sin mas guia que una estraviada vanidad nacional. Son ellos, en fin, los que no pudiendo mirar sin rabiosa emulacion los progresos alcanzados por un pueblo her-

mano con el ausilio de la paz, del trabajo i de la honradez, preparaban contra este pueblo un pérfido complot en los mismos momentos en que se afanaban por espresarle su amistad i su adhesion. Prado i Daza, por grandes que hayan sido sus defectos, no eran mas que los herederos de un réjimen de falsía i de corrupcion que habia de arrastrarlos a su ruina.

Al estudiar el desenvolvimiento de esta guerra, preparada con tanto anhelo por los enemigos de Chile, es justo tambien reconocer que jamas resultados mas desastrosos correspondieron a una política mas perversa; pero como sucede con frecuencia, i en virtud de una lei histórica recordada en otras ocasiones por eminentes historiadores, los simples instrumentos de esa perfidia fueron los primeros en sufrir el peso de la espiacion.

CAPITULO X.

Moquegua i los Anjeles, de enero a marzo de 1880.

Espedicion a Moquegua de una columna chilena.—Aprestos de Chile para una nueva campaña.—Situacion del ejército aliado en Tacna i Arica.—Disensiones entre peruanos i bolivianos —Provocaciones i amenazas dirijidas a Chile.—Plan de campaña adoptado por los chilenos.—Desembarca su ejército en Pacocha.—Impresion producida en Lima por este suceso.—Espedicion de una division chilena a Mollendo.—Los peruanos abandonan a Moquegua i se fortifican en la cuesta de los Anjeles.—Descripcion de estas posiciones.—Son asaltadas i tomadas por los chilenos el 22 de marzo.—Importancia de esta ocupacion para la marcha de la campaña.—Operaciones marítimas.—Combates sin resultado en la bahía de Arica.—Bloqueo del Callao.

Aun no se reponian las repúblicas aliadas de la perturbacion consiguiente a las dos revoluciones ocurridas en el Perú i en Bolivia al cerrarse el año de 1879, cuando un suceso de carácter alarmante vino a llamar su atencion. Un corto destacamento de soldados chilenos habia desembarcado en un punto de la costa peruana, se habia apoderado de un ferrocarril i habia viajado hácia el interior, en un trascurso de mas de cien quilómetros, poniendo en fuga a las autoridades i a las guarniciones de los lugares de su tránsito. Este golpe audaz

venia a revelar la desorganizacion a que habia llegado la defensa de ese pais. Hé aquí los hechos.

El 30 de diciembre llegaron a la bahía de Ilo dos buques de la escuadra chilena. Al amanecer del siguiente dia desembarcaron 550 soldados bajo las órdenes del comandante de injenieros don Aristides Martinez, i sin hallar resistencia alguna, se apoderaron del pueblo de ese nombre i del vecino de Pacocha, situado como aquel, en la misma rada.

El primer cuidado de los soldados invasores fué cortar los telégrafos que comunican la costa con el interior, i posesionarse de la estacion del ferrocarril i de todos los elementos de trasporte. La espedicion llevaba consigo maquinistas i fogoneros, de tal suerte que ántes de medio dia estaban listos dos trenes. En ellos se acomodaron los soldados chilenos, colocando tambien en los carros dos cañones bajados de los buques, i en seguida se pusieron en marcha para el interior con la misma tranquilidad con que viajarian en su propio pais, i en los dias de mas perfecta paz. En su viaje no tuvieron que esperimentar el menor tropiezo ni la menor contrariedad.

Los espedicionarios caminaban al sur de un valle fértil, cubierto de viñedos i de arboledas, i regularmente poblado, i al oscurecerse llegaron a las inmediaciones de la ciudad de Moquegua, que guarnecian 450 milicianos. Esta fuerza habria podido defender la ciudad, parapetándose en los edificios, i ocupando las alturas inmediatas; pero prefirió huir, dejándola abierta a los chilenos. El comandante Martinez penetró en ella en la mañana del 1.° de enero de 1880, al son del himno nacional de

Chile que tocaba su banda de música, i fué a situarse en la plaza central de Moquegua. Como su propósito no era el establecerse allí, i como tenia resuelto volverse a la costa el mismo dia, se limitó a pedir algunos víveres para sus tropas, los que le fueron entregados sin dificultad alguna.

Antes de abandonar el pueblo, organizó entre los vecinos una junta que mantuviese el órden hasta la vuelta de las autoridades i de la guarnicion, que habian fugado la noche ántes, i a las cuatro de la tarde emprendió su viaje por el ferrocarril. En dos puntos del camino las milicias peruanas habian sacado algunos rieles para trastornar los trenes; pero las precauciones tomadas por el comandante Martinez evitaron todo accidente. Sus rifleros persiguieron a los autores de esos trabajos i dieron muerte a algunos de ellos, i sus zapadores restablecieron fácilmente la línea. El 2 de enero, despues de desmontar las locomotoras del ferrocarril, que eran propiedad del gobierno peruano, los espedicionarios se embarcaron de nuevo, i volvieron a Pisagua.

Esta atrevida correría produjo, pues, el resultado que se buscaba. Se queria reconocer una rejion del territorio peruano donde los chilenos pensaban operar en breve; i merced a la sangre fria con se ejecutó el reconocimiento, la columna espedicionaria no tuvo nada que sufrir, i los injenieros recojieron todos los datos que podian interesar al estado mayor para disponer los planes militares.

Preparábase entónces otra campaña de mas vastas proporciones. El ejército chileno recibia nuevos continjentes de tropas remitidos de Valparaiso, se acopia-

ban armas i pertrechos en Pisagua, se limpiaban los fondos de los buques de guerra i de los trasportes, i se tomaban con la mayor actividad todas las medidas conducentes para continuar la guerra. La esperiencia recojida en la reciente campaña de Tarapacá, habia enseñado a los chilenos la manera de utilizar sus elementos i de mejorar la administracion militar.

Empleando la mayor actividad, introdujéronse importantes reformas en todos los ramos del servicio. El ejército en campaña, que llegó a contar mas de veinte mil hombres, fué distribuido en cuatro divisiones, aparte de una fuerte reserva que debia quedar en los territorios recientemente ocupados para atender a cualquier evento. Se aumentó el estado mayor con algunos otros injenieros. La artillería i la caballería, que constituian la indisputable superioridad del ejército de Chile, fueron tambien engrosadas i provistas en todas sus necesidades. Construyóse un número mucho mayor de carros para conducir los víveres i pertrechos, i de toneles para trasportar el agua, elemento indispensable en los desiertos i arenales del sur del Perú, donde se hacen jornadas enteras sin encontrar un arroyo o un pozo. Del mismo modo se aumentaron las lanchas de desembarco, las bestias de carga i todos los elementos necesarios para la movilidad de las tropas i del parque.

El gobierno de Chile sabia perfectamente que los aliados peruanos i bolivianos habian reunido en Tacna i en Arica entre nueve i diez mil hombres, i que allí se daba tambien un poderoso impulso a la reorganizacion militar. El contra almirante Montero, jefe de las fuerzas peruanas, dictaba en Arica numerosas órdenes de mero

aparato, comenzaba trabajos que luego abandonaba; i procediendo en todo con mas arrogancia que cordura, molestaba a sus subalternos i suscitaba dificultades con sus aliados. Pero a sus órdenes habia otros jefes dotados de mas prudencia i de un espíritu paciente de trabajo. Estos eran los que perfeccionaban i completaban las fortificaciones del puerto, instruian las tropas, i hacian desaparecer en todo o en parte las dificultades que nacian cada hora entre los aliados. Entre esos jefes figuraban en primera línea el coronel don Francisco Bolognesi i el capitan de navío don Juan Guillermo Moore, el mismo en cuyas manos se perdió la *Independencia* el dia del combate con la *Covadonga*, el 21 de mayo del año anterior.

En Tacna se hallaban las fuerzas bolivianas bajo el mando del coronel don Eleodoro Camacho, el mismo jefe que encabezó el pronunciamiento contra Daza, el 27 de diciembre. En esta época, la revolucion triunfante en Bolivia habia confiado el gobierno provisorio de la república al jeneral don Narciso Campero, hombre culto, de órden i de enerjía, pero dotado de cierto candor de carácter que lo hacia poco apto para gobernar un pais profundamente desmoralizado por el militarismo i las revoluciones. Sin embargo, pudo contraer toda su atencion a reprimir con mano de fierro diversos motines, a depurar la administracion de todos los vicios creados o fomentados por el gobierno del jeneral Daza, i, a remontar su ejército para abrir una nueva campaña contra Chile. Campero tenia una confianza absoluta en el coronel Camacho, i en consecuencia lo dejó al mando de las tropas bolivianas acampadas en Tacna.

Conviene advertir que la confianza del presidente provisorio de Bolivia era bastante fundada. El coronel Camacho reunia a una grande entereza, cierta ilustracion i muchas de las dotes necesarias para el mando. Reorganizó sus tropas, infundió en sus jefes i oficiales la esperanza en el triunfo en una nueva campaña, obtuvo de su gobierno algunos refuerzos de hombres, i no descuidó medio para disciplinar su ejército. Sin embargo, las rivalidades entre peruanos i bolivianos eran mas inquietantes cada dia. El coronel Camacho conocia perfectamente las cualidades i defectos del contra-almirante Montero, i no podia resignarse a estar sometido a sus órdenes. Por eso, desde entónces pedia que el jeneral Campero que saliese de Bolivia i que fuese a ponerse a la cabeza de todo el ejército aliado, en su calidad de jefe de una de las repúblicas empeñadas en la lucha.

Estas diverjencias entre peruanos i bolivianos eran imprudentemente fomentadas por la prensa de Lima que publicaba con frecuencia los escritos mas disolventes de la alianza. La vanidad nacional no podia esplicarse los desastres de la campaña de Tarapacá sino acusando, ora a los jefes peruanos Buendia i Suarez, ora a las tropas bolivianas, que, segun se decia, no habian querido continuar la lucha, huyendo miserablemente hácia el interior despues del primer combate. Llegóse a decir que la batalla de Dolores o San Francisco no habia sido tal batalla, sino simplemente una insurreccion de las tropas bolivianas del ejército aliado para abandonar a éste i tomar la fuga. Fué un sarjento boliviano del batallon Illimani, se decia, el que disparó el primer tiro para dar la señal de la insurreccion; i algunos jefes peruanos,

creyeron equivocadamente que se empeñaba un combate, i pusieron en movimiento sus fuerzas sin pensar en que eran miserablemente traicionados (1).

A estas causas de inquietudes i de dificultades en el ejército aliado, hai que agregar otra no ménos grave.

(1) En una publicacion hecha en Lima en esos dias por don R. Heredia, con el título de *Apuntes para la historia. El combate de San Francisco i la victoria de Tarapacá*, destinada toda ella a probar la traicion de los bolivianos, hallamos las líneas siguientes que han de parecer curiosas a los que conocen la verdad sobre los hechos a que se refieren.

«Pocos momentos hacia que se habia separado el coronel Suarez a cumplir las órdenes del jeneral en jefe, (el 19 de noviembre de 1879) cuando se oyó la detonacion de un tiro (3 hs. 30 m. P. M) disparado por un sarjento de la compañía del batallon Illimani, de la 1.ª columna lijera que estaba desplegada a seis pasos del lugar en que permanecia el jeneral en jefe i los demas jefes mencionados anteriormente. Los esfuerzos del jeneral Buendia i de los jefes que estaban con él, fueron inútiles para impedir que continuase el fuego. Los cornetas tocaban alto el fuego i los soldados bolivianos no obedecian. El coronel Suarez que oyó la primera detonacion, regresó inmediatamente i procuraba tambien impedir que continuase el fuego; pero todo en vano. Era la señal convenida para la defeccion i ya no se podia evitar. El coronel Gonzalez, jefe del Illimani, preguntaba a su tropa de qué órden se hacia fuego, i los amenazaba i denostaba a fin de que lo suspendiesen; pero nada consiguió, haciéndose así jeneral el tiroteo e improvisándose una batalla, para la que nada habia preparado, ni acordado, pues en la noche de ese dia era cuando debia discutirse i adoptarse el plan de combate.

«Es indudable, segun se ha confirmado despues, que el disparo hecho por el sarjento del batallon Illimani, fué la señal acordada entre los cuerpos del ejército boliviano para la defeccion vergonzosa del 19 de noviembre, que ha proporcionado al enemigo las baladronadas de una gloria barata, pues no ha habido la tan decantada batalla de San Francisco, ni hubo precipitacion en el ataque, ni imprevision en los jefes que, viéndose sorprendidos por una traicion inícua, tuvieron que aceptar las consecuencias de la culpable conducta de algunos jefes i soldados del ejército boliviano, únicos responsables del desastre del 19.

«Los jefes de las divisiones peruanas no recibieron órden para pelear, ni tenian proyecto alguno de ataque; sin embargo, su ardor bélico i la ambicion imprudente de gloria los arrastró en la conflagracion jeneral, tomando parte en el improvisado encuentro que diezmaba a sus soldados.

Algunos jefes i oficiales peruanos, recordando la antigua i profunda enemistad que existia entre el dictador Piérola i el contra-almirante Montero, estaban profundamente convencidos de que aquel tenia el plan fijo e invariable de no socorrer en manera alguna al ejército del sur, con el propósito de que éste no pudiera constituir un peligro para la estabilidad de su gobierno. La victoria posible de Montero, se decia, será una amenaza del poder del jefe supremo que gobierna en Lima. En la capital de la república habia muchas personas altamente colocadas que pensaban esto mismo, i que así lo escribian a Montero en cartas que fueron interceptadas por los marinos o por los soldados de Chile.

El contra-almirante peruano, por su parte, no habia

«Es una lijereza decir que el 19 se dió batalla en San Francisco, i que el ejército aliado obtuvo una derrota. No tal. No hubo ni podia haber batalla formal; porque precisamente en la noche del 19 debian reunirse los jefes para acordar el plan de ataque, i con este objeto se les habia citado. Debiendo celebrarse préviamente esa junta de guerra, es claro que no podia efectuarse el combate sino al siguiente dia. Algunos jefes, es cierto, tomaron parte en la refriega; pero lo hicieron sin órden del jeneral en jefe, siendo ellos los únicos responsables de su temerario arrojo.

«Este es un punto que debe esclarecerse debidamente en el juicio que se sigue en Arica, para apreciar la responsabilidad de los jefes que, sin prévia órden, comprometieron el honor de nuestras armas en un descabellado ataque a la inespugnable fortaleza de San Francisco, sin fijarse en que la iniciativa del fuego de los cuerpos bolivianos no era sino la señal de un plan premeditado en las filas del ejército aliado, para desbandarse i comprometer el éxito de la batalla, como en efecto sucedió; pues al ponerse el sol del 19 de noviembre, no habia *ni un soldado boliviano* en el campo de batalla, ni en sus inmediaciones. Todos, absolutamente todos, habian, como por encanto, desaparecido.»

Aunque un poco ménos esplícito, el coronel Suarez, jefe de estado mayor del ejército aliado, daba esta misma esplicacion, es decir, la traicion de los bolivianos, como la única causa del desastre de San Francisco o de Dolores, en el parte oficial de esta jornada, firmado en Tarapacá el 23 de noviembre de 1879.

dejado de manifestar a las personas que lo rodeaban la magnitud del sacrificio que él habia hecho en aras de la patria reconociendo como gobierno de hecho la dictadura de su mas mortal enemigo. El corresponsal que tenia en Tacna uno de los diarios de Lima, que segun se deja ver en sus escritos, gozaba de la confianza absoluta de Montero, se encargó de ensalzar el patriotismo de éste al prestar acatamiento al jefe supremo que habia asaltado el poder.

«En cuanto al jeneral Montero, decia ese corresponsal, su conducta ha sido digna i levantada, siguiéndolo todo el ejército acantonado en la plaza. Cualquiera otro hombre, en quien la vanidad i la ambicion hubieran ejercido una influencia funesta, capaz de sobreponerse a la honra del pais i al deber individual, habria respondido con el desden, o habria retado con las armas al ciudadano que le anunciaba la dictadura; pero el jeneral Montero no es de aquellos a quienes puede cegar el brillo de una gloria pasajera, despues de la cual está la infamia. Tras del rostro altivo de ese turbulento marino, se ajita el alma noble de Aristides. Nosotros lo hemos oido de cerca lamentar con el dolor profundo del patriotismo herido, la suerte inmerecida de la patria i traducir en actos levantados sus aspiraciones para salvarla. El jeneral Montero lo sacrificará todo por ella, no solo en el puesto a que hoi lo han llevado sus méritos, sino en el de último soldado si se le señalase. Ese bizarro guerrero es un creyente leal, que como los caballeros de las cruzadas, cumplirá con la consigna que la nacion ha impuesto a sus hijos. El ejército ha seguido la conducta de su capitan i marchará al combate llevándolo

a su cabeza. Para él, el cambio de gobierno no tiene otra significacion política, que la que la nacion le ha dado.»

En medio de estas altisonantes alabanzas, no era difícil ver en aquella situacion un jérmen de desconfianzas que no alcanzó a hacer desaparecer el tan aplaudido patriotismo del contra-almirante Montero. Piérola i sus parciales quedaron viendo en este jefe i en el partido político a que pertenecia, un enemigo disimulado pero tenaz de la dictadura.

Pero estos recelos, cualesquiera que fuesen los fundamentos, no hacian vacilar un solo instante la conviccion jeneral del Perú en los futuros triunfos de toda nueva campaña. Con el propósito de «retemplar el patriotismo,» frase consagrada por la prensa i por los documentos oficiales del Perú, el gobierno de este pais habia cometido el mas funesto de los errores políticos. Consistia éste en alentar la confianza ilimitada de sus nacionales, haciéndoles creer la inmensa debilidad de sus enemigos i el gran poder de los aliados. Con este fin, la prensa i el gobierno se empeñaban en presentar cada combate, aun las derrotas mas desastrosas, como una victoria de las armas peruanas, o como un triunfo efímero e insignificante del enemigo.

De la misma manera, tanto en los escritos de los diarios como en las proclamas i documentos del gobierno, no se cesaba de hablar de los grandiosos recursos militares del Perú, del número de sus soldados i de la confianza absoluta que debia abrigarse en la victoria. Como un medio de «retemplar el patriotismo,» se manifestaba el mas soberano desprecio por el ejército i por la es-

cuadra de Chile; i estas apreciaciones se comunicaban al estranjero como un augurio infalible de victoria para el Perú.

A tal punto se llevaba adelante este errado sistema de engaño, que a mediados de diciembre de 1879, cuando el jeneral Prado, convencido de su impotencia para resistir al ejército victorioso de Chile, se preparaba a abandonar el gobierno i el pais, hablaba con la misma seguridad de los futuros triunfos de sus armas. Con fecha 15 de ese mes, don Adolfo Quiroga, ministro de relaciones esteriores del presidente Prado, habia dirijido una circular al cuerpo diplomático del Perú en el estranjero para darle cuenta del estado de la guerra i de la situacion interior del pais. Decia allí que Chile habia obtenido dos triunfos efímeros i de poca importancia; pero que el Perú habia alcanzado la mas espléndida victoria de la campaña el 27 de noviembre. «Despues de esta victoria, agregaba el ministro del jeneral Prado, el ejército peruano halló conveniente abandonar la provincia de Tarapacá;» pero segun aseguraba mas adelante, el Perú tenia un poderoso ejército en Lima i otro en Arica; i los chilenos, no solo no podrian avanzar un paso mas, sino que pronto serian arrojados del territorio que pisaban. «El Perú, decia en seguida, tiene poder suficiente, mas que suficiente, para lanzar a su enemigo i sellar la presente guerra con una victoria decisiva.»

El gobierno de la dictadura siguió imperturbable en este sistema de exajeraciones i de amenazas para engañar a sus nacionales. Los diarios de Lima no cesaban de repetir que Chile estaba perdido, que las victorias de su ejército eran insignificantes i debidas a la casualidad, i

que el dia que acometiese una nueva empresa sobre el Perú, encontraria su tumba i su castigo. «Cuando los chilenos intenten atacar a los bravos soldados peruanos que defienden a Arica, decian con este motivo, se hallarán delante de un ejército de 20,000 hombres, a lo ménos, que sabrán escarmentarlos con usura.» Con la misma confianza aseguraban que ántes de cuatro meses, el Perú tendria una escuadra poderosa, que, despues de destruir la de Chile, reconquistaria el dominio del Pacífico (1).

(1) La prensa peruana, que como puede haberse visto en los cortos fragmentos que hemos reproducido, no habia cesado de amenazar a Chile desde el principio de la guerra con la mas altanera arrogancia, se hizo quizá aun mas provocadora al dia siguiente de constituida la dictadura de Piérola. En medio de las lisonjas que prodigaba cada dia a éste, i de los ultrajes incesantes al ex-presidente Prado, a quien llamaban imbécil, cobarde, jugador, etc., etc., se anunciaba enfáticamente que ya habia llegado la hora del tremendo castigo de Chile; que Chile estaba temblando de miedo, i que en dos meses mas los ejércitos de esta república serian arrojados de la provincia de Tarapacá. En la imposibilidad de reproducir en las pájinas de este libro algunos de esos artículos, a los cuales dió mayor publicidad la prensa de Chile reproduciéndolos en son de burla, se nos permitirá copiar en seguida algunas líneas de las correspondencias que se enviaban de Lima a *La Raza latina*, periódico español de Nueva York, las cuales, aunque con mas moderacion en la forma, reflejan la misma arrogancia de la prensa de Lima. Hélas aquí.

«Lima, enero 15 de 1880.—La dictadura Piérola es la salvacion del Perú i el triunfo seguro sobre Chile, que contaba como útiles aliados con la torpeza, fatuidad, indolencia i cobardía del ex-presidente jeneral Prado. Al saberse en Chile que hoi está al frente de los destinos del Perú un hombre de talento, enerjía, actividad i valor probado como don Nicolas de Piérola, ha entrado el desconcierto en las operaciones de guerra i empezado a insinuarse en la prensa de Santiago la idea de celebrar tratado de paz.

«En los veinte dias que lleva de gobierno el señor Piérola ha dado al ejército la buena organizacion de que carecia i provístolo de elementos que le faltaban. El pais, en p quísimo tiempo mas, quedará en estado de defensa i el ejército del sur espedito para emprender con ventaja operaciones sobre Tarapacá, donde los chilenos reconcentran hoi sus fuerzas.

«Diversos arreglos i combinaciones con la casa Dreyfus de Paris i un contrato ajustado con la misma sobre venta i consignacion de

Todas estas amenazas solo producian desden en Chile. El gobierno de esta república estaba resuelto a abrir una segunda campaña para destruir el ejército aliado de Tacna i Arica. Su pensamiento fué encerrarlo en la rejion que ocupaba, para impedirle toda comunicacion con el resto del Perú, de donde le podian venir recursos mas o ménos importantes, i para cortarle toda retirada i obligarlo a batirse. A fin de llevar a cabo este plan, Chile tendria que trasportar su ejército al norte de los campamentos enemigos, hacerlo emprender en seguida las mas penosas marchas al traves de arenales i despoblados desprovistos de todo, para empeñar al fin la batalla. El gobierno chileno i el estado mayor de su ejército no se hacian ninguna ilusion sobre el particular. Uno i otro sabian de sobra que las dificultades de la nueva campaña no consistirian en derrotar al enemigo, sino en llegar hasta él, impidiéndole que se dispersara ántes de combatir.

Desde mediados de febrero de 1880 estaba listo el ejército de Chile para emprender esta segunda campaña. En él puerto de Pisagua se habian reunido diez i seis buques de guerra i de trasporte, i en ellos se embarcaron diez mil hombres el 24 de ese mes. Dos dias despues

guano, han traido al erario del Perú un anticipo de muchos millones que se aplicarán a los gastos de la guerra. Miéntras Chile se encuentra con su tesoro casi exhauto i pobre de recursos para mantener su escuadra i ejército, el Perú tiene hoi mas de lo preciso para sostener la guerra i llegar a la victoria. No pasará el mes de mayo sin que la preponderancia marítima que actualmente tiene el enemigo haya desaparecido, merced a la actividad i patriotismo del señor Piérola. No conviene ser mas esplícito en este punto.

«El honrado i entusiasta dictador ha realizado en medio mes i en bien del pais i de su independencia, lo que Prado encontraba imposible. ¡Qué contraste de gobernantes!»

desembarcaron en Ilo, i se apoderaron de este pueblo i del de Pacocha sin hallar la menor resistencia Los destacamentos peruanos que guarnecian esos puntos, los habian abandonado al divisar los buques chilenos dejando en pié los muelles, los telégrafos, las cañerías de agua i todos los elementos que habian de servir al ejército invasor. Solo faltaban las máquinas telegráficas i los libros copiadores de la correspondencia, pero el estado mayor chileno llevaba aparatos de esa naturaleza, i pudo restablecer inmediatamente las comunicaciones.

Apénas ejecutado el desembarco de la primera division, los trasportes volvieron a Pisagua, i condujeron otro cuerpo de tres a cuatro mil hombres que no habian podido llevar en el primer viaje. En el acto se emprendió la esploracion i la ocupacion del valle regado por el rio Ilo, i del camino que conduce a Moquegua, es decir, de los mismos lugares que dos meses ántes habia reconocido el comandante de injenieros don Aristides Martinez con tanta fortuna como audacia.

La primera noticia del desembarco del ejército chileno en Pacocha se tuvo en Lima el 2 de marzo; pero era tal la persuacion de que Chile no se hallaba en situacion de acometer tales empresas, que pocas personas le dieron crédito. Un diario de la capital llegó a desmentirla solemnemente en los términos que siguen:

«Noticia relativa a desembarco chileno en Ilo no tiene fundamento fidedigno. El 27 circuló en Arica rumor de que 10,000 hombres habian desembarcado en Pacocha i en Camarones 3,000.

«Este rumor no se confirmó el 28.

«Esos desembarcos en Camarones i en Pacocha, i

esos miles de ciudadanos rotosos que se hacen aparecer aquí i allá, no son mas que invenciones antojadizas.

«Así lo sabemos de un modo casi fidedigno, i así nos lo dice nuestro corresponsal en el Callao que ha averiguado bastante en el asunto.»

Pero no pudo mantenerse por largo tiempo esta incertidumbre. El contra-almirante Montero habia comunicado por la via de tierra el desembarco de los chilenos, asegurando que abrigaba la mas absoluta confianza de que el ejército invasor encontraria su tumba i su castigo en Moquegua. La prensa de Lima repitió en todos los tonos esa misma seguridad, agregando los insultos i las provocaciones de costumbre a Chile i a sus soldados.

A juzgar por los escritos de la prensa del Perú, i por los documentos oficiales, aquella noticia no produjo mas que contento i satisfaccion. Los chilenos, se decia, son cobardes: no se atreven a medirse con el ejército de Montero, i por eso han ido a buscar para teatro de sus operaciones un lugar que está léjos de aquel ejército. Para alentar la confianza de las poblaciones, contaban i recontaban el número de los invasores i concluian que miéntras éstos eran apénas 12,000 hombres, muchos de ellos reclutas en harapos, el Perú tenia allí 20,000 magníficos soldados, provistos de todo i que contaban segura la victoria. El diario oficial de la dictadura, aunque con ménos arrogancia en sus provocaciones, aseguraba esto mismo el dia 4 de marzo.

«Nuestro ejército del sur, decia con este motivo, no se encuentra felizmente desprevenido i nuestros enemigos tendrán que luchar esta vez con mas serias dificultades que en la provincia de Iquique.

«Las tropas aliadas, algunas de las cuales saben ya como se triunfa de los chilenos, los esperan hace dos meses con el arma al brazo, ansiando el momento de disputar, con su valor, a la fortuna los favores que ha querido conceder ántes a nuestros tenaces enemigos.

«En esta vez tienen ellos que atravesar por poblaciones orgullosas de haber sabido defender siempre la integridad del territorio nacional, i hasta la inclemencia de la estacion será otro enemigo contra quien tengan que combatir nuestros invasores.

«Bastante lo han conocido de antemano i de allí sus prolongadas vacilaciones para emprender su nueva campaña al sur, que ha comenzado ya para ellos bajo malos auspicios.

«Con estos antecedentes no hai por qué desconfiar del triunfo.»

Esta fué la conviccion jeneral en el Perú. Se sabia que era difícil sino imposible hacer llegar hasta Tacna i Arica nuevos cuerpos de tropas para auxiliar el ejército del contra-almirante Montero; pero al mismo tiempo se creia i se anunciaba que no solo era este ejército mui superior al de los chilenos, sino que los departamentos del sur acudirian presurosos con nuevos continjentes a defender el suelo de la patria i a rechazar a los invasores. Esos departamentos, Puno, Arequipa, Moquegua, eran las «poblaciones orgullosas de haber sabido defender siempre la integridad del territorio nacional», i segun se decia, eran bastante poderosas para castigar a los chilenos, aun sin contar con los 20,000 hombres que se daban al ejército de Tacna i de Arica.

Sabiendo el gobierno de Chile que los peruanos ha-

bian reconcentrado tropas en Arequipa i que éstas inquietarian a los chilenos que ocupasen a Moquegua, habia resuelto que se hiciera una espedicion por la costa para distraer su atencion. En efecto, del campamento de Pacocha, zarpó el 8 de marzo una division de unos dos mil hombres bajo las órdenes del coronel don Orozimbo Barbosa. Despues de cortar el telégrafo en una caleta que existe entre los puertos de Islai i de Mollendo, las tropas chilenas desembarcaron en el primero de esos puertos, venciendo fácilmente la resistencia que les opuso una corta guarnicion desde las alturas vecinas, i tomándole veinticinco prisioneros.

En seguida la division chilena marchó por tierra a Mollendo. Los peruanos tenian allí algunos cañones para la defensa del puerto, i una guarnicion mas considerable; pero sabedores del desembarco de los enemigos en el vecino puerto de Islai, abandonaron a Mollendo retirándose por el ferrocarril hácia el interior, i llevándose toda la artillería. La division chilena se limitó a destruir tanto en este puerto como en Islai, los telégrafos, el ferrocarril, el muelle i los demas elementos de propiedad del gobierno peruano que podian servirle para movilizar sus fuerzas. La prensa de Lima habló despues de estas destrucciones exajerándolas estraordinariamente. De las investigaciones mandadas practicar por el gobierno de Chile, resultó que la mayor parte de esas acusaciones eran falsas, i que gran parte de los daños causados i de los robos perpetrados allí, fueron cometidos por el populacho del mismo lugar despues de la retirada de los chilenos.

La espedicion del coronel Barbosa estuvo de vuelta

en Pacocha el 14 de marzo. Si no habia alcanzado todo el objeto de su comision, puesto que no consiguió sorprender a la guarnicion de Mollendo, logró al ménos distraer la atencion de las fuerzas peruanas de Arequipa. Una parte de ellas tuvo que ocurrir a la costa, no para atacar a los chilenos, pero sí para resguardar los caminos que conducen al interior del departamento de Arequipa.

En esos momentos habia en Moquegua fuerzas peruanas mucho mas considerables de las que dos meses ántes habia puesto en fuga el comandante Martinez. Esas fuerzas, mandadas por el coronel don Andres Gamarra, no pensaban, sin embargo, en defender esa ciudad ni el valle inmediato, pero se habian fortificado un poco mas al norte, en una altura que se creia inatacable.

Era aquella, en efecto, una ventajosa posicion militar, cuya defensa presentaba grandes facilidades. Para pasar de Moquegua a Torata, es necesario trasmontar una asperísima cadena de cerros que solo ofrecen un pasaje abordable por la garganta o cuesta denominada de los Anjeles. Allí hai un camino abierto en zig-zag, pero siempre difícil i pendiente, i que ningun ejército puede recorrer desde que las alturas estén ocupadas por una fuerza cualquiera. Los cerros de los lados son de tal manera escarpados que siempre se habia creido que era del todo imposible llegar a los Anjeles con un cuerpo de ejército por otra parte que por el camino público. Las tropas colocadas allí no tenian, pues, nada que temer por sus flancos; i para la defensa del camino que conduce a las alturas, bastaba un puñado de hombres.

La garganta de los Anjeles gozaba en la historia del

Perú una reputacion tal, que habia merecido el nombre de las Termópilas peruanas. En 1823, una division española habia derrotado allí al ejército independiente. En 1874, en una de las interminables guerras civiles del Perú, el caudillo revolucionario don Nicolas de Piérola, el mismo que mas tarde ha sido dictador de esa república, se apoderó de esas alturas i rechazó el ataque de los ejércitos del gobierno que mandaban el presidente Pardo i el jeneral Buendia. Esplicando esos sucesos, los jefes peruanos declararon oficialmente que desde esas alturas «bastaban quinientos hombres para resistir a un ejército de 10,000» (1). Se comprenderá la importancia que el mismo Piérola daba a esas posiciones; i la confianza con que el coronel Gamarra se habia fortificado en ellas.

Los chilenos tenian conocimiento cabal de todo esto. Del campamento de Pacocha salió primero una columna de caballería mandada por el jeneral don Manuel Baquedano, para reconocer el camino que conduce al interior, temiendo que el ferrocarril hubiese sido cortado. Establecida la comunicacion sin ninguna dificultad, avanzó en seguida la segunda division del ejército; i en la mañana del 20 de marzo, las tropas chilenas tomaron

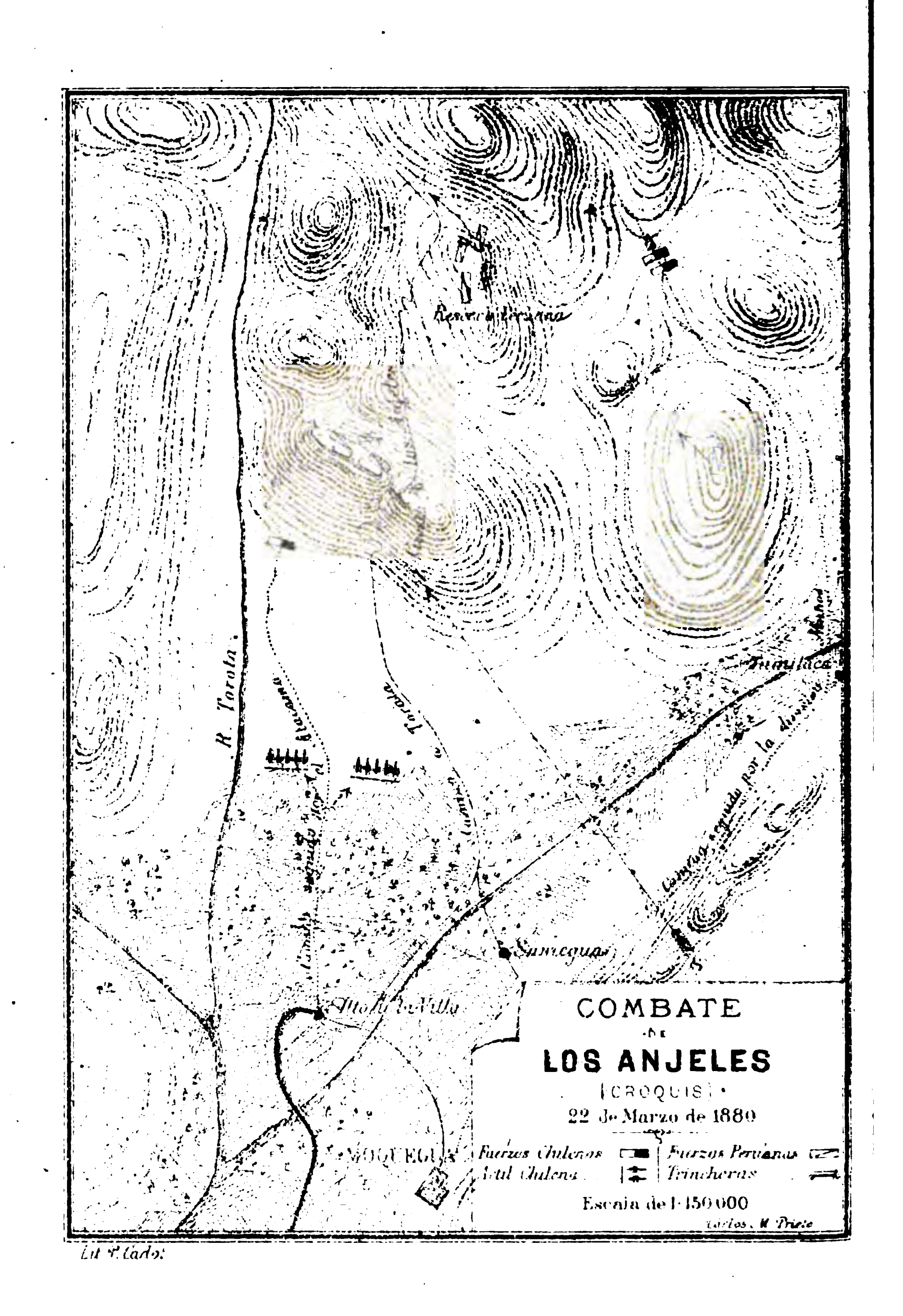
(1) Sobre ese ataque de las posiciones de los Anjeles en 1874, pueden verse, ademas de las relaciones hechas por los mismos revolucionarios, los documentos siguientes: 1.° Parte del jeneral Buendia de 6 de diciembre de 1874, en que dice que despues de un ataque de nueve horas, sus tropas se retiraron con el *mayor entusiasmo*, el entusiasmo de la derrota. 2.° Relacion del coronel don José de La Torre, jefe de estado mayor de su ejército, publicada en *El Comercio* de Lima del 13 de diciembre de ese año. 3.° El parte oficial del presidente Pardo, fechado en Arequipa el 31 de diciembre. Los tres declaran inespugnables las posiciones de la cuesta de los Anjeles.

posesion de Moquegua, acampando el grueso de ellas en la ribera norte del rio, en el lugar denominado Alto de la Villa, que es el punto terminal del ferrocarril. Desde el mismo instante, los injenieros, bajo la direccion del comandante Martinez, comenzaron a estudiar el terreno en todos sus detalles.

En realidad, el ejército de Chile, que no pensaba en espedicionar sobre Torata, sino penetrar hácia el sur a buscar al ejército de Tacna, hasta habria podido desentenderse de las fuerzas que el coronel peruano Gamarra tenia en la cuesta de los Anjeles. Pero era peligroso dejar allí tropas enemigas, tanto mas cuanto que ellas podrian ser el núcleo de un ejército que picase la retaguardia a los chilenos durante su marcha al sur. El jeneral Baquedano resolvió inmediatamente el ataque; i con pleno conocimiento del terreno, fué acordado en su campamento el plan para llevarlo a cabo.

Por la derecha del enemigo, las serranías eran sumamente escabrosas, i parecia que ni los hombres ni los animales podian pasar por allí. Un batallon, compuesto por los robustos i animosos mineros de Copiapó, bajo las órdenes de su enérjico comandante don Juan Martinez, aceptó el encargo de escalar las alturas por ese lado. Por el flanco izquierdo de los peruanos, el ataque presentaba dificultades de otro órden. La falda de los cerros, aunque áspera i pendiente, era mas tránsitable, pero se necesitaba hacer un rodeo de muchos quilómetros, tanto mas difícil de ejecutar, cuanto que la operacion debia practicarse de noche. El ataque debia darse al amanecer del 22 de marzo.

En efecto, poco despues de haberse oscurecido el dia


R. Torata
Torata
Sumegua
Moquegua
COMBATE
DE
LOS ANJELES
(CROQUIS)
22 de Marzo de 1880
Fuerzas Chilenas
Fuerzas Peruanas
Trincheras
Escala de 1:150 000

Lit. P. Cadot

anterior, salió de Moquegua una columna de cerca de mil hombres de las tres armas, mandada por el coronel don Mauricio Muñoz, para ir a tomar por aquellos rodeos el flanco izquierdo de los atrincheramientos peruanos. A media noche salió del campamento del Alto de la Villa el batallon encargado de escalar las serranías por los despeñaderos de la derecha enemiga. Poco mas tarde el jeneral Baquedano colocó su artillería en un lugar del terreno bajo del valle, desde donde podia romper sus fuegos sobre los caracoles del camino público i las trincheras que coronaban las alturas.

En la noche se mantuvo la mayor vijilancia en los dos campamentos. A las dos de la mañana se sintió un nutrido tiroteo producido por una partida peruana que protejida por la oscuridad de la noche, bajó de las alturas para sorprender a las avanzadas chilenas que estaban al pié, i que rechazaron al enemigo. Pero nadie en el campamento del coronel Gamarra sospechó siquiera el ataque que los chilenos llevaban en esos momentos a cabo por los dos flancos.

Pero, al amanecer del dia 22 de marzo, los defensores de los atrincheramientos de los Anjeles se encontraron flanqueados por su costado derecho. El batallon chileno que habia trepado a las alturas caminando en medio de la oscuridad de la noche por esas escarpadísimas laderas, llegó justamente a tiempo para romper el fuego i para comenzar a disputar sus atrincheramientos a los peruanos, con la primera luz del dia. La columna mucho mas numerosa que debia atacarlos por la izquierda, estaba algo atrasada a consecuencia de la larga distancia que habia tenido que recorrer; pero encontró

tambien algunas compañías peruanas que estaban destacadas por ese lado, i empeñó el combate contra ellas al amanecer. La artillería chilena, que habia ocupado su puesto en el valle, disparó al mismo tiempo una lluvia de granadas sobre las posiciones peruanas, i ayudó eficazmente a introducir en ellas el espanto.

Poco mas de una hora se mantuvo así el combate. Los peruanos comenzaron a ceder, i en seguida a abandonar el campo con toda precipitacion, dejando allí 28 muertos i un número mayor de heridos. Cuando la bandera chilena flotaba en los atrincheramientos que los peruanos habian ocupado en las alturas, el jeneral Baquedano mandó suspender los fuegos de su artillería i dispuso que el resto de su division marchara a ocupar esas posiciones por el camino público que habia quedado libre i espedito. La persecucion de los fujitivos se continuó cuanto fué posible, tomándoles 64 prisioneros, de los cuales 8 eran oficiales, muchas armas i municiones. Torata, así como los otros pueblecitos i campos vecinos, cayeron el mismo dia en poder de los chilenos.

La ocupacion de aquellas ventajosas posiciones, que en el Perú se creian absolutamente inespugnables, produjo en todo el pais una esplosion de rabia. En el principio la prensa negó la efectividad del desastre; i cuando ya no se pudo ocultar la verdad, el coronel Gamarra, que no habia podido resistir a la audacia i al empuje de los chilenos, fué tratado poco ménos que como traidor a la patria. El dictador Piérola mandó someterlo a juicio, del mismo modo que pocos meses ántes lo habian sido los jefes en cuyas manos se perdió la campaña de Tarapacá.

Para los chilenos, el triunfo de los Anjeles no fué la satisfaccion de una simple vanidad militar. Conquistada aquella posicion, i dispersadas las tropas que la defendian, quedaban cerrados todos los caminos por los cuales el ejército peruano del sur podia comunicarse con el centro i con el norte de la república, i por donde podian tambien recibir refuerzos. Desde ese dia tambien, las tropas chilenas pudieron abrir la campaña i emprender su marcha hácia el sur sin temor de ser hostilizadas por la retaguardia.

Al mismo tiempo que por tierra se ejecutaban las operaciones que dejamos referidas, la escuadra chilena continuaba las hostilidades por mar. El bloqueo de Arica era sostenido por el monitor *Huáscar* i por la cañonera *Magallanes*. El 27 de febrero, el primero de estos buques se acercó a tierra para reconocer los fuertes peruanos, i fué recibido por los fuegos de las baterías i del monitor *Manco Capac* que, como hemos dicho, era una formidable batería flotante colocada en el fondo de la bahía. El comandante del *Huáscar* don Manuel Thomson, murió destrozado por una bomba peruana; pero el comandante Condell, que tomó el mando del bloqueo, sostuvo el combate con toda enerjía. Habiendo llegado allí el dia siguiente otros dos buques chilenos, continuaron el bombardeo de la plaza causando en ella estragos de consideracion.

El bloqueo de Arica se continuó por dos semanas mas sin incidente alguno que viniese a interrumpir su monotonía. Para defender la entrada de este puerto, no quedó allí mas que el monitor *Huáscar* i un mal trasporte, fuerza insuficiente para el caso, por ser la bahía

de Arica sumamente abierta. En la noche del 16 de marzo, la corbeta peruana *Union*, despachada del Callao pocos dias ántes, burló el bloqueo i penetró al puerto, favorecida por la oscuridad i por su estraordinaria rapidez. Esa corbeta llevaba comunicaciones del gobierno de Lima i algunos auxilios para el ejército del contraalmirante Montero.

El siguiente dia, cuando el *Huáscar* vió a la *Union* cerca de tierra i bajo la proteccion de las baterías, rompió sus fuegos sobre ella no solo con el objeto de ofenderla sino de impedir el desembarco de su carga. Luego llegaron al puerto otros dos buques chilenos que reforzaron el ataque. Por una estratajema bien ideada por el oficial peruano don Manuel Antonio Villavicencio, que mandaba la *Union*, hizo salir de la máquina de este buque una gran cantidad de vapor, como si hubiese sufrido una grande avería. Los marinos chilenos cayeron en el engaño, suspendieron el ataque i en la tarde reunieron sus naves en el norte de la bahía para acordar las medidas que impidiesen a la nave salir del puerto durante la noche. Favorecida por lo abierto de la bahía i por lo rápido de su andar, la corbeta peruana se deslizó hácia el sur bajo la proteccion de los fuertes de tierra, i se alejó de Arica burlando hábilmente a sus perseguidores que no pudieron darle alcance.

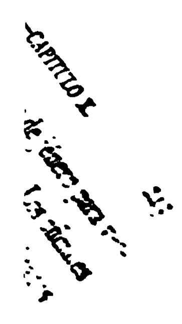
Esta audaz operacion de la corbeta peruana no habia tenido en realidad mas que un objeto, el de satisfacer de algun modo las exijencias del pueblo de Lima que reclamaba del dictador que socorriese al ejército del sur, incomunicado entónces por las tropas chilenas. Pero la *Union* no pudo llevar a Arica mas que cuatrocien-

tos pares de zapatos, algunos fardos de jénero para vestuario i dos ametralladoras desmontadas. Los oficiales peruanos de Tacna i de Arica, que veian a sus soldados casi desnudos, i que conocian todas las necesidades del ejército, se persuadieron de que las mezquinas rivalidades de los hombres públicos del Perú, no se habian acallado en medio de los conflictos de la guerra esterior. A juicio de ellos, el dictador Piérola estaba resuelto a sacrificarlos para evitar un triunfo que debia de enaltecer a Montero, i que podia ser una amenaza para el gobierno de la dictadura. Así, pues, el viaje de la *Union*, sin importar un auxilio de mediana importancia para el ejército de Tacna i Arica, vino a fomentar la desconfianza de los oficiales i aun a producir cierto desaliento en los espíritus.

Sea como se quiera, la empresa ejecutada con tanta fortuna por el comandante Villavicencio, fué celebrada en todo el Perú como una gran victoria, pero ella aceleró las operaciones de la escuadra chilena para impedir todo movimiento de las naves enemigas. En efecto, dejando subsistente el bloqueo de Arica, de Mollendo i de las costas adyacentes, la fragata encorazada *Blanco Encalada*, el monitor *Huáscar*, la corbeta *O'Higgins*, dos cruceros i otros buques menores pusieron el bloqueo efectivo al Callao i a los puertos vecinos el dia 10 de abril. Despues del plazo acordado a los buques mercantes de bandera neutral para dejar el puerto, rompieron el cañoneo contra los fuertes i contra los buques peruanos, que habian sido guardados en la dársena. Esta operacion venia a poner un término a las escursiones que las naves de este pais podian hacer en las costas vecinas.

de Arica sumamente abierta. En la r rriendo
marzo, la corbeta peruana *Union*, desr ligro de
pocos dias ántes, burló el bloqueo e que este
favorecida por la oscuridad i por usar grandes
dez. Esa corbeta llevaba com e sus puertos
de Lima i algunos auxilios r bargo, aparentó
almirante Montero. larando que esta

El siguiente dia, cuan ercio de Chile que al
cerca de tierra i bajo ensa i el gobierno de este
pió sus fuegos sob eo un oríjen de infinitas com-
ofenderla sino de nales para la escuadra chilena; i al
Luego llegaron todo su conato en estimular las quejas
reforzaron el de los neutrales, esperando encontrar
por el ofici dificultades un apoyo que les negaba la opi-
cio, que pública de las naciones europeas.
este br
sufri
ro



CAPITULO XI.

Campaña sobre Tacna, abril i mayo de 1880.

Reorganizacion industrial i administrativa de la provincia de Tarapacá.—Liberales concesiones hechas por el gobierno de Chile a los acreedores hipotecarios del Perú —Disposiciones relativas a la esplotacion del salitre.—Inútiles protestas del gobierno del Perú.—Medidas financieras de éste para procurarse fondos.—Sus trabajos para organizar nuevos ejércitos.—El ejército chileno se prepara a marchar sobre Tacna.—Grandes dificultades que les oponen la naturaleza i la topografía de aquellos lugares.—Reconocimientos practicados por la caballería chilena.—Combate de Buenavista.—Marcha del ejército chileno.—Trabajos que impuso la conduccion de la artillería.—Reunion de todo el ejército en las márjenes del rio Sama.—Muerte repentina del ministro de la guerra don Rafael Sotomayor.

Al mismo tiempo que se emprendian las operaciones militares que hemos referido en el capítulo anterior, el gobierno de Chile estaba empeñado en regularizar la administracion pública en la provincia de Tarapacá. Se sabe que la industria de esta provincia, rejida desde 1873 por un errado sistema económico, habia sufrido las mas serias perturbaciones durante el primer año de guerra. La espulsion de los trabajadores chilenos al dia siguiente de rotas las hostilidades, la suspension del comercio esterior, ocasionada por el bloqueo de Iquique,

la ocupacion de la provincia por el ejército peruano durante mas de seis meses, i por último, las operaciones militares que dieron por resultado la posesion completa por los chilenos, eran causas del desórden, o mas bien, del desamparo industrial i administrativo en que habia caido.

El gobierno de Chile proveyó a esos lugares de empleados civiles que vijilasen por su administracion. Para dar facilidades al comercio, las aduanas fueron sometidas a un réjimen mucho mas liberal del que habian tenido ántes. Con el mismo celo, se establecieron nuevos tribunales de justicia, se organizó la policía de aseo i de seguridad, se crearon hospitales para los enfermos desvalidos i se abrieron escuelas bajo el mismo sistema establecido en Chile. Dos meses despues de la ocupacion chilena, el órden i la regularidad administrativa estaban satisfactoriamente establecidos. El comercio de Iquique cobró nueva vida a la sombra de este estado de cosas. Fundáronse allí nuevas imprentas, i la prensa periódica comenzó a funcionar bajo el réjimen de absoluta libertad que existe en Chile.

Un número considerable de acreedores europeos del Perú se habia dirijido desde meses atras al gobierno chileno solicitando permiso para cargar guano en los depósitos de Tarapacá i en las islas de Lobos. Manifestaban ellos que este abono estaba afectado preferentemente al pago de sus créditos; pero que el gobierno del Perú, burlando los solemnes compromisos contraidos con ellos, habia suspendido desde algunos años atras el pago de estas obligaciones, lo que habia dado oríjen a que los títulos de su deuda, sufriesen una depreciacion de un

noventa por ciento. En esta representacion, el gobierno de Chile no vió mas que una prueba de la confianza que los prestamistas europeos tenian en la honradez con que siempre habia pagado a todos sus acreedores.

Pero el gobierno de Chile no queria hacer promesas cuando el estado de la guerra no lo habia puesto aun en posesion de esos depósitos de guano; i si bien oyó favorablemente esas proposiciones, esperó la ocupacion de Tarapacá pasa resolver esta cuestion en un sentido favorable para los acreedores del Perú. Queria tambien que el mayor número de éstos se pusiera de acuerdo, para hacer mas efectivas las ventajas de su resolucion.

Esto fué lo que sucedió en diciembre de 1879 i en enero de 1880. Los tenedores de bonos peruanos celebraron algunas reuniones en Lóndres; i recordando allí la manera como habian sido cruelmente burlados en todas sus espectativas por el gobierno del Perú, acordaron acojerse a la honorabilidad del gobierno de Chile. Su confianza a este respecto, no era infundada. Por decreto de 23 de febrero de 1880, Chile otorgó a los acreedores hipotecarios del Perú, el permiso para cargar guano de los depósitos de Tarapacá, mediante el pago de 30 chelines por la esportacion de cada tonelada. Los trabajos para emprender el carguío comenzaron a ejecutarse desde luego.

Las protestas del gobierno dictatorial del Perú contra esta concesion, están consignadas en un decreto que lleva la fecha de 15 de marzo. El dictador Piérola declara allí que el permiso concedido por el gobierno de Chile a los acreedores del gobierno del Perú, es atentatorio contra la soberanía de este pais, que los acree-

dores que lo hubieran solicitado o que se acojieren a él, han perdido *ipso facto* todos sus derechos, que no podrian hacerlos valer en ningun tiempo i bajo ninguna forma, i que el gobierno de este pais perseguiria las embarcaciones que esportaran guano, i las confiscaria, cualquiera que fuere el pabellon que las cubriera. Como es fácil comprender, un decreto de esta clase, dado por un gobierno cuya escuadra habia sido destruida en la guerra, i que por tanto no podia hacerlo cumplir, no debia ser tomado a lo serio.

La industria salitrera, la mas importante de la provincia de Tarapacá, llamó tambien preferentemente la atencion del gobierno de Chile. Se recordará que el gobierno peruano, obedeciendo a una errada política, estableció en 1873 el monopolio del salitre, i luego trató de adquirir todos los establecimientos, para ser el único elaborador i el único vendedor de este artículo. Segun este sistema, el gobierno del Perú habia celebrado con diversas personas contratos de elaboracion, segun los cuales, estos empresarios elaboraban en las fábricas del estado una cantidad determinada de salitre que debian entregar al fisco mediante el pago de 62 peniques por quintal, como costo de elaboracion. El estado vendia i esportaba el salitre elaborado de esta manera.

Este sistema, que convertia en negociante al gobierno del Perú, con perjuicio de los intereses bien entendidos del comercio i de la industria, repugnaba al gobierno de Chile. Ni siquiera quiso exijir por entónces la entrega del salitre elaborado por cuenta del estado peruano por las personas que tenian contratos pendientes, i el cual le correspondia de derecho como propiedad quitada al go-

bierno enemigo. En vez de seguir el pernicioso sistema de monopolio, decretó la libre esportacion del salitre, mediante el pago de un impuesto moderado de un peso cincuenta centavos por quintal.

Desgraciadamente, este réjimen liberal tardó mucho en producir sus frutos. La esportacion voluntaria no se desarrollaba por causas fáciles de comprender. En primer lugar, la perturbacion consiguiente al estado de guerra no podia asegurar el restablecimiento inmediato de la confianza entre los industriales i entre los comerciantes. En segundo lugar, el gobierno del Perú amenazaba hasta con la confiscacion de los bienes que tenian en las provincias de la república ocupadas por sus armas, a aquellos contratistas con el estado que respetasen la lei chilena i se hiciesen esportadores de salitre. En tercer lugar, muchos especuladores creyeron que demorando la esportacion, obligarian al gobierno chileno a rebajar mas aun el impuesto con que habia sido gravada. Vióse, pues, éste obligado a vender por su cuenta el salitre ya elaborado, i a remitir una buena parte de él a Europa, para que fuese allá vendido. Estas providencias, sin embargo, se dictaron con un carácter transitorio. El gobierno de Chile, en posesion de todos los terrenos productores de salitre hasta el paralelo 19 de latitud sur, preparaba una lei para someterlos a un réjimen económico uniforme, bajo las bases de la libertad comercial i de la igualdad de impuesto.

Cuando el gobierno del Perú supo que Chile comenzaba a beneficiar los depósitos de nitrato de la provincia de Tarapacá, hizo oir sus protestas. Esos depósitos, decia, son propiedad del Perú; i Chile no puede esplo-

tarlos sino por un acto de piratería. Es cierto, agregaba, que Chile está en posesion de esos territorios, pero esa posesion es instable, i se debe mas que al poder de sus ejércitos, al error de los jenerales del Perú. Las naves que carguen el salitre por cuenta del gobierno, como las que carguen guano por cuenta de los acreedores del Perú, serán perseguidas en todas partes por las autoridades peruanas como naves piratas. Pero, esto era desconocer en todas sus partes la efectividad de un hecho material i consumado, como era la ocupacion efectiva i eficaz del territorio en cuestion, por las armas i por las autoridades de Chile, i el hecho no ménos real de que el Perú no tenia escuadra con que impedir el embarque del salitre, ni con qué perseguir las naves que lo condujesen a Europa. Ha resultado de aquí, que las protestas peruanas han quedado escritas en el papel, i no han producido ningun resultado práctico.

El gobierno dictatorial del Perú dictaba al mismo tiempo otras medidas de hacienda. Creaba por sí i ante sí, nuevos impuestos que apesar de ser mui onerosos, no produjeron las entradas que se buscaban. Decretó que se suspendiese el pago de todas las obligaciones que databan de una época anterior al 24 de diciembre de 1879, es decir, del dia en que se inauguró la dictadura, a ménos que esas obligaciones fueran calificadas segun reglas que no se indicaban, i aun así no serian pagadas sino mas tarde i con la aprobacion especial del gobierno.

Esta medida tenia por objeto demostrar que en adelante se cubririan con las rentas del estado las nuevas obligaciones que se contrajesen, estimulando así que se hiciesen nuevos préstamos al gobierno; pero el dictador

parecia desconocer que el establecimiento de este sistema acabaria por destruir por completo el crédito interior i esterior del Perú, puesto que dejaba establecido el hecho de que el gobierno podia fijar cualquier dia, que las obligaciones contraidas por el estado ántes de tal o cual fecha no tenian valor. Esta teoría era por demas peligrosa en un pais en que los gobiernos revolucionarios suelen sucederse con mucha rapidez; i en efecto, despertó gran desconfianza en el Perú, léjos de producir el resultado que se buscaba.

Se contrajo tambien el dictador Piérola a promover arreglos financieros con los acreedores estranjeros del Perú, para distraerlos de tratar con Chile. Por decreto de 7 de enero de 1880, acordó la consolidacion de la deuda esterior, la cual seria pagada inmediatamente por medio de la cesion de los ferrocarriles del estado; i con la emision de nuevas obligaciones amortizables con intereses por las cantidades que no alcanzasen a pagarse con las vías férreas (1). Pero como los acreedores sabian

(1) Siendo este decreto demasiado estenso para insertarlo íntegro en esta nota, vamos a copiar solo sus artículos principales.

«1.° Consolídanse en una sola las deudas contraidas en Europa en 1870, la que lleva el nombre de 1872 i los bonos emitidos para el ferrocarril de Pisco a Ica.

«2.° Adjudícase a los tenedores de la deuda esterna del Perú la propiedad de los ferrocarriles nacionales de Mollendo al Cuzco, de Ilo a Moquegua, de Pisco a Ica, de Lima a Chancay i Huacho, del Callao a la Oroya, de Salaverry a Trujillo, de Chimbote a Huaraz, de Pascamayo a Cajamarca i de Paita a Piura, en el estado en que se hallan, por la suma de su costo en efectivo, cambiando acciones por títulos de la deuda a la par.

«3.° Cada tenedor de bonos recibirá en acciones de ferrocarriles i en nuevos títulos de deuda el valor total de sus actuales bonos, en la proporcion en que se hallan el valor en que se adjudican los ferrocarriles i el remanente de bonos por canjear.

«4.° Esta adjudicacion es incondicional i real: por manera que el

que esos ferrocarriles rendian una escasísima produccion, i que algunos de ellos no pagaban ni siquiera los costos del tráfico, esta medida no produjo ningun resultado.

En la misma época el jefe supremo resolvia dictatorialmente todas las cuestiones que el gobierno del Pe-

Estado no ejercerá sobre dichas líneas férreas otras atribuciones que las que correspondan sobre las construidas i esplotadas por la industria privada.

«5.° Las compañías que se constituyan propietarias de estas líneas quedan autorizadas para llevarlas a su término i esplotarlas, gozando de un privilejio esclusivo de veinticinco años, contados desde la adjudicacion, i de libertad de derechos de importacion para los materiales que demande la terminacion de las vías que no estuviesen enteramente concluidas.

«7.° Hecha la adjudicacion de que hablan los artículos precedentes, el remanente de títulos de deuda esterna será convertido en nuevos títulos a la par i de igual denominacion que los canjeados, los cuales gozarán de un servicio anual de cuatro por ciento acumulativo, aplicable al interes de dos i medio por ciento en cada año, pagadero por semestres, i de uno i medio por ciento de amortizacion.

«8.° Esta amortizacion se verificará semestralmente por propuestas cerradas bajo la par, presentadas a la ajencia financiera, i por sorteo, a la par, en la parte en que no alcanzasen a llenar el fondo de amortizacion designado.

«9.° A este servicio el Perú afecta, desde que restablezca la esportacion del guano, la cantidad de dos libras por cada tonelada que venda en los mercados de Europa i sus colonias, con escepcion de los mercados de Francia i Béljica, las cuales dos libras serán depositadas en el Banco de Inglaterra por el vendedor del guano peruano en los predichos mercados, tomándose de dicho fondo el servicio semestral de los bonos i reservando para el siguiente el exceso, si lo hubiere.»

Los acreedores del Perú en el estranjero recibieron este decreto como mas la amarga burla que el dictador Piérola podia hacer de sus derechos. Vamos a estractar en seguida algunas de las observaciones que se hicieron para rechazar terminantemente tales bases de arreglo.

1.° Solo por una cruel ironía puede el gobierno peruano proponer la cesion de los ferrocarriles del estado para el pago de la deuda i por el precio de costo Se sabe que la construccion de cada una de esas vías férreas fué un negocio escandaloso en que el estado pagaba dos o mas veces lo que costaron los trabajos, para enriquecer al presidente de la república, a los ministros de estado i a una turba de desvergonzados traficantes para quienes el tesoro público fué el patrimonio del mas osado.

2.° Una buena parte de esos ferrocarriles fué construida no para

rú tenia pendiente con los antiguos consignatarios del guano en Europa, i las resolvia en favor de éstos, a quienes la opinion pública acusaba de haber sido los socios del mismo dictador, cuando éste fué ministro de hacienda ántes de 1872, i mas tarde los proveedores de fondos para las revoluciones que Piérola habia intentado contra las administraciones subsiguientes. La supresion de la libertad de imprenta bajo el réjimen de la dictadura, ha sido causa de que hasta ahora no se haya podido hacer toda la luz sobre estas negociaciones. Un diario que se atrevió a insinuar algo sobre las cuestiones financieras, fué suprimido inmediatamente, i fueron castigados sus editores.

Si todas estas medidas no dieron un resultado mui positivo para atender a las necesidades de la guerra, la

servir a los intereses industriales del Perú, sino como un pretesto para hacer grandes negocios a espensas del estado, i para autorizar toda especie de fraudes De aquí ha resultado que algunas de esas vías férreas no producen ni siquiera para pagar el carbon que se consume en el tráfico. Los acreedores del Perú que las aceptaren en pago de su deuda, harian el mismo negocio de aquel individuo a quien le regalaron un elefante blanco, i que se vió arruinado en poco tiempo por los gastos que le ocasionaba el mantenerlo.

3.° La promesa de pagar con el producto del guano la amortizacion e intereses de la parte de la deuda que no alcance a cubrirse con el importe de los ferrocarriles, es una nueva i mas amarga burla. Este mismo compromiso existia en años atras, i entónces el Perú burló a sus acreedores suspendiendo el servicio de su deuda. Hoi, que se encuentra mil veces mas arruinado que en 1872, ¿pueden tomarse a lo serio sus ofrecimientos?

Así, pues, los acreedores del Perú rechazaron indignados tales proposiciones; lo que no impidió que la prensa de Lima dijera que la dictadura habia arreglado todas las cuestiones financieras, i pagado la deuda esterior de una manera ventajosa para el gobierno i para los acreedores del Perú; del mismo modo que decia que el dictador Piérola habia adquirido una escuadra que llegaria al Callao en el mes de mayo a destruir las naves chilenas i a reconquistar la supremacia del Perú en el Pacífico.

actividad del dictador Piérola encontró otro campo en que ejercerse. Hizo un llamamiento jeneral a las armas a todos los peruanos, i comenzó a organizar en la capital i en las provincias numerosos batallones a cuya instruccion militar se dió un grande impulso. El gobierno peruano continuó recibiendo de Europa i de los Estados Unidos remesas de armas i de pertrechos de guerra que llegaban por la via de Panamá, de manera que su ejército estaba suficientemente abastecido. Pero, por mas numeroso que éste fuera, no habia posibilidad de hacer llegar recursos al contra-almirante Montero que mandaba el ejército del sur. Por tierra era imposible hacer nada, no solo por las grandes distancias, sino por cuanto los chilenos ocupaban la provincia de Moquegua i cerraban todos los caminos. Por mar, el bloqueo de las costas del sur hacia difícil toda tentativa emprendida con ese objeto.

Sin embargo, la opinion pública comenzaba a acusar al gobierno de la dictadura de faltas que éste no pensaba talvez en cometer. Sabiendo que Montero i Piérola habian sido enemigos irreconciliables, se creia que el segundo tenia interes en abandonar a aquel para que fuese derrotado, i para verse así libre de un rival peligroso. Los chilenos interceptaron, como lo hemos dicho en otra parte, algunas cartas en que se hablaba de estas rivalidades i de estas asechanzas como de una cosa positiva. Para acallar estas murmuraciones, i ya que no le era posible hacer otra cosa, el dictador Piérola ordenó el peligroso viaje de la corbeta *Union* a Arica, de que hablamos en el capítulo anterior, i que llevó a cabo con rara habilidad el comandante Villavicencio. Esta

aventura tan audaz como feliz, no mejoró la situacion del ejército del sur, puesto que solo recibió algun vestuario i mui pocas armas; pero poco mas tarde, el bloqueo del Callao vino a cortar toda esperanza de renovar las comunicaciones i de repetir el envio de cualquier auxilio.

Miéntras tanto, el ejército chileno que habia ocupado a Moquegua, se preparaba para abrir la campaña sobre Tacna. El jeneral Escala habia vuelto a Chile dejando el mando en jefe de las tropas al jeneral don Manuel Baquedano, que acababa de ilustrarse por el bien preparado ataque de la cuesta de los Anjeles. En la direccion de las operaciones militares, este jefe desplegó desde el primer dia la mas enérjica actividad. La distancia que tenia que atravesar para llegar hasta el enemigo no era propiamente grande, i en otro pais un ejército regularmente organizado, habria podido recorrerla en cuatro o seis dias; pero en estos lugares la marcha exije de los jefes i de los soldados un esfuerzo mucho mayor que el que se necesitaba para derrotar al enemigo.

La rejion de la costa de la república peruana, es formada por una serie de desiertos separados entre sí por estrechos valles que riegan los rios que se desprenden de las montañas. En toda esta rejion, las lluvias son casi completamente desconocidas, i esos desiertos son llanuras secas i arenosas, interrumpidas a veces por ásperas serranías, o por colinas de terreno movedizo que hacen mui penosa la marcha del viajero, sobre todo durante el dia cuando el sol de los trópicos calienta el suelo i produce un calor abrasador. «La ausencia de humedad deja perecer todo en el suelo, i da al paisaje el

aspecto mas desolado que se puede ver. La produccion se aleja por consecuencia de esos lugares; e inmensas estensiones de terreno que por su naturaleza podrian ser mui fértiles, permanecen inútiles para el mantenimiento de la riqueza i de la poblacion (1).»

En cambio, en los angostos valles formados por los rios, allí donde hai riego i humedad, existe una vejetacion exhuberante; i la industria del hombre ha implantado cultivos que producen un pingüe resultado. Las plantaciones de caña de azúcar en unas partes, las viñas en otras, constituyen la principal riqueza agrícola de esos lugares. En esos valles están situadas las ciudades que dan vida a toda la rejion de la costa, Piura, Trujillo, Lima, Ica, Arequipa, Moquegua, Tacna, etc.; pero aunque las distancias jeográficas que separan a unas de otras son muchas veces relativamente cortas, son pocos los viajeros que se atreven a internarse por esos desiertos, prefiriendo siempre trasladarse a los puertos vecinos i emprender el viaje por mar. Se comprenderá fácilmente que estas dificultades son inmensamente mayores todavía para la traslacion de un ejército que tiene que trasportar bagajes i artillería.

El trayecto de Moquegua a Tacna está sometido a estas condiciones. El ejército chileno tenia que recorrer un desierto seco, estéril i escabroso, interrumpido solo por los estrechos valles de Locumba i de Sama, donde podia encontrar agua para los soldados i para las bestias. En cambio, debia pasar por serranías i colinas de terreno suelto i movedizo, i por vastos arenales en donde los

(1) Jourdanet, *Influence de la pression de l'air sur la vie de l'homme*, tom. I, páj. 110.

hombres i los caballos no pueden andar sin una fatiga abrumadora, i en donde no se encuentra un arroyo, ni un pozo siquiera donde matar la sed del viajero.

Antes de emprender la marcha, fué necesario comenzar por armar los carros que debian trasportar los bagajes, los víveres, los forrajes i el agua, i disponer que éstos se adelantasen protejidos por la caballería para que el soldado encontrase provisiones en cada punto de descanso. Para formarse una idea de estas dificultades, baste decir que el ejército chileno estaba obligado a trasportar una provision de agua que pudiese suministrar cada dia cuarenta mil litros para los hombres i los animales.

El jeneral chileno i su estado mayor ejecutaron estos trabajos con toda actividad; pero tuvieron que vencer dificultades sin cuento. El valle de Moquegua, como la mayor parte de los valles de aquella rejion del Perú, está sometida en esta estacion del año, a la influencia de fiebres intermitentes, conocidas en el pais con el nombre de tercianas. Estas fiebres, orijinadas por los miasmas desprendidos a causa del calor en los terrenos regados o bañados por el rio, atacan principalmente a los estranjeros que por primera vez habitan esos valles. El ejército chileno sufrió los efectos de esta cruel enfermedad, de tal suerte que los trasportes de la escuadra estuvieron ocupados durante muchos dias en llevar cargamentos de enfermos a los hospitales dé Pisagua i de Iquique, donde por la sequedad del aire no reinan las tercianas. En cambio, de aquellos puertos salieron otros continjentes de tropa para reemplazar a los enfermos. El jeneral Baquedano, de acuerdo con el cuerpo médi-

co del ejército, trasladó el campamento al sitio denomiando el Hospicio, situado en las alturas vecinas al valle, i a cerca de medio camino entre Ilo i Moquegua. Desde allí donde sus tropas debian romper la marcha. Estos variados afanes contribuyeron, como debe suponerse, a demorar cerca de un mes el progreso de las operaciones.

Durante este intervalo, la caballería chilena se ocupó en hacer diversos reconocimientos. Se sabia que los peruanos habian destacado de su campamento de Tacna algunas partidas volantes, con encargo de hostilizar al ejército enemigo o a sus avanzadas, durante su marcha. En efecto, un piquete de 25 soldados chilenos que se habian adelantado en esploracion, fué sorprendido en el pueblo de Locumba, i perdió entre muertos i prisioneros el mayor número de los suyos. Pero a principios de abril (el dia 7) habia salido del campamento el coronel don José Francisco Vergara a la cabeza de 500 soldados de caballería, con encargo de reconocer todos los caminos i de escarmentar a las avanzadas peruanas.

En el desempeño de esta comision, el coronel Vergara se adelantó hasta el valle de Locumba sin encontrar la menor resistencia. Esploró un camino que iba del mar hácia el valle de Sama, camino que debia servir para el trasporte de la artillería. En seguida, se dirijió hácia la sierra en busca del enemigo, penetró por escarpados desfiladeros hasta Mirabe 'e Ilabaya, donde halló víveres para su tropa i forraje para sus animales. En ninguna parte se presentaban destacamentos peruanos, ni se veia rastro alguno de ellos. Sin embargo, no le fué difícil descubrir por sus esploradores que

en el valle formado por el rio Sama, i entre el pueblo de este nombre i Buenavista, existia una columna peruana de avanzada, compuesta de unos 400 hombres entre infantes i jinetes. El jefe de estas fuerzas era el coronel Albarracin, que gozaba en el Perú de la reputacion de montonero tan valiente como astuto. En el acto, resolvió el jefe chileno el ataque de esas tropas enemigas.

Para ocultar sus movimientos, e impedir que el enemigo se retirara, la columna del coronel Vergara hizo su marcha en la noche de 17 de abril; i a las diez de la mañana siguiente estaba sobre las fuerzas peruanas. La infantería de éstas pretendió hacerse fuerte en los edificios, miéntras la caballería parecia dispuesta a defender el paso del rio. Las tropas chilenas, sin embargo, flanquearon al enemigo, obligándolo a abandonar sus posiciones, i en seguida cargaron sobre él con un ímpetu tan irresistible que lo pusieron al poco rato en la mas completa dispersion, con pérdida de cerca de ciento cincuenta hombres entre muertos i heridos i un número considerable de prisioneros. Las vencedores persiguieron a los fujitivos hasta pocas leguas de Tacna, sin darles un instante de descanso, i acuchillando a todos los que se ponian al alcance de sus sables. La jornada no les costaba mas que la pérdida de tres hombres.

Este combate, a pesar de sus reducidas proporciones, produjo importantes consecuencias. El coronel Albarracin, el hombre mas diestro del ejército peruano para esa clase de esploraciones de guerra i de avanzadas, perdió casi por completo su prestijio. El contra-almirante Montero, con la indiscreta arrogancia que ofendia a todos los jefes i oficiales que estaban bajo sus órdenes

trató a aquel de cobarde porque no habia podido resistir al empuje vigoroso de los jinetes chilenos. Pero desde ese dia (18 de abril) no volvió a desprenderse del campamento de Tacna ninguna partida para reconocer de cerca los movimientos del ejército chileno, tan grande era el terror que habian producido sus cargas de caballería.

El ejército chileno, entre tánto, habia emprendido su marcha desde el campamento del Hospicio, fraccionado en divisiones, para evitar así las dificultades consiguientes a la provision de víveres i de agua a grandes masas de tropas. Dos de esos cuerpos se hallaban ya en Locumba el 27 de abril, cuando salió del Hospicio otra division que marchaba a reunírseles.

El camino, a traves del desierto no debia encontrar mas dificultades que las que oponia la naturaleza. Las avanzadas de caballería, como dejamos referido mas atras, se habian encargado de desbaratar toda resistencia que pudieran oponer los peruanos por la vanguardia. Tampoco podian temer esas divisiones el ser atacadas por la retaguardia. Al emprender la marcha, el jeneral Baquedano habia dejado dos mil hombres entre Pacocha i Hospicio; i estas fuerzas, al mismo tiempo que estaban encargadas de impedir el paso a cualquiera division peruana que pretendiese avanzar por el norte para hostilizar a los chilenos en su marcha, debian servir de centro de apoyo para la reoganizacion de éstos en el caso improbable de que sufriesen cualquier contraste en el camino. Como se verá por estos pormenores, el estado mayor habia previsto todas las contin-

jencias que podian ocurrir, i habia atendido a ellas con verdadera intelijencia.

Para la traslacion completa del ejército se habia suscitado una dificultad que parecia insuperable. El estado mayor habia reconocido que el trasporte de la artillería de campaña era mas o ménos posible en el desierto que se estiende entre el Hospicio i Locumba; pero absolutamente impracticable entre este último lugar i Sama. En la primera parte del camino, es decir, entre Hospicio i Locumba, habia que afrontar toda especie de obstáculos, desiertos de arena, barrancos, precipicios; pero el trabajo del hombre podia vencerlo todo. En la segunda seccion, es decir, entre Locumba i Sama, los arenales eran mucho mas grandes i mucho mas profundos, de tal suerte que los cañones de montaña se habrian sumido en ellos, i los hombres i los animales habrian sido impotentes para hacerlos rodar algunos quilómetros.

Fué necesario buscar otro camino para llevar la artillería al lugar denominado Buenavista, en las márjenes del rio Sama, que debia ser el punto de reunion de todo el ejército. Al efecto, se la remitió por mar desde Pacocha para desembarcarla en la pequeña caleta de Ite, i para trasportarla de allí por tierra al campamento chileno. El jefe de estado mayor, coronel don José Velazquez, con un cuerpo de cerca de dos mil hombres, siguió este mismo camino para dirijir i protejer el desembarco de los cañones i de la porcion mas pesada del parque.

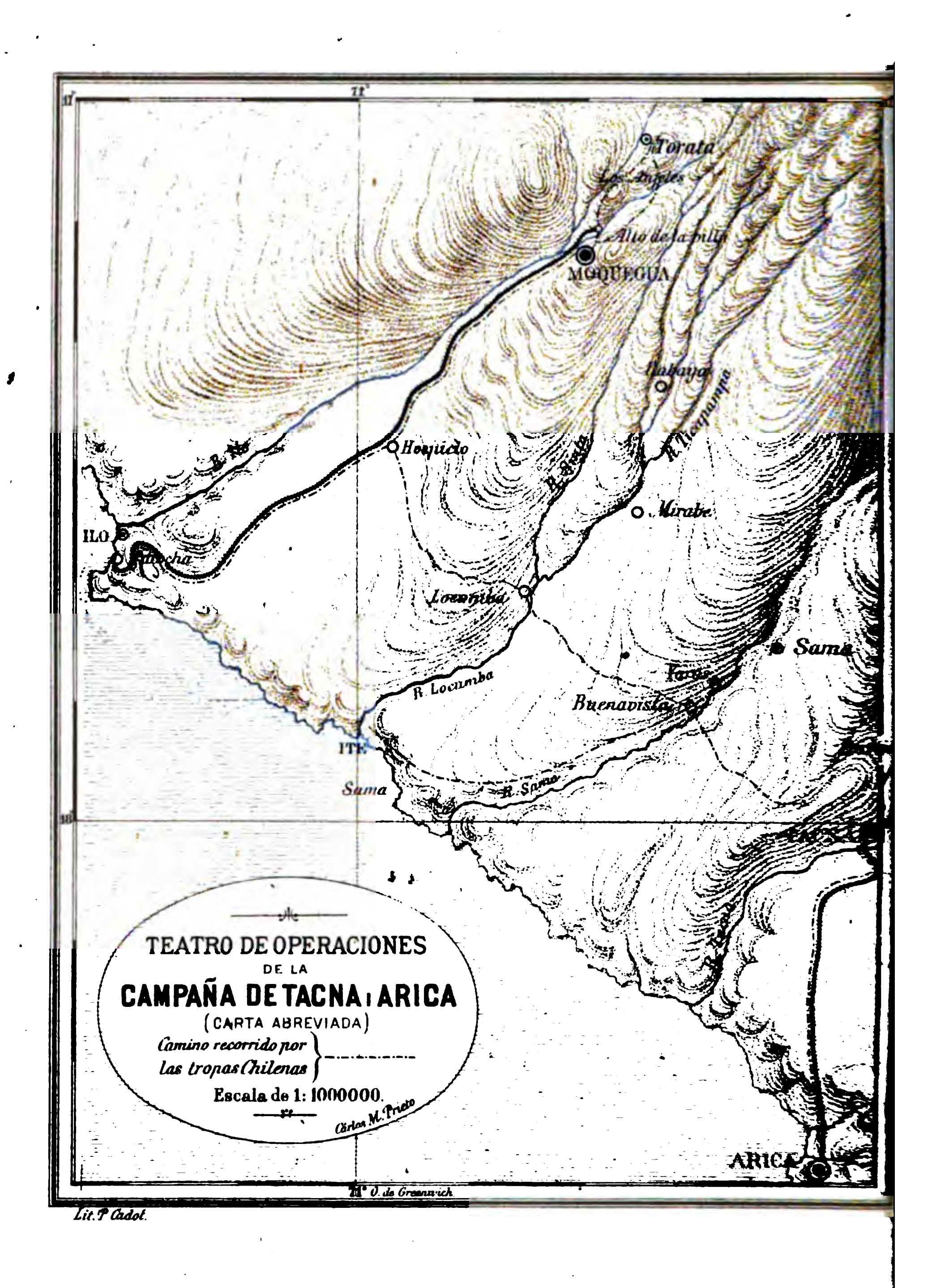
Nuevas dificultades, unas previstas i otras inesperadas, los aguardaban allí. Durante los primeros dias del mes de mayo, el mar estuvo sumamente ajitado en aquellos

lugares; i como la caleta de Ite ofrece poco abrigo i carece de todo elemento de desembarque, la bajada a tierra de las tropas i de la artillería tuvo que hacerse con mucha lentitud i con precauciones infinitas. Pero era nada llegar a la playa. A espalda de ese pequeño puerto se levanta una cadena de cerros escarpados que no ofrecia ascenso alguno para los cañones i los carros. El estado mayor conocia este obstáculo, i estaba prevenido para vencerlo.

Fué necesario, pues, abrir una senda provisoria. Los soldados, bajo la direccion de injenieros intelijentes, i armados de palas i azadones, desmontaron el terreno en algunos puntos, cargaron en otros casi a pulso los cañones, construyeron gruas en otros lugares para levantarlos a las alturas a donde no se les podia llevar de otra manera, i despues de cuatro dias del mas penoso trabajo, ejecutado con una constancia infatigable, vencieron esta barrera i se hallaron en la parte llana del desierto. El 10 de mayo se reunieron, por fin, al ejército chileno en el campamento de Buenavista. Todavía fué necesario emplear algunos dias del mas penoso e incesante trabajo para la conduccion de los víveres, i para establecer una comunicacion fácil i continua entre el campamento i las naves que quedaban fondeadas en Ite.

El ejército chileno, reunido con tanta fatiga en aquellos lugares, llegó a contar 13,372 hombres con los últimos refuerzos que le llegaron de Pisagua, i que desembarcaron igualmente en la caleta de Ite (1). Su

(1) En esta cifra no está incluida la division de dos mil hombres que se habia dejado en Pacocha i Hospicio.


TEATRO DE OPERACIONES
DE LA
CAMPAÑA DE TACNA I ARICA
(CARTA ABREVIADA)
Camino recorrido por las tropas Chilenas
Escala de 1: 1000000.
Cárlos M. Prieto
Torata
MOQUEGUA
ILO
Hospicio
Mirabe
Locumba
R. Locumba
ITE
Sama
R. Sama
Buenavista
Sama
ARICA
0. de Greenwich

Lit. P. Cadot.

artillería era compuesta de cuarenta cañones de varios calibres, en su mayor parte del sistema Krupp, i servida por 550 artilleros; i su caballería por 1,200 jinetes montados en excelentes caballos. Los 11,622 hombres restantes eran soldados de infantería, zapadores o agregados al estado mayor. Este ejército permaneció acampado algunos dias en las márjenes del rio Sama, entre Buenavista i Yaras, dando descanso a los hombres i a los animales, renovando su provision de agua, i haciendo los últimos aprestos para marchar sobre el enemigo. Apesar de que solo estaban separados por unas cuantas leguas del campamento de los peruanos, nadie inquietó a los espedicionarios miéntras estuvieron en aquellas posiciones.

En ese lugar esperimentó el ejército chileno una pérdida bien dolorosa. En la tarde del 20 de mayo falleció el ministro de la guerra don Rafael Sotomayor. Un violento ataque de apoplejía fulminante, le quitó la vida en pocos minutos. Despues de haber tomado una parte activa en toda la campaña, dando un poderoso impulso a los trabajos de organizacion militar i allanando las dificultades que se presentaban a cada paso, fallecia repentinamente cuando estaba a punto de ver terminada la campaña, a cuya preparacion habia consagrado su actividad incansable i su intelijencia tranquila i serena. Al abrir pocos dias despues sus sesiones ordinarias el congreso chileno, el presidente de la república chilena don Aníbal Pinto, recordó esta desgracia en los términos siguientes, que constituyen el mas caracterizado elojio del ministro: «El señor Sotomayor ha desempeñado en el curso de esta guerra comisiones tan

importantes como ingratas, molestas i de gravísima responsabilidad. Las desempeñó con la laboriosidad, con la intelijencia, con la elevacion de miras que siempre puso en el cumplimiento de sus deberes en una vida consagrada por entero al servicio del pais. Su muerte, en vísperas de una victoria preparada en gran parte por sus desvelos, le privó del único galardon que la nobleza de su alma apetecia.»

CAPITULO XII.

Tacna, mayo de 1880.

Situacion de los aliados en Tacna i Arica.—Disidencias entre los jefes peruanos i bolivianos.—Llega el jeneral Campero a ponerse al mando del ejército aliado.—Sus afanes para reorganizar el ejército i para prepararlo para la campaña.—Recibe un nuevo continjente boliviano.—Descripcion de las posiciones elejidas por el jeneral Campero.—Reconocimiento practicado por el estado mayor chileno.—Confianza que tenian en el triunfo algunos de los jefes aliados.—El ejército chileno se acerca al campamento de los aliados. —Sorpresa nocturna preparada por el jeneral Campero: se frustra. —Plan de ataque de los chilenos.—Batalla de Tacna (26 de mayo.) —Resultados inmediatos de la batalla.—Los chilenos ocupan la ciudad de Tacna.—Llega a Lima la noticia de la derrota del ejército aliado.

¿Qué hacia entre tanto el ejército aliado en sus posiciones de Tacna i Arica, es decir a unas pocas leguas del campamento de los chilenos? Esto es lo que vamos a esplicar en seguida con la ayuda de los documentos i relaciones de los jefes peruanos i bolivianos.

A mediados de abril de 1880, los aliados tenian en esos lugares una fuerza de poco mas de diez mil hombres entre peruanos i bolivianos. Por un pacto complementario del tratado secreto de alianza, los dos gobiernos habian estipulado en mayo de 1879 que el mando

de ambos ejércitos correspondia al presidente de la república en cuyo territorio operasen, i a falta de éste al de la aliada que estuviese presente; pero no se habia dispuesto nada para el caso en que no se hallase ninguno de ellos en el teatro de la guerra. En esos momentos, el contra-almirante Montero era el jefe de las tropas peruanas, i el coronel don Eleodoro Camacho mandaba a los bolivianos. Pero una situacion semejante no podia sostenerse hallándose a poca distancia del enemigo; i el contra-almirante Montero, en su calidad de jefe de mayor graduacion, se habia arrogado el mando. Su plan de campaña consistia en esperar al enemigo, tomando el puerto fortificado de Arica como punto de retirada, para el caso de una derrota, que él creia mui improbable. En esta ciudad habian quedado mas de dos mil hombres bajo el mando del coronel don Francisco Bolognesi.

El jefe boliviano, aunque se habia sometido a quedar bajo las órdenes del contra-almirante Montero, no aprobaba este plan. Creia que el ejército aliado debia marchar al encuentro del enemigo para batirlo ántes que hubiera podido reconcentrarse i reorganizarse de la perturbacion consiguiente a una espedicion como la que habia emprendido al traves de los ásperos desiertos que tenia que recorrer. A estas causas de disidencia se agregaban naturalmente otras nacidas del orgullo nacional de cada ejército, i de la desconfiaza que inspiraban a los bolivianos las aptitudes militares de Montero (1).

(1) La situacion del contra-almirante Montero en el ejército aliado habia llegado a hacerse sumamente delicada. Aparte de la arrogante i altanera lijereza de carácter que no le permitia dar una órden ni siquiera una opinion sin hacer sentir la superioridad de su rango, sus mismos antecedentes de conspirador despertaban la

Por estas razones, el coronel Camacho se habia dirijido al presidente provisorio de Bolivia para pedirle empeñosamente que se trasladase a Tacna a tomar el mando de los ejércitos de la alianza.

Se sabe que poco despues de la deposiciòn del jeneral Daza en diciembre de 1879, habia tomado el mando provisorio de Bolivia el jeneral don Narciso Campero. Este jefe habia desplegado una grande enerjía para reprimir las revueltas en el interior, i estaba firmemente decidido a continuar la guerra contra Chile. Sabedor de lo que pasaba en el campamento de los aliados, Campero se puso en marcha precipitada a Tacna, i llegó a esta ciudad en la noche del 19 de abril. El dia siguiente se hacia reconocer en el rango de jeneral en jefe de los dos ejércitos aliados, i todas las tropas lo recibian en medio de las manifestaciones del mas ardoroso entusiasmo.

Desde ese momento inició los trabajos militares con la mayor actividad. El 22 de abril pasó una revista jeneral a todo el ejército, que por primera vez, segun dice el mismo presidente Campero, se formaba en línea

desconfianza de los oficiales peruanos. Creian éstos que Montero no esperaba mas que alcanzar el primer triunfo en el sur para proclamarse a su vez jefe supremo del Perú, i marchar sobre Lima a derrocar al otro jefe supremo (Piérola) que era su enemigo antiguo e irreconciliable. Los soldados chilenos interceptaron algunas cartas en que se hablaba de esto con toda claridad. Conviene decir que la mayor parte de los oficiales del ejército peruano de Tacna, estaba resuelta a no acompañar a Montero en esta empresa.

El contra-almirante Montero, por otra parte, se habia enajenado la voluntad de los vecinos de Tacna i de Arica, i hasta del comercio neutral de esos lugares por la imposicion de onerosas contribuciones en especies i dinero; i de un fuerte empréstito forzoso que repartió entre nacionales i estranjeros para sostener sus tropas casi desnudas, i que no recibian auxilio alguno de Lima.

i hacia los ejercicios combinados de batalla. «El espectáculo que presentaba el ejército era magnífico i su estado i condiciones hicieron buena impresion,» dice el jeneral Campero en un estenso informe que acerca de esta campaña dió al congreso de Bolivia. Pero, aunque la presencia de este jefe prestijioso estrechara los vínculos que ligaban a ambos ejércitos, quedaba subsistente la diverjencia de opiniones sobre el plan de campaña que convenia adoptar.

El jeneral Campero se decidió por él del coronel Camacho, que consistia en marchar hasta el valle de Sama para esperar allí al enemigo, en la confianza de que podria presentarle batalla ántes que éste se hubiera repuesto de las fatigas i de la desorganizacion consiguiente a una marcha penosa en el desierto, i cuando no hubiera podido reunir aun todas sus divisiones. Con este objeto, el ejército aliado emprendió la marcha hácia Sama el 27 de abril; pero apénas habia andado legua i media, se reconoció que era imposible seguir adelante. «Desde luego, dice el mismo jeneral Campero, careciamos por completo de elementos de movilidad i de trasporte, que no se habian procurado hasta entónces. No se podia movilizar la lejion boliviana; era imposible llevar agua i víveres para el ejército, sin lo que no podria aventurarse espedicion alguna por aquel desierto desprovisto de todo recurso; i, lo que es mas, no se habia podido conducir el parque hasta el lugar en que nos encontrábamos, ni aun se habia logrado sacarlo de Tacna. Estaba, pues, visto que la marcha era imposible, i que el ejército aliado estaba condenado, por decirlo así, a esperar al enemigo en su puesto, sin poder buscarlo.»

Así, pues, miéntras el ejército chileno recorria una gran distancia por entre los arenales del desierto, llevando consigo desde Chile todos los recursos necesarios para tan penosa marcha, el ejército aliado, por su falta de organizacion i de administracion militar, no podia atravesar unas pocas leguas de su propio pais, porque no tenia ni carros, ni bestias de carga para arrastrar sus trenes, ni para conducir el agua. Pero no era esto todo: miéntras los chilenos estaban al corriente del número de los aliados i de las posiciones que ocupaban, éstos ignoraban por completo la situacion del enemigo, i la fuerza con que contaba. Despues de la jornada de Buenavista, el 18 de abril, las avanzadas esploradoras de los aliados no se habian atrevido a ponerse a la vista de los chilenos; de tal suerte que desde ese dia los jefes peruanos i bolivianos no volvieron a tener noticia alguna del enemigo, hasta que éste se presentó a inquietarlo en su campamento de Tacna.

«En este campamento, dice francamente el mismo jeneral Campero, toqué con el gravísimo inconveniente de no tener noticia alguna del enemigo i de verme reducido a obrar por meras conjeturas. No se habia organizado un buen servicio de espionaje, siendo una cosa tan esencial en las circunstancias en que nos encontrábamos. No recibiamos avisos de ninguna parte, que nos dieran alguna luz respecto al número i situacion del enemigo. No parecia sino que estábamos en un territorio enteramente estraño, i que los vecinos del lugar no se preocupaban de la suerte que tuviera la campaña. Ajitado por estas consideraciones, hice los mayores esfuerzos para organizar espionaje, valiéndome para ello

del señor prefecto de Tacna i del jeneral Montero, como personas influyentes; pero nada serio se pudo conseguir i quedé condenado a la misma incertidumbre» (1). Así se comprende que los jefes aliados creyesen que el ejército chileno, que, como hemos dicho en el capítulo anterior, apénas pasaba de 13,000 hombres, contaba mas de 22,000, error que han repetido aun despues de la batalla.

El ejército aliado acampado en las inmediaciones de Tacna, montaba entónces a poco mas de 8,000 hombres, sin contar los 2,000 que habian quedado en la costa para la defensa de Arica. Luego recibieron esas tropas un nuevo continjente. Al salir de la Paz, el 14 de abril, el presidente Campero habia dejado órden de reunir en Bolivia el mayor número de tropas que fuera posible, i de hacerlas marchar al teatro de la guerra. En efecto, a principios de mayo llegaron a Tacna unos mil quinientos soldados bolivianos, entre los cuales venia un escuadron de caballería, cuyos soldados, o al ménos, la mayor parte de ellos, estaban montados en mulas. El ejército aliado de Tacna contó entónces unos diez mil soldados (2).

(1) El contra-almirante Montero ha rectificado despues en Lima algunos puntos del informe del jeneral Campero, declarando que las circunstancias de la guerra no le permiten todavía revelar los resortes que empleaba para adquirir noticias acerca del enemigo. Pero la verdad incuestionable es que en Tacna no se tuvieron nunca noticias exactas ni del número ni de los movimientos del ejército chileno.

(2) El informe ántes citado del jeneral Campero dice espresamente que el ejército de la alianza que estuvo bajo su mando en Tacna, constaba de 9,300 hombres. La prensa del Perú, ántes de la batalla, lo hacia subir a 12 o 13 mil soldados, de los cuales cuatro mil eran bolivianos, así como poco ántes habia dicho que con los refuerzos de las provincias vecinas debia elevarse a 20 mil hombres. Creemos que

Anunciábase de Bolivia que pronto llegaria un nuevo continjente de tropas. Al efecto, se habian impartido órdenes terminantes al jeneral don Nicanor Flores, que mandaba las fuerzas militares de los departamentos del sur, para que acudiese con todas ellas a engrosar los ejércitos aliados. Ese jefe, sin embargo, no pudo emprender su marcha, no tanto por falta de recursos, cuanto porque en esos mismos momentos temió una invasion de los chilenos en aquella parte del territorio boliviano. Era efectivo que algunas partidas chilenas se habian dejado ver en la cordillera, en el camino que conduce del litoral a Potosí, i fué cierto que de Calama salió en esa direccion una pequeña division chilena; pero estas tropas no tenian el propósito serio de ejecutar una invasion formal en el sur de Bolivia. Su plan era simular un ataque por esa rejion; i esa estratajema se logró por completo. El jeneral Flores no se atrevió a abandonar esas provincias; i por atender a su defensa, no pudo llevar ni enviar un soldado mas al ejército aliado de Tacna.

puede aceptarse la cifra dada por el jeneral Campero como casi rigorosamente exacta.

Por lo demas, el informe del jeneral Campero es un documento escrito con la mayor seriedad, i no contiene mas errores que los que provienen de su falta de noticias sobre las fuerzas verdaderas i los movimientos del enemigo, i de las exajeraciones con que algunos de sus subalternos le refirieron los hechos que ejecutaron el dia de la batalla. Los fragmentos de ese informe que publicamos en el testo, dejarán ver al lector que Campero era un militar conocedor de su oficio. En efecto, los ejércitos de la alianza no tuvieron jamas un jeneral mas serio, mas entendido, ni mas dilijente. El jeneral Campero es un hombre de cierta ilustracion, que ha pasado muchos años de su vida en Europa, i que ha hecho una parte de sus estudios en la escuela de minas de Paris. En su patria es justamente estimado por la rectitud i la probidad de su carácter; i hasta los mismos soldados peruanos tenian por él mucho mas consideracion que por su jefe inmediato, el contra-almirante Montero.

Así, pues, Campero no pudo recibir otro continjente.

El jeneral boliviano, como hemos visto mas arriba, exajeraba estraordinariamente la superioridad numérica del ejército chileno; pero no desmayó en su empeño por organizar la resistencia. Creyó que en su situacion le era posible equilibrar las fuerzas elijiendo una posicion ventajosa para que su ejército, que estaba obligado a mantenerse a la defensiva, pudiera rechazar los ataques del enemigo. El terreno se prestaba admirablemente para ello. La ciudad de Tacna está rodeada por el noroeste por un número considerable de cerros áridos, desprovistos de vejetacion i de agua, de terreno arenoso i movedizo que hace difícil su subida. En esas alturas era fácil hallar posiciones ventajosas, casi inaccesibles para el enemigo, i sobre todo para su caballería, que era una arma en que los chilenos tenian una superioridad real i efectiva.

Despues de largos i detenidos reconocimientos, fijó su atencion el jeneral Campero, en una meseta que dominaba toda la llanura vecina, i acordó cambiar su campamento a ese sitio. «Una vez allí, dice él mismo en el informe ántes citado, me tranquilicé por completo, pues me convencí aun mas de que en aquella situacion, al mismo tiempo que evitaba un peligro real, adquiria una posicion verdaderamente militar. En efecto, estábamos en una meseta bordeada hácia nuestro frente por una ceja que la defendia, i de la que se desprendia una especie de glacis hácia la llanura i otra igual hácia nuestra espalda, ocupando nosotros la cima que dominaba el llano por ambos lados. Nuestros flancos se defendian convenientemente por unas hondonadas profundas que

limitaban la meseta a uno i otro costado. Por otra parte, la posicion indicada estaba situada de tal modo, que podiamos impedir la entrada del enemigo a Tacna, que era el objeto primordial que debiamos tener en vista. Aquella posicion, sin embargo, ofrecia el inconveniente de la falta de recursos, tanto para el ejército como para las caballadas; pero resolví obviar este inconveniente enviando éstas a abrevar a alguna distancia en los momentos en que no podia haber peligro, i proporcionándonos de Tacna, a cualquier costo, los recursos necesarios para el ejército, como agua, víveres, carbon de piedra i otros artículos.

«Permanecimos, pues, tranquilos allí i me contraje seriamente a tomar todas las disposiciones necesarias para esperar al enemigo.»

Despues de ocupada aquella altura, los jefes aliados se contrajeron a formar fortificaciones pasajeras que hiciesen mas difícil su acceso al enemigo, para lo cual se prestaba admirablemente la naturaleza del terreno, blando i movedizo. Entre otras medidas que se tomaron con este objeto, cada soldado fué provisto de un saco que debia llenar de arena para servirse de él como de un parapeto contra las balas de los rifles enemigos.

Se comprenderán mejor las ventajas de esta posicion i la confianza que allí adquirieron los aliados en alcanzar una espléndida victoria, leyendo la descripcion que hace de su campamento el mismo jeneral Campero en otra parte de su informe. La copiamos en seguida.

«Estábamos situados en un paraje dominante i teniamos perfectamente resguardados los flancos de nuestra línea de batalla por unas hondonadas, que hubiera sido

difícil flanquear, por lo medanoso del terreno. Así es que la caballería enemiga no habria podido obrar en aquel terreno, por nuestros flancos, sin esponerse a un fracaso. Con una carga por aquellos terrenos quebrados i medanosos, los caballos hubieran llegado sumamente fatigados i no habrian podido resistir el choque ni de una guerrilla. Por esto es que el enemigo no podia obrar con la caballería, sino por nuestra ala izquierda i casi de frente, mas nunca de flanco i mucho ménos por nuestra retaguardia, que estaba igualmente resguardada.

«La artillería enemiga tampoco podia obrar a su satisfaccion, a lo ménos en un principio. Ocupando nosotros la cima de una meseta, con una ceja bastante pronunciada por delante i con esplanadas o glacis al frente del enemigo i a nuestra retaguardia, nuestras dos líneas de batalla, i aun las reservas eran invisibles para el enemigo; de manera que no presentábamos blanco alguno pronunciado a los disparos del enemigo, especialmente a los de su artillería, que, por su poder, habria bastado para deshacernos en cualquiera otra posicion.

«Estas condiciones contribuian tambien a favorecer nuestra retirada, porque sin la proteccion del terreno, le habria sido mui fácil al enemigo rodearnos completamente con sus numerosas huestes.

«Bajo el punto de vista estratéjico, la posicion era, pues, favorabilísima i satisfacia a las prescripciones fundamentales del arte militar.

«Otra circunstancia especial de que debo hacer mérito es, que la ceja donde estaba trazada nuestra línea de batalla, presentaba una semi-curva, cuya parte convexa o saliente daba al enemigo, i la cóncava a nuestra reta-

guardia. Habia yo aprovechado de esta forma en consideracion a la superioridad numérica del enemigo, a fin de que tuviera él necesidad de estender sus fuerzas en un espacio mucho mayor, debilitándolas, por consiguiente, si queria abarcar toda nuestra curva. De este modo tambien nosotros podiamos obrar por detras de nuestra línea con suma rapidez, miéntras que ellos tenian que hacer sus movimientos mui lentos i tardíos por detras de la suya. Esto agregado al relieve de la ceja del terreno, nos daba mucha ventaja, sea para mover la segunda línea en cualquiera direccion, sea para trasladar reservas de un lado a otro, libres del fuego enemigo i fuera de la vista de aquel; al mismo tiempo que, dominando nosotros el declive o glacis que se desprende de la meseta, no perdiamos ninguno de sus movimientos.»

Como se ve, el jefe boliviano habia desplegado la pericia de un verdadero jeneral en la eleccion del terreno en que debia esperar al enemigo, i creia poder resistirle con ventajas aun cuando el número de éste fuera, como creia equivocadamente, mas del doble superior al del ejército aliado. Pero, por la condicion de sus tropas, o mas bien por la falta de buena caballería, no pudo mantener el conveniente servicio de esploradores. Sus avanzadas no pasaron dos leguas mas allá de su campamento.

Apesar de este aislamiento, los jefes peruanos mantenian por los penosísimos caminos de la sierra, algunas comunicaciones con las autoridades de Puno, i de allí por el telégrafo con la ciudad de Arequipa. Estas comunicaciones, sin embargo, léjos de serles de una verdadera utilidad, contribuyeron a perturbarlos, infundiéndoles

esperanzas que no debian realizarse. Se les anunciaba que de Arequipa salia un nuevo ejército peruano mandado por el coronel Leiva, que avanzaba sobre Torata, i que luego atacaria a los chilenos por la retaguardia. El contra-almirante Montero i algunos de los jefes que estaban a sus órdenes, siempre dispuestos a dejarse engañar por este jénero de ilusiones, aceptaron confiadamente la existencia de ese ejército, i repitieron sus órdenes a Arequipa i a Torata a fin de que Leiva apurase la marcha para concluir de un golpe con los chilenos. Pero el llamado ejército de Leiva era una corta division de reclutas, que, apénas habia podido llegar a Arequipa, i que aun cuando intentó moverse sobre Moquegua, le faltaron casi todos los elementos para hacer una marcha medianamente rápida.

El ejército chileno, entre tanto, estaba acampado a seis leguas de distancia de Tacna, en las márjenes del rio Sama, i hacia tambien los últimos aprestos para la batalla que iba a empeñar bajo condiciones mucho ménos favorables que las de los aliados. El jeneral Baquedano dispuso que el estado mayor de su ejército, se adelantase a reconocer prolijamente las posiciones enemigas. Organizóse al efecto una pequeña division de 400 hombres de caballería, 200 infantes montados i 2 cañones Krupp de campaña. Estas fuerzas, a cuya cabeza iba el jefe de estado mayor del ejército, acompañado por los comandantes de todas las divisiones, llegaron despues de algunas horas de marcha, a la vista del enemigo a las diez de la mañana del 22 de mayo. Este reconocimiento fué practicado con felicidad. El coronel Velazquez, jefe de estado mayor chileno, se acercó

al campamento de los aliados hasta ponerse a tiro de cañon, y desde allí rompió sus fuegos para conocer el alcance de la artillería enemiga, que era inferior al de los cañones chilenos. Despues de una hora de aparatoso cañoneo i de destacar algunas partidas de caballería que reconocieran mas de cerca las posiciones de los aliados i la colocacion de sus cañones, sin poder apreciar convenientemente sin embargo la situacion de la infantería enemiga, oculta detras de las cejas de las colinas, la division esploradora dió la vuelta a su campamento sin perder un solo hombre. El estado mayor chileno adquirió la conviccion de que el ejército enemigo estaba resuelto a mantenerse a la defensiva.

Este reconocimiento fué materia de mucha discusion en el estado mayor de los aliados. Algunos jefes creian que el ejército chileno no se atrevia a presentar batalla, i que el retroceso de la division esploradora, importaba una verdadera retirada. En esas conferencias, el contraalmirante Montero no cesaba de manifestar su confianza absoluta en el resultado de la batalla. A su juicio, los chilenos eran tan ineptos como cobardes, i el jefe que los mandaba, a quien él habia conocido en otro tiempo, era por su incapacidad una garantía de la próxima victoria de sus enemigos (1). El jeneral Campero, por su parte, se mostraba mucho mas prudente. No dió al movimiento de las tropas chilenas otra importancia de la que

(1) Tan seguros estaban los jefes peruanos de su próximo triunfo, que el dia siguiente de aquel reconocimiento, el prefecto de Tacna enviaba a Arequipa, por la via de Puno, el siguiente despacho:

«Tacna, 23 de mayo.—Ayer atacó vanguardia enemiga. Esperamos mañana definitiva. Triunfarémos. Mui conveniente si Lieva ataca, conforme instrucciones, retaguardia enemiga.—*Pedro A. del Solar.*»

realmente tenia, y se mantuvo firme en su resolucion de no abandonar sus posiciones. Parece que estas discusiones no hicieron mas que confirmarlo en la poca estimacion que hacia de las aptitudes militares de Montero, a quien habia confiado solo el mando de su ala derecha. El mando del ala izquierda i el del centro habian sido entregados a los coroneles bolivianos Camacho i Castro Pinto, que merecian la entera confianza del jeneral en jefe.

Recojidas todas las informaciones necesarias, el ejército chileno se puso en marcha el 25 de mayo, i fué a acampar en el mejor órden a dos leguas de las posiciones enemigas. El estado mayor habia elejido para pasar la noche, una hondonada del terreno, en donde al mismo tiempo que se consultaba la seguridad del campo contra toda sorpresa, se conseguia ocultar, cuanto era posible, a los aliados, la proximidad a que se hallaba el enemigo. En esta marcha, el ejército no esperimentó mas que la pérdida de una recua de mulas, que trasportaban una considerable provision de agua, i cuyos conductores se adelantaron imprudentemente mas léjos del sitio designado para acampar, i fueron cortados por las avanzadas del enemigo. Junto con las mulas, cayeron prisioneros dos de los arrieros que las conducian.

Sin esta imprudencia, el jeneral Campero solo habria tenido una idea vaga de la proximidad a que se hallaba el ejército chileno. Sin embargo, las declaraciones que hizo tomar a los dos prisioneros contribuyeron a perturbarlo mas i mas. Los arrieros, con esa astucia instintiva en los campesinos chilenos, le dieron las noticias mas exajeradas de las fuerzas que componian su ejército,

ocultando artificiosamente toda noticia acerca del lugar preciso donde debia acampar esa noche. El jefe boliviano, por su parte, se exajeró los peligros de su situacion; i creyéndose amenazado por un ejército mas de dos veces superior al suyo, concibió el temor de que podria ser vencido apesar de las ventajas indisputables de sus posiciones. Para equilibrar las fuerzas, haciendo desaparecer por un golpe estratéjico la supuesta superioridad de los chilenos, discurrió Campero el sorprender a éstos de improviso, creyendo que así le seria mas fácil derrotarlos.

Oigamos al mismo jeneral Campero referir el plan de ataque que concibió, i la manera como fué ejecutado. «Decidí, dice, efectuar la marcha en aquella misma noche (25 de mayo) i caer sobre el enemigo al amanecer, procurando tomarlo de sorpresa, no dándole tiempo para desplegar en batalla sus masas i quizá aun impedirle aprovechar de sus dos elementos mas poderosos, su caballería i artillería, cuya accion podia inutilizarse solo con una sorpresa afortunada. Comuniqué mi pensamiento a los señores Montero i Camacho, quienes lo aprobaron con entusiasmo, conviniendo con mis ideas.

«Acordado el plan, se tomaron las medidas convenientes, i se emprendió la marcha a las doce de la noche con admirable precision i silencio, conservando todo el ejército el mismo órden de batalla i guardando las distancias necesarias para poder formar la línea con la rapidez posible al acercarse al enemigo, el que no podria dejar de emplear un tienpo mui largo en desplegar sus fuerzas, por lo mismo que eran tan numerosas. Pero desgraciadamente, al cabo de dos horas de viaje,

principió a notarse cierto desconcierto e indecision en la marcha. Los coroneles Camacho i Castro Pinto me hicieron advertir sucesiva i contradictoriamente que nos inclinábamos demasiado, segun el uno a la derecha i segun el otro a la izquierda. Ordené que se reunieran los guias de ambas alas i el que dirijia el centro, i que examinaran conjuntamente la situacion en que nos encontrábamos i la direccion que debiamos seguir. Despues de una larga discusion entre ellos, manifestaron que estaban inciertos, que no podian ponerse de acuerdo respecto a nuestra posicion ni mucho ménos orientarse, a causa de la densa niebla que cubria el espacio i nos envolvia ya por todas partes. En este estado noté que el desórden se habia hecho mayor i que varios cuerpos aun habian perdido sus posiciones, apareciendo algunos de la derecha en la izquierda. Ordené que se hiciera alto, i temiendo en estas circunstancias un encuentro con el enemigo, que nos hubiera ocasionado un desastre irremediable, siendo nosotros los sorprendidos en lugar de sorprenderlo, resolví volver al campamento, enviando algunos individuos por delante, a fin de que se encendieran allí algunas fogatas que nos guiaran. Hecho ésto se verificó la contramarcha i llegamos al amanecer del 26, ocupando todo el ejército las mismas posiciones que ántes.»

Los aliados volvieron, pues, a formar precipitadamente su línea de defensa tal como lo habia dispuesto los dias anteriores el jeneral Campero. Su ejército, compuesto de 9,300 hombres, segun el cómputo de este jefe, se habia engrosado con 750 policiales i voluntarios armados que habia llevado ese dia al campamento el

prefecto de Tacna, don Pedro A. del Solar, i que fueron colocados en la reserva. Aquel ejército de 10,000 hombres, formidable por su número, lo era mas aun por las ventajosas posiciones que ocupaba.

Miéntras el ejército aliado se fatigaba la mayor parte de la noche en esta frustrada operacion, el ejército chileno se reponia tranquilamente en su campamento del cansancio de la marcha anterior. Allí se habian tomado todas las medidas de precaucion i de vijilancia para evitar una sorpresa. Las divisiones estaban convenientemente repartidas, i al primer aviso de los centinelas avanzados, se habrian puesto sobre las armas i habrian rechazado victoriosamente cualquier ataque. Antes de amanecer del 26 de mayo, todos los cuerpos estaban en pié i amunicionados para marchar sobre el enemigo. La tropa recibió el alimento necesario para resistir a las fatigas del dia.

En el cuartel jeneral de los chilenos se habia discutido largamente el plan de batalla. Dos opiniones habian sido particularmente el objeto de las deliberaciones. Segun una de éstas, el ataque debia llevarse de frente, tratando primero de obligar al enemigo a abandonar sus posiciones, i si esto no se conseguia, marchando resueltamente sobre ellas para tomarlas con la infantería. El segundo plan consistia en marchar hácia el oriente a alguna distancia del flanco derecho del enemigo para colocarse detras de él, i obligarlo a aceptar el combate en circunstancias en que no tuviera ninguna retirada posible para el interior. A este plan se le hallaba un inconveniente: la batalla se habria retardado un dia mas; i se temia que se agotase la provision de agua, de tal suerte

que en el momento del combate, el soldado podia encontrarse desprovisto de este elemento tan indispensable para reponerse de la fatiga i del calor. El jeneral Baquedano se habia decidido por el primero de esos planes, es decir, por el ataque inmediato i de frente; i con arreglo a él se habian tomado todas las disposiciones de la marcha.

Apénas el ejército chileno habia avanzado un poco, divisó como a una legua de distancia los últimos cuerpos enemigos que volvian a ocupar sus posiciones despues de la inútil salida de la noche anterior. La artillería lanzó sobre ellos algunas granadas que los obligaron a acelerar su repliegue sobre las alturas que formaban su campamento. El ejército chileno formado en línea de batalla, i protejidos sus flancos i su frente por guerrillas de rifleros, continuó marchando hasta colocarse cerca del punto hasta donde, segun se habia observado cuatro dias ántes, alcanzaban los cañones del enemigo.

Allí separó el jeneral Baquedano, segun estaba dispuesto, un cuerpo de poco mas de tres mil infantes de sus mejores tropas, con órden de permanecer de reserva en ese lugar bajo el mando del coronel don Mauricio Muñoz. Ese cuerpo no debia entrar al combate sino en caso que las otras divisiones sufriesen un serio descalabro; i entónces, cayendo de refresco en la pelea, habia de asegurar el triunfo de las armas chilenas. El resto del ejército continuó avanzando con la artillería que debia comenzar el combate rompiendo sus fuegos simultáneamente sobre el frente i los flancos del enemigo.

A las diez de la mañana se inició el combate con un vivo fuego de cañon. Por el número i por la calidad de

sus cañones, así como por la maestría de sus artilleros, los chilenos tenian una indisputable superioridad; pero las condiciones del terreno venian a favorecer a los aliados. «En efecto, dice el jeneral Campero, teniamos desde luego la ventaja de no presentar blanco a sus tiros, pues nuestra primera línea se hallaba oculta detras de la ceja de la meseta, i solo se distinguian las piezas de artillería, al paso que dominábamos nosotros toda la planicie que él ocupaba. Por otra parte, sus tiros de cañon no nos causaban daño alguno; porque, o bien caian detras de nuestras filas, por la parábola que describen los proyectiles, o bien se enterraban las bombas en la arena, estallando alli i produciendo una especie de ebullicion en la tierra, pero sin causarnos mayor mal. Esto dió lugar a que el jeneral boliviano Perez calificase cada disparo de «una onza de oro perdida,» aludiendo al costo de cada tiro i a su completa ineficacia (1). En consecuencia, ordené que no se abandonaran las posiciones, ni se saliera de ellas, debiendo evitarse el fuego de rifles miéntras que el enemigo no se pusiera a tiro.»

Convencido el jeneral Baquedano de que no habia medio de obligar al enemigo a abandonar sus posiciones, i de que la artillería i la caballería no podian nada contra ellas en esos momentos, mandó amortiguar el fuego de cañon, despues de una hora, i dispuso el ataque formal con sus infantes.

(1) El jeneral Perez murió, sin embargo, poco mas tarde, en las últimas horas de la batalla, herido en la frente por el casco de una granada chilena. Era un viejo soldado que sus compatriotas consideraban uno de los mas valientes i honrados jefes del ejército de Bolivia. El dia de la batalla de Tacna, era jefe de estado mayor de todo el ejército aliado.

Sin contar los cuerpos de reserva que, como dijimos, quedaron colocados un poco mas léjos, la infantería chilena estaba fraccionada en cuatro divisiones, cada una de las cuales constaba aproximativamente de dos mil hombres, i componian entre todas un total de 8,500 soldados. Estas tropas recibieron la órden de ir a desalojar a un enemigo superior en número i colocado en posiciones verdaderamente formidables. Aun, en el primer momento, solo entró en combate una de esas divisiones de 2,380 hombres, que fué a atacar al enemigo por las posiciones de su flanco izquierdo. Luego entraron en pelea otras dos divisiones con 4,200 hombres para atacar al enemigo por su centro i por su derecha. La otra division quedó mas atras, formando la primera reserva, para acudir a donde fuese necesario, es decir, al punto en que los aliados opusieran mas dura resistencia (1).

(1) Para la mas cabal intelijencia de la batalla de Tacna, que estamos obligados a referir en sus rasgos principales, vamos a dar alguna noticia acerca de las divisiones chilenas que entraron en combate.

1.ª division, formada por un rejimiento i tres batallones, i con un total efectivo de 2,380 hombres, bajo el mando del coronel don Santiago Amengual, fué a atacar la izquierda de los aliados.

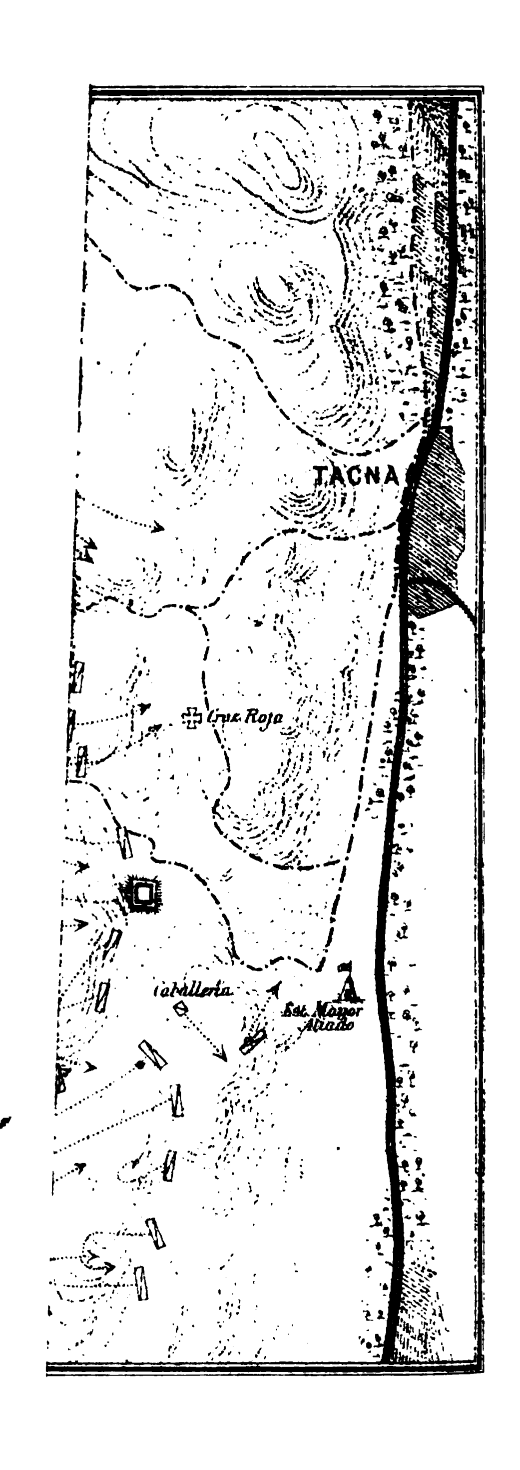
2.ª division, formada por dos rejimientos i un batallon, con un total efectivo de 2,100 hombres, bajo las órdenes del teniente coronel don Francisco Barceló, fué a atacar el centro de las posiciones enemigas

3.ª division, formada por un rejimiento i dos batallones, con un efectivo de 1,600 hombres, bajo el mando del coronel don Domingo Amunátegui. Quedó formando la primera reserva; pero luego entró en combate en apoyo de las divisiones que formaban la derecha i el centro del ejército chileno.

4.ª division, formada por dos rejimientos i un batallon, con un efectivo de 2,170 hombres, mandada por el coronel don Orozimbo Barbosa, fué a atacar la derecha del enemigo.

La artillería estaba mandada por el teniente coronel don José Manuel Novoa.

La caballería por el coronel don José Francisco Vergara.


TACNA
Cruz Roja
Caballeria
Est. Mayor
Aliado

El punto mas accesible del campamento de los aliados, era su flanco izquierdo; pero el jeneral Campero, que habia observado de antemano esto mismo, habia cuidado de reforzar esta ala con mayor número de tropas, colocándolas bajo el mando del coronel Camacho, que era el jefe de toda su confianza. El jeneral Baquedano tambien habia enviado allí la mas numerosa de sus divisiones, i ésta, como hemos dicho, trabó la lucha ántes que ninguna otra, i con la mayor decision. A mediodia, el combate se hizo jeneral en todo el campo. Los cuerpos de ataque seguian avanzando sobre las posiciones de los aliados sin arredrarse por el vivo fuego de fusil i de cañon que se les hacia de toda la línea enemiga. La artillería chilena, que habia quedado a retaguardia, protejia la impetuosa carga de sus infantes dirijiendo sus fuegos por elevacion. En el ala izquierda, los cañones chilenos reconcentraron sus fuegos sobre un fortin en que habia cinco piezas de artillería enemiga, ventajosamente colocadas.

El vigoroso ataque de la division chilena que embistió contra el flanco izquierdo de los aliados, produjo ántes de una hora una seria confusion en esa ala. Apesar del número mayor de sus defensores i de las ventajas de su posicion, la línea se sintió vacilar, i un cuerpo peruano que habia tomado el arrogante nombre de «batallon Victoria,» volteó caras i se entregó a la fuga. Fué inútil que el jeneral Campero mandara hacer fuego contra él: los fujitivos no querian volver al combate, i continuaron corriendo en dispersion. Entónces fué llamada la reserva, i con ella llegaron los mejores batallones del ejército aliado, que fueron distribuidos en los dos flan-

cos, i principalmente en el ala izquierda. Con este refuerzo, los defensores de las alturas cobraron mayor ánimo i sostuvieron el combate con nuevo ardor. Hubo un instante en que dos de los cuerpos chilenos que formaban la estremidad de su ala derecha, horriblemente destrozados por el fuego enemigo, i con sus municiones casi agotadas, parecian vacilar, hasta el punto de tener que retroceder del lugar hasta donde habian avanzado. Un cuerpo de caballería chilena que estaba destacado en ese flanco, acudió a reforzarlos, miéntras avanzaba la otra division que formaba la primera reserva.

En efecto, esa division, mandada por el coronel Amunátegui, compuesta solo de 1,600 hombres, llegaba a paso de carga, para reforzar a los chilenos que atacaban de frente el flanco izquierdo i el centro del enemigo. La artillería i las ametralladoras acortaron tambien la distancia, i el ataque de los infantes chilenos se hizo mas vigoroso i decisivo. Los aliados, despues de pelear denodadamente durante dos horas, no se sentian con fuerzas para rechazar esta nueva i mas impetuosa embestida. Resistieron, sin embargo, algun rato mas; pero luego comenzaron a ceder, i su dispersion era completa a las dos de la tarde. La artillería chilena continuó sus fuegos para consumar la desorganizacion del enemigo, miéntras la infantería ocupaba i recorria las alturas en persecucion de los fujitivos (1).

(1) Las relaciones peruanas i bolivianas hacen una confusion completa de todos los hechos desde que comienzan a referir la segunda parte de la batalla. El jeneral Campero atribuye lo mas glorioso de la jornada a las tropas bolivianas que ocupaban el flanco izquierdo, en donde, sin embargo, fueron abandonadas por el batallon peruano Victoria, hecho que él no olvida de señalar. Segun Campero,

La segunda reserva chilena, es decir, la division de poco mas de tres mil hombres que el jeneral Baquedano habia dejado esa mañana a ménos de una legua del teatro del combate, bajo las órdenes del coronel Mu-

los bolivianos no solo hicieron retroceder a los chilenos por aquel lado, sino que les tomaron algunos prisioneros i algunas piezas de artillería, que tuvieron que abandonar cuando se vieron atacados por numerosísimas tropas de refresco. El contra-almirante Montero i el jefe del estado mayor peruano, coronel don Manuel Velarde, atribuyen la mejor parte de la defensa a las fuerzas peruanas que bajo el mando del primero, ocupaban el flanco derecho. Montero va mas léjos todavía Segun él, la proteccion que fué necesario prestar a la division del coronel Camacho desde el principio del combate, debilitó el resto de la línea, i no impidió que aquélla fuera la primera en dispersarse. Debemos, sin embargo, advertir que la esposicion del contra-almirante Montero, en que rectifica el informe del jeneral boliviano, es mui poco noticiosa, i que contiene incidentes de pura invencion, como una valiente carga de la caballería que estaba bajo su mando, carga que segun él contuvo a los batallones chilenos, i que sin embargo, éstos no vieron nunca.

No se puede decir lo mismo del informe del jeneral Campero, documento serio i noticioso, en el cual se percibe claramente que los errores mismos que contiene, sobre el número de las fuerzas chilenas i la captura momentánea de los cañones enemigos, son consignados de buena fe i creyendo falsos informes de sus subalternos. No estará de mas advertir que durante todo el combate no hubo soldado alguno del ejército aliado que llegase a colocarse a una distancia de 400 metros de los cañones chilenos.

Por parte de Chile se han publicado varias relaciones, ademas del parte oficial del estado mayor. Algunas de esas relaciones discuerdan en diversos detalles, pero todas sirven para formarse una idea cabal de la batalla. Sin embargo, la abundancia de pormenores de algunas de ellas es causa de que el lector tenga que prestar mucha atencion para comprender los rasgos principales de la jornada.

Un diario de Santiago, *El Ferrocarril* del 8 de noviembre, dió a luz una descripcion de la batalla de Tacna, hecha por M. Raoul Duvisson, antiguo oficial frances que reside en esa ciudad, i que fué testigo de vista de la jornada. Esta corta relacion es un cuadro sumario, pero de la mayor claridad; i por este motivo no vacilamos en reproducirla en seguida:

«Desde que se avistaron ambos ejércitos, procuré hacerme cargo de la posicion i medidas tomadas en uno i otro campo. El ejército de la alianza estaba dividido en tres cuerpos, con una reserva colocada a retaguardia. Las alas i centro no estaban desplegadas en línea regular de batalla, sino colocadas en columnas mas o ménos unidas. Cada

ñoz, habia permanecido allí con el arma al brazo, esperando que sus servicios fuesen necesarios, para avanzar sobre el enemigo, i haciendo solo un despliegue de sus fuerzas, despues que entró en combate la prime-

una de ellas desplegó a su frente algunos tiradores, mas bien como descubierta que como guerrillas, aprovechando las ondulaciones del terreno, para permanecer ocultas a la vista del adversario, i buscando el apoyo de sus baterías fijas.

«El ejército chileno hizo avanzar una línea de francos tiradores-guerrillas, perfectamente regular, i a distancia conveniente seguian los cuerpos que debian iniciar el combate, en órden de batalla, de tal manera formada que, a la distancia de donde yo observaba, no advertia el menor defecto. La marcha en avance de estas líneas era bastante rápida, tomando en consideracion las dificultades i lo pesado del terreno en que operaban.

«Al mismo tiempo se vió avanzar hácia el ala derecha una segunda i numerosa línea de infantería, dispuesta de tal modo que pudiese caer sobre el centro o el estremo de esa ala, segun lo exijiesen las peripecias del combate. Seguia la reserva que miraba el centro del campo de la alianza, i mas a retaguardia numerosos cuerpos de caballería. Numerosa artillería apoyaba casi los estremos, lo mismo que el centro de las líneas del ejército chileno.

«Junto con el avance de los cuerpos que debian iniciar la batalla, ví dividirse la numerosa caballería chilena i marchar, formando un ángulo, cuyo vértice era su posicion primitiva, para reforzar las alas; i, segun el concepto que me formé, estas tropas eran destinadas a amagar al ejército de la alianza en sus estremos derecho e izquierdo, como asimismo a precipitar su derrota, flanquearlo i perseguirlo.

«Momentos despues, las guerrillas chilenas descubrieron al enemigo, i el combate se inició con vigor por una i otra parte.

«Desde los primeros momentos, formé el mas alto concepto sobre la instruccion, valor i disciplina de las tropas chilenas, por el perfecto órden con que entraban en combate. En esas líneas no se veia cruzar de un punto a otro ni un jinete, lo que me indicó que jefes, oficiales i soldados se mantenian con notable firmeza en sus puestos respectivos.

«En el ejército aliado, por el contrario, no se desplegaron sus líneas con seguridad, i se advertia por las carreras de muchos en distintas direcciones, que reinaban aquella vacilacion i desórden tan perjudiciales en los graves momentos de un combate.

«Una hora despues de rotos los fuegos, el ejército de la alianza se habia visto precisado a echar mano de todos los cuerpos de su reserva, jeneralizando la batalla en toda su línea miéntras que el ejército chileno se mantenia aun con solo las tropas con que inició el combate.

ra reserva. La batalla se terminó sin que entrasen en batalla aquella respetable division. Parece, sin embargo, que su presencia contribuyó poderosamente a desalentar al enemigo, que desde sus posiciones la divisaba como un segundo ejército que habria venido a arrebatarle la victoria, si le hubiera sido dado rechazar el primer ataque de los chilenos.

Tal fué el resultado de la batalla de Tacna. Para ocupar las formidables posiciones en que los aliados se defendian, los chilenos tuvieron que perder entre muertos i heridos, cerca de la cuarta parte de las fuerzas de ataque, es decir, 2,128 hombres. Esas pérdidas consistian en 23 jefes i oficiales muertos, i en 84 heridos; i en 463 soldados muertos i 1,558 heridos. Las bajas del ejército vencedor se comprenden fácilmente, recordando que los chilenos tenian que pelear a pecho descu-

«El jeneral en jefe del ejército aliado comprendió que, teniendo comprometidas todas sus tropas, era necesario el último esfuerzo para hacer retroceder al enemigo i alcanzar algunas ventajas. Ordenó, en consecuencia, un ataque simultáneo en toda la línea, acumulando sus mejores cuerpos en el ala izquierda para flanquear i envolver a su adversario en su ala derecha, donde consiguió hacerlo retroceder, siendo rechazado a su vez con enerjía en su centro i derecha, cuyas posiciones fueron ganadas a la bayoneta.

«El retroceso del ala derecha del ejército chileno, producido por el ímpetu de algunos cuerpos bolivianos no fué duradero, pues en tal circunstancia la caballería que reforzaba ese estremo, cargó sobre lo mas fuerte de su enemigo. Al mismo tiempo la segunda línea de los asaltantes avanzó con rapidez para reforzar el centro i la derecha, entrando en combate con tal vigor que, no solo estableció el equilibrio sinoque principió a arrojar a los aliados de sus posiciones, decidiendo por completo la batalla a favor de los chilenos, que ya solo era sostenida en esa única parte de la línea.

«Para mí, desde los primeros momentos de la batalla, fué seguro el triunfo de los chilenos. Todo me indicó en ellos una superioridad incontrastable; i abrigo la conviccion que, si los aliados hubiesen sido superiores en número con los dos tercios de su tropa, solo habrian conseguido retardar un poco mas su derrota.»

bierto para escalar las alturas, desde las cuales un enemigo invisible i perfectamente colocado desde el principio del combate, vomitaba sin cesar lluvias de balas i de metralla. De esas pérdidas, la mas importante es la del comandante don Ricardo Santa Cruz, que se habia ilustrado brillantemente en toda la guerra, desde el desembarco de Pisagua, en que le tocó llevar a tierra las primeras columnas chilenas.

Pero las pérdidas de los aliados fueron mui superiores. Se calcula en mas de 2,800 el número de sus muertos i heridos, contando entre éstos solo a los que no pudieron retirarse del campo de batalla i de sus alrededores; i entre ellos figuraban muchos jefes de graduacion, jenerales, coroneles, comandantes (1). Segun los informes de oríjen boliviano, solo en la division de esta nacionalidad las pérdidas del combate subieron a 1,200 muertos i a 900 heridos. Se habla en esos documentos de dos batallones bolivianos que sucumbieron casi enteros en la defensa del ala iquierda del ejército aliado, que los peruanos habian comenzado a abandonar. El núme-

(1) Los aliados, a causa de la dispersion consiguiente a la derrota, no han podido señalar exactamente las pérdidas que sufrieron en la batalla de Tacna, que ellos llaman del Campo de la Alianza. Sin embargo, en una publicacion hecha por el coronel don Manuel Velarde, jefe de estado mayor peruano, aparece que este solo ejército tuvo entre jefes i oficiales las siguientes pérdidas: Muertos, 6 coroneles, 7 tenientes coroneles i 71 oficiales. Heridos, 1 coronel, 8 tenientes coroneles i 92 oficiales. El coronel Velarde añade que la pérdida de soldados fué relativa a la de los jefes i oficiales.

Las pérdidas de los bolivianos, entre las que se contaban dos jenerales, muchos coroneles i oficiales, fueron comparativamente mayores. Dos batallones bolivianos que defendieron valientemente el ala izquierda de los aliados, fueron casi completamente destruidos por las balas i las bayonetas de los chilenos en los momentos del asalto de esas posiciones.

ro de prisioneros tomados por los chilenos ascendia a 2,500 hombres, entre los cuales habia un jeneral, diez coroneles i gran número de jefes i oficiales. En el campo de batalla, los vencedores se apoderaron de diez cañones en perfecto estado de servicio, i mas adelante de otros dos que estaban desmontados, de cinco ametralladoras nuevas, de cinco a seis mil rifles, i de un número inmenso de municiones de cañon i de fusil.

Los jenerales Campero i Montero salieron ilesos de la batalla. Ambos se dirijieron con una parte de los dispersos a la ciudad de Tacna, donde creian quizá poder organizar todavía una segunda resistencia. Allí se reconoció que esto era imposible; i ambos jefes continuaron su retirada con el mayor número de dispersos que pudieron reunir. Del ejército de diez mil hombres que tenian esa mañana, solo se les juntaron en grupos desordenados, i eso despues de algunos dias, unos 2,800 soldados que habian pertenecido al uno o al otro ejército aliado. Los peruanos siguieron el camino de Tarata i Puno con el contra-almirante Montero, miéntras los bolivianos se dirijian a la Paz, trasmontando las cordilleras, bajo las órdenes del jeneral Campero.

La ciudad de Tacna quedó entónces abandonada, o mas propiamente ocupada por los heridos i contusos que no podian o que no querian huir, i por numerosos dispersos que arrojaban sus arreos militares para ocultarse a los vencedores, resueltos a no acompañar mas a sus jefes. Todo era allí confusion i desórden: los vecinos cerraban las puertas de sus casas, i los dispersos comenzaban a saquear los despachos i bodegones en busca de licores. En esos momentos se presentó en las

calles un parlamentario chileno que con bandera blanca iba en busca de las autoridades para exijir la rendicion de la ciudad. Ese parlamentario fué recibido a balazos en las calles, i apénas pudo regresar ileso al campo de batalla.

Creyóse, pues, que habria una resistencia organizada en la ciudad. En el momento el jeneral en jefe dispuso que avanzase sobre ella una division del ejército chileno. La artillería que la acompañaba, hizo algunos disparos por elevacion; i la infantería se disponia a tomarla a viva fuerza cuando llegaron los cónsules estranjeros a prevenir que Tacna estaba abandonada e indefensa, i que los chilenos podian ocuparla sin resistencia para evitar mayores desórdenes. Segun ellos, los que habian hecho fuego sobre el parlamentario eran unos soldados peruanos ébrios que tambien se habian dispersado. La division chilena hizo en efecto su entrada en la ciudad; i desde ese momento cesaron todos los desórdenes i se restableció la tranquilidad.

Miéntras tanto, en la tarde de ese dia i en los dias siguientes, diversas partidas del ejército chileno continuaron la persecucion de los fujitivos i de los dispersos; i cada una de ellas volvia al campamento con grupos de soldados peruanos i bolivianos, i con cargas del armamento abandonado. Muchos de esos soldados habian cambiado de traje, i algunos pudieron sustraerse así a ser capturados por los vencedores.

La noticia del desastre de Tacna corrió rápidamente en todo el sur del Perú llevada por los fujitivos de la batalla. No trataban éstos de ocultar la magnitud de su derrota, pero persistian en esplicarla como el resultado

natural de la inmensa superioridad numérica de los chilenos (1), cuyo ejército se hacia subir a 22 i 24 mil hombres. Esto mismo, como debe suponerse, contribuia a aumentar el sobresalto i la confusion.

En Lima circuló el primer rumor de la derrota el 1.° de junio. Ese dia habia llegado al Callao un trasporte chileno que llevaba al jefe de la escuadra bloqueadora la noticia cabal de la batalla. El almirante mandó hacer las salvas de estilo; i luego los comandantes de los buques neutrales se impusieron de lo ocurrido. En tierra se conoció mas o ménos la verdad de todo; pero ántes de dar crédito a la noticia del desastre, se prefirió buscar otra esplicacion a las salvas de la escuadra chilena. Se dijo al efecto que ese dia habia llegado un nuevo almi-

(1) La prensa de esos lugares, así como la de Lima, habian dicho hasta el cansancio que la segunda campaña de los chilenos, no debia causar el menor temor, porque su ejército no pasaba de unos doce mil hombres; miéntras que el segundo ejército del sur, mandado por el contra-almirante Montero, contaba con fuerzas mui superiores. Despues de la derrota, se invirtieron las cifras exajerándolas estraordinariamente El ejército chileno, decian, constaba de 22 o 24 mil hombres; i el ejército aliado de 8 a 9 mil hombres.

La verdad es que en la batalla de Tacna, los chilenos tenian por junto, aun contando sus enfermos, que no eran muchos, 13,372 hombres, de los cuales no tomó parte alguna en el combate un cuerpo de reserva compuesto de 3,130, i mui escasa a consecuencia de las condiciones del terreno, los 1,200 soldados que formaban la caballería. Puede, pues, decirse que por parte de los vencedores solo pelearon 9,042 El ejército aliado que estaba a la defensiva, i colocado en posiciones formidables, tenia, segun el jeneral Campero, 9,300 hombres A esta última cifra hai que agregar unos 750 policiales i voluntarios armados con que acudió ese dia al campo del combate el prefecto de Tacna don Pedro A. del Solar.

Antes de la batalla de Tacna, las tropas aliadas eran denominadas en los documentos públicos del Perú «el 2.° ejército del sur,» porque se llama «el primero» al que fué destrozado por los chilenos en la campaña de Tarapacá Despues de la derrota, la prensa de Lima i los documentos oficiales, han trastornado este órden dando la denominacion de «primer ejército del sur» al destruido en Tacna.

rante a relevar al que sostenia el bloqueo; i que como era natural, era recibido con los honores de su rango.

No fué posible conservar esa ilusion mui largo tiempo. El 2 de junio tocó en Pisco un vapor ingles que iba del sur; i él comunicó en el puerto las noticias que habia recojido en Arica, i que el telégrafo trasmitió inmediatamente a Lima. La prensa, sometida al réjimen dictatorial, publicó boletines en que los hechos estaban presentados de la manera siguiente:—«Ha habido en el sur una batalla que ha durado tres dias, i cuyo resultado no es decisivo. Los mismos chilenos confiesan haber sufrido mas pérdidas que las de los aliados. Como medida estratéjica, se dió a los chilenos paso para la ciudad de Tacna, pero el ejército aliado se ha retirado en buen órden i no ha dejado un solo prisionero. En cambio, Montero tiene consigo mil prisioneros chilenos. El jeneral Montero se halla en Palca con su ejército. El coronel Leiva estaba el 25 en Torata con otro ejército, i a la fecha debe hallarse en el teatro de la guerra. En Arica se encuentra Bolognesi con las divisiones de su mando. De manera que los restos del ejército chileno deben hallarse a estas horas encerrados por un círculo de fuego, i tienen que sucumbir indispensablemente.»

I esta noticia circuló durante muchos dias en Lima i en todo el norte del Perú i se remitió a Europa i a los Estados Unidos por la via de Panamá, como si los descalabros de la guerra pudieran remediarse con la publicacion de tales boletines. De todos esos detalles, no habia mas que uno verdadero. En Arica quedaba en pié una division peruana bajo el mando del coronel don Francisco Bolognesi. Todo el resto del Perú, desde el

valle de Moquegua al sur, quedaba en tranquila posesion de los chilenos.

Para terminar la segunda campaña de esta guerra, el ejército chileno tenia aun que hacer un nuevo i mas vigoroso esfuerzo para apoderarse de las formidables posiciones de Arica.

CAPITULO XIII.

Arica, junio de 1880.

La plaza de Arica i sus fortificaciones.—Las minas de dinamita.—
—El monitor *Manco Capac*.—La guarnicion de la plaza.—Instrucciones dadas al jefe de ésta.—Ignorancia en que quedó este jefe de los sucesos de Tacna.—Concibe la esperanza de defenderse en Arica miéntras le llegaban socorros.—Los chilenos restablecen el ferrocarril para marchar sobre Arica.—Frustrada esplosion de una mina de los peruanos.—Acampa enfrente de Arica una division del ejército chileno.—El jeneral chileno pone sitio a la plaza i le intima rendicion.—La ataca sin resultado con la artillería de mar i de tierra.—Resuelve asaltar con su infantería las fortificaciones peruanas —Los chilenos proponen nuevamente una capitulacion al enemigo: éste la rechaza.—Asalto de Arica (7 de junio).—El ejército chileno queda dueño de la plaza despues de un combate encarnizado.—Los marinos peruanos echan a pique el monitor *Manco Capac*, i en seguida se rinden.—Consecuencias de este combate.

La ciudad de Arica, mucho mas populosa ántes de los grandes terremotos de 1868 i de 1877, contaba a principios de la guerra un vecindario de unos 3,000 habitantes. Apesar de estò, conservaba su prerogativa de la plaza marítima mas comercial del Perú despues del Callao, i de puerto de entrada i de salida de la mayor parte del comercio de Bolivia.

La guerra de 1879 vino tambien a convertirlo en el segundo puerto militar del Perú, para lo cual se pres-

taba admirablemente la configuracion de su terreno. La ciudad se levanta a orillas del mar, resguardada por el sur por una serie de alturas de ascenso mas o ménos difícil, que la mano del hombre puede convertir en poco tiempo en formidables fortificaciones. Al norte de la ciudad se estiende una llanura bañada por el pequeño rio de Arica, que despues de formar en su trascurso un valle estrecho, pero de abundante vejetacion, viene a vaciar allí sus aguas en el mar. En ese terreno bajo se habian construido tres baterias a flor de agua, provista cada una de dos cañones de a 100, 150 i 300 libras. Esos cañones defendian a la ciudad de toda tentativa de desembarco, i dominaban tambien con sus fuegos todas las tierras bajas que constituyen la última porcion del valle de que hemos hablado.

Al sur de la ciudad, en los puntos dominantes de esas alturas, se habian construido otras tres fortificaciones mucho mas poderosas. Esas fortificaciones habian sido resguardadas con excelentes parapetos de sacos de arena, para defensa de los artilleros, i estaban dotadas de catorce cañones, de los cuales once eran tambien de a 100, 150 i 300 libras. Por su disposicion, estos fuertes se dominaban los unos a los otros, de tal suerte que despues de perdidos los que estaban situados mas léjos de la ciudad, quedaban éstos bajo el fuego de la fortaleza del Morro, la mas poderosa de todas ellas. El Morro es un cerro de 150 metros de elevacion, cortado a escarpe sobre el mar, apegado a la ciudad por su lado sur, i del mas difícil acceso. Ademas de que el declive del cerro es mui pendiente, está cubierto por una espesa capa de terreno arenoso i movedizo donde el hombre

no puede asentar el pié sino en los estrechos i tortuosos senderos que se han abierto en sus flancos. La fortaleza del Morro, servida por ocho cañones, debia ser el último asilo de los defensores de la plaza; i desde allí podian quemar i destruir fácilmente a los enemigos que hubieran conseguido apoderarse de todos los otros fuertes.

Para ello, los peruanos contaban tambien con otro elemento de resistencia. Todos los fuertes dominados por el Morro habian sido minados con depósitos encubiertos de pólvora i dinamita, i debian volar uno en pos de otro desde que fueran cayendo en manos del enemigo. Por una traza de guerra que la moral no puede aplaudir, se habia colocado en un hospital, bajo el amparo de la Cruz Roja, i por tanto fuera de todo peligro i de todo ataque del enemigo, la bateria eléctrica de donde partian los alambres ocultos que debian hacer saltar esas minas.

Arica tenia ademas otra fortaleza no ménos poderosa, el monitor *Manco Capac*, verdadera bateria flotante colocada en el centro de la bahia i provista de dos grandes cañones de a 500 libras, que por la movilidad del buque podian trasladarse de un punto a otro i hacer sus fuegos sobre tierra o sobre el mar, segun las necesidades del combate. Hemos dicho ya que este monitor, aunque mui pesado para andar, era una máquina de guerra casi inatacable, por que en los momentos del combate apénas sobresalia unos 50 centímetros de la superficie de las aguas.

La guarnicion de la plaza, sin contar en ella a los marinos del monitor, se elevaba a poco mas de dos mil

hombres. De estos, 350 eran artilleros de los fuertes; i el resto, con escepcion de unos 70 jinetes, eran rifleros ejercitados en todo el curso de la campaña. Esas fuerzas estaban mandadas por mas de trescientos jefes i oficiales, doce de los cuales eran coroneles o tenientes coroneles. Una parte de los rifleros estaba distribuida en los fuertes i baterías para defenderlos en caso de una sorpresa. La otra, en prevision de un ataque de la infantería enemiga por el valle que da entrada a la ciudad, estaba destinada a la defensa de ésta desde una línea de atrincheramientos de sacos de arena, construida en circunvalacion, que partiendo de las orillas del mar, encerraba las tres baterías del norte i venia a apoyarse en los cerros en que se levantaban las fortificaciones del sur.

Los oficiales peruanos habian tenido mas de un año, desde los principios de la guerra, para ejecutar estos trabajos, pero en el principio se llevaron con mucha lentitud. La pérdida de la provincia de Tarapacá en noviembre de 1879, hizo comprender a los jefes peruanos que la fortificacion de Arica era una necesidad imprescindible, i luego, el desembarco de los chilenos en Ilo, en febrero de 1880, vino a estimularlos a poner la mayor actividad en la conclusion de estas obras. A mediados de mayo, Arica estaba perfectamente fortificada, i podia resistir ventajosamente por mar i por tierra a tropas cinco veces superiores a las que la defendian.

El mando de la plaza habia sido confiado al coronel don Francisco Bolognesi, soldado antiguo que habia adquirido en sus viajes por Europa una instruccion militar mui superior a la del mayor número de los jefes

peruanos. Las formidables baterías del Morro estaban mandadas por el capitan de navío don Juan Guillermo Moore, en cuyas manos se habia perdido la fragata encorazada *Independencia* en el combate naval de Iquique, el 21 de mayo del año anterior, i que estaba resuelto a hacer olvidar esa desgracia con la defensa heroica de aquella fortaleza. A juzgar por las manifestaciones esteriores, los otros jefes estaban animados de un espíritu igualmente resuelto i decidido. En efecto, cada vez que la escuadrilla chilena que bloqueaba el puerto, habia roto los fuegos contra los fuertes de tierra, éstos se habian defendido con toda enerjía i con no poco acierto.

Desde que el contra-almirante Montero salió de la plaza para ocupar su puesto en el ejército de Tacna, Bolognesi, dió mayor impulso a la instruccion de sus tropas temiendo verse atacado allí mas tarde o mas temprano. Por el telégrafo supo que los chilenos avanzaban sobre Tacna, i recibió tambien la noticia mas o ménos fantástica de que un nuevo ejército peruano mandado por el coronel Leiva habia salido de Arequipa, de que marchaba hácia el sur i de que en breve picaria la retaguardia a los enemigos. La derrota de estos parecia inevitable; i así lo aseguraba el contra-almirante Montero en todas sus comunicaciones.

Hemos contado en el capítulo anterior que cuatro dias ántes de la batalla de Tacna, una division del ejército chileno habia practicado un reconocimiento de las posiciones de los aliados, i que en seguida se habia retirado tranquilamente sin ser molestada. Montero comunicó a Arica por el telégrafo este movimiento de

los chilenos como una prueba de la debilidad de éstos, i como una prenda de confianza en el próximo i seguro triunfo de las armas aliadas. Solo la víspera de la batalla, cuando, como se recordará, por las declaraciones de unos arrieros chilenos se supuso en el campamento de Tacna que el ejército de éstos pasaba de 22 mil hombres, i cuando se vió que el anunciado ejército peruano de Arequipa tardaba mucho en llegar, comenzó a creer Montero que entraba en lo posible el sufrir una derrota. Sin manifestar, sin embargo, esta desconfianza, telegrafió al jefe de la guarnicion de Arica, en estos términos: «Mañana será la batalla. Cualquiera que sea su resultado, Ud. debe resistir a todo trance.»

El dia 26, en efecto, se sintió en Arica el lejano cañoneo de la batalla de Tacna. Desde las alturas se creia divisar la humareda del combate. La inquietud estaba retratada en todos los semblantes; pero se pasó el dia entero, i se pasaron cuatro mas sin que se recibiese ni por el telégrafo ni por ninguna otra via, noticia segura del desenlace de la jornada. En la noche de ese mismo dia, los chilenos habian despachado de Ite un vapor aviso con comunicaciones acerca de la victoria para el gobierno de Chile, i ese vapor a su paso por Arica, habia trasmitido la noticia a las naves que bloqueaban el puerto. Estas se empavezaron en señal de victoria, e hicieron las salvas de estilo en los dias de triunfo. La guarnicion peruana no dió entero crédito a estas manifestaciones. A su juicio, eran probablemente trazas de los chilenos para disimular un contraste. Se preferia esperar un aviso mas digno de fe.

Pero este aviso tardaba en llegar. Cuenta el contra-

[illegible]

No [illegible] de la [illegible] de la situacion. Pero se creyó que ésta estaba mui léjos de ser desesperada. La plaza poseia los elementos i la guarnicion necesaria para rechazar cualquier ataque, tanto mas cuanto que los chilenos, aunque vencedores, debian haber sufrido grandes pérdidas en la batalla, que segun los informes de los fujitivos peruanos habia sido mui encarnizada. La ciudad estaba provista de agua por unas vertientes que nacen dentro de la línea de las fortificaciones, i poseia víveres abundantes para soportar un largo sitio. Abundaban igualmente las municiones de guerra, a tal punto que habian podido destinarse grandes cantidades de pólvora a las minas abiertas dentro i fuera de la ciudad. El ataque del enemigo, a juicio de los defensores de la plaza, debia reducirse a un sitio mas o ménos largo; pero ántes de mucho podia llegar otro ejército peruano, el de Leiva, sobre todo, que segun los in-

formes recibidos, debia haber salido ya de Torata; i se creia que reuniendo éste en su marcha los dispersos peruanos, podria presentar una nueva batalla en que los chilenos habian de sucumbir.

Desde el siguiente dia de la victoria de Tacna, i en medio de los afanes consiguientes a la persecucion de los fujitivos i del establecimiento de hospitales en la ciudad para curar a los heridos, el jeneral Baquedano dictó las medidas del caso para marchar sobre Arica. Un cuerpo de pontoneros salió a reparar las destrucciones del ferrocarril bajo la direccion de algunos de los injenieros del ejército, i protejido por una division de caballería. Estos trabajos fueron ejecutados con tanta actividad que cinco dias despues la comunicacion por la via férrea estaba restablecida hasta cerca del pequeño rio de Chacalluta, pocos quilómetros al norte de Arica. El puente que existe sobre ese rio, habia sido destruido por los peruanos, pero este punto era el designado para campamento del ejército chileno; i de allí para adelante las tropas debian avanzar en son de guerra, i con las precauciones que requeria la proximidad del enemigo.

En la tarde del 1.° de junio casi al oscurecerse, llegaron a esos lugares un rejimiento i un escuadron de caballería chilena, i despues de reconocer el campo en las inmediaciones del puente destruido, los soldados comenzaron a bajar al rio por secciones para dar de beber a sus caballos, siguiendo al efecto el único sendero practicable. De repente se hace oir una estruendosa detonacion, el suelo se conmueve i se levanta por los aires una masa de piedras envueltas en una gruesa columna de fuego i de humo. Los caballos se encabritan i tratan

de arrancar en todas direcciones aumentando la confusion de aquella sorpresa. Era una mina de dinamita que acababa de estallar.

El jefe del destacamento chileno a cuyos piés habia tenido lugar la esplosion, el sarjento mayor don Rafael Vargas, que era considerado uno de los primeros sableadores de la caballería chilena, estaba ileso i no perdió por un solo instante su serenidad. El corneta que llevaba a su lado para impartir sus órdenes, tenia un brazo quebrado, i otros dos soldados habian recibido algunas heridas; pero éstos eran los únicos daños que habia causado la esplosion. El mayor Vargas reunió a los suyos; i habiendo distinguido a la última luz del dia, tres bultos que se alejaban a toda prisa de una casita de madera, situada en la orilla opuesta del rio, i que se ocultaban entre los matorrales, emprendió resueltamente su persecucion sin temer que pudieran estallar otras minas. Uno solo de los fujitivos consiguió escaparse: los otros dos fueron tomados prisioneros i salvados por el mayor Vargas de la muerte que querian darles los soldados. Uno de ellos era un injeniero peruano, encargado de dirijir los trabajos de minas de aquellos alrededores.

El plan de los peruanos para destruir o desconcertar al ejército chileno en el paso del rio de Chacalluta, quedaba, pues, frustrado. En la casita de madera de que hemos hablado se encontró la batería eléctrica que debia comunicar el fuego a las minas. Inmediatamente se cortaron los alambres; i el siguiente dia se continuaron los trabajos. En las márjenes del rio, en el punto por donde necesariamente debia pasar el ejército chileno,

CAPITULO XIII.

Arica, junio de 1880.

La plaza de Arica i sus fortificaciones.—Las minas de dinamita.—
—El monitor *Manco Capac*.—La guarnicion de la plaza.—Instrucciones dadas al jefe de ésta.—Ignorancia en que quedó este jefe de los sucesos de Tacna.—Concibe la esperanza de defenderse en Arica miéntras le llegaban socorros.—Los chilenos restablecen el ferrocarril para marchar sobre Arica.—Frustrada esplosion de una mina de los peruanos.—Acampa enfrente de Arica una division del ejército chileno.—El jeneral chileno pone sitio a la plaza i le intima rendicion.—La ataca sin resultado con la artillería de mar i de tierra.—Resuelve asaltar con su infantería las fortificaciones peruanas —Los chilenos proponen nuevamente una capitulacion al enemigo: éste la rechaza.—Asalto de Arica (7 de junio).—El ejército chileno queda dueño de la plaza despues de un combate encarnizado.—Los marinos peruanos echan a pique el monitor *Manco Capac*, i en seguida se rinden.—Consecuencias de este combate.

La ciudad de Arica, mucho mas populosa ántes de los grandes terremotos de 1868 i de 1877, contaba a principios de la guerra un vecindario de unos 3,000 habitantes. Apesar de esto, conservaba su prerogativa de la plaza marítima mas comercial del Perú despues del Callao, i de puerto de entrada i de salida de la mayor parte del comercio de Bolivia.

La guerra de 1879 vino tambien a convertirlo en el segundo puerto militar del Perú, para lo cual se pres-

CAPITULO XIII.

Arica, junio de 1880.

La plaza de Arica i sus fortificaciones.—Las minas de dinamita.—
—El monitor *Manco Capac.*—La guarnicion de la plaza.—Instrucciones dadas al jefe de ésta.—Ignorancia en que quedó este jefe de los sucesos de Tacna.—Concibe la esperanza de defenderse en Arica miéntras le llegaban socorros.—Los chilenos restablecen el ferrocarril para marchar sobre Arica.—Frustrada esplosion de una mina de los peruanos.—Acampa enfrente de Arica una division del ejército chileno.—El jeneral chileno pone sitio a la plaza i le intima rendicion.—La ataca sin resultado con la artillería de mar i de tierra.—Resuelve asaltar con su infantería las fortificaciones peruanas —Los chilenos proponen nuevamente una capitulacion al enemigo: éste la rechaza.—Asalto de Arica (7 de junio).—
El ejército chileno queda dueño de la plaza despues de un combate encarnizado.—Los marinos peruanos echan a pique el monitor *Manco Capac,* i en seguida se rinden.—Consecuencias de este combate.

La ciudad de Arica, mucho mas populosa ántes de los grandes terremotos de 1868 i de 1877, contaba a principios de la guerra un vecindario de unos 3,000 habitantes. Apesar de esto, conservaba su prerogativa de la plaza marítima mas comercial del Perú despues del Callao, i de puerto de entrada i de salida de la mayor parte del comercio de Bolivia.

La guerra de 1879 vino tambien a convertirlo en el segundo puerto militar del Perú, para lo cual se pres-

CAPITULO XIII.

Arica, junio de 1880.

La plaza de Arica i sus fortificaciones.—Las minas de dinamita.—
—El monitor *Manco Capac.*—La guarnicion de la plaza.—Instrucciones dadas al jefe de ésta.—Ignorancia en que quedó este jefe de los sucesos de Tacna.—Concibe la esperanza de defenderse en Arica miéntras le llegaban socorros.—Los chilenos restablecen el ferrocarril para marchar sobre Arica.—Frustrada esplosion de una mina de los peruanos.—Acampa enfrente de Arica una division del ejército chileno.—El jeneral chileno pone sitio a la plaza i le intima rendicion.—La ataca sin resultado con la artillería de mar i de tierra.—Resuelve asaltar con su infantería las fortificaciones peruanas —Los chilenos proponen nuevamente una capitulacion al enemigo: éste la rechaza.—Asalto de Arica (7 de junio).—El ejército chileno queda dueño de la plaza despues de un combate encarnizado.—Los marinos peruanos echan a pique el monitor *Manco Capac*, i en seguida se rinden.—Consecuencias de este combate.

La ciudad de Arica, mucho mas populosa ántes de los grandes terremotos de 1868 i de 1877, contaba a principios de la guerra un vecindario de unos 3,000 habitantes. Apesar de esto, conservaba su prerogativa de la plaza marítima mas comercial del Perú despues del Callao, i de puerto de entrada i de salida de la mayor parte del comercio de Bolivia.

La guerra de 1879 vino tambien a convertirlo en el segundo puerto militar del Perú, para lo cual se pres-

nos estaban envalentonados con el ningun resultado del cañoneo de ese dia, que ellos consideraban como una victoria de sus armas; i creyeron que estos ofrecimientos de capitulacion no eran inspirados como se decia, por el deseo de evitar nuevos horrores i nueva sangre, sino por la impotencia i por el miedo (1). Así, pues, el injeniero peruano volvió a media noche al campamento chileno comunicando que los jefes de la plaza se negaban resueltamente a capitular.

Entre tanto, a las siete de la tarde, i cuando las sombras de la noche habian cubierto todo el campo, avanzaron con el mayor silencio las columnas de ataque que debian asaltar los fuertes del sur, hasta colocarse a un quilómetro de ellos, i por lo tanto bajo el fuego de sus poderosos cañones. Allí acamparon para pasar la noche, i para tomar el descanso conveniente ántes del asalto. La caballería quedaba a retaguardia alimentando el fuego del campamento de la tarde, a fin de engañar mejor al enemigo. Esta operacion se practicó con tanto órden que los defensores de la plaza no tuvieron la menor sospecha de la proximidad de las columnas chilenas. En uno i otro campo se pasó la noche en la mayor tranquilidad.

Antes del amanecer del siguiente dia (7 de junio) los 1,900 hombres que debian atacar los fuertes del sur, se hallaban listos para emprender la marcha, guiados por los oficiales del estado mayor que habian estudiado el terreno. En efecto, a la primera claridad del dia, se

(1) Tan convencidos estaban de esto los jefes peruanos que el santo dado esa noche a los centinelas de la plaza eran las palabras siguientes: «Enemigo cobarde tenemos.»

lanzan a paso de carga, i caen como el rayo sobre las dos primeras fortificaciones. Sin cuidarse del vivo fuego de fusil de los peruanos, rompen con sus bayonetas los sacos de los parapetos; la arena se desparrama; i una vez abierta la brecha, cargan sobre los defensores de los fuertes con un ardor tal que en pocos minutos los destrozan i los ponen en vergonzosa fuga. Todos los que escapan a la muerte tratan de replegarse a las alturas del Morro, donde se pensaba organizar la mas vigorosa resistencia.

La aparicion de los chilenos en las alturas del sur, era la señal convenida para que la columna de novecientos hombres que habia quedado al norte, cayese sobre los fuertes situados en aquella parte. Sin cuidarse del fuego de cañon de esos fuertes, ni de los que le dirijian desde el monitor *Manco Capac*, esa columna avanzó resueltamente, i trabó tambien el combate con la misma decision que habian mostrado los asaltantes de las alturas. La resistencia de los peruanos no fué allí de larga duracion. Confiando mas que en todo en el poder de sus minas, se resuelven prontamente a abandonar sus fuertes para que los haga saltar la pólvora i la dinamita. En efecto, los injenieros peruanos encargados de dar fuego a las minas, sobrecojidos de pavor por aquel ataque tan rápido como audaz, viendo al enemigo por todas partes, aplican indiscretamente la electricidad a algunas de las guias, i saltan dos minas en las baterías de los cerros i otras dos en los fuertes de la llanura, levantando columnas de humo, de fuego i de piedras, i haciendo volar por los aires uno o dos centenares de combatientes, peruanos en su mayor parte,

de tal suerte que el empleo de esta arma terrible venia en auxilio de los asaltantes contra quienes se habia preparado.

Los soldados chilenos no se desanimaron un solo instante por estas esplosiones, ni por el temor a las otras minas que podian estallar mas adelante. Léjos de eso, cobran mas ardor; i con una rapidez i una decision inquebrantables, se lanzan sobre las alturas del Morro, escalando por todas partes el empinado cerro, i persiguiendo i matando con sus balas i sus bayonetas a los soldados peruanos que corrian a reforzar la guarnicion de la cumbre. En su marcha reciben una lluvia incesante de fuego que se les hace desde los parapetos de la fortaleza. Cae allí herido de muerte el teniente coronel don Juan José San Martin, que mandaba el asalto, por aquella parte, i caen tambien numerosos soldados; pero a la voz del segundo jefe del rejimiento, don Luis Solo Zaldívar, la tropa llegá a las trincheras enemigas, las asalta i penetra en el fuerte arrollando en pocos minutos toda resistencia. El coronel Bolognesi, comandante militar de la plaza, el comandante Moore, jefe de aquellas baterías, i muchos jefes, oficiales i soldados peruanos sucumben allí. Algunos de ellos se precipitan de las alturas por las barrancas que miran al mar, prefiriendo esta muerte horrible a la del combate.

En esos momentos de suprema ansiedad, llega al Morro la noticia de que las baterías del norte han sido tomadas igualmente por asalto, de que los peruanos han hecho reventar los cañones con dinamita ántes de replegarse a las alturas, i de que en un hospital, colocado bajo la salvaguardia de la Cruz Roja, desde donde se ha

hecho fuego sobre los chilenos, estaban las baterías eléctricas que habian hecho saltar las minas. Anúnciase ademas que existian muchos otros depósitos de dinamita, i que los oficiales del estado mayor estaban ocupados en cortar las guias que partian de aquel hospital. «¡Hoi no hai prisioneros!», gritaron los soldados chilenos; i cargan rabiosos sobre los aterrorizados defensores del Morro. Los jefes i los oficiales chilenos consiguieron con gran trabajo dominar el ardor de su tropa, i salvar en ese último atrincheramiento de los peruanos a mas de sesenta jefes i oficiales i a mas de trescientos soldados enemigos. La bandera chilena fué enarbolada en aquellas alturas cuando aun no habia cesado el fuego del combate.

El combate habia durado cincuenta i cinco minutos. La actividad impetuosa e irresistible de las tropas chilenas se habia apoderado de todos los fuertes i trincheras con que los enemigos habian rodeado la plaza de Arica, casi en el mismo espacio de tiempo que habrian necesitado para recorrer pacíficamente esas posiciones.

La reserva, entre tanto, habia cerrado el paso a todos los fujitivos, i una parte de la caballería chilena habia penetrado por las calles de la ciudad recibiendo el fuego que se le hacia desde los edificios. Esta resistencia exita el ardor de los soldados chilenos. Allegan fuego a algunas de las casas en que se parapetan los enemigos, sablean sin piedad a todos los hombres armados que encuentran a su paso, i quedan en breve dueños de la ciupad.

Pero, quedaba todavía en pié otra batería que no podian asaltar las tropas de tierra, el poderoso monitor

Manco Capac. A las seis de la mañana, cuando se hicieron oir los primeros tiros del combate, esa batería flotante abandonaba su fondeadero, i acercándose a la playa, rompia sus fuegos sobre la columna chilena que avanzaba a asaltar los fuertes del norte. Cuando la bandera de los vencedores flotaba sobre las alturas que habian ocupado los peruanos, se le vió alejarse lentamente de tierra. Creíase que iba a dirijirse sobre las naves chilenas que bloqueaban el puerto, para estrellarse sobre alguna de ellas, sucumbiendo así en un choque de suprema desesperacion i de verdadera gloria, que podia costar mui sensibles pérdidas al enemigo. La ansiedad de los que observaban los movimientos del monitor peruano no fué de larga duracion. Vióse luego a los tripulantes de esta nave descender del buque en dos lanchas de vapor, i remolcar algunos botes cargados de jente para dirijirse a pedir asilo a los buques neutrales, miéntras el *Manco Capac*, abandonado, sin un solo hombre a su bordo, se hundia bajo las aguas del puerto a las ocho de la mañana. Los marinos peruanos habian limitado su defensa a abrir las válvulas del buque i a aplicarle algunos torpedos para sumerjirlo i perderlo en un punto del mar cuya profundidad no permitiera volver a ponerlo a flote.

Este último episodio de la defensa de Arica no tuvo, pues, el heroismo que se aguardaba. Los marinos neutrales se negaron resueltamente a dar asilo a los tripulantes del *Manco Capac.* Desesperados por esta firme negativa, los fujitivos resuelven buscar su salvacion entregándose rendidos i prisioneros en las naves chilenas que en esos momentos se acercaban a la plaza conquis-

tada por el ejército de tierra. Solo una lancha que llevaba a su bordo unos cuantos marinos peruanos, se dirije al norte a toda máquina i logra sustraerse por su prodijiosa rapidez a la persecucion de los chilenos. Creyéndose al fin libres de todo peligro, los fujitivos se acercan a tierra en una caleta vecina al puerto de Ilo, i allí desembarcan aplicando un torpedo a su propia embarcacion, para hacerla volar e impedir así que fuese presa del enemigo. Pero los chilenos ocupaban esa costa desde meses atras, i los soldados que guarnecian esa caleta, capturaron i desarmaron a los únicos militares peruanos que habian podido salvarse de Arica.

La toma de la plaza costaba al ejército chileno las siguientes pérdidas: muertos, 3 oficiales i 114 soldados; heridos, 18 oficiales i 237 soldados; por todo 372 bajas. Pero las pérdidas de los peruanos fueron cuatro veces superiores, en parte causadas por la imprudente i atropellada esplosion de las minas de los fuertes. El estado mayor chileno calcula que el enemigo tuvo mas de mil muertos i como doscientos heridos. El número de prisioneros peruanos ascendia a 1,328 individuos, de los cuales 118 eran jefes i oficiales, i el resto soldados i marineros. El material de guerra tomado por los vencedores era tambien mui numeroso. Consistia en trece cañones de varios calibres (nueve de a 100 i uno de a 300), en perfecto estado de servicio; siete cañones destrozados por la dinamita; mas de 1,500 balas i granadas para cañones; 1500 rifles de diversos sistemas con su respectiva dotacion de municiones; i una cantidad considerable de dinamita, guias, pólvora, herramientas i útiles para el servicio de los fuertes. Los chilenos ha-

bian ejecutado con tanta rapidez la ocupacion de la plaza que el enemigo no habia alcanzado a destruir mas que una parte reducida de su material de guerra, es decir, los siete cañones de que hemos hablado mas arriba. De la misma manera, volvemos a repetirlo, habian conseguido que no se escapase uno solo de los defensores de Arica. «El que no cayó prisionero, rindió la vida,» dice lacónicamente el parte del jefe de estado mayor chileno.

Despues de la victoria, desplegaron la misma actividad para hacer cesar la confusion i el desórden consiguientes a una batalla dada en estas condiciones. Instaláronse hospitales para atender a los heridos. Los cirujanos chilenos desplegaron un gran celo en este trabajo; pero es justo recordar que fueron eficazmente ayudados por el cuerpo médico de una fragata de guerra alemana, la *Hansa*, que bajó a tierra con vendajes i medicinas i que desplegó en esta obra humanitaria tanto interes como intelijencia. En el cuartel jeneral de los peruanos se halló un plano de las fortificaciones i de las minas de la plaza. Por él se vió que esas minas eran 84, que quedaba todavía intacta la mayor parte de ellas, i que éstas podian estallar de un momento a otro, por un descuido cualquiera, o por el incendio de algunos edificios. Los soldados emplearon dos dias en desmontar esa minas, i lograron hacerlo sin ningun accidente.

El estado mayor chileno tuvo tambien que atender a trabajos de otro órden. Al mismo tiempo que se disponia el envio a Valparaiso de los prisioneros tomados en las dos últimas batallas, i que se remitian a los hospitales de Iquique i de Pisagua a los heridos que era

posible trasportar, se equipaban dos buques para que llevasen al Callao los heridos peruanos que estando imposibilitados para tomar de nuevo las armas, no habia peligro en dejar en libertad. Esta medida humanitaria, al paso que descargaba considerablemente a los hospitales militares, permitia a esos desgraciados volver al seno de sus familias, i recibir atenciones que no es fácil prestar en el campamento. Ellos, ademas, debian ser los mejores mensajeros del desastre, i como tales habian de desmentir las versiones fantásticas con que el gobierno del Perú convertia en victorias, o a lo mas en batallas sin importancia i sin consecuencia, las espantosas derrotas de sus ejércitos.

Chile, por su parte, no necesitó exajerar la importancia de los triunfos alcanzados por sus soldados. Al terminar la segunda campaña de la guerra del Pacífico, quedaba en tranquila posesion de todo el territorio peruano que se estiende al sur de Ilo, al paso que su escuadra, engrosada con dos naves quitadas al enemigo, bloqueaba el Callao i los puertos vecinos, i recorria toda la costa del Perú sin hallar resistencia alguna. Habia tomado al enemigo en los campos de batalla mas de tres mil prisioneros, mas de cuarenta cañones i ametralladoras i mas de cinco mil rifles, i en mar i en tierra habia asentado el poder i el prestijio de la república.

Despues de estas grandes victorias del ejército chileno, la guerra iba a cambiar de teatro.

FIN.

ÍNDICE.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

SEGUNDA PARTE.

LAS OPERACIONES MILITARES.

CAPITULO PRIMERO.

ANTOFAGASTA I CALAMA, FEBRERO I MARZO DE 1879.

CAPITULO II.

DECLARACION DE GUERRA AL PERÚ, MARZO I ABRIL DE 1879.

CAPITULO III.

LOS EJÉRCITOS DE LOS BELIJERANTES ÁNTES DE LA GUERRA.

CAPITULO IV.

IQUIQUE, MAYO DE 1879.

CAPITULO V.

TRABAJOS DE REORGANIZACION MILITAR DE LAS TRES REPÚBLICAS BELIJERANTES, DE MAYO A JULIO DE 1879.

CAPITULO VI.

EL HUÁSCAR, DE JULIO A OCTUBRE DE 1879.

CAPITULO VII.

PISAGUA, NOVIEMBRE DE 1879.

CAPITULO VIII.

BATALLAS DE DOLORES I DE TARAPACÁ, NOVIEMBRE DE 1879.

CAPITULO IX.

CAIDA DE LOS PRESIDENTES DEL PERÚ I DE BOLIVIA, DICIEMBRE DE 1879.

CAPITULO X.

MOQUEGUA I LOS ÁNJELES, DE ENERO A MARZO DE 1880.

CAPITULO XI.

CAMPAÑA SOBRE TACNA, ABRIL I MAYO DE 1880.

CAPITULO XII.

TACNA, MAYO DE 1880.

CAPITULO XIII.

ARICA, JUNIO DE 1880.

INDICE DE LOS MAPAS I PLANOS.

FIN DEL ÍNDICE.



